IVÁN LEDESMA

NEGORITH

Primera edición, mayo de 2021

© Iván Ledesma, 2021

© Ilustración de cubierta: Fosc Design

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

www.edicioneseltransbordador.com

ÍNDICE

NEGORITH

MATERIAL EXTRA:

Relato inédito «La caída»

El bestiario de las sombras. Los apuntes de Abraham De Grey

Para Ian y Tamy
Siempre y todo.

y el chico sin brazo caminaban con cierta prisa porque llovía y no tenían paraguas, y aunque vieron de lejos al tipo que los esperaba, ninguno de los dos hizo ademán de saludarlo.

—Tiene pinta de gilipollas —dijo el chico.

—No juzgues a la gente sólo por lo que ves. Por dentro puede ser muy diferente —contestó el hombre de la maleta.

—Me juego lo que quieras a que antes de diez minutos nos dice que no cree en fantasmas —murmuró el chico.

—Vale, chaval. Si tarda menos, pago la cena; si tarda más, pagas tú. —El hombre le tendió la mano y el chico se la chocó sin aminorar la marcha.

Sonrieron. Hacía dos años que se conocían, pero ambos tenían la sensación de haber pasado una vida juntos.

El hombre de la maleta era un viejo que cojeaba de la pierna izquierda e iba embutido en un traje y un chaquetón raídos. El chico sin brazo era un adolescente delgado de pelo largo y descuidado que vestía emulando a los Ramones y llevaba un cinturón con una cadena rematada por una ristra de llaves que tintineaban en su bolsillo.

—¿Te has tomado la pastilla antes de salir? —El chico sin brazo lo miró con gesto serio.

—Sí… Creo que sí —dijo el hombre, dudando, mientras se palpaba la chaqueta.

El chico le rebuscó en los bolsillos, sacó un blíster de pastillas donde cada día estaba marcado con su nombre y comprobó que la de aquel lunes lluvioso seguía dentro del precinto.

—Pues parece que no. Te olvidas mucho, y no es mi corazón el que falla —le recriminó el chico.

El hombre de la maleta se tragó la pastilla en seco, le dirigió una sonrisa forzada e hizo gesto de que siguieran caminando.

Alfred, el tipo que los esperaba, también los había visto un par de minutos antes, pero hasta que estuvieron a unos pocos metros no dio a entender que los había reconocido. Cuando los tuvo delante y sus miradas se encontraron, se fijó en que los ojos del hombre de la maleta parecían un desierto. Era como si no hubiera nada al otro lado. Y el chico… ¿por qué sonreía de esa forma?

—Hola. ¿Es usted Alfred? —El hombre de la maleta le tendió la mano.

—Sí. —Tras estrechar aquella mano por apenas un segundo e ignorar el intento del chico de hacer lo mismo, Alfred se apartó para dejarlo pasar—. Soy el subdirector de esta oficina.

—Yo soy Abraham De Grey. —Se volvió y señaló al chico sin brazo —. Este es Half, mi ayudante.

—Ah, hola. —Apenas dirigió una mirada a Half antes de volver a ignorarlo. Los jóvenes le provocaban una mezcla de asco y miedo—. Menuda noche, ¿no cree? —Alfred cerró la puerta tras echar un último vistazo al exterior.

Abraham sonrió mientras asentía, y en ese momento el vacío de sus ojos se llenó de vida. Era sólo un anciano con una maleta mugrienta de cartón que goteaba sobre la moqueta.

—¿Tiene un vaso de agua? Es para él. —El chico señaló al anciano —. Es que se acaba de tomar la medicación y…

Alfred sonrió y le señaló la pequeña fuente con vasitos de papel que usaban los empleados. Half llenó un vaso y se lo entregó a Abraham, que bebió sin rechistar.

Alfred los miró con desagrado. ¿A quién se le había podido ocurrir la brillante idea de llamarlos? ¿Era necesario aquello? Si la chica de recepción no hubiera insistido tanto, ahora no tendría que estar pasando aquella espantosa sensación de vergüenza ajena. El viejo parecía casi senil, y el chico, un delincuente en potencia.

Les hizo un gesto para que lo acompañaran.

—¿Desde cuándo se dedican ustedes a…?

—Ya ni me acuerdo, desde hace muchos años. —El hombre de la maleta observaba las paredes del lugar; casi parecía un mendigo desorientado con aquella ropa vieja y raída. Dejó el vaso en una mesa y siguió a Alfred.

—Yo hace dos años —dijo el chico—, soy un novato. ¿Qué es este sitio?

Los pasillos mal iluminados se fueron sucediendo mientras los tres hombres penetraban en las tripas del edificio.

—Es la oficina de cartas perdidas. Por llamarlo de alguna forma.

—¿Cartas perdidas? —Abraham pareció sorprendido.

—Es una broma de los chavales. —El subdirector señaló en varias direcciones, como si los chavales florecieran por las paredes de aquel lugar. Al ver que el hombre de la maleta seguía esperando alguna explicación, se alisó un poco la camisa azul, remetiendo los rebordes por el pantalón—. Bueno, aquí llega todo el material que no se puede entregar ni devolver, destinos que no existen, cambios de ubicación, gente muerta. Ya sabe. Es como una oficina de objetos perdidos, sólo que en este caso son cartas y paquetes.

—¿Y qué hacen con todo eso? —preguntó el chico.

—Primero se separa lo comercial, que pasa a la zona de reciclado —dijo Alfred—. Y lo demás se abre y se revisa; a veces hay cosas que no pueden eliminarse…

—Cosas de valor —terminó Half.

—Sí. Obras de arte, tecnología, material biológico, o dinero, cheques, testamentos, bonos. Cosas así. La oficina no puede permitirse el lujo de destruir un cuadro famoso, o un testamento, o unas muestras biológicas peligrosas. No saben la de cosas raras que la gente llega a enviar. ¡Una vez encontramos una momia disecada! —Alfred lo dijo ofendido.

—¡Una momia! ¡Mola! —El chico sonrió. Cosa que ponía nervioso al subdirector. Cosa que alegraba a Half.

Alfred se fijó en que la maleta empapada del anciano goteaba y se estaba formando un diminuto charco de color oscuro en el suelo. Sacó una caja de antiácidos del bolsillo del pantalón y se tomó dos tabletas en seco.

—¿Qué…? —Observó el pasillo por donde habían venido; una fila de gotas negruzcas ensuciaba el suelo, marcando el camino recorrido.

—Oh, disculpe. —El viejo sacó un pañuelo y trató de secar los bordes de la ajada maleta, ensuciando el pañuelo con manchas del mismo color—. Es vieja, y los bordes se destiñen… Los pinto con alcanfor, pero a veces… La lluvia, ya sabe.

Alfred le devolvió una sonrisa forzada que indicaba que no sabía. No estaba ni rematadamente cerca de saber. Ni a una galaxia de distancia de entenderlo.

Se mantuvieron en silencio hasta llegar al ascensor. Alfred se sentía irritado por el sonriente chico sin brazo e intimidado por el hombre de la maleta, que seguía tratando de evitar que esta gotease. Volvió a meterse la camisa por dentro del pantalón y se ajustó la corbata, después deslizó la mano en el bolsillo y sobó obsesivamente la caja de antiácidos. ¿Cuántos había tomado ya? ¿Cuatro? ¿Seis? No conseguía recordarlo, pero la úlcera estaba en pie de guerra.

Durante unos segundos suspiró, incomodo. Finalmente explotó:

—Yo no creo en fantasmas, ¿sabe?

—Me parece estupendo —contestó Abraham mirando de reojo a Half, que echó un vistazo a su reloj y le devolvió un gesto triunfal a espaldas de Alfred—. Nadie ha dicho que lo que hay aquí, si es que hay algo, sea un fantasma. Puede tratarse de cualquier cosa.

—Yo no creo en nada sobrenatural —continuó el subdirector—, quiero que lo sepan; sólo lo hago por los chavales. Ya sabe… —Half hizo un gesto señalando en todas direcciones con la mano, tal cual había hecho el subdirector antes, y este asintió sin captar la ironía—. Exacto. Y no suelo bajar al sótano nunca, soy subdirector y tengo mi despacho ahí detrás. —Señaló una puerta a unos metros de distancia, como si el hecho de ser subdirector implicara algún tipo de título nobiliario que le impidiera a uno bajar escaleras—. Pero…

—Siempre hay un «pero», señor subdirector —dijo el hombre de la maleta.

—No me malinterprete. No creo en fantasmas, pero creo en gente que se droga y viene a trabajar, o que viene a trabajar y se droga aquí. —Señaló el suelo—. Y luego creen ver cosas. En eso creo, y en la incultura.

—Importante creer en la incultura. —Half puso cara de seriedad fingida al decirlo.

—Sin duda, la incultura genera… —Alfred señaló al hombre la maleta.

—¿Gente como nosotros? —dijo Abraham.

—No. —Alfred retiró la mano como si el anciano le hubiera soltado una descarga en el dedo con el que apuntaba en su dirección —. No, no. Genera situaciones como esta. —Volvió a señalar a su alrededor.

—Sinceramente… —El hombre de la maleta se encogió de hombros antes de proseguir—: Todavía no sé qué tipo de situación tenemos. ¿Podría ponerme en antecedentes?

El ascensor llegó. Sin decir nada, el subdirector los hizo pasar, entró tras ellos e introdujo una llave reluciente en una cerradura nueva e impoluta que desentonaba enormemente con el decrépito ascensor. Después pulsó el botón del primer piso.

Las puertas se cerraron con un desagradable chirrido. El hombre de la maleta inspiró profundamente y miro a su alrededor en la cabina diminuta.

—Alguien murió aquí dentro, ¿verdad?

Half asintió mirando al suelo. Con gesto seguro. Sin dudar.

En ese momento, Alfred estuvo a punto de cagarse encima. Literalmente.

HOLA, ERIKA,

quería contarte un montón de cosas. Decirte lo mucho que te echo de menos.

Esos días que salíamos las dos solas por ahí, al cine, a tomar algo, a poner verdes a mis compañeras de piso. Qué grandes momentos. Qué felicidad.

Pero ya no habrá más días, ni risas, ni nos veremos. Y eso me está comiendo por dentro. Y quería que lo supieras.

Me has hecho mucho daño y me has fallado, porque yo estaba aquí, entre tú y yo ¿qué había? ¿Veinte metros? Podías haber subido, podías haber hablado conmigo.

No sé qué ha pasado, no puedo entenderlo y sé que me quedaré así para siempre, dándole vueltas a esto.

A veces se me hace un nudo en la garganta, y no tengo a nadie a quien contarle lo que me pasa, la gente no lo entendería. El último mes apenas nos veíamos fuera del trabajo, yo aquí arriba y tú en el sótano, yo un horario y tú otro, yo un día de fiesta y tú otro. Todo parecía montado para boicotearnos. ¡Y eso que tú me conseguiste este trabajo!

Pero eso no tiene nada que ver, eras una parte importante de mi vida.

En fin, sólo quiero decirte que te echo de menos.

Sólo eso.

Ah, y que espero que estés bien y que todo te vaya bonito.

Un beso y hasta la próxima.

Gris se quedó mirando la pantalla: el texto y el botón de ENVIAR MENSAJE de Facebook. Respiró hondo. Le costaba meter oxígeno en los pulmones, el nudo… Seguía ahí, no desaparecía. Añadió un «Te quiero» al final de todo y pulsó ENVIAR.

El texto desapareció y quedó en la bandeja de enviados.

Sacó del bolsillo el inhalador para el asma y pegó una buena aspiración hasta que los pulmones se dilataron.

Erika nunca lo leería. Hacía semanas que se había suicidado.

Gris estuvo en su funeral. Lloró al contemplarla allí, al otro lado del cristal. Qué contraste. Tan acostumbrada a verla siempre de negro, con sus pantalones elásticos, sus camisetas de calaveras… Y allí envuelta en un sudario blanco. Rodeada de coronas de flores y crucifijos. «Tus amigos de la escuela de mecánica nunca te olvidarán». Qué tragedia.

Y llevaba días queriendo escribirle algo, unas líneas, una despedida. Lo que acababa de escribir ni siquiera le parecía bueno; de hecho, le parecía una mierda, pero… Era lo que sentía. Sólo eran

amigas. Ella quería que fueran algo más. Y sospechaba que Erika también. Pensaba que las cosas habían madurado poco a poco, habían convertido las risas en besos, y eso en algo más. Las dos estaban a gusto en aquella situación. O al menos eso le parecía a ella. Ahora ya no pensaba igual. De hecho, trataba de no pensar en ello para no bloquearse.

Cuando Alfred cambió de sitio a Erika todo fue distinto. Ella cambió. En pocos días se volvió fría. Distante. Otra. No respondía a los mensajes. No contestaba al teléfono.

Y allí estaba. Frases rotas en un perfil que nunca volvería a actualizarse. Pero no había otra forma de despedirse. Trabajaba en la oficina de cartas perdidas; no podía enviarle una carta, porque… Porque seguramente acabaría allí, donde ella la recibiría y tendría que quemarla.

Gris observó el monitor de nuevo.

La foto de Erika en aquel concierto de Iron Maiden sonreía desde la parte izquierda de la pantalla haciendo una peineta al fotógrafo (ella). Un montón de basura, *spam* e invitaciones a juegos y cosas similares ocupaban el resto de su perfil, junto a su último estado: «Hoy será un gran día, mañana…».

Cinco personas dieron a «Me gusta», y la hermana de Erika le preguntó un escueto «¿Qué dices?». Luego, Loren, una compañera de piso de Gris que también la conocía, se atrevió a escribir un par de días después: «Descansa en paz, melenuda».

Y ahora sólo quedaban treinta y dos amigos en el perfil, Gris incluida. Ningún familiar; demasiado dolor, tal vez. Seguro que sus padres ya habrían solicitado que lo eliminaran. Sus últimas palabras en la red iban a desaparecer cualquier día y todos mirarían hacia otro lado, aliviados.

La muerte es fea. Es un tema que no gusta, que duele, incluso a través de una aséptica pantalla de ordenador. Que alguien te sonría con picardía desde una imagen, sabiendo que ahora descansa en un ataúd, en un cementerio, dentro de un nicho, descomponiéndose, es obsceno. Nadie quiere recordarlo.

Borrémoslo.

Un angustioso gimoteo le nació en los pulmones y le subió por la garganta. Gris seguía pensando en que algo debió fallar en la cabeza de Erika, algo físico, una hormona. Un defecto. Algo que era ajeno a su amiga.

¡PLINC!

El ascensor llegó a la primera planta, oyó cómo se abrían las puertas. Una sensación helada corrió por sus venas, llegándole hasta el corazón.

Era cierto que escuchaba las puertas abrirse y cerrarse todo el día.

Pero no a esa hora. De dos a tres todo el mundo se iba a comer fuera. Era su momento de relax. Cuando estaba sola en la oficina. Como ahora.

Alguien había vuelto antes de tiempo. Eso era todo. Alfred, seguramente. No le gustaba que se quedara sola. No se fiaba. No fuera a ser que robara material de oficina. Sólo había transigido porque (como sospechaba Gris) se sentía culpable de lo que le pasó a Erika.

Porque a Erika le pasó algo. Erika no hizo algo: le pasó. De eso Gris estaba segura.

Gris se levantó y se encaminó hacia la puerta de su cubículo.

—¿Hola? —No vio cómo su bandeja de mensajes de Facebook indicaba que tenía una respuesta de Erika.

Al cabo de un rato, tampoco le importó demasiado.

«LA HELADERIA DE MALVIN».

Eso decía el rótulo de la puerta; pero desde 1979 la tienda estaba cerrada al público y el polvo y la mugre habían descolorido las letras del cartel hasta dejarlas casi ilegibles.

El propio Malvin entró un día en la tienda, a finales de aquel mismo año, cerró la persiana por dentro y no volvió a salir en mucho tiempo. Un demonio lo había obligado a firmar un papelucho por el cual se comprometía a no crear de nuevo a sus pequeños o sería arrastrado al Entremundo, donde no había carne de la que pudiera nacer nada, y se quedaría allí para siempre.

Decidió que lo único que podía hacer en esas circunstancias era esperar a que pasara algo que hiciera que el riesgo mereciera la pena. Así que se sentó en una silla tras el mostrador de la heladería y esperó.

Y durante los primeros diecinueve años no pasó absolutamente nada. Así que miró la pared fijamente y el polvo se le fue acumulando en la cabeza y los hombros, la silla fue cuarteándose bajo su peso y la ropa se le fue deteriorando encima del cuerpo.

Un día de 1998 sucedió algo: un tipo que olía a cebollas podridas y parecía recién salido de la tumba forzó la cerradura de la persiana, entró en la tienda y le dijo que le traía un presente. Era un teléfono móvil Nokia 3110, y el tipo le dio unas sencillas instrucciones de cómo recibir una llamada o un mensaje en aquel aparato. Malvin le dio las gracias y el visitante se marchó tras cerrar de nuevo la persiana.

Malvin volvió a mirar fijamente la pared hasta que, en 2007, la silla cedió bajo su peso y se cayó al suelo. Recogió los trozos y los llevó a la trastienda, luego volvió al mostrador y comprobó que el teléfono móvil seguía encendido y conectado a la corriente. Después volvió a fijar la vista en la pared, esta vez en pie.

Pero la humanidad, esa enfermedad que lo estaba devorando lentamente, empezó a hacer mella en su determinación. Ya no podía simplemente dejar pasar el tiempo con la mente en blanco. Las emociones humanas le estaban comiendo terreno, y de repente se descubrió sintiendo nostalgia. Y recordando cosas.

Malvin recordaba sus buenos tiempos, cuando abrió la heladería. La gente pasaba por allí a raudales. Niños sobre todo, porque la heladería estaba situada estratégicamente al lado de un colegio enorme. Y, mientras estuvo abierta, entraban en buen número… Y Malvin los atendía siempre con cariño y atención, y los escuchaba. Y los olía. Y, de vez en cuando, notaba el aroma de los malos sueños. Y entonces los invitaba a pasar a la trastienda. Algunos iban de buena gana, otros eran más reticentes. Eso era lo de menos. Lo importante

era que todos acababan detrás. Y él les enseñaba lo grande que podía ser una pesadilla. Y cuántas de ellas tenía guardadas allí.

Los niños iban muy bien, porque normalmente no morían en aquel trance al que Malvin los sometía. A él la muerte le era indiferente, pero cuando trabajaba con adultos y la sangre lo salpicaba todo siempre aparecía gente a la que todo aquello le molestaba y acababa teniendo que huir. Y eso era algo que no le gustaba.

Malvin recordó su vida humana una y otra vez, en bucle, durante mucho tiempo. Hasta que cuarenta años, siete meses y dos días después de entrar en la heladería y echar el cierre recibió un mensaje en su anticuado Nokia 3110.

El primer mensaje.

Con manos inexpertas pero metódicas desbloqueó el teléfono tal como aquel tipo le había enseñado, y en ese preciso momento llegó un segundo mensaje.

—Al parecer, ahora tenemos prisa —dijo mientras sonaba un tercer pitido.

Comprobó que todos los mensajes llegaban desde un número oculto.

Y todos decían lo mismo.

«negorith».

Malvin sonrió a la heladería desierta. Era la primera vez que sonreía en su vida. Nunca antes lo había hecho. Ni siquiera había sabido lo que era sonreír. Su espera se había acabado, y eso lo hacía feliz. El móvil siguió pitando de forma obstinada y el buzón se fue llenando de mensajes con esa única palabra.

—Magnífica noticia, sin duda. —Malvin seguía sonriendo, mostrando la primera hilera de dientes podridos y afilados que poblaban su boca imposible.

Era ese momento. El instante anhelado. La hora de asumir el riesgo. Romper el armisticio. ¿El papelucho del demonio? ¡Papel mojado! Si venía a por él con intención de arrastrarlo a la dimensión de los demonios, se iba a llevar una sorpresa. O mejor, muchas. Porque se disponía a levantar el veto a los pequeños de forma inmediata y unilateral. Crearía tantos como le viniera en gana. Y después tenía previsto comerse el mundo entero con ellos. Y ningún demonio lo iba a impedir.

Se levantó y comenzó a bailotear por la tienda mientras cantaba una tonadilla monótona y repetitiva:

Oh, Alicia.
Oh, dulce Alicia.
No tiene malicia.
Quiere cogerte de la mano y saltar…

Se puso la bufanda de lana, el sombrero de copa y el abrigo que llevaban cuarenta años colgados en el perchero y estaban tan llenos de polvo como él. Subió la persiana metálica de la tienda, que gruñó oxidada por la falta de costumbre, y dejó entrar la luz del sol, que bañó la polvorienta estancia.

Miró su reflejo en un espejo viejo y deslucido que tenía encima de una pila de cajas de golosinas caducadas y, tras sacudirse el polvo que lo cubría, habló con voz decidida a su reflejo:

—Caballero, es hora de abandonar la soledad. Vamos a hacer nuevos amigos. —Se ajustó la bufanda alrededor del cuello como si de una corbata se tratara, dio media vuelta y señaló la puerta de la heladería con el bastón.

Un chico de once años llamado Daniel que acababa de salir de su clase de inglés avanzado y que en ese momento pasaba por delante de la puerta del local sintió el irrefrenable impulso de comerse un helado. No tenía dinero. Hacía frío y le dolía la garganta. Pero aquella sensación era incontestable. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya estaba abriendo la puerta.

—Hola. ¿Cómo te llamas, pequeño? —preguntó el viejo vendedor de helados.

Quince minutos después, otro niño pasó por delante de la tienda y sintió exactamente el mismo deseo incontenible.

Y así, durante un buen rato, como una tela de araña en medio de una nube de mosquitos, los niños fueron entrando y saliendo de la heladería. Al menos salió la mayoría de ellos. Algunos no tuvieron tanta suerte.

se sentó en el escritorio de Gris y dejó la maleta húmeda encima de un montón de hojas llenas de apuntes que rápidamente se mancharon de alcanfor. Vio un inhalador para asmáticos olvidado junto a ellas.

—Este era el sitio de… —Acarició levemente los papeles. La pantalla mostraba unos peces que danzaban de un lado a otro.

—De Gris. Era… es… una de nuestras archivadoras.

—¿Era o es? —El hombre de la maleta observaba fijamente a Alfred, quien, de nuevo, como un tic nervioso, volvía a alisarse la camisa.

—Ha… desaparecido. Hace tres días que no viene a trabajar, y la gente con la que vive no sabe nada de ella. Creo… Creemos que se asustó de las… cosas que se dicen por aquí, y que se ha marchado.

Half se agachó junto a la mesa y observó la torre del ordenador. Alfred se puso nervioso al comprobar que la estaba oliendo.

—Un uróboros —musitó Half—. Y sigue en la red interna.

—Vaya… —El hombre de la maleta separó las manos del teclado que estaba a punto de tocar como si de repente tuviera alguna enfermedad contagiosa.

—¿Un qué? —dijo Alfred.

—¿Gris le dijo algo antes de desaparecer? —Abraham ignoró la pregunta del subdirector.

—No. Desde que pasó lo de Erika hace un mes no hablaba mucho; eran amigas, trabajaban juntas aquí. —Alfred dudó un momento—. Bueno, en realidad ya no trabajaban juntas.

—¿Qué quiere decir?

—Eran demasiado amigas, ¿sabe? Tuve que separarlas, siempre estaban de coña, haciendo chistes. —La ansiedad con que esperaba que Abraham le diera la razón hizo que este lo mirara con suspicacia.

—No trabajaban —dijo el viejo.

—Hacían chistes, se reían, y eso no está bien. Por las tardes somos muy pocos. A veces sólo estamos tres personas. Aunque normalmente al final del día estoy solo. Y no quiero risas y chistes. Me desconcentran.

—Claro, ¿quién va al trabajo a pasarlo bien? —dijo Half con tono jocoso.

—Exacto. —Alfred sacó de nuevo la caja de antiácidos y se quedó mirándola, dubitativo. Sus palabras comenzaron a salir lentamente—: Mandé a Erika al sótano. A la zona de extracción; Juan se había jubilado y su plaza estaba vacante.

—¿Era un buen sitio? —preguntó Abraham.

—Se cobraba un poco más. Por la falta de ventilación y de luz natural. Era casi como un ascenso.

—Un ascenso al sótano. —Esta vez Alfred captó la ironía, pero no le hizo gracia—. ¿Podemos bajar?

El subdirector tragó saliva e inconscientemente se metió un antiácido en la boca.

—No creo que sea buena idea.

—¿Tiene miedo? Me ha dicho que no cree en fantasmas.

—No exactamente; es que… tengo claustrofobia.

El hombre de la maleta volvió la vista hacia el exterior de la oficina de Gris, al pasillo, y al final de todo, el ascensor.

—¿Cómo murió Erika?

Alfred se sentó en la silla, derrotado. El hombre de la maleta sabía que aquel tipo tenía en el pecho la sensación de que aquella muerte era, al menos en parte, culpa suya.

—El ascensor no tiene sistemas de bloqueo de seguridad. Hace diez años los instalaron, pero dejaban de funcionar, no sé por qué; lo mismo iban bien que se estropeaban cada poco tiempo, de forma continua, a veces con una semana de diferencia. Y, con la crisis, últimamente no había presupuesto para arreglarlos. Erika lo sabía. Atascó las puertas en el sótano e hizo subir el ascensor hasta la tercera planta, luego volvió a llamar desde el sótano y… —Alfred se llevó las manos al cuello con gesto de horror.

—¿Se decapitó? —Half observaba fascinado el ascensor.

Alfred asintió.

—Desde entonces no consigo que nadie quiera encargarse de extracciones, y yo no puedo. No puedo bajar ahí.

—La claustrofobia.

—Sí. Y los chavales se niegan, dicen que pasan cosas, que han visto cosas. Nadie quiere explicármelo, sólo hablan de «cosas». He abierto partes de disciplina; a Roger acabé por echarlo a la calle. Traje a gente de otras oficinas, personas que no estuvieran influenciadas, pero al cabo de un par de días se cogen una baja o directamente piden un traslado urgente. Nadie quiere ir ahí abajo. No sé qué hacer, y Mamen dijo que usted podría ayudarnos.

—Mamen. Una chica encantadora. Tuvo un problema en el hostal de sus padres.

Abraham sacó de la chaqueta el pañuelo manchado de alcanfor y, evitando el contacto directo de su piel con el aparato, movió el ratón del ordenador. La pantalla pasó a mostrar una sesión de Facebook caducada. Alguien había dejado su usuario y contraseña escritos. «GrisMalva1997».

—Siempre dejan la contraseña puesta. —Half sonreía.

—Les gusta tentarte, chaval. —Abraham se giró hacia Alfred—.

¿Cree que le importará?

—¿Qué le importará el qué? —Alfred miraba sin comprender.

El anciano se encogió de hombros, sacó un par de guantes del chaquetón y, tras ponérselos, inició sesión. Había un puñado de actualizaciones de amigos, comentarios sobre temas diversos. Pero nada escrito por Gris.

—Hace días que no actualiza. —Half observaba por encima del hombro de Abraham.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sabemos. Pero donde está no tiene ordenador.

Había un mensaje privado de tres días atrás, sin abrir, firmado por una tal Erika Melen.

Alfred se puso blanco al ver la foto de perfil del remitente.

—Esa chica es Erika —dijo con voz trémula, tocándose inconscientemente el cuello.

Abraham se giró hacia Alfred.

—¿La Erika del ascensor?

El subdirector asintió nerviosamente, con el rostro cada vez más lívido.

—El mensaje es de hace tres días —dijo Half; observó la foto de la malograda Erika con atención—. ¿No dijo que se suicidó hace un mes? Quizá debería empezar a creer en fantasmas.

—Ha sido el uróboros —dijo Abraham—. Chaval, no asustes al caballero más de lo que ya está.

—Lo sé, sólo estoy bromeando un poco con el señor subdirector. Para relajar el ambiente. —Half le dirigió una sonrisa beatífica mientras Alfred lo fulminaba con la mirada.

Abraham abrió el mensaje.

Sólo contenía tres palabras:

«Ahora nos vemos».

todo eran tinieblas y humedad.

—¿Hola? —Una voz desconocida. Joven.

Un haz de luz se deslizó entre el polvo y la mugre que flotaban allí abajo.

Gris no podía responder, tenía la garganta reseca.

—Me parece que no deberían ustedes bajar ahí. —La voz. Conocía esa voz. Era la voz del idiota de Alfred. Su jefe—. Quizá sea mejor que se marchen. No creo que…

Alguien lo cortó:

—Es mejor que se mantenga al margen, señor. En serio. —Era una voz autoritaria y serena.

—Joven, se va a hacer usted daño.

Ruidos. Pisadas.

—¡Espero no romperme un brazo! —Esa voz de nuevo, la joven—. Usted procure mantener ese ascensor bloqueado en el piso de arriba y las puertas bien abiertas y todo saldrá bien.

—¿Ves algo, chaval? —De nuevo la voz autoritaria.

—Hay algo al fondo… Espera.

El haz de luz estaba más cerca. Un rayo de esperanza.

Gris se moría de sed. Hasta ese momento había sobrevivido gracias a una pequeña fuga de agua de una tubería de refrigeración a ras del suelo. Bajo ella se formaba un pequeño charco a apenas un metro de distancia, y la cadena era suficientemente larga como para poder llegar y sorberlo. Sabía asquerosamente mal, pero le calmaba la sed. Pero ahora sólo era lodo. Y tenía los labios y la lengua resecos y agrietados.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No lo sabía. Tampoco tenía claro cómo había llegado.

Pero sabía que no estaba sola. De vez en cuando notaba una sensación, un escalofrío, como si alguien o algo la estuviera mirando desde la penumbra que la rodeaba. En aquella oscuridad. Esperando. Incluso le había parecido que hablaba. Que decía algo. Una palabra en un idioma extraño.

Intentó decir algo, pero sólo pudo gemir.

La luz la deslumbró.

—¡Hey! Está aquí y está viva —gritó el joven en dirección al túnel por donde había llegado.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Gris? —La voz de Alfred transmitía incredulidad—. ¿Cómo han sabido que estaría ahí?

—Los uróboros son muy previsibles. —De nuevo la voz firme.

Algo se movía en la sombra. A su derecha. Gris trató de advertir al joven, que ahora estaba junto a ella, pero estaba agotada, y sus pulmones inflamados por la falta del inhalador no le permitieron más que exhalar un débil quejido.

El chico llevaba unas gafas extrañas, como de soldador, con diminutos engranajes a los lados, y le faltaba un brazo. En su única mano sostenía una linterna.

El uróboros se situó junto a Half. Gris apenas intuía su forma: una especie de rana humanoide de un metro y medio de altura que se fundía con la oscuridad, apenas corpórea. Vio cómo aquella cosa alargaba las garras hacia el cuello del chico.

—¿Qué se supone que estás haciendo, colega? —El chico manco miraba fijamente al uróboros, que estaba tan sorprendido de que Half pudiera verlo que retrocedió un par de pasos hacia la oscuridad, apartándose de él como si hubiera sufrido una descarga. Half avanzó hacia el ser extraño con gesto decidido, enfocándolo con la linterna—. No, no; ni se te ocurra marcharte. Esta es tu fiesta y tienes que quedarte hasta el final.

El uróboros, sintiéndose atrapado, se abalanzó hacia Half. Pero este lo esquivó con presteza. La criatura volvió al ataque y lanzó dentelladas y arañazos contra el joven, pero este parecía conocer sus movimientos antes de que sucedieran. De repente estaban inmersos en una danza en la que la criatura trataba de atacar a Half y este bailaba a su alrededor, esquivando la mayoría de los golpes.

Y, de repente, Gris se quedó perpleja. Hasta ese momento había tenido la sensación de que al chico le faltaba el brazo derecho, pero ahora lo veía allí. Aunque era extrañamente etéreo. De hecho, parecía que de aquel brazo emanaba una luz propia, y había cogido al uróboros por el cuello con él y este parecía completamente aterrorizado.

El chico dejó la linterna en el suelo, sacó de la chaqueta una pequeña botella de cristal oscuro con un tapón de corcho y se la mostró a la criatura.

—¿Sabes lo que es esto? —dijo en voz baja.

Al verla, el uróboros se revolvió tratando de liberarse, pero el chico lo sujetaba con fuerza.

—¡Sí que lo sabes! —Half le sonrió con humor.

El uróboros miró la botella y luego el brazo fantasmal que lo sujetaba.

—Ahora yo soy Aladino, y a ti te toca… —Descorchó la botella y, al hacerlo, el papel que había en su interior se convirtió en ceniza al contacto con el aire. El uróboros soltó un grito agónico y comenzó a evaporarse, y el humo negro en que se convirtió se introdujo en la

botella.

El chico tapó el frasco con el corcho y se lo guardó de nuevo en la chaqueta.

—Bueno. —Se giró hacia Gris—. Vamos a sacarte de aquí. —Se arrodilló a su lado, sacó una pequeña navaja del bolsillo y se puso a hurgar en la cerradura de la cadena.

Gris sonrío débilmente.

—Ha estado cerca, esa cosa casi te mata. —Apenas fue un susurro seco al oído de Half.

El chico la miró, alucinado; se quitó las gafas y observó a Gris con atención por primera vez.

—¿Tú lo has visto?

Pero Gris no respondió. Se había desmayado.

EL HOMBRE MALO

observó el parque infantil con ojos ávidos. Buscando. Era el tercer parque que había rastreado aquel día y tenía un pálpito. Las horas de frustración y anhelo estaban a punto de llegar a su fin. Notó el sudor frío bajándole por el cuello. La pulsión lo golpeaba detrás de la frente. La criatura quería gobernarlo, bajo la piel; trataba de gritar y apoderarse del control. De inducirlo a hacer cosas. Cosas desagradables. Al menos para los demás. Y eso sólo pasaba cuando estaba cerca.

Pero sabía que las cosas no podían ser así. El control era unas de las normas. No quería que lo castigasen de nuevo. Así que trató de serenarse y centró la mirada en los niños.

Allí había al menos una veintena de entre tres y ocho años, y el ambiente era el clásico de un sitio así: el caos. Risas, peleas, llantos, persecuciones, gritos y lamentos. Todo a la vez. La mirada cansada de los padres seguía de cerca aquel sinsentido.

Al menos la de la mayoría de ellos.

Como bien sabía el hombre malo, siempre había algún padre que se relajaba en aquellos sitios, que se dedicaba a actualizar su Facebook, a responder unos correos, a hacer unas llamadas, a charlar de fútbol y series. Incluso algunos salían y se iban al bar más cercano a tomarse un café para desconectar un rato: gente que pensaba que aquellas diminutas cercas acondicionadas y recubiertas de goma que rodeaban el parque impedirían que sus hijos salieran sin permiso. Esa gente que piensa que los carteles de críos desaparecidos son cosas que pasan sólo en las películas o en los informativos. O, al menos, que sólo les pasan a los demás. Nunca a ellos.

El hombre malo sonrió para sus adentros al ver al chico de pelo negro, solo, sentado en el columpio. Y supo que su larga búsqueda había acabado. Era él.

Como en una nube de felicidad, abrió la pequeña puerta de acceso al parque y se deslizó lento y sigiloso como una serpiente entre los demás pequeños que correteaban a su alrededor, sin prestarles ya ninguna atención. Ya no tenía ojos para nadie más. Sólo para él.

Un padre que vigilaba a su hija sintió el hedor a cebollas podridas que emanaba del cuerpo del hombre malo cuando este pasó a su lado, pero sólo fue un instante y pensó que alguno de los amiguitos de su hija se había ensuciado a conciencia el pañal.

A medida que se acercaba al chaval, la respiración del hombre malo se hizo más tenue, como si el hecho de respirar con fuerza pudiera enturbiar aquel momento de dicha.

El niño, que tendría unos siete años, continuaba abstraído, mirando con gesto soñador a unos mocosos que construían un castillo en el arenero con sus palas y cubos.

El hombre malo se situó tras el niño. Desde allí ya podía oler el champú infantil que usaba. Escuchar el ligero chirriar de la cadena del columpio donde estaba sentado. Si alargaba la mano, podría tocarle el pelo sedoso. Se sorprendió al ver su mano trémula, que avanzaba sin control hacia aquel tierno cuello.

—Te veo. No puedes esconderte de mí —dijo el niño sin girarse.

—Maestro —respondió el hombre malo; recogió la mano contra su pecho como si le hubiera caído agua hirviendo en ella—. Llevo horas en vuestra búsqueda.

El hombre malo rodeó al niño y se situó frente a él. El crío levantó la mirada y le hizo un gesto indicándole que se sentara. El hombre obedeció al instante.

El niño siguió mirando a los pequeños, quienes, una vez acabado el castillo de arena, se dedicaron a pisotearlo con saña, como si fuesen gigantes arrasando una ciudad.

Se fijó en sus caras. En el gozo de la destrucción. El niño sonrió.

—Cuéntame. Qué pasa.

—Teníais razón, la chica es una negorith. Uno de vuestros nietos lo ha confirmado.

El niño se balanceó suavemente en el columpio.

—¿Se lo ha dicho ya al viejo bocasucia?

—Lamentablemente, él lo supo antes que nosotros. Los uróboros…

—Me parte el corazón que adoren a Malvin; supongo que el gusano es más divertido que yo.

El hombre malo no dijo nada.

—¿Y qué ha hecho al enterarse? —le preguntó el niño.

—Está creando un ejército.

—¡Qué divertido! —El niño aplaudió con gozo.

Una niña de largas trenzas se acercó al columpio.

—¿Puedo montarme un rato?

—No. Ahora estoy yo —dijo el niño con voz seca.

—¡Pero no te estás columpiando! —protestó la niña, frustrada—. ¡Es un columpio! ¡Es para columpiarse!

—Pues te fastidias, porque me voy a quedar mucho rato —respondió el niño—. Y no pienso columpiarme —añadió con regocijo.

La niña se quedó frente a él, taladrándolo con la mirada durante unos segundos, hasta que finalmente, al ver la indiferencia y la burla en sus ojos, fue a quejarse con voz chillona a su padre. Este, tras echar una ojeada al hombre malo, decidió que su hija podía jugar con cualquiera de los otros entretenimientos que ofrecía el parque sin necesidad de crear problemas con aquel tipo siniestro.

—¿Qué quiere que hagamos, Maestro? —inquirió el hombre malo.

—Dejemos que jueguen un rato.

El niño observó cómo la niña de trenzas se marchaba del parque cogida de la mano de su padre, que al parecer también era el progenitor de los niños que habían levantado y destruido el castillo de arena y ahora lloraban a moco tendido porque no querían irse sin acabar de destrozarlo. El padre parecía estar perdiendo la paciencia mientras tiraba de ellos en dirección a la salida del parque.

El niño aprovechó para hacerle una burla a la niña de las trenzas mientras se levantaba del columpio y lo dejaba desocupado. La niña lo miró con rabia e impotencia.

El niño se volvió hacia el hombre malo.

—¿Y el viejo coleccionista?

—Ha recibido una llamada y va camino de rescatarla. Llegará antes que bocasucia. Tal como usted dijo que pasaría.

—¡Eso es fantástico! —El niño cogió de la mano al hombre malo y se encaminaron hacia la salida—. Espero que esta vez las cosas sean diferentes. No sabes las ganas que tengo de ver esta ciudad explotar y saltar por los aires de una vez.

Al pasar al lado del arenero, Tertium aprovechó para rematar con furia las últimas torres que quedaban en pie del castillo de arena abandonado.

Luego volvió a coger de la mano al hombre malo y salieron del parque infantil mientras las primeras gotas de una intensa lluvia de otoño bañaban la ciudad.

observó el cielo. Había dejado de llover y el aire de la ciudad olía a limpio.

—¿No cree que deberíamos llamar a la policía? —Alfred parecía haber envejecido varios años a lo largo de aquella noche. Tenía la camisa por fuera del pantalón y no era consciente de ello—. Para explicarles todo esto.

—No sé qué decirle. —Half estaba bastante tranquilo en comparación. Relajado, incluso. Dejó el tono jocoso empleado hasta ese momento y le habló en confianza—: Han secuestrado a una chica y la han atado con cadenas en un sótano de esta oficina. Su oficina. Usted es subdirector de esto. —Señaló a su espalda, al edificio—. ¿Podría explicárselo a la policía? Antes ha dicho que muchas noches se queda usted solo trabajando; ¿cree que sospecharán de alguien en concreto? ¿Qué piensa?

Alfred no fue capaz de decir nada. La garganta se le había secado de puro terror al comprender la amenaza implícita.

—Sin embargo —continuó el chico—, yo creo que ni ella ni usted tienen muchas ganas de dar explicaciones sobre lo que ha pasado aquí. —Half observó de reojo a la chica, que seguía sumida en un silencio hosco sentada en los escalones de entrada de la oficina, aspirando de su inhalador y alternándolo con sorbos de la tercera lata de Coca Cola que habían sacado de la máquina de refrescos de la recepción—. Usted, porque no tiene ni idea de nada. Y ella, porque piensa que nadie va a creer lo que le ha pasado.

La chica le echó una mirada inquisitiva y Half le guiñó un ojo, sonriendo. Ella le devolvió una peineta y siguió bebiendo pequeños sorbos.

Alfred iba a replicar, pero lo interrumpió el sonido del motor de la vieja Ford Pickup 1977 de Abraham, que frenó en ese momento frente a ellos con el hombre de la maleta al volante.

—Así que lo mejor será que nosotros la acompañemos a su casa. —Half ayudó a Gris a levantarse del escalón, ya que la joven a duras penas se sostenía en pie, y la ayudó a entrar en la furgoneta—. Aunque igual primero vamos a comer algo más consistente y a que se tome un café para recuperar fuerzas. ¿Te gusta el café?

—Sí. —dijo Gris. Aunque apenas fue un susurro. Sacó el inhalador y tomó una larga aspiración antes de continuar hablando con un poco más de energía—. Mataría por un café ahora mismo. Y una hamburguesa con patatas. Y otra Coca Cola.

—¡Me mola esa idea!

Abraham bajó de la furgoneta con la maleta en la mano. La puso sobre el capó y le hizo un gesto a Half, que se sacó de la chaqueta la botella en la que estaba encerrado el uróboros. El viejo abrió ligeramente la maleta, echó la botella dentro y la cerró de nuevo a toda velocidad, como si la maleta tuviera vida propia y pudiera decidir en el último instante escupir aquella botella. Después volvió a dejar la maleta en el asiento trasero de la furgoneta y se giró para darle un rápido apretón de manos a Alfred, que le devolvió el saludo como un autómata.

—Ha sido un placer conocerlo. Cualquier cosa, ya sabe dónde estamos —dijo Abraham mientras ayudaba a Gris a acomodarse en el asiento central de la furgoneta.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —Alfred parecía dudar entre el miedo y la indignación.

Abraham cerró la puerta de la furgoneta y la rodeó mientras hablaba.

—Exacto. Fíjese lo baratos que somos, que ni le vamos a cobrar por el trabajo. Y, además, todo ha acabado bien. —El anciano señaló a Gris—. ¿Quizá habría preferido que esta chica hubiera muerto de hambre y sed en el hueco de su ascensor?

—No, por supuesto. —Alfred se sentía ofendido por semejante pregunta. Y había notado que el anciano hablaba de «su» ascensor. No del ascensor de la empresa.

Abraham entró en el vehículo y encendió el motor.

Half, ya acomodado junto a Gris, bajó la ventanilla. Alfred seguía mirándolos desde el portal de la oficina de cartas perdidas.

—Gris —dijo el subdirector—, no sé qué ha pasado, pero espero que el lunes podamos hablarlo con calma y veamos cómo lo podemos arreglar.

Gris murmuró algo al oído de Half. Este le sonrió a Alfred.

—Dice que no se preocupe, que dimite. No quiere volver ahí dentro en su vida.

—Oh, vaya. —El subdirector parecía contrariado y a la vez aliviado—. Siento escuchar eso.

—Seguro que sí. —Half picó con impaciencia en el salpicadero—. Bueno, pues nosotros nos vamos ya.

El subdirector pareció acordarse de algo importante en ese momento.

—Pero… ¿puede volver a pasar algo así? —Había temor en su voz —. ¿Como lo que le ha pasado a ella?

—No —dijo Half con aplomo.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro. Lo que sí le digo es que usted tenía razón en una cosa.

—Ah, ¿sí? —Alfred puso cara de extrañeza—. ¿En qué?
—Ahí dentro no había ningún fantasma. Era un demonio.
La furgoneta arrancó y se alejó calle abajo.

ALFRED

estaba apagando la luz del vestíbulo de la oficina de cartas perdidas cuando notó que alguien subía las escaleras de la entrada principal. Con gesto impaciente le hizo señas de que la oficina estaba cerrada, pero el tipo, un anciano regordete con pinta de buena persona que se apoyaba en un bastón y que llevaba puesto un ridículo sombrero de copa, le sonrió y se quedó allí plantado. Y comenzó a picar con el bastón en la puerta.

Alfred bufó, malhumorado. Había sido un día largo y horrible, y quería llegar a casa y sentarse un rato delante del televisor. Repasar uno a uno sus ciento ochenta y dos canales sin pararse a ver nada en concreto. Eso siempre lo calmaba.

—Mire. —Alfred abrió la puerta, salió apartando al anciano y se giró dispuesto a echar la llave—. Está cerrado. Si viene a reclamar, tendrá que esperar a que mañana la chica de recepción le…

—Oh, no vengo a reclamar nada. —El hombre regordete puso el bastón en la puerta, impidiendo que Alfred cerrara, y de paso invadiendo el espacio personal de este. Mostró una sonrisa beatífica que puso aún más nervioso al subdirector—. Vengo a hacer un truco de magia. Ya verá. Lo dejará pasmado.

—¿Qué? —Alfred miró en dirección al final de la calle. ¿Dónde estaba la policía cuando uno la necesitaba? Aquel viejo deliraba, tendría alzhéimer o algo—. No tengo tiempo para tonterías. La oficina está cerrada. Y yo me tengo que… —Alfred trató de cerrar la puerta, pero el hombre seguía manteniéndola abierta, trabada con el bastón. Y seguía sonriendo.

—Voy a hacer aparecer un conejito de mi sombrero. Ya verá. —El viejo sonreía con los labios muy apretados—. Bueno, en realidad no es un conejito. O sí. No sé si me entiende. —El anciano levantó las cejas en señal de complicidad, algo que le produjo un extraño escalofrío a Alfred—. La que va a aparecer es una chica, ¿sabe? Y tampoco saldrá de mi sombrero. Saldrá por el hueco del ascensor. De su ascensor. Le va a encantar.

Sobresaltado por las palabras del anciano, Alfred dejó de intentar cerrar la puerta. Y el viejo, apartando a Alfred de un leve empujón, aprovechó para colarse dentro con un paso torcido y renqueante y se perdió en la oscuridad.

—Si quiere, puede marcharse —dijo con voz guasona—. Yo cerraré cuando me vaya.

Alfred seguía conmocionado.

—Oiga, no puede entrar aquí así como así —dijo al reaccionar—.

Esto es una oficina pública. Si lo denuncio, puede considerarse un asalto terrorista. —Alfred entró tras el viejo, encendió las luces y lo vio alejarse por el pasillo.

¿Quién era aquel viejo? ¿Qué significaba todo aquello? No había vivido un día tan nefasto como ese en los treinta y dos años que llevaba en aquella oficina.

Por un momento estuvo tentado de marcharse. Por un instante dudó si hacerlo; si mandarlo todo a paseo. Irse a casa y pasar la noche tranquilamente delante de la tele hasta quedarse dormido. Como cada noche.

Pero no pudo.

Aquella era su oficina. Su sitio. Su feudo. No podía venir un don nadie a violar su sagrado lugar de trabajo. Una furia desconocida le invadió el pecho.

—Llega tarde. ¡Ya se la han llevado! —gritó. Fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Algo que le quitaría al viejo esa expresión de autosuficiencia y estúpida felicidad que lo estaba poniendo de los nervios.

El viejo frenó en seco y se giró hacia él.

Ya no sonreía.

Y eso fue un error. Porque entonces Alfred se dio cuenta de que cuando aquel viejo no sonreía, desprendía un aura extraña y amenazante, de puro terror concentrado. Y toda la furia que Alfred creía haber tenido se evaporó en ese instante. En ese fugaz momento en que el viejo volvió a hablar con una boca que, superando todo lo que el subdirector podría haber creado nunca con su escasa imaginación, parecía llena de dientes afilados, como la boca de una piraña:

—¿Qué se supone que significa eso?

Alfred retrocedió un paso en dirección a la puerta.

—Vinieron unas personas…

—¿Qué personas? —El viejo dio un paso. Uno solo. Y de repente estaba pegado a Alfred. Muy cerca de él. Oprimiéndole el pecho con el bastón de forma dolorosa y cruel. Alfred trató de retroceder, pero tras él estaba la puerta. Cerrada.

Él no la había cerrado.

—¿Quién…? —Pero no pudo continuar. Porque notó que no estaban solos. Había algo. Muchos algos. A su alrededor. No podía verlos más que por el rabillo del ojo. Unas figuras oscuras y feas. Bajitas y llenas de dientes. Decenas. Algunas sonreían y cuchicheaban entre ellas con voces chillonas e infantiles.

—¿Qué personas? —repitió el anciano.

—Un viejo con una maleta roñosa y un chico sin un brazo —susurró Alfred, mientras notaba que aquellas cosas estaban sobándole

la ropa. Registrando sus bolsillos.

—Abraham. —El tono lleno de rencor con el que Malvin pronunció el nombre hizo comprender a Alfred que su mal día, contra todo pronóstico, apenas acababa de empezar—. Así que ese asqueroso ha estado aquí y se ha llevado a la chica.

Alfred asintió sin atreverse a decir nada.

—Bueno —siguió Malvin—, nos encargaremos de eso en un momento. Seguro que usted es una persona seria y concienzuda y guarda un archivo de direcciones y teléfonos con todo lo que necesitamos. —Volvió a sonreír y Alfred sintió cómo el corazón le golpeaba dolorosamente el pecho—. Pero, primero, ya que hemos empezado con mal pie, me gustaría saber una cosa. —Malvin agachó la cara y puso la oreja en el pecho de Alfred, que apenas se atrevía a respirar—. ¿Suele tener pesadillas cuando duerme, Alfred? Estoy seguro de que sí. Lo he olido en cuanto he entrado.

Al subdirector ni siquiera le extrañó que el viejo supiera su nombre.

Las criaturas que rodeaban a Alfred comenzaron a gorgotear, excitadas.

Malvin golpeó con suavidad el pecho de Alfred, escuchando con atención.

—¡Toc, toc! ¿Quién camina tip tap por la calle de los sueños perdidos? —dijo con voz cantarina.

Y cuando al otro lado de la carne alguien respondió, Alfred decidió que era buena idea desmayarse, y así se libró de que lo último que viera en vida fuera esa cosa horrible y monstruosa que le nació del pecho abriéndose paso a mordiscos y manchando su adorada e impoluta moqueta del hall con todo el contenido de sus tripas.

su hamburguesa. Parecía a punto de llorar, y a la vez tenía una mirada fiera en el rostro.

—No estoy loca, ¿verdad?

—No. —El anciano la miraba fijamente—. No más que cualquiera.

—Esa cosa era real. Estaba allí.

—Sí.

El bar se llamaba La hora del Oremus, y a esas horas de la noche estaba casi vacío. El viejo tomaba té y el chico se comía otra hamburguesa, pero con calma.

—Me dijo cosas… Cosas horribles —murmuró la chica con tono de rabia—. Dijo que había jugado con Erika. Que la había arrastrado hasta allí y…

—No te fíes de lo que pueda decir un bicho como ese. Sólo buscan herirte.

—¿Quiere decir que no obligó a suicidarse a mi amiga?

—No lo sé —dijo el anciano—. Puede que sí o puede que no, sólo digo que él sabía que hablar de eso te dolería, y por eso lo hizo.

—¿Para hacerme daño?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque podía.

Gris lo fulminó con una mirada incrédula.

—Pedir explicaciones a esas… cosas no lleva a ningún sitio —siguió el anciano—. No tienen un objetivo más allá de… divertirse.

—¿Quiere decir que le parecía divertido reírse de mi amiga muerta?

—Sí. Eso es lo que digo. —El viejo cogió su taza y pegó un buen trago.

Gris observó a Half y a Abraham con suspicacia.

—Vale. ¿Cuál es vuestro rollo?

Abraham miró a Half, este se encogió de hombros y, finalmente, el viejo sacó una tarjeta vieja y arrugada del bolsillo y se la dio a Gris.

ABRAHAM DE GREY

«Coleccionista de objetos raros»

Debajo ponía un número de teléfono y nada más. Gris se la devolvió.

—¿Objetos raros? No entiendo nada.

—Si decimos que también coleccionamos seres raros, la gente se

pone nerviosa —dijo el chico.

—Ah, eso me cuadra más. —Gris volvió a atacar con ansia la hamburguesa.

—Si comes tan deprisa, al final te sentará mal. —Half le pasó una servilleta, porque Gris se había manchado de kétchup la barbilla.

Gris no dijo nada; se limpió, intercaló un trago de Coca Cola y un puñado de patatas y siguió a lo suyo.

Abraham bebía lentamente de su taza humeante y observaba a la chica con atención.

—Llevas tres días desaparecida. ¿No quieres llamar a tus padres?

—Soy huérfana. —Lo dijo en tono seco, y Abraham prefirió no seguir en esa dirección.

—Vale. ¿Dónde vives? —preguntó.

—Tengo alquilada una habitación. Es un piso compartido.

—¿No quieres llamar a ningún compañero de piso?

—No hace falta. No es que seamos muy amigos. Son estudiantes que vienen y van, ahora mismo somos ocho. Vivo allí porque queda cerca del trabajo. —Se encogió de hombros.

—¿Y tienes pareja? —preguntó Half, como de pasada.

—¿Eso importa? —Gris le clavó la mirada hasta que el chico sin brazo bajó la vista, negando con desdén y un poco avergonzado.

Ella dejó la hamburguesa a un lado.

—No penséis que soy una maleducada ni nada de eso; os estoy muy agradecida por haberme sacado de aquel sitio. —Su voz sonaba ronca y dolorida; se chupó los dedos manchados de grasa—. Estaba acojonada. Me quedé afónica de tanto gritar. Empezaba a pensar que la palmaría allí abajo. —Se quedó unos segundos meditando aquello, luego dijo—: ¿Cómo supisteis que estaba allí?

—El uróboros… —empezó Abraham.

—¿El qué?

—La cosa que te tenía secuestrada —terció Half—. Es un bicho muy predecible. Suele construir un nido-trampa cerca de donde caza. Vimos tu ordenador. Sabíamos que no habías vuelto a casa. Así que supusimos que seguías allí, aunque no sabíamos si estabas viva o muerta.

Gris hizo un gesto al camarero para que le trajera otra Coca Cola.

—¿Y qué era esa cosa? ¿Uno de esos seres raros que coleccionas?

Abraham asintió a medias.

—Es un… —El viejo esperó a que el camarero dejara la lata y se alejara—. Un demonio de la energía. Un ente del caos. Ya sé que suena a fantasía y no te pido que lo creas…

—Me ha tenido tres días allí abajo. Te aseguro que existe. Lo he visto.

—Lo curioso —siguió el viejo— es precisamente eso. Que lo vieras.

No son tangibles. Son seres del Entremundo. No se pueden ver así como así. Es raro que tú puedas hacerlo.

—Bueno, en realidad sólo lo he visto a medias; mirarlo de frente me producía dolor de cabeza, más bien lo intuía cuando se movía cerca, por el rabillo del ojo. Pero él también lo vio. —La chica señaló a Half—. Estaba allí conmigo.

—Yo llevaba unas gafas con cristales forjados en el Entremundo. —Half sacó las gafas de la chaqueta y las dejó en la mesa—. Si no, tampoco lo habría visto.

—Y también pude ver tu brazo. Aunque ahora veo que no tienes. Estaría alucinada o yo qué sé —añadió la chica mientras volvía a coger la hamburguesa.

Half tuvo un ataque de tos al atragantarse.

—¿Qué? —Se señaló el muñón—. ¿Viste este brazo?

—Sí; era extraño… Como transparente. Y con él agarraste a la cosa aquella por el cuello.

—Joder. —Half se quedó mirando a Abraham con intensidad.

El viejo se había quedado blanco. Su tez, ya de por sí cetrina, había pasado a un tono lechoso, como si la cena le hubiera sentado mal. Sintió un doloroso pinchazo en el pecho y los dedos de la mano izquierda se le durmieron al instante, pero no dijo nada. No dejó que los sentimientos y pensamientos que le inundaban a toda velocidad la cabeza asomaran a su cara. No podía dejar que Half se diera cuenta. Aquello lo sobrepasaba.

Abraham se levantó.

—Voy a hacer una llamada, ahora vengo. Chaval, vigila la maleta. —Cogió su chaquetón con el rostro descompuesto y salió del bar.

—¿Qué pasa? —preguntó Gris, extrañada.

—Nosotros podemos ver a esos bichos gracias a esto. —Señaló las gafas—. Pero no podemos ver fantasmas. Vibran de forma diferente. —Gris puso cara de extrañeza—. Viven en otra dimensión.

—No comprendo —dijo la chica.

—Yo no soy muy bueno explicando estas mierdas. Abraham es el experto. A ver cómo te lo cuento… —Se quedó pensando un momento antes de seguir—: Nosotros vivimos aquí. —Half señaló la mesa—. En esta realidad. Nuestra realidad, el mundo humano y normal. Pero hay otras realidades. Otros mundos. No sabemos cuántos exactamente, pero tenemos noticia de algunos. Por ejemplo, los demonios, al menos algunos, como el uróboros, viven en el Entremundo. Ellos pueden actuar en nuestra realidad, y nosotros en la suya, pero nos cuesta vernos. Y luego están los fantasmas. Esos están en el Ultramundo. A menos que ellos quieran que los veas, nadie puede verlos. Y eso es un problema para cazarlos. Yo puedo escucharlos, pero sólo cuando quieren hablarme. Pero hasta que tú has llegado no conocía a nadie

que pudiera verlos.

—Pero yo no he visto ningún fantasma.

—¿Y qué crees que era mi brazo?

—Mira, chaval…

—Half —dijo con tono ligeramente irritado—. Sólo Abraham me llama «chaval».

—Vale, Half. A mí no me gusta este rollo friki, ¿vale? He visto lo que he visto, y si vosotros también lo habéis visto es genial, porque eso quiere decir que no estoy loca, pero no quiero que de repente empiecen a salir cosas raras por todas partes. Y, por todo lo que me estáis contando, es como si de repente el mundo estuviera lleno de estas cosas.

—Lo está.

—Vale, pero yo no quiero saberlo. Sólo quiero seguir con mi vida. Buscar otro trabajo y olvidarme de todo esto y no ver nada más. Nunca.

—Eso no vas a poder elegirlo.

—¿Por qué? —preguntó Gris, desesperada.

—Porque los has visto y, si los ves, eso quiere decir que ellos te ven a ti. De hecho, esa cosa fue a por ti porque te sintió. Fue como si lo atrajeses.

—No me jodas. ¿Ahora resulta que le gusto a ese bicho?

—No en ese sentido. —Half parecía incluso ofendido—. Nosotros… La gente que puede intuirlos, o verlos como en tu caso, vibramos de forma parecida a ellos. Si alguna de esas cosas pasa cerca… siente atracción por nosotros.

—Como las mariposas por la luz.

—Sí. Y normalmente, como ellas, también se queman —sentenció Half, sonriendo.

CUADERNOS DE ABRAHAM

1984-1986: Breve introducción a los interregnos.

El Hástile: nuestro mundo, tal como lo conocemos. Donde habitamos los humanos y todas las criaturas biológicas. Por su porosidad pandimensional, es el eje donde los otros tres mundos conocidos suelen converger en ciertos momentos y lugares. Aunque los humanos difícilmente ven o perciben el resto, los otros tres reinos sí que son conscientes del Hástile. Esto provoca conflictos, ya que se considera al Hástile un lugar de importancia estratégica. Aunque, inconscientes de ello, los humanos viven en un precario equilibrio entre mundos enfrentados.

El Entremundo: allí donde se mueven los seres nacidos de la oscuridad y las criaturas no tangibles. Un vasto y desierto páramo de tinieblas infinitas poblado por seres informes y, en la mayoría de casos, sin raciocinio. Lamentablemente, unas pocas criaturas abyectas que provienen del Entremundo no sólo son conscientes de su propia existencia, sino que descubrieron los puentes al Hástile y se convirtieron en parásitos del mundo humano. La mayoría apenas obedece al impulso del caos primigenio del Entremundo.

Luego están los Siete y su progenie, que llevan tantos siglos entre los humanos que han desarrollado una horrible inteligencia que los hace, si cabe, más peligrosos. Y por desgracia, casi humanos.

Y, por último, los ángeles caídos. Fueron desterrados al Entremundo por los de su raza. Cuando se descubrieron los puentes al Hástile se fugaron a la Tierra, y desde entonces buscan la manera de regresar a su propio reino.

El Ultramundo: el lugar donde trascienden algunas de las almas de los humanos, ángeles y demás seres dotados de una. Poco se sabe de este interregno. Allí habitan lo que los humanos llaman fantasmas. La mayoría sólo son restos energéticos de lo que alguna vez fue un ser. Sin inteligencia ni voluntad, apenas una imagen. Un recuerdo. Una fotocopia de algo. Sólo algunos, los más obstinados y tenaces, consiguen trascender a este estado con algo parecido al raciocinio. Esto de por sí no quiere decir que sea algo bueno. O malo. Ni siquiera racional al modo humano. Los fantasmas tienen sus propias prioridades, que poco tienen que ver con las humanas.

El Reino de los ángeles o Reino Celeste: de allí fueron expulsados los ángeles que viven en la Tierra, que se convirtió en su «prisión

encarnada». Ellos apenas hablan de su reino. Creemos que, cuanto más tiempo pasan los ángeles expulsados en la Tierra, más «humanidad» los intoxica, y eso hace menguar sus poderes e incluso puede revertir su inmortalidad. Además, su encarnación los hace estériles y no pueden reproducirse en el Hástile. De ahí la obsesión de la mayoría por regresar a su dimensión.

Oniria: apenas se sabe nada de este lugar. Sólo que Malvin salió de allí. Que actualmente es un lugar devastado y que su ruina fue cosa del Reino de los Ángeles.

se encendió un cigarro mientras esperaba que respondieran al otro lado de su viejo y anticuado Nokia 3110. Tenía los dedos acartonados, y el dolor del pecho parecía que remitía un poco, pero seguía ahí, como un pinchazo helado.

—Querido, son las cuatro de la madrugada. —Fue lo primero que escuchó cuando al fin respondieron a su llamada. El interlocutor no parecía enfadado. Sólo informando de algo obvio.

—Me sabría mal si fuera cualquier otro, pero sé que tú no duermes. No sabes lo que es eso. —Abraham dio una única calada al cigarro, tosió con desagrado y luego lo lanzó al suelo y lo aplastó con el pie.

—Aun así, es una descortesía por tu parte. —La voz sonaba suave y afectada, pero escondía un poso irritante de condescendencia.

—Tenemos un uróboros.

—Oh, qué emocionante. —El tono de voz no parecía emocionado en absoluto—. Hace tres años que no cazas uno. Tertium se enfadará un poco, y eso me agrada. Aun así, te rogaría que esperaras a horas menos intempestivas para darme estas noticias.

—Además hay un problema. —Siguió Abraham sin hacerle mucho caso—. Muy grande.

—Cuéntame.

—Por teléfono, no. No sé quién más puede estar escuchando.

—Oh, vaya. —Ahora había algo más en la voz. Curiosidad—. ¿Tan grande es?

—Desde 1979 no has visto uno tan grande.

Entonces la voz cambió. El tono se hizo grave y profundo.

—No bromees conmigo, Abraham.

—Nunca lo haría, Gabriel. No me gusta bromear con ángeles, porque no tenéis sentido del humor.

—Ven. Ahora. Y hablemos.

Abraham colgó el teléfono y lo guardó en su viejo abrigo. En ese momento vio a Gris salir del bar, acompañada de Half. Este se acercó a él y le entregó la maleta.

—Al final he pagado yo, me debes una cena.

—Bueno… A la próxima invito yo, y que sea un sitio caro. ¿Te parece?

—Me parece. —El chico señaló a Gris—. Y ahora ¿qué vamos a hacer?

Abraham observó a la chica con gesto serio y meditabundo.

—¿En tu casa habrá gente ahora? —le dijo.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Eso importa?

—No es seguro que estés sola. Al menos por un tiempo. Ese bicho no va a hacerte nada más, pero tiene amigos, algunos de carne y hueso. Y quiero estar seguro de que no van a por ti.

Gris soltó un suspiro que indicaba que todo aquello no le entusiasmaba nada.

—En mi casa siempre hay gente.

Abraham se giró hacia Half y se apartó un poco de Gris para hablar con él en voz baja.

—Acompáñala.

—Eh, no necesito ningún machito guardaespaldas, sé cuidarme sola —dijo ella, que había intuido lo que decía el anciano.

—No es por… No somos buenos samaritanos. Creo sinceramente que lo que te ha pasado puede repetirse—le dijo él en voz alta.

—¿Y crees que es buena idea separarnos? —Half parecía preocupado.

—No lo sé —contestó el viejo, murmurando de nuevo—. Pero tengo que ir a ver a alguien que igual nos puede ayudar, y no podéis venir. El uróboros… Puede que supiera lo que es ella, o puede que no. Si lo sabe, la cosa se va a poner muy fea. —Abraham sujetaba la maleta con fuerza y parecía hablar solo—. Y puede que sea peligroso que yo sepa dónde estáis.

—¿Qué? —Half parecía confuso—. ¿Qué se supone que es ella? ¿De qué hablas?

El viejo le puso la mano en el hombro con impaciencia.

—Es difícil de explicar. Es mejor que la acompañes y, si puedes, te quedes allí vigilando. —Sacó de su chaquetón un pequeño cuaderno de notas forrado en piel, dobló un par de páginas y se lo entregó a Half—. Llévate esto. Es mejor que lo tengas tú. Si la cosa se pone fea, largaos lejos y léelo. Todo, pero presta atención a las anotaciones que he marcado.

Half no parecía entusiasmado con la idea, pero afirmó con rotundidad al ver la cara de preocupación del anciano. Cogió el cuaderno; en su portada, escrito con la apretada caligrafía del viejo, se leía: «Cuadernos de Abraham 1970-1980».

Le echó un vistazo a Gris, que en ese preciso momento los miraba de reojo, y se guardó el cuaderno en la chaqueta.

—Tienes que estar alerta, chaval. —Abraham parecía más viejo y vulnerable.

—Lo estaré, cuenta conmigo.

—No tienes ni idea de lo que nos jugamos aquí. —El viejo pegó la maleta a su costado inconscientemente—. Ahora voy a pedirte un favor. Es un poco extraño, pero tienes que prometerme que lo harás.

—Dispara.

—Es posible que esta noche o mañana por la mañana te llame preguntándote dónde está la casa de Gris. —Abraham le entregó su viejo Nokia 3110, que tenía todavía un par de rayas de batería—. Es muy importante que no me lo digas, por mucho que yo insista.

—No lo entiendo. —Half parecía confuso.

—No tienes que entenderlo ahora, lo entenderás cuando leas el cuaderno. —Abraham estaba nervioso e irritado—. Mira, es importante. Sólo hazlo. No confíes en mí. Y, si nos vemos, fíate de mí únicamente si estoy solo. Si veis a alguien conmigo, huid. Eres listo, te las apañarás. No puedo decirte más por ahora.

Y, dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó.

CUADERNOS DE ABRAHAM

1970-1980

Notas varias 1978/80

Capítulo 5: Del origen, de la mitología y de la realidad.

A los ángeles y los demonios no les gusta que se sepa de ellos. Es cierto que todo el mundo sabe de ellos, pero con el tiempo han conseguido que se piense que son sólo parte de la mitología. Y lo cierto es que gran parte de lo que la gente cree saber es mitología.

Ni siquiera les gusta que se los llame «ángeles» o «demonios»; esos son nombres que les han dado los hombres y ellos los consideran peyorativos, por lo que sólo se recomienda su uso si hay la suficiente confianza para ello.

Según mis estudios y lo que me han corroborado algunos de ellos, hace aproximadamente cinco mil años que llegaron al Hástile y, en los primeros tiempos, las dos especies se mostraban sin problema y se relacionaban con los humanos. Luego, el hombre, «debido a su ingente número y su belicosidad demostrada», se lanzó al exterminio de todos los encarnados de ambas razas.

De aquellos apenas quedan unos pocos supervivientes. Y no suelen mostrarse muy colaboradores.

El motivo de su exterminio: desconocido. Cuando se pregunta a unos u otros, suelen divagar sobre la maldad intrínseca del ser humano. Jamás oirás que un ángel o un demonio cuenta lo que pasó en realidad.

¿Y qué pasó en realidad?

Mi conclusión:

El hombre se cansó de estar bajo el yugo de otras razas y se rebeló contra ellas.

Y ganó la guerra. Una pura cuestión numérica. Los humanos se multiplican y ellos no.

Pero esa es sólo mi opinión.

¿Qué decir de los ángeles?

Lo primero y esencial es que pueden sacarte la verdad con sólo pedírtelo. Y, además, en su presencia uno tiene el extraño impulso, difícil de contener, de caerles bien, de ser su seguidor. Cuando se lo proponen, los ángeles crean un efecto «fanático» que te vuelve un incondicional de su persona. Tu único fin en la vida es agradar. Servir. Al menos mientras estás en su embriagadora presencia.

De ahí su buena imagen residual entre los hombres. Todo el mundo piensa que los ángeles son, por definición, «buenos». Pero la realidad es bastante diferente. Cualquier ángel puede generar de la nada ejércitos de seguidores en muy poco tiempo.

Así, no es de extrañar que algunos de los más grandes dictadores de la historia fueran ángeles encarnados. Hay documentos que lo prueban.

Lo bueno es que apenas quedan unos pocos en todo el mundo. Y, además, se odian cordialmente entre ellos.

¿Qué decir de los demonios?

Nada se puede decir de ellos que tenga algún sentido. Y, si lo tiene, es porque se han humanizado tanto en su versión encarnada que han cogido los mayores defectos de la gente y los han adoptado con verdadera pasión.

Sobre los que se mantienen en su forma etérea no voy a entrar a discutir. Sólo se mueven en función de dos cosas: la progenie a la que pertenecen y el caos que puedan generar.

Es cierto que, durante la Gran Guerra, contar con Uno fue determinante para llegar al armisticio; sin embargo, Tertium luchó del lado de Malvin, y, cuando todo acabó, Uno no quiso castigarlo. Los conceptos humanos de lealtad, honor… no significan nada para ellos. Al menos, los ángeles tienen propósitos: conquista, dominación, regreso a casa.

Podría decirse que los demonios están aquí sólo porque les divierte.

rebuscaba en la chaqueta las llaves del portal.

Half observó el interior del edificio a través de los cristales sucios de la puerta.

—¿En qué piso vives?

—En el segundo. —Gris encontró finalmente las llaves, liadas con los auriculares de su móvil, y consiguió abrir la puerta. Le hizo un gesto cansado al chico sin brazo para que la siguiera—. El edificio es antiguo, no hay ascensor y las zonas comunes están hechas polvo, pero el piso es enorme; tiene dos comedores, lavabos en todas las habitaciones… Y entre ocho sale tirado de precio.

Half la siguió escaleras arriba.

—¿Se enfadarán si me quedo un rato?

—¿Enfadarse? —Gris se volvió a mirarlo con una sonrisa agotada mientras subía lentamente las escaleras en dirección al segundo piso —. Es posible que haya tanta gente que ni siquiera se den cuenta de que estamos. Lo único que espero es tener suficiente agua caliente para poder ducharme y que no hayan vuelto a petar la puerta de la habitación para robarme compresas.

—Parece un sitio muy divertido.

—Cuando quieres paz y tranquilidad lo odias. Créeme. Pero es lo único que podía permitirme con la mierda que pagan en… —Por un momento se quedó bloqueada al recordar—. Pagaban, ya sabes.

Half asintió, comprensivo.

Llegaron a la segunda planta y Gris se maravilló del silencio que imperaba en el piso al abrir la puerta.

—Parece que la cosa está muy calmada.

—Mejor. Así podrás descansar. —Half echó un vistazo al interior. Había una luz encendida al final del pasillo y se veían destellos de un televisor. Una de las compañeras de Gris se asomó a verlos. Llevaba un pijama de Pokémon y una consola portátil en la mano.

—¡Hola, Gris! —El tono de falsa alegría extrañó a los recién llegados.

—Ah, hola, Ayna. —Gris sonrió incomoda a la chica—. ¿Estás sola?

—No. Loren está aquí conmigo. —La susodicha, también en pijama y con una enorme taza de café humeante en las manos, se asomó al pasillo y saludó efusivamente—. ¿Quién es tu amigo?

—Ah, es Half. Estas son Ayna y Loren. —Las dos jóvenes le sonrieron sin decir nada. Half devolvió el saludo con un levantamiento de cejas. Fue un momento extraño e incómodo. Gris se fijó en las

puertas cerradas del pasillo—. ¿Y el resto de la tropa?

—Están durmiendo —dijeron a coro.

Gris hizo señas a Half para que la siguiera hasta su habitación mientras las compañeras de piso los observaban sin moverse del sitio.

La habitación de Gris era un sitio amplio con libros y revistas apilados por todo el suelo. Pegado a un lado había un escritorio lleno de papeles y platos usados. En la pared contraria, una gran cama deshecha y, junto a un pequeño balconcito, un sofá enorme y viejo con un montón de ropa sucia encima.

—No esperaba visitas, siento el desorden.

—A mí no me importa. Yo vivo en el sótano de la casa de Abraham. Con la lavadora y la tabla de planchar. De hecho, es la habitación de la colada; yo sólo soy un invitado. —Se encogió de hombros con total tranquilidad, sin avergonzarse, simplemente hablaba a modo informativo. Gris sonrió. Aquel chaval comenzaba a caerle bien.

Half se acercó al sofá, apartó un montón de ropa, la dejó en el suelo y se sentó en el espacio liberado.

—¿No tienes familia? —preguntó Gris mientras rebuscaba entre la ropa apilada algo que estuviera medio limpio. Para seleccionar iba oliendo camisetas y las iba descartando lanzándolas sobre la cama.

Half puso cara de circunstancias y lo pensó un poco antes de hablar.

—Sí. Tengo madre, pero no me llevo muy bien con ella. Hace años que no nos vemos. Y supongo que mi padre estará en alguna parte, pero ni sé dónde ni me importa mucho ahora mismo.

—Siento haber preguntado.

—No hay problema. ¿Qué me dices de ti? Has dicho que eras huérfana, ¿no?

Gris asintió con indiferencia.

—Yo no sé ni quiénes son. O si están vivos.

—Si quieres saberlo, sólo tienes que preguntarlo. Tengo el don de la clarividencia, y sólo con concentrarme podría decirte sus nombres y dónde están. —Half lo dijo mirándola directamente a los ojos.

—¿Lo dices en serio? —Gris estaba atónita.

—No. —Half cogió una revista del suelo y comenzó a ojearla con gesto de dignidad fingida —. Sólo quería hacerme el interesante. Lo del brazo fantasma no suele impresionar mucho rato a las chicas.

Los dos se miraron un instante y soltaron una carcajada al unísono.

Finalmente, Gris se decidió por unos pantalones tejanos y una camiseta de Crematory, que parecían estar dentro de un rango aceptable de limpieza, y se dirigió a la puerta del lavabo de su habitación.

—Voy a darme una ducha rápida y vuelvo.

—Aquí estaré.

Gris entró al lavabo y cerró la puerta. Al cabo de poco se escuchó el ruido del agua al correr.

Un par de minutos después, Ayna, la compañera de piso de Gris, entró en la habitación. Llevaba un cuchillo de grandes dimensiones en la mano y seguía mostrando una sonrisa falsa.

—¿Hola? ¿Gris? ¿Estás aquí, cariño? Tengo que contarte una cosa importante. —Su voz sonaba diferente. Chillona y aguda. Casi como la de un niño, infantil y cruel.

Pero Gris no podía escucharla desde la ducha.

Y en el sofá no había nadie sentado.

llegó al jardín de la mansión de Gabriel con la sensación de estar siendo manipulado.

Se dio cuenta de inmediato de que había sido un error tremendo confiar en que los ángeles pudieran ayudarlo con Gris. ¿Cómo había llegado a semejante conclusión? ¿En qué había estado pensando? No era capaz de centrar las ideas, se sentía embotado y torpe.

Gabriel lo había visto llegar por el camino de acceso a la casa y lo estaba esperando en la puerta. Y aunque el viejo llevaba preparados en el bolsillo un par de tapones de cera por si tenía que huir de mala manera, el ángel ya había previsto algo así y lo invitó a pasar antes de que Abraham pudiera siquiera llevarse las manos a los oídos. Así que no le quedó otra opción que obedecer.

—Hola, Abraham. —Gabriel cerró la puerta tras el viejo y le señaló un mullido sofá de tres plazas ubicado en el enorme hall junto a una chimenea barroca y recargada donde ardían un par de leños. Gabriel se sentó a su lado y cogió una de las manos arrugadas del anciano entre las suyas. Su rostro era bello y atemporal, a excepción de una larga hendidura cicatrizada en la frente que le añadía un toque siniestro a la perfección del conjunto y que le provocó un escalofrío a Abraham—. Cuéntamelo todo.

Y Abraham, maldiciéndose por ello, así lo hizo.

Una vez terminado el relato, el ángel se levantó y comenzó a pasear por la estancia con impaciencia, observando la maleta que descansaba a los pies del anciano.

—¿Quieres averiguar si el uróboros sabe a quién ha atrapado? ¿Si la negorith es su misión o sólo casualidad?

El anciano asintió, mirando al suelo.

—La casualidad no existe. La progenie de los Siete no se muestra tan abiertamente a los humanos si no es por un objetivo importante. Tertium vuelve a jugar al despiste mientras le allana el camino a Malvin. —Gabriel parecía perdido en sus pensamientos—. Me encantaría borrarle a ese demonio la sonrisa estúpida que siempre lleva en la cara.

—Malvin tiene que obedecer a Uno. Firmó el armisticio —lo cortó Abraham.

—Y, si lo rompe, quiere decir que va a ir a por todas —siguió el ángel; con un gesto le indicó que abriera la maleta y le entregara la botella—. Y eso es peligroso.

Abraham abrió ligeramente la maleta. No quería mostrarle su contenido a Gabriel. Este siempre había mostrado curiosidad por lo

que había dentro, y Abraham no quería que aquella curiosidad se tornara en exigencia. Sacó la botella. El ángel miró la maleta con expresión codiciosa, pero no dijo nada. Observó cómo el viejo, tras sacar el recipiente donde estaba encerrado el demonio, volvía a cerrarla con sumo cuidado. Después, se lo entregó a Gabriel. Y este se quedó mirando el contenido de la botella al trasluz, con una cierta avidez en el rostro que le descompuso el estómago a Abraham. Dentro del frasco, un humo negro y espeso giraba formando remolinos diminutos. El uróboros.

El ángel cogió la botella con las dos manos, como si tratara de calentarla, y comenzó a murmurar palabras en un idioma extraño y gutural que Abraham sólo había escuchado en muy contadas ocasiones. Y, mientras lo hacía, aquel humo iba condensándose, ralentizándose. Haciéndose denso y oscuro hasta parecer más un vino negro y espeso que formaba remolinos dentro de la botella que el humo que había contenido hasta ese momento.

—Deberíamos hablar con Uno. Que compruebe que Malvin sigue cumpliendo lo acordado.

—Según tengo entendido, Tertium es ahora el portavoz de la progenie. —Gabriel observó el interior del recipiente—. Estas botellas del náufrago son magníficas. ¿Cuántas te quedan?

—Suficientes —dijo Abraham a regañadientes.

—Algún día puede que necesite alguna, espero que aún conserves.

Gabriel agitó la botella hasta que, en un arranque, quitó el tapón y se bebió todo el contenido de un solo trago. A continuación, lanzó la botella vacía contra el interior de la chimenea, donde se hizo trizas en una llamarada verde. Después se quedó meditando unos segundos con la mirada perdida en el fuego, paladeando el sabor de lo que acababa de pasar por su garganta.

—Lo sabía. Y se lo ha dicho a ellos. —Gabriel parecía contrariado —. Hay que evitar a toda costa que ella caiga en sus manos. ¿Podrías llamar a Half? ¿Hacer que venga con la chica aquí?

—Les he dado mi móvil, es irrastreable, y les he dicho que si los llamo no me digan dónde están. —Abraham sudaba copiosamente al tratar de evitar revelar más verdad de la necesaria para sus intereses. Su lengua trataba de ir un poco más allá. De agradar más y mejor, pero su cerebro había liberado lastre siendo sincero sin entrar en detalles, y así trataba de evitar dar más datos.

—Eso ha sido un movimiento inteligente por tu parte. —El ángel le dio unas palmadas fraternales en el hombro—. ¿Y si los llamo yo? No puedo controlarlos por teléfono, pero podría intentar convencerlos de que vengan aquí. ¿Ese chico sabe de ángeles?

—Lo suficiente —masculló Abraham.

—Entonces jamás se fiará de mí, ni querrá verme en persona.

Gabriel se acercó a un pequeño mueble de la entrada y sacó un móvil de entre un montón de modelos viejos que tenía allí guardados. Se lo lanzó a Abraham, que lo cogió al vuelo.

—Es para tenerte localizado —dijo el ángel—. Así, si hay novedades, podrás llamarme al instante. Lo harás, ¿verdad?

Abraham asintió apretando los dientes y se guardó el teléfono nuevo en el bolsillo.

Gabriel dejó la mirada perdida en el fuego. El uróboros corría por sus venas, diluyéndose, pasándole toda la información que había acumulado sobre la negorith. Se fijó en el rostro tenso y malhumorado de Abraham.

—Te estás preguntando por qué has tenido que venir a contármelo tan de repente, con las pocas ganas que tenías de hacerlo. —Gabriel le sonrió. Una sonrisa franca y luminosa que hizo que Abraham se la devolviera inconscientemente—. Lo siento, querido, no te culpes por ello. No has podido evitarlo. Después de la guerra te ordené que si alguna vez encontrabas de nuevo una negorith me informaras de inmediato. Puede que tú no lo recuerdes, pero tu subconsciente sí. No me gustaría que Malvin la encontrara, como hizo con la última. ¿O es que tal vez prefieres que el viejo Milburn Pennybags[1] la corrompa también?

Abraham negó, horrorizado.

—Entonces ¿por qué me la escondes?

—Porque sé lo que quieres hacer con ella —dijo el viejo casi sollozando—. Y no es mucho mejor que lo que pretende Malvin.

—Oh, querido. —Gabriel se acercó al fuego de la chimenea, que cada vez era más escaso—. Sólo quiero protegerla. Cuidarla. Lo mismo que tú. Y con la motivación adecuada, quizá podamos hacer que localice la Sincronía. Y entonces…

—Abrir un puente entre este mundo y el vuestro. —Abraham lo dijo con asco—. Creí que tú no tenías esa fijación. Que eras distinto a tus hermanos.

—No es lo mismo, Abraham. Ellos quieren volver a casa. Odian este mundo. Yo, sin embargo, adoro esta bola de fango. Sólo quiero reponer energías. Aquí, mi poder mengua… Si vuelvo al Reino Celeste, aunque sea por un instante, mi decadencia desaparecerá y podré volver aquí con el mismo ímpetu de mi juventud.

Gabriel depositó un nuevo tronco en la chimenea y, al atizarlo, las ascuas rojas incandescentes hicieron reaparecer las llamas, y estas iluminaron la burlona sonrisa en el rostro del ángel.

—Cuando era casi un dios —sentenció.

lo había notado en cuanto entró en la casa. Olía ligeramente a pesadillas. Y las compañeras de piso de Gris directamente apestaban a ellas. Ese olor ácido y correoso que había empezado a detectar después del accidente y que indicaba que algún ser de fuera del Hástile rondaba cerca. Y si Gris era lo que Abraham sospechaba, había un ser completamente obsesionado por ella que podía haberla localizado.

No quería asustar a Gris. Por lo que le había contado Abraham, Malvin estaba recluido en su guarida desde hacía años, y era improbable que saliera de allí sin un ejército que lo defendiera. Pero podía haber enviado a alguno de sus pequeños. Half no había visto nunca a uno, pero había oído hablar de ellos. En número reducido eran seres cobardes y mezquinos que siempre trataban de esperar a que sus víctimas estuvieran distraídas e indefensas para atacar. Su principal arma era la posesión; podían controlar a la gente de voluntad débil deslumbrándolos con su mirada, y así usar sus cuerpos como quien maneja una marioneta.

Half pensó que, llegado el caso, podía enfrentarse a uno o dos pequeños sin demasiado problema. Siempre y cuando pudiera llevar cierta ventaja táctica.

Así que, una vez Gris hubo cerrado la puerta del lavabo, el chico sin brazo había salido al pasillo y, tras comprobar que las compañeras de piso habían vuelto al comedor, se había deslizado en la habitación que quedaba justo frente a la de Gris, donde dormía otro de los inquilinos. Entrecerró la puerta y esperó en silencio. En la penumbra, pudo escuchar el ritmo acompasado y profundo de los ronquidos del chico de la cama. Realmente estaba dormido. Al menos parecía que en eso no les habían mentido.

Entonces vio las sombras en el pasillo. Las dos chicas, Ayna y Loren, caminaban silenciosamente en dirección a la habitación de Gris. Half vio sus ojos, brillantes y negros en la oscuridad, y el reflejo de un cuchillo en las manos de Ayna. Así que tuvo que pensar con rapidez en un plan de acción.

Allí su brazo fantasma era inútil, las pesadillas vibraban en una onda diferente a los fantasmas y los demonios, no podría arrancarlas del cuerpo de las chicas. Sin embargo…

Sacó lo más silenciosamente que pudo la ristra de llaves que llevaba colgadas. Entre ellas estaba la diminuta linterna que Abraham le había regalado cuando salió del hospital.

Era vieja, algo oxidada, y estaba hecha de latón barato, pero su

diminuta bombilla había sido «fabricada de luz pura de un resplandeciente amanecer, capturada en ese momento del alba en que uno se despierta aliviado y los malos sueños sólo son un recuerdo desvaneciéndose en la memoria», según decía Abraham, y con ella se podía disolver cualquier pesadilla si uno conseguía deslumbrarla. Aquella linterna había salvado al viejo en más de una ocasión durante la guerra contra Malvin.

La descolgó del llavero. No sabía cuándo había cambiado las pilas por última vez, y se maldijo por ello. Había jugado mucho con aquella linterna, y la usaba cada vez que tenía que ir al baño del sótano de la casa de Abraham para no tener que encender el fluorescente del techo, algo que le molestaba mucho cuando estaba medio dormido.

Si salía al pasillo y resultaba que estaba gastada, estaría a merced de las pesadillas.

¿Cómo saber si todavía funcionaba?

No tuvo que esperar para averiguarlo. Cuando se disponía a sorprender a las pesadillas, notó que había un silencio extraño en la habitación. Algo había cambiado. Y de repente se dio cuenta: ya no había ronquidos, y un tufo de sobras conocido lo invadía todo. Una de aquellas dos pesadillas había abandonado el cuerpo de la chica que poseía y se había colado en la habitación. Al darse la vuelta, completamente alarmado, se encontró con un chico sonriente pegado a su cara. Era enorme, de casi dos metros, y estaba lleno de tatuajes y piercings por todas partes. Sus ojos, brillantes y negros, relucían en la oscuridad e iluminaban la habitación con el color negro del terrorífico sueño perdido de un niño llamado Daniel y, sin embargo, parecía asombrado al ver al chico sin brazo.

—*Eres enorme y poderoso…* —susurró la criatura con una voz aguda y chillona que dolía al escucharla.

—¿Te estás riendo de mí? —le preguntó un extrañado Half.

No dudó ni un segundo en saltar contra la pesadilla antes de que esta lo atrapara con su mirada. Al ser cogido por sorpresa, el gigante se desequilibró y los dos cayeron sobre la cama, con Half ventajosamente encima. Y, mientras el gigante trataba de asfixiarlo echándole las dos manos al cuello, el chico sin brazo procuró no mirarlo directamente mientras trataba de situar la linterna justo delante de los ojos de la pesadilla. Aquella cosa lo estaba estrangulando, y Half comenzó a notar cómo la sangre se le agolpaba en los oídos y el mundo a su alrededor iba perdiendo definición. Su única mano, la izquierda, temblaba de puros nervios y no era capaz de atinar con el pulgar para pulsar el botón de encendido.

Por un segundo pensó en Gris. En la ducha. Ajena a todo lo que estaba pasando. Se la imaginó saliendo envuelta en una toalla y chorreando agua. Extrañada del ruido. ¿Llegaría a decir su nombre

antes de que los pequeños cayeran sobre ella?

Una oleada de furia le centró la cabeza por un segundo y consiguió pulsar el botón de encendido. En ese momento, todo se detuvo. La habitación se iluminó como el día, y la pesadilla, que no esperaba aquello, soltó un débil alarido de sorpresa y agonía. Half notó de repente cómo se desvanecía el hedor que lo había envuelto. Las manos aflojaron la presa sobre su cuello y cayeron inertes a ambos lados del gigante, consiguiendo así que el mundo volviera a centrarse y el aire le llegara de nuevo a los pulmones. El otro chico, desplomado en la cama, volvía a roncar sonoramente, ajeno a todo lo que había pasado.

Half respiró profundamente aliviado. La linterna tenía pilas, y además, tal como le había prometido Abraham, ¡funcionaba como arma!

Pero el momento de triunfo duró poco. Al girarse se dio cuenta de que la otra pesadilla de la casa estaba en la puerta de la habitación observándolo. Con el cuchillo en la mano.

Half se puso en pie con la linterna por delante.

—Vale —dijo el chico sin brazo—. Vamos a bailar.

había estado bajo el chorro de agua un buen rato, hasta que esta comenzó a salir fría. Después de salir de la ducha se secó con tranquilidad, se peinó y se puso la ropa limpia y seca. Se sentía mucho mejor. Parte de su nerviosismo se había ido cañerías abajo.

Al mirarse en el espejo estudió su rostro ojeroso y cansado. Había sido la peor experiencia de su vida. Pero la había superado. Había salido victoriosa.

No como Erika.

Por un segundo las manos empezaron a temblarle y notó con enfado que estaba a punto de llorar. No podía venirse abajo. Hizo un esfuerzo y se tragó las lágrimas, que bajaron saladas y amargas por su garganta. Y respiró hondo.

Quizá aquella cosa horrible había sido la responsable de lo que le había pasado a Erika.

Quizá no había sido un suicidio.

Quizá ahora sí que hubiera una explicación a lo que había sucedido.

Quizá.

El tiempo que estuvo en aquella cueva, aquel sitio húmedo y oscuro, comenzaba a difuminarse en su mente, ansiosa de pasar página y olvidarlo. Pero ella no podía permitirse eso. Aquello tenía que quedarse. Fijarse en su cabeza. La cosa que la había atacado existía. Tenía un nombre. El uróboros. Y olvidarla era sólo un mecanismo de defensa que tenía su cerebro para intentar que no se volviera loca. Pero ella no iba a volverse loca. Y tampoco quería olvidar nada. Intuía que su vida dependía de ello.

Quitó el pestillo de la puerta y salió del lavabo.

salió de la casa del ángel con una profunda sensación de desasosiego y un fuerte pinchazo en el brazo izquierdo. Con el derecho cargaba la maleta, bien pegada a su costado.

Sabía que iba a traicionar a sus amigos. No sabía cuándo ni dónde. Y no quería hacerlo. Pero sabía que no podría evitarlo. Su cerebro lo traicionaría cuando él menos lo esperase. Y eso lo comía por dentro.

La conversación con Gabriel había comenzado a evaporarse justo cuando había traspasado el umbral de la puerta, y cuando llegó al límite del jardín y pasó la verja ya no recordaba absolutamente nada. Sólo quedaba aquel extraño presentimiento de fatalidad. Y aquel dolor en el pecho que irradiaba desde el hombro hasta la mano izquierda.

El frío de la madrugada le despejó un poco la mente. Sacó distraídamente un cigarro del chaquetón y se lo puso en los labios. Después comenzó a rebuscar el mechero en los bolsillos. Cuando finalmente lo encontró, se quedó mirándolo con atención.

Él no fumaba. Le parecía una costumbre asquerosa.

¿Cuándo se había comprado el paquete de tabaco y el mechero?

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordarlo. Había sido un par de días atrás. Estaba desayunando tranquilamente en un bar cercano a su casa y había sentido el impulso de saborear un cigarro al ver la máquina de tabaco. Cuando pagó la cuenta, se acercó a ella y compró el paquete y el mechero. Se los había guardado en la chaqueta como si aquello fuera una costumbre habitual y los había olvidado hasta que había llamado a Gabriel por teléfono en la puerta de La hora del Oremus y, en ese instante, sus manos, como había ocurrido un momento antes, habían tomado la iniciativa. Como si el fumar fuera algo que Abraham hubiera hecho siempre, sólo que lo había olvidado.

Se dio un golpe en el pecho. Porque el dolor iba en aumento, como cuchillas clavándosele en el corazón. Tenía la mandíbula rígida y el brazo izquierdo le hormigueaba de mala manera.

«Vale, dejemos un momento lo del tabaco. Hay algo más importante ahora mismo. Esto es un infarto, Abraham. Eso está claro. Y ahora ¿qué hacemos?», se dijo a sí mismo.

«No puedes desvanecerte aquí. Eso sería un mal chiste. No puedes dejar solo a Half. El chico tiene recursos, pero no tiene la experiencia suficiente. Todavía no».

Sacó el móvil que le había dado Gabriel y marcó un número que se sabía de memoria:

—Jueza —dijo.

—¿Qué tripa se te ha roto para que me llames a estas horas, Abri?

—La voz somnolienta y entre enfadada y asustada sonaba increíblemente bien comparada con la frialdad educada del ángel—. Espero que no estés borracho.

—No me llames Abri. —Sonrió al decirlo. Siempre lo llamaba Abri y siempre lo llamaría así—. Escucha. Estoy en las últimas… Creo que me muero.

—¿Qué? —Ahora sí que sonaba despierta—. No digas tonterías.

—No tengo tiempo para explicártelo —la cortó al notar otra punzada—. Ha aparecido una negorith y el gusano ha vuelto a la partida, pero me he adelantado a él y la negorith está protegida. El chico está con ella; tarde o temprano irán a verte, encárgate de ellos, por favor. Él… no sabe nada. Cuéntale la verdad. Dile lo que pasó. Tú eres la única que lo sabe.

Al final de la calle vio su vieja *pick-up* aparcada; dio varios pasos vacilantes en esa dirección.

—¿Lo harás? Por favor.

Ella se mantuvo unos segundos en silencio.

—Lo haré —dijo al final con un hilo de voz—. Pero tú tienes que volver. No puedes dejarme sola. No con el gusano despierto.

—Lo intentaré —dijo el coleccionista—. Voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Te quiero.

El móvil cayó de su mano al suelo, y allí se quedó. Abraham ni siquiera intentó recogerlo. Renqueando, con náuseas y un sudor frío y pegajoso que le empapaba el cuello, consiguió llegar a la furgoneta y sentarse en el asiento del copiloto. Dejó la maleta en el salpicadero y respiró profundamente, recuperando el aliento.

Le había dado el teléfono a Half, así que no tenía forma de llamar a nadie. Pero también le había dado su agendilla de contactos, y se sintió aliviado ante aquel golpe de suerte.

Siempre podía volver a casa de Gabriel, pero aquella perspectiva le parecía horrible en comparación con sufrir un infarto.

O también podía morirse.

Otra vez.

Y entonces vio claramente la línea de acción a seguir.

No tenía mucho tiempo. Sacó un bolígrafo y el papel de una multa de la guantera. Apoyado contra el salpicadero, aguantándose el brazo izquierdo contra el pecho y sudando con cada pinchazo que le daba el corazón al respirar, escribió con caligrafía temblorosa lo que seguramente sería su testamento.

Después, abrió la maleta de par en par.

le irritaba un poco que Half hubiera salido de la habitación sin decirle nada. No le apetecía nada charlar con Ayna, que se había hecho la tonta al saludarlos, cuando hacía semanas que no se dirigían la palabra, y sobre todo con Loren, que había estado tirándole los trastos a Erika a sus espaldas aun cuando le había confesado lo que sentía por ella.

Pensó en quedarse sentada en el sofá de su habitación y pasar de todo. Dormir un rato, tal vez. El piso estaba extrañamente silencioso, y eso era rarísimo; quizá podía aprovechar y echar una cabezada. Hacía tres días que no dormía en su cama, y lo cierto era que el cansancio acumulado estaba comenzando a pasarle factura. Le dolía todo.

Pero el hecho de que el chico sin brazo estuviera en compañía de esas dos arpías le repateaba la moral. Así que, con paso firme, se dirigió hacia el comedor, donde las chicas habían estado jugando a la consola.

Y allí no había nadie. La televisión y las luces estaban apagadas.

Una imagen escabrosa se formó en su mente.

¿Y si Loren se había llevado a Half a su habitación? Sin saber por qué, aquella imagen le molestó sobremanera. Casi tanto como cuando había estado tonteando con Erika.

Y entonces escuchó un murmullo de voces y movimiento de sillas en la cocina-comedor del otro lado del piso.

Al llegar, la puerta estaba entornada, y sin duda, Ayna estaba allí. Su manía de ducharse, literalmente, en ese apestoso perfume de vainilla que le regalaba su novio la hacía muy fácil de localizar.

Cuando abrió la puerta, no pudo creer lo que vieron sus ojos.

Half y Loren estaban sentados a la mesa del office. Ella, bebiendo café en silencio con gesto embotado, y el chico sin brazo, sujetando una bolsa de hielo que iba comprimiendo contra su hinchado labio inferior. Tenía la cara llena de moratones y arañazos. En la mesa, aparte de tres tazas de café, estaba el móvil de Abraham, un manojo de llaves con una diminuta linterna vieja, el pequeño botiquín de emergencias que tenían en el lavabo comunal y un enorme cuchillo de cocina ensangrentado.

Ayna estaba en pie junto a Half, tratando de ponerle una gasa con esparadrapo en un corte feo que tenía en el cuello. Pero se le enganchaba todo en los dedos, y también parecía algo confusa y desorientada.

—Pero ¿qué…? —Gris no atinó a decir nada más.

El chico sin brazo se giró hacia ella y le sonrió con gesto cansado.

—No pasa nada. Está todo controlado. —Le hizo un gesto de OK antes de volver a ponerse la bolsa de hielo en el labio.

—¿Ha vuelto aquella cosa? ¿Nos ha seguido? —Gris se acercó en dos zancadas y desplazó con un gesto brusco a Ayna, que se sintió aliviada al dejar de hacer de enfermera improvisada.

Half negó con vehemencia.

—No. Ha sido otro tío; Malvin. Pero se ha largado. No te preocupes.

Gris cortó otro pedazo de esparadrapo, puso un trozo de gasa en medio, cogió un bote de antiséptico medio lleno y lanzó un buen chorro sobre la gasa.

—¿Y quién es? ¿Qué quería?

—Pues la verdad es que es una verdadera pesadilla de tío —murmuró Half—. Y supongo que venía a por ti. Como aquella cosa.

Gris se quedó mirando a Half con expresión de alarma.

—¿Volverá?

—Esta noche no creo. —Half lo dijo mirando la hora en el reloj del móvil de Abraham.

Gris se fijó en que el cuello de Half estaba lleno de moratones, como si alguien lo hubiera intentado estrangular:

—Puede que esto te duela —dijo al a tapar el feo corte con las gasas.

—Tranquila. —Half sonrió al decirlo, lo que hizo que le doliera el labio hinchado, pero no dejó que Gris se diera cuenta. Dejó la bolsa de hielo a un lado y pegó un trago a la taza de café.

—¿Cómo ha entrado? —Gris miró a sus compañeras de piso, que le rehuían la mirada—. El tipo ese. Malvin.

—Ya estaba dentro. Sólo que ellas no lo habían visto. —Half cogió de nuevo la bolsa de hielo y se reclinó en la silla. Se puso la bolsa en un chichón de la cabeza para evitar la mirada inquisitiva de la chica —. He escuchado un ruido en el pasillo; al salir, se me ha tirado encima; con el ruido, ellas han venido corriendo y, cuando se ha visto rodeado, se ha largado. Ha sido una suerte, porque me estaba dando un buen repaso. Mi gancho de derecha ya no es lo que era. —Se señaló el muñón.

—¿Llamamos a la policía? —Gris hizo el gesto de ir por su móvil, pero Ayna la cogió del brazo. Tenía una expresión descompuesta y horrorizada.

—No, por favor, Gris. No llames a nadie —imploró.

—Pero un loco ha entrado en… —intentó continuar Gris soltándose de Ayna pero sin moverse del sitio.

—Yo sólo quiero olvidar lo que ha pasado —la cortó Loren, que se levantó y se fue hacia el pasillo, en dirección a su habitación—. Necesito dormir un poco.

Ayna la siguió tras implorar de nuevo con la mirada a Gris, que se sentía confusa ante la extraña situación.

Half las observó mientras cada una entraba en su habitación y cerraba la puerta; después se levantó, cogió el cuchillo y lo metió en la pila, entre un montón de platos sucios.

Gris se cruzó de brazos.

—Prometo explicártelo todo —dijo Half de espaldas, notando la mirada fulminante de la chica clavada en su cogote—. Pero no las metas en esto. Ellas sólo han sido víctimas inocentes de Malvin. Nada más.

—¿Inocentes? Esas no han sido inocentes en nada desde los trece años.

Half se dio la vuelta y volvió a sentarse a la mesa, cogió su taza y dio un sorbo.

—¿Estás celosa?

Gris cogió el vaso de café a medio acabar de Loren y bebió a su vez.

—No estoy celosa. Estoy dolida —dijo, sentándose frente al chico sin brazo.

—¿Dolida?

—Sí, porque creo que no me estás contando la verdad.

—Mira… —Half cogió su taza y la levantó en el aire a modo de brindis—. Prometo contarte toda la verdad. Es que no quería asustarte con más… cosas raras. Te contaré lo que quieras. De Malvin y de quien sea. Pero que sea mañana; hoy dejemos las cosas raras a un lado.

—¿Me vas a contar lo que yo quiera? —dijo Gris, chocando su vaso con la taza de Half—. ¿Lo que me dé la gana?

—Lo que quieras —afirmó él.

—Vale. Una cosa que me tiene intrigada. La botella aquella donde metiste al bicho.

—Al uróboros.

—Eso. Uróboros. ¿Cómo pudiste meterlo en una botella?

—Son botellas de náufrago —dijo Half—. Así las llamamos. Abraham consiguió una maleta llena de ellas hace muchísimos años. Se las ganó a un mafioso polaco en una partida de cartas o algo así. Son botellas que pertenecían a un hombre llamado Arthur Pym, que desapareció en mil ochocientos y pico. Al parecer, el tipo iba en un barco que naufragó. No hubo supervivientes excepto él, que llegó flotando en una madera, junto a un montón de trozos del barco, a una isla diminuta fuera de las rutas marítimas. Y allí pasó completamente solo el resto de su vida. Durante ese tiempo escribió cientos de notas de auxilio en trozos de papel y tela, y las lanzaba al mar en esas botellas. En esas notas depositó toda su esperanza, su ilusión y lo que

le quedaba de cordura. Durante su vida, nadie encontró ninguna de esas botellas, nunca. Y, evidentemente, nadie lo rescató jamás.

Más de cien años después, las botellas comenzaron a aparecer en una playa de Sudáfrica, nadie sabía si habían estado todo ese tiempo flotando en el mar, a la deriva en las corrientes marinas o atrapadas en algún sitio hasta que se liberaron… Pero la cuestión es que, de alguna forma, Abraham consiguió esa maleta llena de botellas. Y, aunque a nosotros no nos afectan en absoluto, a los seres etéreos… Ya viste lo que le pasó al uróboros.

—Menuda historia. —Gris notó que el café se le había enfriado en las manos.

—Sí, mi vida está llena de cosas raras como esa. —Half parecía un poco avergonzado.

—Vale, pues hoy ya nada de cosas raras. —Gris se quedó pensando unos instantes antes de volver a hablar—. Cuéntame algo sobre ti.

—¿Sobre mí? —Half se miró con gesto de duda. ¿Qué podía contarle a ella sobre él que pudiera resultar interesante sin ser raro? —. No sé qué podría contarte. Soy lo que ves.

Involuntariamente, los ojos de Gris fueron a parar al espacio donde debía estar el brazo derecho de Half.

—Podría contarte cómo me pasó esto, si quieres —dijo él al verla apartar la mirada—. Si no te molestan esas cosas.

—No. No me molestan —replicó, ligeramente avergonzada—. Pero igual no es algo de lo que te apetezca hablar.

—Lo tengo asumido. —Half sonrió—. No tengo brazo. ¿Quieres saber cómo lo perdí?

Gris asintió en silencio.

se bebió la copa de vino de un solo trago y se la entregó a Lauryn para que se la llevara. Esta le sonrió devotamente y salió de la estancia, dejando a su amado maestro meditando frente al fuego.

El regusto amargo del uróboros seguía en su boca, más fuerte que el sabor del vino. No era agradable al paladar, pero ahora sentía ciertas sensaciones agudizadas, una extraña afinidad con la sombra e información que no había querido compartir con Abraham.

El uróboros no era seguidor de Tertium. Era descendiente suyo, pero apenas sentía nada por su progenitor. De hecho, mostraba muchísima más lealtad por Malvin que por el demonio. Y al parecer no era un caso aislado. Eso sorprendió a Gabriel, aunque no le dijo nada al viejo coleccionista. Él apenas sabía nada del precario equilibrio en el que estaban, y el ángel prefería mantenerlo en la ignorancia.

Se sentó en el sillón y acarició el viejo móvil que había sobre la mesita. Sintió los circuitos bajo la carcasa, las conexiones, la palpitación de la señal, el enlace con el satélite. Si se esforzara un poco, quizá pudiera incluso escuchar su interior, el ronroneo de las conversaciones que se desarrollaban en sus tripas.

Le pasaba siempre que asimilaba a un uróboros. Sus facultades e instintos pasaban a formar parte de Gabriel, al menos al principio. El hecho de ser demonios menores hacía que el efecto desapareciera a la larga y solía dejar en el ángel una sensación de vacío e insatisfacción que lo llevaba a fantasear con la idea de «beberse» a uno de los siete demonios primigenios.

Aunque eso lo llevaría sin duda a la guerra contra los otros seis.

Si el maldito gusano no existiera, como una guillotina sobre sus cuellos, Gabriel tendría claro su primer objetivo: Tertium. Sus facultades. Las envidiaba. Una envidia insana y podrida le recorría el cuerpo cuando pensaba en todo lo que aquel ser mezquino podía hacer si se lo proponía. Y qué desaprovechado estaba, puesto que nunca se planteaba nada más allá de reírse de cualquiera que se le cruzara en el camino.

Odiaba de todo corazón a ese pequeño demonio. Si pudiera, le aplastaría la cabeza contra el suelo después de quitarle sus poderes. Pero no podía. No debía.

El móvil dio tono tres veces antes de que alguien descolgara al otro lado.

—Vaya. Parece que las noticias vuelan —dijo Tertium.

Gabriel, que ni siquiera tenía muy claro qué había pasado, se

quedó mirando el teléfono sin tocarlo.

—Si me llamas, es porque lo sabes —continuó el demonio.

Gabriel carraspeó y finalmente cogió el teléfono de la mesa. Había llamado inconscientemente al demonio con sólo pensar en él, pero ahora trataría al menos de sacar provecho a aquello.

—Sí, lo sé. Uno de tus hijos me lo ha dicho.

—¿Te lo ha dicho? —Ese tono burlón. ESE. Era lo que algún día le haría tragar—. Gabriel, tú y yo sabemos que, por muy interiorizada que tengas la leyenda humana de tu condición de ángel, en realidad te pega mucho más otra. La de los vampiros.

—No estoy para tonterías, demonio. Si el gusano anda suelto de nuevo, todos vamos a sufrir las consecuencias.

—Algunos más que otros; recuerda que yo soy su amigo —dijo el demonio, con un tono que denotaba cierto cinismo.

—Algún día sabrá lo que hiciste. Es posible que, llegado el caso, yo mismo se lo diga.

—Eres muy amable. Deberíamos vernos, comentar nuestros movimientos.

—De momento, mis movimientos me los guardo. Si la cosa se tuerce, te volveré a llamar —dijo Gabriel.

—Tú siempre tan mezquino y cobarde. —Allí seguía el tono jocoso —. Por cierto, ¿cómo has conseguido este número?

—Tengo mis fuentes —dijo el ángel con petulancia.

—Claro. Tus fuentes… Esas de las que bebes, Nosferatu de pacotilla.

Y antes de que Gabriel pudiera responder, Tertium colgó.

ingresó cadáver. Así que el camillero, un chaval llamado Tony, tras recogerlo de la ambulancia lo llevó directo a la morgue. Bajo la camilla, en la cesta de enseres personales, alguien había dejado una maleta vieja mientras el chico charlaba con el conductor de la ambulancia.

El enfermero que la había puesto allí ni siquiera recordaba haberlo hecho, ni tampoco recogerla del coche donde habían encontrado el cuerpo. Sólo había visto una nota, la había leído y entonces lo hizo. Por algún extraño motivo, el cadáver parecía *necesitar* aquella maleta, y alguna parte subconsciente y oscura del cerebro del enfermero de la ambulancia había tomado las riendas en algún momento para maquinar a su favor.

Y ella lo dejó tranquilo después. Quizá aquella noche tuviera sueños agitados y despertara nervioso y empapado en sudor, pero eso le pasaba a mucha gente. Y aquellos sueños no mataban a nadie.

Cuando Tony llegó a la morgue y entregó el cuerpo, ni se fijó en que seguía llevando un pasajero oculto. El cuerpo quedó dentro de un sudario en la nevera y la maleta se quedó bajo la camilla. Y allí estuvo durante un par de horas, dando vueltas por el hospital mientras el camillero iba y venía llevando gente a todos los pabellones.

Tony estaba esperando que pasaran los últimos diez minutos antes del cambio de guardia con su compañero del turno de tarde cuando llegó una ambulancia que traía a un habitual del pabellón de neuropsiquiatría. Un chico llamado Raúl, esquizofrénico y drogodependiente, que conocía a Tony de visitas anteriores. Mientras esperaba a que Tony cogiera los papeles que le daba el enfermero de la ambulancia, Raúl dejó una bolsa de tela con su ropa junto a la maleta y se sentó encima de la camilla con cara de resignación.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Tony mientras lo empujaba en dirección al pabellón.

—Mis padres, tío. Sus mierdas de siempre. Ya sabes. No hacen más que comerme la olla, y se me gira todo.

—Claro.

Tony llegó al pabellón y dejó las pertenencias y la hoja de ingreso de Raúl en la cabina de control, y este se fue directo al despacho de la psiquiatra de guardia para la valoración inicial.

Después de revisar y etiquetar todo lo que había traído Raúl, el auxiliar de enfermería llevó sus objetos personales al almacén del pabellón.

Y allí se quedó la maleta.

Más tarde. Sobre la medianoche. En la segunda planta del pabellón, en la habitación D201, un interno que dormía plácidamente sufrió un infarto cerebral y murió. Un par de minutos después volvió a respirar. Y quince minutos después trató de fugarse.

Pero lo pillaron.

EL ACCIDENTE.

Dijeron que el armario se había caído de un camión de mudanzas. Que un tipo llamado Julián, que iba discutiendo con su suegra por el móvil, se había olvidado de cerrar la puerta trasera y que, en un acelerón, un armario que no iba bien atado había ido a parar al suelo. En mitad de la carretera.

Lástima que la boca fuera la mía y la de mis amigos.

Yo no llegué a ver el golpe, en ese momento estaba medio adormilado y borracho. Tenía catorce años y era el adolescente arquetípico que piensa que es inmortal. Ese pensamiento murió ese día. En ese momento. Allí. Tuve suerte, hay gente que llega al lecho de muerte pensando que eso no puede estar pasándole a él.

Sólo escuché a Vicen soltar un:

—¡Hostia puta!

Y cuando abrí los ojos ya estábamos atravesando el quitamiedos de la carretera.

Del primer golpe, Luque, que iba de copiloto, se reventó la cabeza contra el cristal delantero. Dicen que no llevaba cinturón de seguridad y que su pantalón quedó enganchado al deformarse el salpicadero. Lo escuché gritar durante al menos un segundo, pero cuando comenzaron las vueltas de campana su cuerpo salió disparado por el hueco de la puerta.

Fue el último al que encontraron, estaba a más de veinte metros del coche.

A Lucky, que iba sentado a mi lado (nunca recuerdo su nombre de verdad, lo llamaban Lucky porque fumaba esa mierda de Lucky Strike y, como siempre iba pegado al culo de Luque, pues eran el *pack* Lucky y Luque, como el vaquero de los dibujos), lo oí gritar más tiempo, mientras el lodo y la tierra inundaban el coche y se nos metía en la boca y en los ojos.

Recuerdo exactamente el momento en que su cabeza salió por la ventana por la inercia del giro y el coche comenzó una nueva vuelta de campana. En medio del estruendo, pude sentir cómo su cráneo se aplastaba como un melón, atrapado entre la chapa del coche y el suelo, y en ese momento ya no pude ver nada más.

O no quise verlo.

O lo que vi era tan jodido que mi cerebro decidió meterlo en un cajón del ático oscuro de mi cabeza, ese donde guardo los monstruos, y tirar la llave por la oreja.

El mundo quedó sumido en un caos, y yo rezaba para que todo aquel líquido caliente y viscoso que me había cegado fuera

únicamente fango y tierra.

Y una eternidad después llegó el silencio.

—¿Marcos? —dije su nombre porque, en realidad, era el único que me importaba allí dentro. Era mi mejor amigo. El que conducía. El que me había convencido para ir al Akelarre esa noche con el coche de su padre y su carné recién estrenado.

—¿Half? —Su voz sonaba en mi cabeza. No en mis oídos. Pero no le di importancia. No podía abrir los ojos, tenía las pestañas pegadas con sangre, barro, ceniza y trozos de la cabeza de Lucky—. ¿Cómo estás? —Su voz sonaba tranquila.

—No lo sé, no me encuentro bien, he vomitado. Creo. Y me duele mucho el brazo derecho. —En realidad, lo que quedaba de mi brazo derecho estaba ardiendo en una barbacoa a unos quince metros del resto de mi cuerpo, pero eso lo supe más tarde.

—Tienes un hierro que te atraviesa el pulmón, pero no te preocupes.

—Vale. Creo que voy a vomitar otra vez.

—Vas a salir de esta. Te lo aseguro.

—¿Tú cómo estás?

—Estoy bien.

Eso no era del todo cierto. Al parecer había muerto el primero, pero yo no lo supe hasta unas semanas después. Cuando me di cuenta de que podía escuchar a los muertos.

no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó que una lágrima le resbaló por la cara y cayó en el vaso de café, que seguía, frío y olvidado, en su mano.

—Lo siento mucho —sollozó. Sacó el inhalador del bolsillo y pegó una larga aspiración para dilatar sus bronquios, que se le habían ido cerrando durante el relato.

—No es culpa tuya.

—Siento haberte hecho recordarlo. Tiene que doler mucho y ha sido injusto por mi parte pedírtelo.

—No te preocupes. No importa. Explicarlo es una forma de liberarse. Me lo dijo la psicóloga del hospital. —Half se encogió de hombros—. Todo eso pasó hace dos años y medio. Y, si te soy sincero, mi vida ha mejorado mucho desde entonces. No me malinterpretes. —Se señaló el muñón—. Me encantaría recuperar el brazo. Pero lo que tengo ahora, las cosas que he vivido desde que Abraham me salvó en el hospital… Eso sólo ha pasado como consecuencia de esto. No sé si renunciaría a saber lo que sé ahora, a poder hacer las cosas que hago, a cambio de recuperarlo. No me gustaría tener que elegir una cosa o la otra, porque no sé qué haría. Otro día, si quieres, te cuento cómo conocí a Abraham. Eso sí que da miedo. Pero creo que por hoy ya hemos tenido suficientes historias chungas.

—Vale. —Gris se aclaró la garganta, se levantó y dejó el vaso y la taza en la pila rebosante de platos sucios—. ¿Y cuál es el plan ahora?

—¿El plan? —Half miró por la ventana; los rayos del amanecer de un nuevo día asomaban tímidamente entre los edificios de enfrente. Miró el viejo móvil de Abraham, ahora completamente descargado—. Ahora vamos a desaparecer unos días. Ha sido una noche larguísima, tú has dejado el trabajo y yo tengo un montón de dinero, así que, si te parece bien, nos vamos de vacaciones. Ya puedes ir haciendo la maleta.

—¿GABRIEL?

Era la voz de Lauryn. Y ella sabía que no debía molestarlo. Lo sabía. No podía hacerlo. Que lo hiciera le irritaba, porque significaba que su poder sobre ella continuaba menguando.

Estaba tumbado en su cama con los ojos cerrados, pero no dormía. No había dormido nunca, eso era cierto, pero la meditación era algo parecido. Su mente había estado viajando, y en ese momento estaba muy lejos en el tiempo, recordando los días felices de su advenimiento a la Tierra. Cuando lo consideraban un enviado de Dios. ¿Qué Dios? A Gabriel le daba exactamente igual, siempre y cuando su palabra fuera aceptada como divina. Una época en que dictaba sus deseos y se convertían en órdenes para todos aquellos que lo rodeaban, cuando todo era más sencillo y en la Tierra sólo estaban ellos y los humanos. No había equilibrio. No había acuerdos. No existían aberraciones como aquella que ahora mismo olía. ¿En su habitación? ¿De verdad? ¿Estaba allí? En ese instante abandonó el estado de meditación en que se encontraba y abrió los ojos.

Y en ese momento, Lauryn, su querida Lauryn, la favorita del ángel, le introdujo violentamente un par de calcetines sucios en la boca. Y Eric, su brazo derecho, el ejecutor de sus deseos, la mano firme de entre sus fieles, le puso un trozo de cinta aislante para evitar que pudiera escupirlos. Luego, entre los dos, le sujetaron los brazos con fuerza contra la cama.

No estaba en la época dorada. Era el cruel presente. La decadencia de los ángeles. Ya no pisaba palacios de reyes temerosos que le rindieran pleitesía. Estaba en su mansión. En su cama. Y su poder seguía decreciendo con el paso de los años. Ya no dominaba naciones y ejércitos de fanáticos. Apenas podía controlar a sus acólitos, y siempre los tenía que mantener cerca de su persona para que la influencia no se desvaneciera. Dejar una orden enterrada en la mente de alguien le costaba horrores en la actualidad. Le había pasado con el viejo, Abraham; doblegarlo lo había dejado agotado. Eso jamás lo reconocería ante nadie, ni ante sus pocos hermanos (de los que no tenía noticias desde hacía mucho) ni mucho menos ante un humano. Parte de su aura de invulnerabilidad consistía en que el resto de seres lo creyera invulnerable, pero lo cierto es que Gabriel se sentía frágil. Desprotegido. La humanidad se estaba filtrando en él como una enfermedad lenta y degenerativa.

Malvin entró en la habitación con su bastón, su sombrero y su asquerosa bufanda y, viendo que Gabriel estaba desprotegido y que los presentes se encontraban a salvo de su lengua, se sentó en la cama a

su lado. Gabriel acostumbraba a tener siempre cuatro o cinco fieles que lo acompañaran en casa. No le gustaba estar solo. Había desarrollado un pánico extremo a la soledad y a perder su poder sobre ellos, hasta el punto de hacerlos dormir en la misma habitación que él. Y ahora estaban todos en pie, rodeando la cama, excepto Lauryn y Eric, que lo sujetaban. Todos sin excepción tenían los ojos negros de las pesadillas. Esperando. Y no estaban solos; alrededor de ellos había docenas de esas abominaciones etéreas a las que Malvin llamaba «sus pequeños».

Repasó las caras de sus seguidores. Allí no había amor. No había anhelo de órdenes. Sólo sonrisas cínicas y babeantes, como de niños malvados.

—¿Ni siquiera vas a mirarme a la cara? ¿Tanto miedo te doy? —dijo Malvin.

Gabriel dejó de mirar a sus súbditos y se giró hacia el anciano, que sonreía. ¿Desde cuándo sonreía Malvin? Y mostraba aquellas hileras de dientes amontonados en su boca horrible y grumosa.

—Ángel mío, extraño el otro lado. —Malvin señaló a su alrededor como si ese lado estuviera allí mismo, sólo que fuera de su alcance—. ¿Recuerdas cómo era? Hace miles de años que estás aquí. Yo prácticamente acabo de llegar y recuerdo mi casa cada día. ¿Recuerdas Oniria? ¿Te acuerdas de la Sincronía? ¡Qué belleza destruisteis! Sé que entre las ruinas me espera el bastón del Rhun. —Quizá de forma inconsciente, Malvin empuñó su propio bastón—. Necesito que me digas dónde lo escondieron tus hermanos. Sé que te lo dijeron.

Gabriel sonrió para sus adentros. Aquello era un empate. Si creía que en cuanto le quitara la mordaza iba a decir algo que no fuera una orden directa para que se largara de allí, Malvin estaba muy equivocado.

Malvin pareció leerle la mente.

—Ah, pero piensas que voy a quitarte la mordaza. ¿Tan estúpido crees que soy? Sólo he necesitado formular la pregunta para que tú pienses la respuesta. Sólo necesito eso. Que la tengas presente.

Aunque todavía estaba confuso por la situación, Gabriel comprendió que se encontraba en un grave aprieto. Una idea helada le inundó la mente: «Va a matarme. Me está contando todo esto porque, después de conseguir lo que quiere, piensa matarme».

Puso en orden sus prioridades: lo primero, sobrevivir, y para ello no podía darle esa información bajo ningún concepto.

Así que puso cara de aburrido, como si todo aquello no fuera con él. Pero la gota de sudor que bajaba por su frente contaba una historia muy distinta.

—Me gusta esa actitud. Como si fueras a tener alguna opción. La

cuestión es que tengo prisa, así que necesito que te pongas en pie. —Malvin hizo un gesto y Lauryn y Eric arrastraron a Gabriel fuera de la cama.

—Levanta —dijo ella.

Gabriel, cada vez más asustado, se puso en pie. Por primera vez en muchísimo tiempo fue consciente de lo vulnerable que era. Allí, descalzo sobre el suelo frío. Vestido con su pijama de seda. Solo. Sin ningún amigo. Nadie a quien poder endulzar la mente con una suave orden. Se sintió desdichado.

Levantó la vista y se cruzó con la mirada burlona de Malvin, que ahora observaba fijamente la cicatriz que surcaba la frente del ángel.

—Tengo un curioso recuerdo de esto. Creo que te lo hice yo con mi viejo bastón. Tengo la certeza, de hecho. —Hizo el gesto de golpearlo con fuerza y Gabriel retrocedió, asustado—. Sin embargo… hay una bruma en ese recuerdo. Una especie de sueño sin sentido. Una mujer… que intentaba que saltara por la ventana. Una y otra vez. Desde un edificio muy alto. Absurdo, ¿no? Y yo te hacía sangrar por tu cabecita bonita. A ti y a tus amigos. Y, sin embargo… —Malvin endureció las facciones—. Me vencisteis. Y Tertium supo mantenerse al margen cuando las cosas se torcieron. No lo culpo. —Malvin jugueteaba con el bastón mientras hablaba—. Es un demonio. Saben cómo hacer que otros paguen sus errores. Y Clara. Bueno, ella era de los buenos, se mantuvo fiel hasta el final, y murió por ello.

—Él dice que fuiste tú quien la mató —dijo Lauryn a Malvin—. Eso nos cuenta siempre.

La cara de Malvin reflejó sorpresa.

—¿La maté? —Malvin miró fijamente a Gabriel. Endureció su tono hasta hablar en un susurro que destilaba sarcasmo—. ¿Eso les cuentas? ¿Y te creen? —Se giró hacia Lauryn—. Abraham le pegó un tiro en la cabeza.

Malvin se giró de nuevo hacia Gabriel.

—No te quiero en mi contra. Tú y Uno sois demasiado poderosos. Es un error que no pienso volver a cometer.

Los ojos de Gabriel reflejaron la certeza de que iba a morir, y de repente sintió que aquello era casi una liberación. Llevaba tanto tiempo allí que no había día que no fantaseara con su muerte. Preguntándose cómo sería si un día se aburría de aquella decadencia lenta y horrorosa y decidía matar el cuerpo. ¿Volvería a su mundo? ¿Quedaría su esencia atrapada en aquella realidad? ¿En otra diferente y nunca vista? ¿Se desvanecería en la nada? Era la gran pregunta, la última duda. Una que, contra todo lo que pregonaba, lo unía en el destino final a la humanidad.

—No voy a matarte —dijo Malvin, leyendo sus intenciones—. Haré que te unas a mí. —Con un chasquido de dedos, Lauryn y Eric

sujetaron con más fuerza los brazos de Gabriel—. Como hice con Clara. Y eso sólo se consigue si extirpo el temor de tu corazón. Si dreno la ponzoña que nubla tu razón y te permito ver las cosas desde mi punto de vista.

—No es humano, es un ángel. No duerme. No tiene pesadillas. —Eric lo dijo como un mantra aprendido a lo largo de los años en que Gabriel se lo repetía a todos sus acólitos.

Malvin, aún sentado, acercó la oreja al pecho de Gabriel. Este notó con repulsa que la oreja del viejo estaba caliente y palpitaba.

—Oh, te equivocas. Es muy humano. Y puede que no duerma —Malvin escuchó el corazón acelerado en el pecho de Gabriel—. Pero para tener pesadillas no hace falta dormir.

—¿Funcionará? —preguntó Lauryn, con un punto sádico en la voz.

Gabriel negó con fuerza, sintiéndose ultrajado por su seguidora.

—Sí —contestó el anciano—. Ya se lo hice a uno de sus hermanos.

Malvin dio tres suaves golpes con su bastón a la altura del pezón izquierdo.

—¡Toc, toc, toc! ¿Quién camina tip tap por la calle de los sueños perdidos? —dijo con voz cantarina.

Al otro lado de la carne, alguien respondió con un potente alarido, para sorpresa de Gabriel y regocijo de Malvin.

—¡Oh! Parece que vamos a tener un nuevo amigo aquí. ¡Y va a ser enorme!

VEINTIOCHO DIAS DESPUÉS,

Gris estaba deseando volver a la ciudad, pero no se atrevía a decírselo a Half. Al principio le pareció una aventura estupenda lo de alquilar aquella enorme casa al borde del acantilado. Las vistas eran espectaculares. El mar. La montaña. El risco. El bosque y la carretera serpenteante que llevaba a la casa. El lugar perfecto para estar aislados de todo.

Pero al pasar los días se había ido desencantando. Y ahora estaba bastante agobiada.

Además, estaba lo que había ocurrido la noche anterior. No es que se arrepintiera, pero aquella mañana él había intentado darle un beso torpe y a ella no le apetecía, y él se había sentido ofendido. Sólo un rato, pero las cosas se habían puesto un poco raras. Lo cierto era que la noche anterior la había cagado. Se había pasado con el vino y se había puesto melancólica.

Le habló de su sentimiento de frustración por ser huérfana, de cómo le había afectado el hecho de no tener familia, el ir de un centro de acogida a otro hasta poder mantenerse ella sola, sin nadie a quien poder recurrir. De la sensación de soledad, de abandono. De preguntarte de dónde vienes. Quiénes fueron tus padres. ¿Tendría hermanos? A veces, de niña, le gustaba imaginar aventuras donde recibía una carta donde le contaban que en realidad sus padres la querían mucho, no la habían abandonado, estaban secuestrados por un malo malísimo y ella los rescataba y vivían felices para siempre. Luego le habló de Erika. De lo que sentía por ella. De que por un momento había imaginado una vida juntas, una relación, la creación de una familia real. Ellas dos, juntas, y que su muerte le había arrebatado aquel sueño.

Entonces Half empezó a hablar de su propia familia, no tan maravillosa, no tan ficticia. Su madre lo había tratado como a una mierda. Aquella mujer era casi peor que el uróboros. Half le contó lo de las palizas, lo de apagarle colillas en los brazos si se portaba mal. Lo de encerrarlo en el armario si se le ocurría protestar…

Y, de repente, ella estaba besándolo. Y luego estaban en la cama, y ella estaba encima de él. ¡Y ni siquiera tenían condones! Pero en aquel momento todo le dio igual.

Una locura tras otra. Sin pensar.

Para comprar cualquier cosa tenían que coger el coche que habían alquilado y pasarse cuarenta minutos en la carretera que bajaba hasta un pequeño pueblo costero de doscientos habitantes que tenía una única tienda que vendía de todo: desde comida a ropa y herramientas.

A ninguno de los dos se le había pasado por la cabeza en ningún momento comprar condones, porque, hasta ese momento, lo de acostarse juntos era algo imposible, según pensaba Gris.

Aquella mañana se había despertado con la idea de bajar a comprar una pastilla del día después. Pero luego, cuando él había tratado de besarla, decidió que no le apetecía estar dos horas metida a su lado en un coche y que, total, podía comprar la pastilla al día siguiente. Así que cuando él se vistió y se marchó con cara de pocos amigos ella se quedó en su habitación.

Allí lo único que tenía eran los libros y revistas que compraba en la tienda y el telescopio con el que escudriñaba las estrellas, el mar y, desde hacía unos días, la carretera.

Había descubierto a los dos guardabosques de aquella zona y le gustaba seguirlos en su ruta diaria por la carretera y las pistas forestales. Les había puesto nombres: Todd y Toby, como los amigos de aquella película de Disney, e imaginaba las conversaciones que tenían mientras trabajaban.

Todd era el tipo alto y delgado, y Toby, el calvo regordete. En su mente, Gris los hacía charlar sobre *Juego de tronos*. Todd había leído los libros y trataba a Toby con desprecio porque sólo veía la serie y no tenía el más mínimo interés en la preocupación que tenía su compañero porque las tramas del libro y del *show* fueran cada vez más divergentes.

Toby, por su parte, tenía secretos ocultos: en realidad estaba saliendo a escondidas con la hermana de Todd y se había aficionado a *Juego de tronos* sólo porque a ella le encantaba. En definitiva, lo que pasara en los Siete Reinos le daba exactamente igual mientras pudiera seguir enrollándose después de ver cada capítulo. A ella le ponía mucho Jon Nieve, y luego se desfogaba con él. Todd sospechaba algo. Se mascaba la tragedia cualquier día de estos.

Cuando el sol ya comenzaba a hundirse en el mar, y justo después de finalizar su culebrón mental diario, «Tarde *voyeur* con los guardabosques de Poniente», Gris salió al balcón de su habitación, donde había instalado el telescopio y que daba a la carretera, y buscó a Half para decidir qué cenaban y, de paso, tener una charla un tanto incómoda pero necesaria.

El chico sin brazo estaba, como cada tarde, sentado en el viejo tocón del árbol petrificado que adornaba el claro frente a la entrada de la casa. Solía sentarse allí un par de horas cada día, aprovechando el sol del atardecer, a repasar las notas de Abraham.

Gris se dio cuenta de que con aquello había conseguido que su tez pálida comenzara a mostrar un tono moreno que le daba cierta viveza.

¿Ella le había dicho en algún momento que le gustaba la gente morena?

Además, el hecho de que no se hubiera afeitado desde que habían llegado le había ido poblando la cara de algo parecido a una barba que hacía que pareciese mayor.

¡Pero tiene dieciséis años! ¿En qué coño estabas pensando, Gris?

Se dio cuenta de que Half la estaba mirando. Parecía saber lo que pasaba por su cabeza. Gris apartó la vista.

—¿Te apetece comer algo? —dijo para cortar aquel momento incómodo.

El chico sin brazo asintió. Cerró el bloc de notas y se dirigió a la casa.

Gris salió de la habitación y bajó las escaleras hasta la enorme cocina con paredes de piedra.

—He estado pensando en algo —dijo Gris cuando lo vio entrar—. Podríamos comprar un aparato de DVD y algunas series. Desconectamos la tele de la antena y sólo conectamos el DVD. Así no puede colarse nada y nos vamos acercando al siglo XX sin peligro.

—Es una gran idea. No se me había ocurrido. —Half lo dijo sin mucho entusiasmo. No parecía ser muy fan de la tecnología.

El hecho de que le hubiera contado, entre otras cosas, cómo actuaban los uróboros, había quitado mucho encanto a cualquier máquina moderna que se conectara a la red y pudieran usar para entretenerse. Incluso sintonizar un canal de televisión era arriesgado. Puede que desde la pantalla hubiera alguien mirándote si sabía dónde buscar. Y su cara, al parecer, estaba siendo muy buscada.

—Me encantaría ver Lost —siguió ella—. Dicen que era muy buena. A la gente le gustaba mucho. ¿La has visto? Parecía genial; no la pude ver en su momento y…

Half negó mientras dejaba el bloc de notas en la mesa y se sentaba junto a la ventana, donde siempre solía quedarse por las noches.

Gris siguió hablando de aquella serie mientras se sentaba en el sillón.

A veces, por las noches, mientras charlaban, Gris se quedaba dormida en ese sillón, el más cercano a la chimenea de la cocina, y él se quedaba allí, en aquella silla, mirándola sin decir nada. Y en esos momentos, mientras ella se perdía en sus sueños, él se daba cuenta de lo mucho que la amaba. Tanto que le dolía a cada respiración. Desde el primer momento en que la vio en la cueva del uróboros. Al principio se lo negó a sí mismo y trató de sacárselo de la mente, pero era imposible.

La miraba, allí dormida, y no podía pensar en nada; su cabeza sólo podía plantearse cómo sería darle un beso. Cómo sería que ella se lo devolviera. Cómo sería si ella sintiera algo por él.

Entonces ella se desperezaba y le decía que le parecía que se había dormido y él le decía que sólo había sido un momento. Y

normalmente iban a acostarse. Aunque él no conseguía dormirse hasta mucho después.

La noche anterior no se habían ido a dormir. La noche anterior, las cosas habían ido mucho más allá de aquel beso. Y ahora no sabía cómo gestionar lo que sentía.

—… y entonces tienen como *flashbacks* del futuro o algo así —dijo ella.

—¿Qué? —Half la miró con expresión confusa—. Perdona. Me he perdido.

—No te has perdido. —Ella le devolvió la mirada, entre guasona y enfadada—. Has pasado de mi cara totalmente. No me estabas escuchando.

—No, yo… —Se quedó observándola con seriedad.

—¿Qué pasa? —dijo ella con un suspiro.

—¿No vamos a hablar de lo de anoche?

Ella se sentó con las piernas cruzadas en el sillón y bajó la vista al suelo.

—Half, lo de ayer fue un error. Tú lo sabes y yo lo sé. Bebí mucho y…

Half puso cara de sentirse humillado. Ella captó sus pensamientos al vuelo.

—No te estoy culpando de nada —dijo—. Hice lo que quise hacer. Pero no quiero que vaya a más. Porque sé que nos acabaremos estrellando. Y, ahora mismo, sólo te tengo a ti, y no quiero joderlo. ¿Vale?

Él se quedó en silencio. No podía mirarla a la cara. Y sentía una pelota de lágrimas detrás de los ojos y subiendo por la garganta, pero por nada del mundo quería que ella lo viera llorar. Así que se limitó a asentir y se quedó mirando por la ventana.

—Lo hicimos sin pensar en las consecuencias. No quiero que eso nos separe, o que haga que nos enfademos o que estemos mal —dijo ella.

—No voy a dejarte —dijo él con voz ronca.

Ella alargó la mano y le cogió la suya.

—Lo sé. Pero ahora mismo no puedo… No tengo sitio en la cabeza para más cosas. No puedo empezar algo así. Estamos los dos aquí solos, aislados, y eso me está volviendo loca.

—¿Y qué quieres hacer? —dijo él en voz baja.

—No lo sé. No puede ser que todo nuestro plan sea quedarnos aquí y esperar. Quizá sería hora de volver. De buscar a Abraham. —Gris sabía que aquello haría reaccionar al chico. Half sentía devoción por el viejo. Abraham era como un ser mitológico, a juzgar por todo lo que le había contado, aunque a ella aquel viejo misterioso seguía poniéndola nerviosa. Pero si trayéndolo de vuelta conseguía borrar de

la cara de Half esa tristeza y el sufrimiento que le partía el corazón, así lo haría.

—Sí. —Half se puso a rebuscar en las notas del viejo—. Puede que tengas razón. Pero no creo que sea buena idea ir en busca de Abraham. Deberíamos pensar en pedir ayuda externa.

—¿Pedir ayuda externa? —Gris meditó un momento antes de seguir—. ¿Te refieres a ir a la ciudad, o…?

—No. Me refiero a contactar con otra persona que nos puede ayudar. Abraham pertenece a un grupo, algo así como una asociación llamada El candil. Conozco a uno de los miembros, una especie de bibliotecario y guardaespaldas. —Half lo dijo arrugando el ceño, como si no estuviera seguro de sus palabras. En realidad, los adjetivos le habían salido sin querer.

—¿Una especie…? —Gris lo dijo sin convicción, al escrutar el rostro del muchacho—. Uno es bibliotecario o no lo es, ¿qué significa «una especie de»?

Half le señaló a Gris unos apuntes en la libreta.

—Es un tipo que se llama Damien Solomon. —Half parecía emocionado con sólo mencionar el nombre—. Puede solucionarnos un montón de dudas. Si hay alguien que sabe tanto de estas cosas como Abraham, es este hombre. Seguro que él puede decirnos qué hacer ahora. Y si Abraham trata de encontrarnos hablará con él. Así que matamos dos pájaros de un tiro.

—Parece un buen comienzo.

—Además, es la única persona en el mundo ante la que Malvin siente algo parecido al miedo. —Half se levantó y comenzó a buscar dentro de los cajones de la cocina—. Con eso, de momento, nos basta.

—¿Cómo vamos a contactar con él? —Gris se fijó en que Half parecía bastante animado, y eso la animó a ella—. No podemos usar ni teléfono ni Internet.

—¿Y tú que trabajabas en una oficina de correos me lo preguntas? —dijo el chico sonriendo, mostrándole el sobre y los sellos.

En aquel momento, Gris se sorprendió al comprobar que, contra todo lo que había dicho, ella también lo amaba.

escuchó el ruido durante la segunda ronda de la noche. Era como si alguien se hubiera dejado una radio encendida, y provenía del cuarto de enseres personales de los internos, en el sótano del pabellón.

No es que tuviera especial interés en entrar y apagarla, si se gastaban las pilas era problema del descuidado que la había dejado encendida, pero al volver a la garita de control pensó que podía aprovechar la excusa de la radio para echarse un cigarro allí dentro sin que su compañero, que no fumaba, le estuviera cronometrando los minutos que tardaba en volver:

—Luis, alguien se ha dejado una radio encendida en el cuarto de las maletas.

—Será la radio de Raúl. —Luis se encogió de hombros—. Que le den por culo; si mañana no tiene pilas, que se joda.

Era exactamente lo que ella pensaba, sin embargo dijo:

—Ya, pero es que me da mal rollo; bajas las escaleras y se oyen como voces. No me hace ni puta gracia, porque no sé si es la radio o que alguien se ha escapado de su habitación. Además, si mañana no tiene pilas, Raúl nos dará la brasa con que se las hemos gastado nosotros.

El enfermero puso cara de fastidio, se descolgó la ristra de llaves del pabellón y se las lanzó. Lua las cogió al vuelo y volvió a salir al pasillo.

—Ahora vuelvo.

Deshizo todo el camino hasta las escaleras del sótano y se dio cuenta de que ya no escuchaba las voces. Pensó que las pilas se habrían agotado, pero le dio exactamente igual. Siguió caminando en dirección a la puerta del almacén.

Y entonces las voces volvieron. Eran como cuchicheos.

Lua se detuvo en seco.

Realmente sonaba como una radio, unas voces metálicas y apagadas, monocordes, pero ¿y si no venían del almacén? ¿Y si allí estaba realmente alguno de los pacientes, que se había escapado de su habitación? No era la primera vez que pasaba.

Sacó el *walkie* del bolsillo y lo sujetó con fuerza contra el pecho.

No se veía a nadie en el pasillo, y allí sólo estaba el almacén y la zona donde la gente del turno de mañana dejaba los carros de la ropa sucia. Y ambas estancias estaban cerradas con llave.

—¿Hola?

Las voces continuaban sonando, y seguía teniendo la sensación que venían del almacén.

Que alguien se hubiera quedado encerrado dentro del almacén era completamente inviable, ¿no?

Llegó delante de la puerta y pegó el oído.

Las voces seguían allí. Parecía una charla en susurros; no conseguía distinguir ni una palabra, pero volvía a estar convencida de que sólo era una radio.

Introdujo la llave en la cerradura.

Y las voces cesaron de golpe.

Lua sintió un escalofrío.

«Sólo son las pilas», pensó. «Se están agotando y hacen que el volumen de la radio vaya y venga. Es eso. Así que deja las chorradas y entra de una vez, porque con tanta tontería estás perdiendo un tiempo precioso que podrías aprovechar para fumarte un cigarro. O dos».

Eso la convenció; abrió la puerta de golpe y encendió la luz de un manotazo. La estancia estaba vacía. Era un cuarto enorme con maletas y cajas apiñadas en estanterías. Olía a humedad y desinfectante. Y no se oía absolutamente ninguna radio.

Lua suspiró, aliviada.

Sacó el paquete de Winston y se encendió un cigarro; tras pegar un par de caladas se tranquilizó un poco y se puso a cotillear entre los enseres de los internos.

En una de las cajas encontró un pilón de revistas viejas y se puso a ojear una apoyada en una de las estanterías.

Y entonces volvieron las voces.

Muy cerca de ella. A unos dos metros. Y con una claridad que la dejó helada.

—No nos gusta que estés aquí —dijo una voz.

—No nos gusta —dijo otra.

Lua se quedó mirando a su alrededor con el cigarro olvidado en la punta de los labios, buscando el origen de aquellas voces.

—Ya estamos bastante apretados —dijo la primera voz.

—Sí, apretados —ratificó la segunda.

Lua dio un par de pasos en dirección al origen de las voces.

—Él siempre dice que ya queda poco. Pero miente —dijo la primera.

—Es un mentiroso. Un falso. Y algún día lo pagará —respondió la segunda.

—¿En serio que no vas a decir nada? —preguntó la primera.

Y entonces se escuchó un sollozo de tristeza, como si alguien se sorbiera los mocos, y sonó una tercera voz:

—Qué… Qué… Qué… —tartamudeó.

Y Lua reconoció la voz. Pero no podía ser él. Era imposible. Porque llevaba catatónico varios meses. Lua dio un par de pasos en dirección al ruido, que parecía provenir de una maleta vieja y mugrienta.

—¿Enric? —dijo Lua.

Y de nuevo el silencio.

—¡VETEEE! —gritaron las voces de la maleta.

Al mismo tiempo que sonó el grito, la maleta cayó al suelo. Lua salió corriendo sin preocuparse de apagar el cigarro o de cerrar la puerta al salir.

acostumbraba a dormir en aquel cajero. Cerraba con pestillo para que ningún idiota con ganas de bronca se desquitara con él cuando cabeceaba. Había cogido un tetrabrik de vino y una bolsa de patatas, y cenó tranquilamente mientras escuchaba la pequeña radio a pilas que tenía en la mochila. Luego se acomodó dentro del saco de dormir y puso la chaqueta como almohada, dispuesto a echar una larga cabezada hasta que los de seguridad vinieran a echarlo media hora antes de que abriera el banco.

Algo que no necesitaba abrir el pestillo de la puerta se coló dentro. Y, mientras él dormía, lo guio por las calles de la ciudad hasta el sótano de la Catedral. Sólo despertó un instante, cuando notó la mano cálida de Malvin en su pecho. Sintió un dolor agudo, que en su estado de confusión confundió con un ataque al corazón. Luego, la oscuridad y el olvido.

paseaba a Koko cuando se bloqueaba. Se dedicaba a la publicidad creativa, y era un trabajo que requería estar siempre dispuesta, siempre preparada y siempre con un as en la manga. Sólo que a veces una no tenía ganas, estaba indispuesta e hinchada por la regla y bajo la manga no tenía más que un reloj que decía que a las siete de la mañana tenía que presentar un *briefing* «fresquito y muy *trending*» sobre un batido de verduras y frutas llamado Ecoverd que la traía por el camino de la amargura. «Amargura» era una palabra que iba muy bien con el sabor de aquel batido. «Vomitivo» y «asco» eran otras que se le habían ocurrido después de probarlo para ver si se inspiraba. Pero no parecía que su agencia fuera a apostar por esa línea creativa.

En su ordenador sólo había un par de frases aburridas y sosas que no habían convencido ni a su perro, que le había contestado con un sonoro bostezo cuando se las leyó.

Así que el fresquito *trending* de los paseos nocturnos era el único modo de resetear su cabeza para seguir dándole vueltas a aquella maldita campaña.

Algunos de los anuncios que poblaban las vallas publicitarias donde se meó Koko cuando llegaron a la avenida Meridiana eran, en parte, obra suya. Y eso la hizo sonreír, porque demostraba que Koko era el mejor crítico de su trabajo. Aquella campaña había sido de mearse, literalmente.

Soñando despierta con un inmenso batido de Ecoverd en el que bañarse, no se dio cuenta del callejón oscuro hacia el que la arrastró Koko, que seguía la senda de los olores de una perra que había pasado por allí aquella tarde. Por desgracia, era un sitio donde las sombras eran más largas de lo habitual y se movían solas.

Cinco minutos después, Koko perdió el interés por el rastro de aquella perra y salió del callejón solo, olisqueando la noche en busca de su amiga. No la encontró.

tenía turno de noche en el taller. Pero a eso de las cuatro de la madrugada se había sentido enfermo, tenía fiebre y un sudor frío le empapaba el mono. Se lo dijo a su jefe (que también era su suegro) y este, al comprobar que su yerno realmente parecía enfermo, le dijo que se largara a casa.

Condujo por las calles desiertas hasta el cruce de Meridiana con la calle Aragón, y allí, esperando en un semáforo, se fijó en un perrito abandonado que andaba por el centro de la calzada de cuatro carriles. Decidió ignorarlo, porque no era su problema, hasta que vio que el perro llevaba colgada una correa. Se le habría escapado a alguien que estaba paseándolo. En ese momento se le removió algo por dentro. Recordó al viejo perro que tenían en casa cuando era niño, Ulises, que murió atropellado por un camión, y cuánto había llorado al perderlo. Se maldijo a sí mismo, puso las luces de emergencia y, prometiéndose que sólo haría un intento por rescatarlo, abrió la puerta del coche.

No llegó a decir nada. Sintió cómo algo lo tiraba al suelo de un golpe por la espalda. Al principio creyó que lo estaban atracando, pero luego pudo girarse y vio una cosa negra y viscosa que lo arrastró diez metros hasta hacerlo caer por el hueco de una alcantarilla, que se cerró un segundo después.

El coche siguió allí, con las luces de emergencia y la puerta abierta, hasta que una hora y media después una grúa municipal se lo llevó.

Koko regresó a su casa, y al no poder entrar se quedó dormido en la alfombra de la entrada hasta que una vecina lo dejó pasar a su piso, extrañada al no obtener respuesta al llamar a la puerta de Selen.

Y así, lentamente, la ciudad fue desangrándose cada noche. Y las sombras crecieron.

atizó el fuego y volvió a su asiento.

—Háblame de los pequeños. ¿Qué son?

Half se rascó la nuca, meditando.

—Me duele la cabeza sólo de pensar en explicarlo. He leído las notas de Abraham sobre ellos y apenas consigo entenderlo. Es que casi ni siquiera tienen sentido.

—Pues hazlo simple —dijo ella con media sonrisa en el rostro—. Esto no es un examen, sólo quiero entenderlo.

—Malvin es capaz de dar vida a tus pesadillas. A lo peor que llevas dentro. —Gris siguió mirándolo con atención. Eso lo animó a continuar—. Lo hace sólo con tocarte… Y, dependiendo de lo que lleves dentro, mueres.

—¿Mueres? —Gris sacó el inhalador inconscientemente y dio una larga aspiración para abrir sus bronquios.

—No siempre. Depende de lo que lleves dentro. Los niños… Al parecer, los niños consiguen sobrevivir. Sus pesadillas salen por los poros, o las vomitan. Son como humo. Aquellas cosas que nos atacaron en tu casa eran de ese tipo. Por eso pude vencerlos, si hubieran sido…

—¿Hay varios tipos? —lo cortó Gris.

—Sí. Las pesadillas de los adultos son peores. La gente suele morir cuando las expulsa. Y, aunque nacen siendo humo… se van solidificando. Con el tiempo, se encarnan. Adquieren consistencia.

—¿Son como humanos?

—Son una versión mala de nosotros. Duele mirarlas… Mira, escucha, Abraham lo escribió después de la guerra… —Half cogió el cuaderno del hombre de la maleta y leyó en voz alta:

Los pequeños son un reflejo negativo de nosotros mismos. De la gente que los ha parido. Son pesadillas. Hechos de sombra, dolor y miedo. Durante nuestro enfrentamiento con Malvin hemos conocido a tres tipos:

Los etéreos: normalmente nacidos de niños preadolescentes. Son la primera línea de creaciones de Malvin, su ejército de espías, confidentes y vigilantes. Aunque inútiles en el combate al ser entes sin cuerpo, pueden poseer por un tiempo limitado a criaturas cuando estas duermen y usarlas como arma.

La luz del amanecer los elimina.

Los físicos: los pequeños de las personas adultas. Aunque nacen como un humo viscoso y alquitranado, se van solidificando y adoptando la forma

física de la pesadilla de la que nacieron. Son más peligrosos cuanto más tiempo pasan vivos. Con la suficiente maduración adquieren un cuerpo físico y una fuerza y resistencia considerables. La gente común se ofusca en su presencia; habitualmente no los ven, porque no quieren verlos, y eso les permite vivir y moverse en la sombra. Sólo el ojo experto que los busca y los conoce puede localizarlos con facilidad.

La luz del amanecer les hace daño y los repele, pero matarlos así es complicado y desagradable.

Los gigantes: por suerte sólo conocimos a uno. Son pequeños que Malvin ha sustraído a criaturas no humanas. En nuestro caso, a un ángel. Son el mayor peligro que uno puede encontrarse excluyendo al propio Malvin. Acabar con él nos costó la vida de muchos y buenos amigos.

cerró la puerta de su despacho, se sentó delante del ordenador portátil y, tras unos segundos de reflexión, sacó un Red Bull de un cajón y le dio un largo trago. Después pulsó el *play* de su grabadora digital.

La voz de Enric sonaba grave y correosa, la medicación lo tenía a medio camino entre la desidia y la somnolencia.

—Qué ganas tenía de poder charlar con usted, doctora.

»Supongo que, si está aquí hoy, es porque han empezado a pasar cosas raras de nuevo. Y fíjese, incluso atado a la cama puedo darle un dato importante: esas cosas raras pasan en el sitio donde ustedes han dejado la maleta.

»Por su cara de sorpresa, sé que es así.

»Y, claro, pasan cosas raras, y yo lo sé desde esta habitación incomunicada, aquí encerrado.

—Esto no es una cárcel, Enric. Es un hospital. —Al oírse en la grabación, la doctora torció el gesto. No le gustaba su propia voz.

—Bueno —siguió Enric—, maticemos: aquí encerrado en el pabellón neuropsiquiátrico de este hospital. Aunque entienda que para mí es una cárcel. Estoy atado. Sí, sí, por mi propia seguridad. Bueno, contenido. A ustedes les gusta más decir que alguien está «contenido». Decir que uno está atado es feo. Ahora hace una semana que me porto bien. Me han «descontenido» una mano. Con ella puedo limpiarme el culo solo y comer con cuchara. Me han dicho que es posible que mañana ya me suelten del todo, y podré volver a ir a la cafetería.

—Siempre y cuando no intentes escapar.

—Sí, por supuesto. Pero lo que más me preocupa es que me han dicho que tengo restringida la comunicación con el exterior por orden suya. Y eso no puede ser, tengo que hacer una llamada de teléfono.

—¿A quién llamarías?

—A un amigo. —Lo dijo secamente, sin querer añadir nada más—. Y él seguro que podría aclararlo todo y librarme de esta condena.

—Esto no es una condena. Ni una cárcel. Si estás aislado es por tu seguridad. Trataste de escapar nada más despertar.

—¿Cuánto llevaba catatónico?

—Tu último bloqueo ha sido de tres semanas. Pero estuviste unos cinco meses previos de evolución retardada… Estupor, negativismo, mirada fija. Ya sabes. La caída.

—¿Y le parezco el mismo de antes?

(La doctora se queda callada un rato antes de contestar).

—No. En tres años de tratamiento apenas has dicho una docena de palabras, y mucho menos has tratado de fugarte. Y además ¡te ha

desaparecido el tartamudeo!

(Un largo silencio en la grabación).

—Doctora, ¿tiene un cigarro? Mataría por uno.

»Es broma. No mataría a nadie. Pero ¿tiene?

(Se oyen ruidos: la doctora cerrando la puerta, encendiendo un cigarro y dándoselo a Enric).

—Gracias. Sé que está prohibido en el interior del centro. Pero como no me dejan salir… —Se oye a Enric aspirar una larga bocanada de humo—. En realidad yo no fumo. Es una reminiscencia de un yo anterior. De hecho, dos anteriores. Sé que no lo entiende, o que lo achaca a mi esquizofrenia. ¿Quiere que le haga una versión resumida o empezamos por el principio de todo?

—Desde el principio —dice la doctora.

—Vaya. Ahora no tiene prisa. Pero la hay. Mucha. Y usted o quien sea que anda trasteando con la maleta ha empeorado las cosas. Y, si no lo solucionamos rápido, esa maleta hará de faro y las cosas malas vendrán. — La voz parecía cada vez más alterada.

—Céntrate, Enric, por favor. Te estás poniendo nervioso, y así no vamos a ningún sitio. Has dicho que ibas a empezar por el principio. Quieres que yo lo entienda. Estoy aquí y te estoy escuchando. Adelante.

(Se oye la respiración de Enric, un largo suspiro. Cuando vuelve a hablar, su voz parece más tranquila).

—Le podría contar, aunque no se lo crea, que todo empezó en este hospital hace unos… ochenta años. Con aquel tipo polaco y su puñetera maleta.

—En realidad quiero que me hable de Abraham. Todo empieza con él —lo cortó la doctora.

(Hay un largo silencio, sólo alterado por las caladas ansiosas que Enric da al cigarro).

—¿Qué quiere saber de Abraham?

—Cómo se metió dentro de ti.

(Un nuevo silencio).

—No se metió dentro de mí. Yo soy Abraham.

era feliz. No era ese momento puntual de felicidad que cualquiera se descubre viviendo de vez en cuando a lo largo de la vida. Era una felicidad plena. Absoluta. No había resquicio a algo que no fuera felicidad. Y, por ello, imposible para nadie más que no fuera el propio Solomon. Y él lo sabía. Aquella felicidad era consecuencia de algo. Algo *malo* que le había dejado aquella simpática cicatriz que le tapaba la placa de metal en la parte posterior del cráneo. Pero, a cambio, había obtenido una vida maravillosa, una mujer que lo amaba y dos hijas estupendas que adoraban a su padre.

El camino hasta aquello le daba igual. Porque, cuando uno es feliz, un tiro de escopeta en la boca más o menos no importa absolutamente nada.

Conducía un pequeño mini clásico Riley Elf (que fuera Elf era importante, «por las connotaciones élficas», solía decirle a su mujer a modo de broma privada). Y lo cierto es que verlo allí dentro resultaba del todo asombroso.

Damien medía dos metros exactos y pesaba cerca de ciento cincuenta kilos, y el hecho de poder meterse en aquel coche y conducirlo era un prodigio en sí mismo. La carretera era empinada y llena de curvas, y aquel coche sin dirección asistida le estaba haciendo sudar la gota gorda en cada recodo del camino. Pero eso lo hacía más feliz si cabe.

Una aventura en condiciones siempre comienza con un camino arduo. Eso solía decirse a sí mismo cada mañana, cuando sonaba el despertador, y eso mismo se iba repitiendo en cada curva.

En el reproductor *bluetooth* con altavoz que llevaba en el asiento del copiloto (jamás mancillaría el equipo de radio clásico original del coche instalándole una aberración moderna) sonaba a todo trapo *Song of Durin*, de Clamavi De Profundis. Y Damien iba cantándola a voz en grito cuando pasó junto a la pista forestal donde estaba aparcado el coche de los guardabosques.

En el equipo, aparte de toda la discografía de John Williams, cientos de bandas sonoras más o menos épicas y un par de recopilatorios de música *heavy* de los ochenta, también había un pequeño archivo, ilegible para el reproductor, pero que albergaba un ser minúsculo que puso un huevo virtual diminuto para duplicarse y después decidió saltar del coche en cuanto olfateó el *bluetooth* abierto del teléfono móvil de uno de los guardabosques.

Puede que fuera muy precavido en sus comunicaciones, pero el diminuto uróboros ya sabía adónde llevaba aquella carretera y con

quién iba a encontrarse Damien.

Doce minutos después, Damien Solomon llegó al borde del risco y se encontró con Half y Gris. Mientras se ponían al día de sus aventuras, el móvil del guardabosques comenzó a enviar mensajes de texto a varios destinatarios ocultos sin que su dueño supiera nada.

Una hora después, mientras las últimas luces del día acariciaban las montañas, el uróboros recibió una respuesta.

Ya estaban en camino.

cavaba mientras Tertium observaba sentado en la lápida. El tipo sudaba la gota gorda, y las venas de la frente y el cuello se le marcaban pronunciadamente a cada palada. Hacía rato que ya no hablaba. Sólo bufaba y babeaba ligeramente.

—¿A qué te dedicabas antes? —preguntó el niño.

—¿Qué? —El hombre miró confuso a Tertium. No era normal que el Maestro se dirigiera a él en ese tono coloquial.

—Antes de unirte a nosotros. ¿Qué hacías? —insistió Tertium.

—Bueno… —El hombre soltó una palada de tierra sobre el montón que se había ido formando a un lado y pareció meditar la respuesta mientras se secaba la frente con la manga de la chaqueta—. Era dentista.

—¿Y te gustaba?

—No mucho. —Se quedó pensando por un momento y después siguió sacando tierra—. En realidad, lo detestaba. Odiaba esa mierda de trabajo. Odié cada día oliendo la boca de gente que me daba asco.

Parecía incómodo hablando de aquello. Eso le gustó a Tertium.

—¿Y tu familia? ¿Tenías familia?

—Sí.

—¿Cómo eran?

—Mi mujer era psicóloga, y mi hijo, un cabrón insufrible que nos robaba dinero para irse de fiesta y comprar cocaína.

—Bonita estampa familiar.

—Mi mujer lo defendía a muerte, decía que aquel idiota era un genio incomprendido y que acabaría la carrera de empresariales y haría crecer el negocio familiar. Montaría cientos de franquicias de mi clínica dental. Gilipolleces.

—¿Lo hizo? ¿Acabó la carrera? ¿Amplió el negocio?

El hombre malo había tocado la tapa del ataúd con la pala y estaba limpiando los bordes. Levantó la mirada para ver si el Maestro estaba burlándose de él. La cara de Tertium sólo reflejaba una atención seria y cristalina.

—No. El día que nos vació a traición las cuentas de casa y de la clínica, nos enteramos de que hacía meses que había abandonado la carrera y que trabajaba de camarero en un local de ambiente. Y que debía un montón de dinero en drogas. A mí, que fuera gay no me importó nada. Lo de las drogas ya era más jodido. Pero mi mujer cayó en una depresión profunda. Ella tenía muy interiorizado que aquel idiota tenía que perpetuar nuestra saga familiar, casarse, tener hijos, heredar y ampliar el imperio y esas mierdas. Pero a mí, a esas alturas,

me daba todo igual.

—¿Por el cáncer?

—Por todo. —El hombre se arrodilló y comenzó a limpiar la tapa con las mangas de la chaqueta, que a esas alturas estaba llena de mugre y barro—. El cáncer sólo era una gota más en un vaso lleno de mierda. Entre la quimioterapia, los vómitos, el dolor, mi mujer y sus borracheras, las visitas de mi hijo para sablearnos el poco dinero que nos quedaba después de vender la clínica dental… Luego, cuando yo ya estaba muy débil, comenzaron las palizas. Nos pegaba a los dos. Y ella seguía defendiéndolo. Las cosas pintaban bastante feas. Cuando llegó la orden de desahucio, supongo que decidí tomar un atajo.

—¿Qué les hiciste?

—No lo recuerdo. —Se encogió de hombros con total indiferencia —. Sé que fue algo malo. Me llamas «el hombre malo» por eso.

—Ese es tu nombre aquí. Sí. Te lo di cuando renaciste.

El hombre malo se quedó pensando un segundo, como abstraído.

—Los maté, ¿verdad?

—Sí. Y luego te suicidaste. —El niño hizo un gesto guasón de ahorcarse—. Ya sabes.

El hombre malo asintió con indiferencia.

—¿Quieres detalles? —dijo el chico.

—La verdad es que me da igual. No me interesa mucho. Eso fue antes.

Tertium se encogió de hombros y saltó de la lápida al borde del agujero.

—Vale. Quita la tapa. Veamos qué tal se ha portado la muerte con ella.

El hombre malo quitó la tapa del ataúd y echó un vistazo al interior. Allí estaba el cuerpo momificado de lo que parecía una mujer. Tenía un agujero de bala en la frente.

—¿Quién es?

—Se llamaba Clara Campoamor. Sácala. Vamos a charlar con ella.

El hombre cogió el cuerpo y lo depositó fuera del agujero. Tertium se acercó a Clara y se acuclilló a su lado.

—Hola, amiguita. ¿Me has echado de menos?

Tertium le apartó el pelo sucio y estropajoso de la cara y después, casi en un gesto de amor, le dio un beso en la frente.

De repente, el cuerpo de Clara se convulsionó y comenzó a hincharse. Todo el césped de alrededor y varios árboles se secaron de golpe, las ardillas y los pájaros que habitaban en esos árboles cayeron fulminados y se convirtieron en polvo antes de tocar el suelo. Una onda expansiva de ceniza y vacío creció alrededor de Tertium mientras el cuerpo de Clara se llenaba de nuevo de fluidos y vida.

—Fíjate bien en esto —le dijo el chico al hombre malo—. Te hice

lo mismo a ti hace veinte años. Aunque no lo recuerdes.

El hombre malo salió del agujero y comenzó a limpiarse las manos llenas de barro en la chaqueta mugrienta mientras observaba el proceso mediante el cual Clara volvía a la vida. No le resultaba particularmente interesante.

—Trae la silla de ruedas del coche. No creo que hoy pueda caminar mucho —dijo Tertium.

El hombre malo obedeció.

—Hola de nuevo, querida. —Tertium le acarició la cara hasta tocar con la yema del dedo anular el hueco en la frente por donde entró la bala, que debía seguir allí dentro, en algún lugar—. ¿Qué nombre debería ponerte ahora que has vuelto?

Clara lo miró con extrañeza. Hizo el amago de decir algo, pero se tocó la garganta con la mano. No podía hablar.

—Sí. —El chico la cogió de la mano con cariño y la ayudó a incorporarse—. Sé que no puedes hablar. La bala sigue ahí dentro. —Tocó de nuevo el hueco de la herida—. Y, aparte de sin vida, te ha dejado sin voz.

Ella asintió con indiferencia.

—Pero hablábamos de tu nombre. —Tertium le sonrió—. Es importante cambiar de nombre cuando uno renace. ¿Qué te parece si te llamo «La chica traicionada»?

La chica traicionada asintió sin demasiada convicción y se dejó llevar por el demonio.

apartó la vista del ordenador con cara aburrida al ver a Enric entrar en el despacho.

—¿Qué pasa, Enric? Luis dice que no quieres bajar a la cafetería.

—Están pasando cosas raras. Hay un anciano por ahí fuera. —Enric señaló a través del cristal de la ventana—. Lleva un sombrero de copa y un bastón. No recuerdo su nombre, pero es un tipo peligroso. Mucho. Si lo ve, salga corriendo sin mirar atrás. Lo único que puede salvarla es que, si va solo, no es muy rápido. Así que corra.

—¿De qué hablas? —La doctora volvió a centrar la mirada en la pantalla, obviando lo que le señalaba el interno.

—La maleta lo ha llamado, y él ha venido. Sé que no me cree, así que lo mejor es que sólo recuerde eso. Sombrero de copa y bastón.

—Enric, no hay ningún hombre ahí fuera —dijo ella sin mirar por la ventana.

—Si la coge, más vale que tenga muy interiorizada toda esa psiquiatría y psicología que se gasta, porque ese viejo consigue que saquemos todo lo malo que llevamos dentro —dijo Enric en un tono agudo.

—Eso no suena muy bien. Ya sabes lo que pasa cuando empiezas a ponerte ansioso.

—Nada de ansiedad. —Enric retrocedió en dirección a la puerta—. Sólo quiero quedarme aquí. Sólo eso. No quiero contenciones. No quiero ir a la cafetería. Sólo quedarme aquí.

—Bueno; pero después de comer, bajas. Es bueno que salgas y te airees.

Enric volvió a mirar por la ventana. El vejete seguía sentado delante del edificio, en uno de los bancos que usaban las visitas para charlar con sus familiares internos.

—Saldré. Luego. Seguro que sí. Pero ahora no puedo —murmuró.

El viejo lo estaba mirando y lo saludaba con las dos manos, efusivamente. Porque sabía quién era. Porque se podía engañar a la muerte, pero no a él.

La doctora le señaló la puerta.

—Dile a Luis que hemos quedado en eso, y pórtate bien.

Enric salió del despacho.

En el pasillo, con cautela, escudriñó por la siguiente ventana que daba al banco. Pero ahora estaba desierto.

RAÚL

no era mala persona. Al menos según su propio criterio. Él sólo buscaba su felicidad. Lo que sucedía era que, para conseguirla, a veces la gente lo pasaba mal. Pero le daba igual. La gente, así en general, el género humano, le importaba tanto como cualquier otra cosa u objeto que se cruzara en su camino. ¿Podía usarlo para su disfrute personal? ¿No? Lo ignoraba. ¿Sí? Lo usaba. Esa simple ecuación guio su vida durante sus primeros veintidós años, y le había ido muy bien. Hasta ese momento, era todo lo feliz que se podía ser.

Claro que había entrado y salido del pabellón un montón de veces. Primero por agresión a sus padres, luego porque había dejado la medicación y, finalmente, por lo que les hizo a sus hermanos pequeños. Y eso había sido un error. No es que se sintiera culpable. No era eso. Es que sabía que cuando a uno lo pillaban, lo castigaban. Y lo importante era que no te pillaran. Había desarrollado técnicas para que no lo pillaran pero, al parecer, algo había fallado. Las amenazas no habían sido suficientes, y uno de sus hermanos se había ido de la lengua.

Ya se lo haría pagar cuando saliera.

Porque iba a salir. Por las buenas o las malas.

Ya fuera en un permiso, o fugado, pero saldría. Y entonces le enseñaría a ese mocoso lo que les pasaba a los bocazas. Se lo enseñaría a los dos. Y luego se largaría de la ciudad. Sería feliz en cualquier otro sitio.

Iba pensando en todo eso cuando entró en su habitación y vio al tipo gordo y viejo sentado en la cama. EN SU CAMA. La doctora no le había dicho que tuviera un nuevo compañero. Ella sabía que los compañeros le ponían nervioso, y las cosas acababan siempre muy mal si se ponía nervioso.

—Hola, jovencito. ¿Qué tal? —dijo el gordo.

Raúl se quedó extrañado. El viejo era nuevo. No lo había visto nunca, y le sonreía.

¿Cómo se atrevía a sonreírle? ¿Quién se creía que era? ¡Uno nuevo! ¡Ni siquiera sabía quién era él y cómo debía comportarse!

—Oye, gordo, levanta tu culo de la cama si no quieres que te reviente.

El hombre continuaba sonriendo. Pero no se movió un ápice. Siguió sentado. Obviando la orden directa que acababa de darle.

Raúl apretó los puños con fuerza. Iba a quitarle esa estúpida sonrisa de un puñetazo. O puede que de dos, no muchos, y nada de golpear la cara, que eso dejaba marcas; sólo partes blandas. Lo tenía

decidido, y todo sería culpa de la doctora. Pero sabía que eso haría que lo pillaran si el viejo se iba de la boca. Tendría que contenerse un poco, no castigarlo demasiado, y después darle una charla informativa sobre cómo iban las cosas por allí.

El gordo se puso en pie al final. Pero era demasiado tarde. Había sido demasiado tarde todo el rato. Desde que lo había visto, la paliza estaba decidida. Y luego le registraría las cosas. Y se quedaría con el tabaco y el dinero.

Y llevaba un bastón.

El bastón le gustó a Raúl. Él pensaba que allí dentro estaban prohibidos, pero si aquel viejo podía llevar uno, Raúl también. Ya tenía tema para su siguiente charla con la doctora. Esa molestia… Ese *dolor* que iba a sentir a partir de aquel momento en la pierna sólo podía aliviarse con un buen bastón. Algo duro con lo que intimidar más a aquella panda de capullos que vivían en el pabellón.

El viejo usó el bastón para levantarle la camisa, algo que desconcertó a Raúl.

—Estás lleno hasta arriba de malas ideas —dijo con tono alegre—. Eso me gusta.

Raúl sonrió involuntariamente. El viejo había dado en el clavo. Eso no quitaba que fuera a recibir el puñetazo, y quizá luego usara su propio bastón para sodomizarlo, pero había estado acertado en el comentario. Agarró el bastón firmemente, con la idea de quitárselo al viejo, y este aprovechó para acercarse a él y ponerle la otra mano, que estaba fría y húmeda, en el pecho:

—Vamos a ver quién es peor, si tú o ellas —dijo con un tono seco y duro; luego murmuró algo sobre caminar por un callejón que no acertó a escuchar.

De repente Raúl sintió algo, como si toda la bilis del mundo se hubiera reunido en su garganta y le quemara por salir a toda velocidad. En todas direcciones.

Trató de chillar y no pudo, porque algo negro y viscoso que se movía con vida propia le obstruyó la garganta.

A continuación salpicó las paredes y el suelo de malas ideas, sangre y oscuridad.

observó con indiferencia el enorme cementerio de Montjuic, que se extendía ante ellos. Las callejuelas de pisos y pisos de tumbas apiladas. A su lado, el chico estaba de pie sobre una lápida de mármol vieja y enorme, admirando la extensión del camposanto.

—Es posible que me toque morir muy pronto —dijo Tertium—. Tengo una oscura sensación. Un pálpito. Y no puedo ignorarlo. Siempre que me pasa algo así, se acaba cumpliendo. Es un fastidio, porque me encanta este mundo. Si pudiera, no volvería al mío jamás. De hecho, si muero, no tengo ni idea de lo que va a pasar. Cuando llegué aquí acepté las reglas de la carne, y ahora que las cosas se están fastidiando, no sé qué va a pasar. —Se encogió de hombros con un suspiro resignado.

La chica no dijo nada.

Él volvió a sonreír.

—Pero no te preocupes. La muerte nunca es definitiva. Por eso necesito tu ayuda. —Le pasó la mano por el hombro, la atrajo hacia sí y señaló las hileras de nichos apilados—. Necesito la ayuda de todos ellos.

»He despertado a muchos como tú usando sólo la esencia de la carne, como títeres sin alma. Pero ahora necesito algo más, necesito a alguien que me sustituya, y no creo que haya nadie que lo merezca más que tú.

Tertium le dio un beso en la frente, y algo pasó; ella lo notó. Algo que crecía en su interior.

—Sé que no puedes hablar. —Tertium le acarició el orificio de bala de la frente—. Hay cosas que ni siquiera yo puedo solucionar. Pero los muertos no necesitan conversación. Os aburre hablar. Porque ya está todo dicho.

Tertium bajó de la lápida y la cogió de la mano. Ambos caminaron entre las tumbas, en silencio por un rato. Al final, llegaron a la zona más nueva del cementerio. A aquellas horas de la tarde ya no había nadie por allí.

—Te he dado mis poderes. Lo que queda de ellos. No es mucho, pero sí lo suficiente para poder despertar a un montón de marionetas. —Tertium señaló a su alrededor—. Empieza por los más nuevos, así no se caerán a pedazos y no te cansarás mucho al despertarlos. Necesitamos un ejército, tan grande como puedas dármelo.

La chica traicionada se arrodilló ante la primera tumba y tocó la tierra fresca que la cubría.

Tertium silbó con fuerza y una figura renqueante apareció entre las

lápidas.

—A este lo he despertado hace un rato. Me ha costado dar con él, estaba en lista de espera para ser incinerado. —Tertium le pasó un brazo por encima del hombro al hombre cojo—. Es una pequeña broma personal que quiero gastarle a mi hermano. ¿Verdad, viejo? Le va a encantar verte. Nos vamos a reír un rato.

El viejo clavó los ojos en la chica traicionada y se quedó allí plantado, esperando instrucciones.

—Como no eres capaz de hablar —Tertium volvió a dirigirse a la chica—, lo usarás de traductor. Cuando tengas un ejército suficiente, venid a buscarme. Sabes dónde estaré. Si es que sigo vivo.

La mujer lo miró fijamente. Sus pensamientos le llegaron con nitidez.

—¿Si estoy muerto? Entonces busca a mi hermano y haz que se ponga esto. —Sacó un anillo negro de su bolsillo y se lo dio—. Él os guiará entonces.

DAMIEN

estaba fregando los platos mientras la cafetera, puesta al fuego y borboteando, iba llenando la cocina de aroma a café recién hecho.

—Sé que todo esto es difícil de asimilar, y supongo que tendrás muchas dudas, así que dispara cuando quieras —dijo el gigantón sin girarse.

Half, que estaba sentado a la mesa con la mirada perdida en la ventana, se giró expectante hacia Gris. Esta meditó por un momento antes de hablar.

—¿Qué es lo que me hace tan importante para ellos?

—Bueno… Por lo que he podido averiguar, creen que eres una negorith.

—¿Y eso es…?

—Una especie de vidente. —Damien se secó las manos y sacó la cafetera del fuego—. Alguien que puede ver elementos de todos los interregnos. Ahora sólo notas destellos, pequeños *flashes*. Eso quiere decir que apenas has despertado. Lo malo es que, al hacerlo, te has convertido en una especie de faro para ellos. Como esas luces azules donde se fríen los mosquitos…

—¿Yo soy esa luz?

—Lo serías si desarrollases esa facultad, podrías interactuar con ellos. Tocarlos. Las más fuertes pueden incluso doblegar sus voluntades, subyugarlos o devolverlos a su dimensión.

—¿Y cómo me he convertido en esa… negore…?

—Negorith —la corrigió Damien—. Y no te has convertido. Lo eres desde que naciste, sólo que hasta ahora no te habías manifestado.

—¿Y por eso quieren matarme?

—¿Matarte? —Damien sonrió mientras le servía una taza de café —. No, querida. No quieren matarte. De hecho, todo lo contrario. Todos quieren tenerte en su bando. Las negorith no son muy abundantes, eres la primera de la que se tiene noticia en cuarenta años.

—¡Pero aquel bicho me secuestró! ¡Me estaba dejando morir!

—En realidad creo que te tenía miedo, no sabía cómo enfrentarte y estaba esperando a su jefe para entregarte a él. Lo que pasa es que Abraham y Half llegaron antes.

—Fue una suerte —intervino el chico sin brazo.

Damien miró a Half con una sonrisa franca y luego se giró hacia Gris.

—No creo en la suerte. Creo que Abraham sabía, o al menos intuía, lo que eras, y por eso se dio prisa en intervenir y sacarte de allí. No

quiero que pienses que somos los buenos de esta película. Sólo somos un bando. Si piensas que somos los buenos, al final te llevarás una decepción. —El gigantón pareció recordar algo y arrugó el ceño—. Ya ha pasado antes.

Half miró a Damien, ofendido.

—¿Qué quiere decir eso de que no somos los buenos?

Damien le puso café en la taza a Half mientras le hablaba.

—Chico, si hay una cosa cierta e inamovible en este mundo es que soy sincero, siempre. No puedo mentir. Esto de aquí me lo impide. —Se dio unos golpecitos en la base del cráneo, que sonaron a metal—. Sé que Abraham te ha metido en la cabeza la idea de que aquí todo se reduce a nosotros o el caos, pero las cosas son más complicadas. A veces hay demonios que no son tan malos, a veces los peores enemigos son los ángeles, y a veces incluso Malvin ha equilibrado la balanza.

—Bueno, a mí me da igual. —Gris miraba a Half, que parecía confuso y enfadado—. Si tengo que elegir un bando, que sea el nuestro. El de la gente. Los humanos. —Se volvió hacia Damien con una mirada salvaje en el rostro—. Si la idea de ese Malvin era hacerse mi amigo provocando que Erika se suicidara y luego dejarme tres días bebiendo agua de un charco, creo que se ha equivocado de método. Dices que no quieren matarme. Vale. ¿Qué quieren de mí?

—Los demonios, ni idea. —Damien se encogió de hombros—. Los ángeles y Malvin quieren que les enseñes el camino a casa. —Damien señaló por la ventana. A la oscuridad.

Gris se quedó extrañada.

—¿El camino a casa?

—Sí, una puerta a Oniria.

—Es el sitio del que salió Malvin —explicó Half a Gris.

—¿Los ángeles también quieren ir allí? —preguntó la chica.

—Sí. Entre nosotros y el Reino Celeste está Oniria. No hay un puente directo entre los ángeles y los humanos. Sólo Oniria nos conecta. Y, cuando los ángeles descubrieron Oniria, la arrasaron exterminando a toda la raza de Malvin. Sólo él se salvó.

—Qué simpáticos, los ángeles —dijo Gris.

Damien meneó la cabeza.

—Si ves alguna vez a Malvin, recuerda eso que has dicho. No soy capaz de pensar en algo que pueda ser más desagradable que una dimensión llena de cosas como él.

—¿Y yo podría hacer eso ahora? ¿Encontrar una puerta?

Damien suspiró mientras lo meditaba.

—Supongo que si te la ponen delante podrías verla, y, si la ves, puedes atravesarla. Pero no creo que sea una buena idea. Al menos para nosotros.

—¿Por qué no? Si encuentro una de esas puertas podría darles una

patada en el culo a todos, y hasta nunca.

Damien tomó un sorbo de café y se sentó delante de los chicos. La silla crujió bajo el peso del gigante.

—Verás. —Dejó la taza en la mesa—. Mi difunto padre, que en paz descanse, siempre decía que en un intercambio de mierda nunca pienses que lo importante es cuántas paladas vas a quitarte de encima, sino cuántas vas a recibir.

Gris no supo qué contestar.

Damien continuó:

—Los ángeles del Reino consideran esto una especie de cárcel donde mandar su basura sin posibilidad de billete de vuelta. Pero, si tú abres esa puerta, podrán venir, curiosear y volver a su casa o quedarse si les apetece. ¿Lo entiendes? Hemos tenido media docena de ángeles desterrados en este planeta, y las dos guerras mundiales las montaron ellos solitos. ¿Crees que podríamos soportar a millones de ellos por aquí?

Gris asintió, empezando a comprender.

—Si tú encuentras la puerta entre la Tierra y Oniria, Malvin podrá irse, pero los ángeles podrían encontrarla y entrar… Y no creo que eso sea nada bueno para nosotros.

Damien cogió su taza y dio un largo sorbo. Los tres se quedaron en silencio, cada uno enfrascado en sus pensamientos.

Finalmente, Half rompió el silencio:

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé. —Damien parecía sincero—. Por lo que parece, Abraham se encontró en esa misma encrucijada hace cuarenta años. Intentó mantener un cierto equilibrio entre todas las partes y la cosa acabó en una guerra.

—¿Con una negorith como detonante? —preguntó Gris.

—Sí.

—¿Y qué le pasó?

—Murió. Bueno. La mataron.

—¿Fueron los ángeles? —preguntó Half.

—No. Fue Abraham —respondió Damien con gesto severo.

Half sintió como si alguien le acabara de clavar un puñal en el corazón.

—¿Qué? —Half miró a Gris, que parecía haberse quedado en *shock* —. Abraham…

—Pero… — Half pensaba a toda velocidad—. ¿Por qué la mató? ¿Se corrompió?

— No… —dijo Damien con un tono menos severo—. No quiero pensar eso. Es sólo que se cansó de huir y decidió aliarse con Malvin y Tertium, desarrollar sus facultades y ayudarlos a encontrar las puertas. Darles la patada en el culo —añadió mirando a Gris—. Abraham sólo

podía darle una vida de prisionera, asustada y perseguida, amparada por un ángel renegado y un demonio que podía traicionarlos en cualquier momento. Se cansó y decidió buscar otra salida.

—Y, entonces, el gran Abraham la mató. —Las palabras, frías como el hielo, salieron de los labios de Gris—. Supongo que si las cosas se tuercen conmigo querrá tenerme cerca por si tiene que hacerlo otra vez.

Half no podía ni mirarla a la cara.

Damien señaló a ambos.

—De eso hace cuarenta años. Ni siquiera habíais nacido. No juzguéis tan apresuradamente las cosas. No estuvisteis allí.

—¿Has venido a matarme? —Gris lo miraba desafiante.

—No. —Damien le devolvió la mirada, sacó la carta arrugada que Half le había mandado, la puso sobre la mesa y la marcó con su dedo índice—. Yo estoy aquí porque me escribisteis pidiendo consejo y protección. Y a eso he venido. Yo no soy Abraham. No comparto su decisión. Siempre he pensado que se podrían haber solucionado las cosas de otro modo y…

Damien iba a añadir algo, pero de repente se levantó de golpe, con gesto alerta.

—¿Qué pasa? —dijo Half, asustado.

—Un coche. Sube por la carretera. —Damien parecía escuchar con intensidad. Half sólo oía el crepitar del fuego en la chimenea y los grillos del bosque—. ¿Alguien sube habitualmente por aquí? ¿Ese camino lleva a cualquier otro sitio que no sea este? —preguntó el gigante.

—No, que yo sepa.

—Pues entonces ya vienen.

Damien, en dos zancadas, se plantó en el salón principal, donde había dejado su maleta de viaje. La puso en la mesa y la abrió. Half y Gris llegaron con expresión asustada a su lado y vieron cómo el gigante sacaba de ella una enorme y barroca escopeta recortada con un cañón de trabuco. Era de color oro y plata, y estaba llena de grabados de runas extrañas. Damien se la pasó a Half.

—Aguanta esto.

Damien sacó entonces media docena de balas de cristal y las fue colocando con cuidado en una bandolera. La parte trasera de aquellas balas parecía la de un cartucho de escopeta normal: un pistón metálico de color oro; pero la vaina era de cristal acabado en punta, y el interior estaba lleno de un líquido espeso y grumoso donde flotaba algo carnoso y grisáceo.

—¿Qué es esto? —preguntó Half al verlo.

—Dedos de santo —dijo Damien—. Pero no de esos de los que hablan las religiones. Dedos de santos de los de verdad. —Cogió el

arma de las manos de un confuso Half y cargó dos balas en el trabuco.

Gris se asomó a la ventana y vio los faros del coche. Todavía estaba a unos cientos de metros de la casa, pero ya se oía claramente el ruido del motor.

—Es el coche de Todd y Toby —dijo aliviada.

—¿De quién? —preguntó Half, extrañado.

—De los guardabosques —respondió Gris

Damien se puso junto a ella y observó el exterior, luego miró su reloj de pulsera.

—¿Y crees que hacen horas extra trabajando a las dos de la madrugada?

Damien sacó un enorme trozo de algodón del bolsillo de los pantalones y le dio un pedazo al chico y otro a Gris, que se quedaron mirándolo sin comprender.

—¡Si son ángeles, estamos jodidos sin esto! —Y comenzó a ponérselo en las orejas.

Ellos lo imitaron.

—Ojalá que sean demonios —añadió.

Pero nadie pudo escucharlo.

pensó que era extraño que Luis no hubiera pasado por su despacho para bajar a cenar.

Miró la hora. Eran casi las once. Se había enfrascado a escribir informes y se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Se sintió irritada con Luis. ¿Por qué no le había dicho nada? Ahora habrían cerrado la cocina de la cafetería y sólo podría coger alguno de los sándwiches fríos con peor pinta que nadie se hubiera llevado. Se levantó y salió del despacho.

El pasillo de la unidad RH1 del hospital estaba desierto. La luz tenue que iluminaba el pabellón por las noches confería al pasillo un tono café con leche amarillento que siempre la ponía nerviosa. Al pasar junto al acceso al comedor, vio que salía luz por debajo de la puerta del lavabo pequeño que había en esa zona. Se acercó y trató de abrir la puerta, pero no pudo. Los lavabos comunes no tenían pestillo por dentro, sólo podían cerrarse con llave, y la luz interna sólo saltaba si alguien se movía dentro, así que…

—¿Luis? ¿Estás ahí?

El temporizador de la luz saltó con un *clac* seco, dándole un susto, y el lavabo quedó a oscuras.

Pero tenía la sensación de haber escuchado a alguien dentro. Una tenue respiración. Un sollozo. Por mucho que ahora se hubiera quedado quieto.

Sintió un escalofrío.

Se alejó del lavabo a pasos rápidos, en dirección a la cabina de control. Tras el cristal no se veía a nadie. Quizá estaba dentro, en el área de medicación. Sacó las llaves del bolsillo de la bata con nerviosismo y abrió la puerta. Pasó a la zona posterior y tampoco encontró a nadie.

Al final del pasillo, un interno salió de su habitación y con paso lento y torpón se dirigió hacia la cabina. La doctora, instintivamente, cerró la puerta (desde fuera no podía abrirse si no era con llave). Los pacientes la ponían nerviosa. Delante de ellos mostraba un rostro frío y profesional, pero en su interior solía tenerles bastante miedo. Sobre todo a los de aquel pabellón. RH1 (Rehabilitación 1) era una forma sutil de llamar a la unidad de irrecuperables para la sociedad. La gente que iba a pasar el resto de su vida allí dentro. La mayoría eran inofensivos pero, aunque pocos, había auténticos monstruos en aquel lugar, como Raúl. Esperaba que el interno que venía no fuera él, porque ese chaval conseguía ponerla de los nervios. Y lo peor era que él lo sabía. El hombre llegó a la mitad del pasillo y la doctora pudo

verlo con claridad. Pensó que por suerte no era Raúl. De hecho, no le sonaba de nada, y no llevaba puesto el pijama.

Cogió el micro de sala.

—¿Por qué no llevas el pijama? Sabes que es hora de dormir, ¿verdad?

El interno siguió andando sin hacerle caso. Era un hombre mayor y bastante orondo. Caminaba apoyado en un bastón. ¿No estaban prohibidos los bastones allí dentro?

Se acercó hasta el mostrador del control y la miró a través del cristal blindado. Picó con los nudillos en la ventanilla de seguridad cerrada. Ella le hizo gesto de que esperara, que estaba haciendo algo.

El tipo sonrió y se quedó allí esperando, con la mirada clavada en ella.

Era nuevo, sin duda; no le sonaba de nada. Aunque Luis tampoco le había hablado de ningún ingreso de última hora.

¿Y dónde estaba Luis?

Comenzó a pasar de la irritación al enfado directo. Cogió su móvil y usó la marcación rápida para llamar al enfermero. Pero el móvil de Luis estaba apagado.

Empezó a agobiarse de verdad.

Buscó con la mirada los cargadores de mesa donde se recargaban los *walkies* que usaban los auxiliares para comunicarse entre ellos en caso de alerta.

¡Bingo! Quedaba uno.

Lo cogió con cierta ansiedad y se dio la vuelta para que el nuevo no pudiera verla a través del cristal.

—Hola. ¿Luis? ¿Lua? ¿Dónde estáis?

—Hola. Estamos aquí —dijo una voz al otro lado del *walkie*.

—¿Luis? ¿Dónde…?

—No. No soy Luis. Está ocupado ahora mismo.

—¿Quién eres?

—Soy yo. ¿No me ves? Estoy detrás de ti —dijo la voz.

La doctora se giró al instante. El nuevo interno llevaba uno de los *walkies* en la mano, y se lo enseñó.

—¿Ves? —dijo a través del aparato.

—Oiga —dijo la doctora, escandalizada—. Sabe que usted no puede tener eso. ¿De dónde lo ha sacado?

—Me lo ha dado un amigo —respondió el hombre, con tono afectado.

—No diga tonterías —siguió ella, cortante—. Démelo y no se busque líos. Coger sin permiso material de la sala puede crearle problemas. Téngalo claro.

Abrió la ventanita del control y tendió la mano con firmeza. Él le entregó el *walkie*.

La doctora insistió con su propio *walkie*.

—¿Luis? ¿Estás en la cafetería?

Sólo recibió estática. Ninguna respuesta.

—Luis está ocupado ahora mismo, ya se lo he dicho —intervino el hombre, que se había inclinado y hablaba a través de la ventanita.

—¿Qué dice? ¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Porque lo he mandado a buscarme el sombrero al coche. Pero seguro que está a punto de volver en cualquier momento.

—Pero… ¿quién es usted? ¿Cuándo ha ingresado?

—He llegado hace un rato. Perdone que no me haya presentado, pero es que estaba haciendo nuevos amigos. —Al decirlo señaló a su espalda. De repente a la doctora se le cortó la respiración. Justo detrás del hombre había algo. Un momento antes no había nada, pero ahora había cosas. La mente racional de la doctora se negaba a procesarlo, porque toda su vida había luchado precisamente contra ello. Contra esas cosas que la mayoría de sus pacientes decían ver y que no existían, y que ahora estaban allí. Delante de ella. Rodeando la cabina. Decenas de ellos.

—Mire cuántos amigos he hecho hoy. Aquí tienen verdadera magia en la cabeza.

Al decir aquello, varias de las cosas se revolvieron a su alrededor y abandonaron su forma humanoide para mutar en horrores de pesadilla llenos de tentáculos y ojos por todas partes. Una palabra cruzó la mente de la doctora en aquel momento: «lovecraftiano». Todas aquellas cosas podían definirse así.

De un manotazo, la doctora cerró el cristal de la cabina y puso el seguro.

Le temblaban las manos. Notaba la tensión en la sien. Esto tenía una explicación. Como todo. Algo… La habían drogado con algo. O tal vez se había dormido. O estaba soñando en su casa. Aquello no podía ser real. No podía estar pasando precisamente eso. Era el estrés. La ansiedad. Cualquier cosa con una explicación normal y, sobre todo, racional.

—Márchese. Vuelva a su habitación —dijo en tono suplicante.

Pero el viejo sólo le sonrió. Y el mundo continuó emperrado en seguir siendo real, extraño y lleno de pesadillas.

Al menos la puerta estaba cerrada.

Luis surgió de entre las sombras, sonriendo, y pasó a través de esas cosas como si no las viera. La doctora sintió un gran alivio. Luis era grande y fuerte, entre los dos podrían con aquel viejo repulsivo y la ayudaría con lo que fuera que le provocaba aquella alucinación.

—Luis, escucha, tienes que…

Entonces vio los ojos de Luis y las palabras le murieron en la boca. Porque aquellos ojos eran negros como una noche sin luna. Y su rostro

sólo era una máscara de risas llena de crueldad. Llevaba un absurdo sombrero de copa en la mano que le entregó al viejo, quien se lo puso ceremonialmente.

—Oh, muchas gracias, amiguito —dijo el viejo.

Luis sacó las llaves y abrió la puerta mientras ella seguía allí bloqueada sin saber qué decir. El enfermero dejó pasar al viejo, que entró en la cabina, e ignorando a la doctora se puso a rebuscar entre los informes que había sobre la mesa del control.

—¿Dónde está?

Luis se puso a su lado y comenzó a tirar papeles al suelo; finalmente encontró lo que buscaba y se lo tendió al viejo.

—Es este.

El viejo sólo sacó una foto de la primera página y dejó caer todo lo demás al suelo.

—Así que ahora tienes esta cara, ¿eh? Claro, el tipo que no me devolvía el saludo. Debí imaginarlo. Qué maleducado. —Se volvió hacía la doctora—. Dígame, doctora: ¿qué puede contarme de Abraham?

—¿De quién? —dijo ella con un hilo de voz. Sus ojos iban una y otra vez al otro lado del cristal, donde se agolpaban aquellas cosas. Mirándola.

—No sea obtusa. —Por primera vez ella se fijó en sus dientes, y una parte de su pensamiento racional murió en ese momento—. Sabe de quién estamos hablando. Usted lo llama Enric.

Le enseñó la foto.

—Su habitación…

El viejo bufó con impaciencia.

—Evidentemente, no está en su habitación. Si no, yo no estaría aquí hablando con usted. ¿Comprende? Así que vamos a recapacitar. Y créame si le digo que le va la vida en esto. Si no se ha fugado y está débil y confuso, ¿dónde cree que puede estar?

Una luz se iluminó en la cabeza de la doctora.

Una luz como la que se filtra bajo una puerta.

abrió la puerta de la casa y observó el coche. Los faros apuntaban directamente a ellos, así que no veía nada más allá de las luces incandescentes. Half, que llevaba sus gafas del Entremundo puestas, fue ponerse a su lado, pero Damien se lo impidió.

—Vosotros, detrás de mí.

El chico no estaba muy conforme pero, ante la voz autoritaria del gigante, optó por hacerle caso. La mano derecha de Damien escondía el trabuco tras su voluminosa espalda. Con la izquierda hizo visera para ver mejor.

—Vale, apagad esa mierda y salid del coche. Que os veamos. Y sin tonterías, os lo advierto, porque a mínima os meto un balazo por el culo que vais a estar cagando plomo y cristal un par de meses.

Enseñó el arma y la apoyó contra su hombro. Exhibiéndola.

Gris se fijó en el rostro del gigante; su actitud y su forma de hablar habían cambiado. El tono calmado y de bibliotecario amable que había empleado con ellos había dado paso a la voz ronca y áspera que estaba usando ahora. Era como el Doctor Mary Poppins y Mr. Hyde. Sólo que seguía sonriendo. Parecía feliz en todo momento. Como si el miedo no fuera una opción en su paleta de emociones.

Las luces del coche se apagaron y todo volvió a la penumbra. La única iluminación exterior de la casa era una débil bombilla colgada sobre la puerta que no permitía vislumbrar el interior del vehículo.

—¿Ves alguno más en el bosque? —murmuró Damien al chico sin brazo.

Este escudriñó los alrededores con las gafas.

—Hasta donde veo no hay nadie.

Las puertas del conductor y el acompañante del coche se abrieron, y los guardabosques salieron del vehículo.

—Todd y Toby —murmuró Gris.

Half la miró extrañado, pero ella no dijo nada, sólo siguió plantada allí.

Los dos hombres tenían los ojos completamente en blanco. Avanzaron un par de pasos hasta que Damien les hizo una señal de que se detuvieran.

—Vale. Negociemos —dijo.

—Sí —dijo Todd—. El bibliotecario gordo ha venido. Es tonto y no sabe nada. Sí.

—Sí. Muy bien, bibliotecario gordo —dijo Toby—. Entréganos a la chica y puede que os perdonemos la vida al niño tullido y a ti.

Su voz sonaba chillona y con un punto de diversión malsana. Le

guiñó un ojo a Half, que lo miró con enfado.

—Sí —siguió Todd—. El bibliotecario gordo cree que puede evitar que llevemos a la negorith ante el Maestro. Sí.

—Sí —respondió Damien—. Eso es exactamente lo que creo.

—Sí, el bibliotecario gordo se equivoca —prosiguió Todd, y soltó una carcajada.

—Sí. Y va a morir ahora mismo. Sí —terció Toby.

Damien volvió a murmurar a Half:

—¿Pesadillas o demonios?

—Hay un humo negro que los envuelve… —dijo Gris.

Damien miró al chico.

—¿Poseídos?

Half comenzó a girar los engranajes que cambiaban las lentes de sus gafas hasta que vio el humo negro que envolvía a los dos guardabosques.

—Poseídos —sentenció Half.

—¡Genial! ¡Mis favoritos! —exclamó Damien con una risotada.

Antes de que nadie reaccionara, el gigante apuntó directamente al pecho de Todd.

—Se acabó la negociación —dijo, y acto seguido disparó.

El arma soltó un sonoro eructo de fuego, humo y cristales y Todd salió volando de espaldas, aterrizó sobre el capó del coche y comenzó a chillar como si lo hubieran rociado con ácido. Y eso era exactamente lo que parecía. Por el pecho, los ojos y las orejas comenzó a salirle un humo verdoso y negruzco que parecía moverse con vida propia y que se iba disolviendo a medida que emergía del interior del guardabosques.

Toby no perdió el tiempo y trató de saltar sobre Damien, pero este ya lo tenía encañonado. El poseído frenó en seco.

—Míralo. ¿Quieres seguir su camino de vuelta a la sombra? —dijo Damien señalando a Todd, que ahora sólo era un guardabosques magullado e inconsciente tirado sobre el coche.

El ente dudó un momento.

—Negociemos —dijo.

—¿Tertium? —preguntó Half.

El ente que poseía al guardabosques miró al chico y vaciló un instante, luego afirmó con vehemencia.

—¿Por qué mentís tan mal? —intervino Damien, y le disparó al pecho.

Toby cayó al suelo envuelto en la misma nube tóxica que su compañero. Y Gris se quedó embelesada viendo aquel humo. Parecía danzar; si dejaba la mente en blanco, incluso sentía el ritmo y las palpitaciones que lo movían, podía ver en su interior. Leerlo. Sin darse cuenta, anduvo los escasos metros que la separaban del cuerpo caído.

Damien se giró hacia Half.

—¿Despejado?

El chico observaba alrededor con ansiedad a través de las gafas. El bosque permanecía oscuro y en silencio.

—Eso parece —dijo aliviado, quitándoselas.

—Pero vienen más —dijo Gris con voz ausente— Muchos más.

Half se volvió a mirarla. La chica estaba arrodillada junto al cuerpo de Todd, tenía la boca abierta y estaba aspirando con fuerza el humo gris que salía del cuerpo del guardabosques.

Half se lanzó hacia ella, espantado.

—¡Pero qué estás…!

Pero Damien lo detuvo, sujetándolo con fuerza.

—Es inocuo. No le puede hacer nada, ahí ya sólo queda esencia de la Sincronía. Ella puede averiguar cosas. Déjala.

Gris parecía husmear dentro del humo, lo hacía danzar entre sus dedos, bailando con él.

—Son seguidores de alguien a quien llaman el Maestro Gusano. Lo adoran. —Sonrió al decirlo.

—Malvin —susurró Half—. Es extraño, los poseídos son demonios menores. ¿Qué hacen siguiendo a Malvin?

—Ellos… se consideran traicionados por su padre —continuó Gris —. Por eso siguen al Gusano.

—¿Traicionados por quién? —preguntó Damien.

—Alguien a quien tú conoces como Uno —dijo la chica.

Y comenzó a toser, expulsando el humo de sus pulmones. Damien soltó a Half, que corrió junto a ella en el momento en que la chica se sentó en el suelo en medio de un ataque de tos.

—¿Estás bien?

Ella le hizo un gesto de que no pasaba nada, pero seguía tosiendo con fuerza. Half le cogió la mano.

—Lo he visto. A ese Uno —dijo ella cuando recuperó un poco la voz—. Y él me ha visto a mí.

Half le apretó la mano con fuerza.

—¿Lo has visto? ¡Uno no se ha mostrado en medio siglo! —dijo el chico.

—Es… —Gris se quedó meditando un par de segundos—. Está solo. Está perdido.

—¿Qué quiere decir eso? —dijo Half.

—No lo sé. Era sólo una sombra. Y lloraba —dijo ella.

Damien entró en la casa a toda prisa y volvió a salir con las llaves de su coche en la mano.

—Nos largamos ahora mismo. Si la progenie de Uno está jugando en nuestra contra, más nos vale desaparecer ya. —Les señaló su coche —. Coged lo indispensable y vámonos.

ENRIC

estaba llorando. Acurrucado entre la taza del retrete y la pared, escuchaba las risas y las voces de los pequeños que estaban buscándolo por todo el pabellón. Y sabía que tarde o temprano lo encontrarían.

Seguía confuso. Lo que quedaba de su antiguo yo le provocaba esos ataques de ansiedad, esas ganas de tartamudear. De repetir las cosas una y otra vez. De bloquearse. Los rasgos más duros y profundos de Enric afloraban desde el subconsciente tratando de gobernar la nave. Una nave que se había convertido en un buque pirata cuando Abraham la había asaltado.

Ahora, Abraham mandaba. Al menos la mayor parte del tiempo. Y lo que quedaba de Enric eran jirones. Ideas sueltas. Porque el resto, el verdadero Enric, estaba en la maleta con los otros.

El cuerpo de Abraham había durado casi medio siglo, no se le podía pedir más. Tal vez que no hubiera muerto en un momento tan inoportuno. Ochenta años atrás había huido de la maleta de los fantasmas que aquel loco polaco había ido acumulando. Fue un golpe de suerte que fuera él, y no Alicia o cualquiera de los otros. Fue un golpe de suerte y supo aprovecharlo. Además, se había adueñado del cuerpo del dueño de la maleta. El primer anfitrión que poseía. Era viejo y débil, y no duró mucho, pero sí lo suficiente para recibir un poco de su propia medicina al ser encerrado en la maleta con los demás.

Luego habían ido pasando los años. Y los anfitriones. Hasta que tuvo la suerte de dar con Abraham. Era audaz. Era inteligente. Conocía las sombras. Y quería, sobre todas las cosas, aprender más. Tenía pánico absoluto a morir sin aprenderlo todo. Quería alcanzar la inmortalidad. Trascender de alguna forma.

Él podía darle algo parecido. O, al menos, engañarlo y hacerle creer que eso era lo que iba a conseguir si accedía a dejarlo entrar. Cuando lo dejaban entrar no se daban cuenta de lo que pasaba realmente hasta que estaban encerrados en la maleta.

En la época en que conoció a Abraham ni siquiera tenía nombre, sólo era Él. Y era mucho más básico en sus necesidades: saltar de un anfitrión a otro cuando los cuerpos morían. Como un parásito.

Pero a medida que pasaban los anfitriones, a medida que diversos pedazos de ellos se iban acomodando dentro de Él, aprendía. Evolucionaba. Y empezó a desarrollar inquietudes. Realmente, a un tapiz en blanco como él, aquello le gustó. La humanidad era algo con

lo que rellenarse. Al contrario que los ángeles, que odiaban su humanidad porque les robaba la esencia de lo que eran, Él era aquellos trozos.

Pero con Abraham todo cambió. Su personalidad era arrolladora, no dejó que lo expulsara del cuerpo. Luchó ferozmente cuando comprendió que se trataba de una trampa. Y Él no tuvo más remedio que acomodarse. Convertirse en él.

Y así nació como consciencia híbrida. Ellos eran Abraham.

El pomo de la puerta comenzó a girar lentamente. Mantuvo el pie fuertemente apoyado bajo el paño, con todo su cuerpo contra la pared haciendo de contrapeso, como había hecho cuando la doctora trató de entrar. Ella había creído que estaba cerrada con llave. Tal vez quien fuese lo creyese también. Si hubiera sido un pequeño habría traspasado la puerta, así que Abraham albergó cierta esperanza de que no lo encontraran. El pomo dejó de girar y escuchó unos pasos que se alejaban.

Soltó un sonoro e incontrolable sollozo. Algo que sin duda habría hecho Enric en aquellas circunstancias.

—Abraham, ¿estás ahí, viejo ladrón?

Esa voz. Pegado a la puerta. Escuchándolo. Sonriendo. Burlándose de él.

Al oírla perdió toda esperanza.

—Abre la puerta, Abraham.

El pomo volvió a girar y Abraham apartó el pie y dejó que se abriera.

notó el hedor nada más abrir la puerta del copiloto.

—¿Tienes un cadáver en el maletero?

Damien estaba metiendo la llave en el contacto y la miró extrañado.

—¿Qué? Habrás pisado una mierda, porque este coche huele perfectamente —dijo el gigante mientras encendía los faros.

Gris movió hacia delante el asiento del copiloto y con cara de asco pasó a la parte trasera del mini Elf.

—Pues hay algo aquí que apesta. Huele como… —Y se quedó callada. Porque de repente lo supo. Olía como la cueva donde estuvo secuestrada.

Half acabó de meter el equipaje en el maletero, puso bien el asiento y, al sentarse, también arrugó el gesto.

—Oh tío, en serio, aquí huele a… —Se quedó callado al ver el rostro horrorizado de Gris.

Damien se giró, vio sus caras y comprendió.

—¿De dónde sale? —Damien estaba totalmente serio—. No digas su nombre o se dará cuenta.

Half se puso a olfatear alrededor, le parecía que todo el coche emitía aquella peste. Sin embargo, Gris cerró los ojos y centró sus sentidos y su mente en la procedencia de aquella distorsión. Porque si Damien no la sentía, realmente no era un olor real, era algo mental que se materializaba en una sensación de hedor. Y, al hacerlo, el olor se convirtió en una emanación casi física, casi visual, que emergía de…

—De ese aparato de música que tienes encima del salpicadero —dijo, señalándolo.

Damien ni lo pensó. Cogió el *bluetooth* portátil y lo lanzó por la ventana todo lo lejos que pudo. El aparato cayó por el acantilado y se estrelló abajo, entre las rocas.

Damien arrancó, puso primera y salió en dirección a la carretera serpenteante que bajaba del acantilado.

—Os debo una disculpa —dijo, compungido—. No sé cómo ha subido esa cosa a mi coche, pero seguro que ha sido quien ha provocado esto. —Señaló hacia atrás, al claro donde yacían inconscientes los dos guardabosques—. Os he puesto en peligro.

—No es culpa tuya. Esos bichos están por todas partes —dijo Half —. De todas formas, no íbamos a quedarnos mucho más tiempo aquí. —Eso último lo dijo mirando a Gris por el retrovisor, que le devolvió la mirada con un suspiro cansado.

—¿Crees que nos seguirán? —preguntó la chica.

—No lo sé, pero seguro que hay más en camino. Y, cuantos más sean, será más difícil ocultarse. Tenemos que encontrar un sitio donde refugiarnos. Un lugar protegido.

—¿Se te ocurre algún sitio así? —dijo el chico sin brazo.

—Bueno, podríamos ir a mi… —Las palabras murieron en la boca de Damien. A lo lejos, mucho más abajo, vio una procesión de faros que subían por la carretera de montaña. Decenas de luces—. ¡Es un puto ejército!

Frenó en seco. Miró a ambos lados del camino. Y finalmente localizó una densa masa de vegetación unos metros dentro del bosque. Salió al arcén y situó el pequeño coche tras los altos matorrales que lo protegían de la vista desde la carretera. Paró el motor y apagó las luces. Luego se giró hacia sus compañeros.

—Ahora, silencio absoluto. Ni respiréis. Los poseídos tienen un oído muy fino. Vamos a quedarnos aquí hasta que pasen.

Los tres permanecieron en un silencio tenso. Gris notaba el bombear de su corazón en las sienes, fuerte y acelerado, y se preguntó si esas cosas lo escucharían.

Half, que estaba sentado delante, deslizó la mano entre los asientos y le cogió la suya. Ella se la apretó con fuerza. Notó que Half también tenía el pulso acelerado, y eso, lejos de ponerla más nerviosa, la tranquilizó. Al menos ahora estaba rodeada de gente que la quería y se preocupaba por ella. Era mucho más de lo que había tenido en toda su vida.

Sorprendiéndose a sí misma, descubrió que, contra todo pronóstico, en aquel sitio oscuro, rodeada de peligros y seres de horror, se sentía más viva y feliz que lo que había estado en muchísimo tiempo.

Al poco les llegó el ruido de los motores, creciendo a medida que se acercaban. Y algo más. Una débil musiquilla.

Aquellos minutos se les hicieron larguísimos mientras el sonido de los coches aumentaba de volumen, y la musiquilla, una melodía repetitiva y machacona, iba poblando el bosque de ecos fantasmales. Finalmente, vieron pasar la comitiva: un surtido de coches, motos y una enorme furgoneta de mudanzas con un altavoz que iba publicitando su negocio mientras sonaba aquella canción machacona. No pudieron ver quién conducía aquellos vehículos ni cuánta gente iba en su interior, pero estaba claro que todos se dirigían al mismo sitio. Y eran un montón de vehículos.

Cuando desaparecieron en la siguiente curva, Half susurró:

—Son muchísimos.

Damien afirmó con gesto preocupado. Hasta unos minutos antes pensaba que la mejor opción era llevarlos a su casa. Protegerlos allí.

Vivía en un pueblo costero, pequeño y discreto. Un buen lugar para ocultarse. Pero la idea se había esfumado de repente. Era demasiado peligroso, y no quería poner a su familia en peligro. Aun así, sentía que su código de honor le impedía dejarlos en la estacada, y tendría que asumir su parte de riesgo, pero no incluiría a los suyos en el lote. Pensó intensamente por unos momentos y finalmente dijo:

—Sé que no es la mejor solución del mundo, y quizá me arrepienta de esto, pero creo que deberíamos buscar aliados. Esto nos viene grande estando solos.

—¿Qué aliados? ¿Abraham? —Gris lo miraba a través del retrovisor central.

—No sé dónde está. Ni dónde buscarlo. Así que creo que vamos a barajar otras opciones.

Half se quedó meditando esas palabras, sin saber qué decir.

Damien arrancó de nuevo el coche. Pero no encendió las luces.

—Vamos a ir lentamente. Sin prisa. No quiero que me vean cuando lleguen a la cima. —Observó el cielo estrellado y sin nubes y la enorme luna llena—. Creo que yendo con cuidado podremos llegar a la carretera principal sin que nos vean.

sostenía una vieja bolsa de lona en una mano, y en la otra llevaba la maleta de Abraham. Enric no podía apartar los ojos de ella, se sentía como un yonqui sudoroso observando cómo alguien sostenía frente a su cara la bolsita que contenía todo lo que necesitaba de este mundo para sentirse bien.

—Abraham, viejo amigo, te veo algo cambiado. ¿*Lifting*? ¿Bótox, tal vez? —El niño estaba apoyado contra el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en el rostro.

—¿Qué? —Enric seguía confuso. Ni siquiera lo miraba. Desde que la había visto, sólo tenía ojos para la maleta. Su mundo estaba allí, sostenido por aquel desconocido. No podía prestar atención a nada más. Apenas miró un segundo al niño. Trató de centrarse, pero la maleta volvía a seducirlo.

—Vale, esto ya no me divierte. Dásela. Si no, no me hará ni caso —dijo el niño con fastidio.

El hombre malo le tiró la maleta a Enric, que la cazó al vuelo y la apretó contra su pecho con ansia. Una sensación de alivio inconmensurable lo invadió. Cerró los ojos y, por un segundo, sintió que todo volvía a centrarse. Volvía a ser Él, volvía a ser Abraham. Era ellos. Respiró profundamente. Sabía quién era, qué quería y cuáles eran sus objetivos. Abrió los ojos y encaró su destino con toda la dignidad que aquel retrete mugriento le permitía.

—¿Qué quieres de mí, demonio? —Se puso en pie, apretando la maleta contra sí como si fuera un parapeto—. ¿Esperamos a Malvin o te ha soltado un poco la correa?

El chico se enderezó al notar que el hombre de la maleta le prestaba atención y habló rápido y en voz baja.

—¡Ahora sí que hemos devuelto a la vida al hombre de la maleta! ¡Y hasta en pijama tiene ese tono soberbio que siempre me da ganas de abrazarlo una y otra vez! —Eso último lo dijo mirando con sorna a su amigo el hombre malo, quien sin embargo siguió con el rostro pétreo, como si nada de lo dicho le importara en absoluto.

El niño entró en el lavabo y cogió de la mano a Abraham, que lo siguió dubitativamente hasta el centro del comedor:

—Pues es fácil, viejo; quiero que elijas. Tienes dos opciones. La primera es que tú y tu mugrienta maleta me acompañéis a ver a Malvin, que está aquí al lado y se muere de ganas de charlar contigo. —Señaló la puerta del pasillo que daba a la zona de control del pabellón—. O, fíjate, podemos largarnos antes de que el viejo bocasucia se dé cuenta de que estamos aquí, porque todavía no lo

sabe, y en consecuencia se enfadará conmigo. —Le señaló la puerta que daba a la cocina. Una puerta que normalmente estaba cerrada con llave y que en ese momento estaba abierta de par en par. Tertium tenía la llave en la mano y se la mostraba con la mejor de sus sonrisas.

De la cocina salía una escalera trasera que llevaba directamente a la calle. Enric lo sabía porque varios internos se habían fugado del centro aprovechando despistes de la cocinera a la hora de cerrar con llave aquella puerta.

Fuera, en el pasillo, se oían pisadas, y distinguió la voz de Malvin recriminándole a alguien su lentitud. Enric distinguió la palabra «doctora» y sintió una punzada de pena absoluta por ella. Sin embargo, las pisadas se acercaban. Ella lo había delatado y se dirigían hacia allí.

—Tic, tac, hombre de la maleta, el reloj de bocasucia avanza —murmuró el chico.

Enric sopesó sus posibilidades. Tertium estaba jugando con él. Era posible que, en cuanto la esperanza anidara en su corazón, el niño se riera en su cara y lo entregara a Malvin. O tal vez trataba de sacarlo de allí realmente. ¿Por qué? No lo sabía, pero si conseguía alejarse lo suficiente quizá tuviera otra oportunidad para reordenar su cabeza, y quizá pudiese escapar también de él. Con Malvin, las opciones de fuga eran muy escasas.

Tertium lo miraba como si pudiera leerle la mente. Sonreía con la mano cogida a la suya, como un niño inocente que espera a que su padre se decida a cruzar la calle porque llegan tarde al colegio y no vienen coches… pero el semáforo sigue en rojo y sabe que eso le dará mal ejemplo.

Las pisadas estaban muy cerca.

—Vámonos —dijo Abraham al fin.

Los tres salieron a toda velocidad por la puerta de la cocina. Tertium le tiró la llave al hombre malo.

—Cierra por fuera y entretenlos todo lo que puedas.

—¿Hasta cuándo? —El hombre cazó la llave al vuelo.

—Hasta el final.

Al hombre malo se le iluminó el rostro con algo que podía ser una emoción y, con esa mirada, en el preciso instante en que Malvin y los suyos entraron en tromba en el comedor, cerró la puerta con llave.

Malvin la señaló con el bastón y todos los pequeños etéreos que lo rodeaban se lanzaron a toda velocidad hacia la puerta.

Al atravesarla, se encontraron al hombre malo esperándolos con la bolsa de lona abandonada a sus pies y, en la mano, un enorme candil de luz del amanecer que encendió en ese momento.

La decena de pequeños que iba en cabeza apenas supo qué había pasado; se evaporaron en la nada en medio de un *flash* de luz blanca y

cegadora. Los demás trataron de retroceder mientras agonizaban en medio de vaporosos lamentos. Apenas dos o tres consiguieron atravesar de nuevo la puerta de regreso al comedor, pero tocados por la luz del amanecer se deshicieron en jirones de niebla negra delante de Malvin, que soltó un grito de sufrimiento y odio al ver morir a sus pequeños.

¿Quién se había atrevido a semejante cosa? ¿Quién ayudaba al coleccionista? Aquellas malditas luces… Sólo había un demonio que las supiera fabricar, Septum, pero vivía en París desde hacía mucho tiempo y no solía relacionarse con sus hermanos. ¿Quizá el demonio Uno le había pedido ayuda? ¿Estaba tratando de vengarse porque había roto el trato?

Con un gesto paternal y amoroso hizo que sus queridos pequeños se apartaran de la luz, que ahora se filtraba a través de las ventanas de la cocina. No iba a perder ni uno más aquella noche. Si había que hacer las cosas así…

Malvin se enfadó por primera vez en su vida.

A su lado, la doctora seguía en *shock*. Sujeta por dos internos cuyos ojos negros y acuosos la miraban sin verla, hacía rato que había dejado de tratar de despertarse de aquella horrible pesadilla. Asumido el hecho de que su nueva realidad era aquella, no conseguía encontrar un punto de apoyo para no derrumbarse en la locura.

Malvin le dio el bastón, el sombrero y la bufanda.

—Hágame un favor, doctora. Guárdeme esto. Tengo que ocuparme de algo.

Ella, como un autómata ausente, cogió las cosas que el viejo le daba.

A continuación, Malvin miró al techo; sus ojos se volvieron del color negro de las pesadillas, y abrió tanto la boca que su mandíbula se desencajó y comenzó a expandirse abriéndose como una flor, de tal forma que el interior de sus mejillas, poblado de dientes afilados que iban creciendo y multiplicándose, quedó expuesto al exterior. Mientras, su cuerpo comenzó a convulsionar y a alargarse; los brazos y piernas se fusionaron con el tronco, que ahora exudaba una baba gelatinosa, llena de tentáculos; la ropa se rompió a causa de la presión que su nuevo ser, agusanado y baboso, ejerció en todas direcciones al crecer de forma desproporcionada.

Cuando el gigantesco gusano atravesó el cristal de la ventana violentamente y devoró al hombre malo de un solo mordisco de su boca poblada de miles de dientes afilados, la doctora se orinó encima y perdió todo rastro de cordura que aún pudiera albergar.

supo de inmediato que algo había cambiado. Las calles estaban demasiado tranquilas. No había coches en movimiento, ni gente. Y, sin duda, había poca luz.

Las farolas estaban encendidas, pero la oscuridad las envolvía de forma insolente. Era como si las sombras se hubieran rebelado saliendo de sus rincones y adueñándose de las calles.

Bajó la ventanilla y aspiró el aire frío de la noche. Y aquel aire estaba cargado de un hedor de sobras conocido. Se giró y vio que Gris también lo había notado.

Entonces lo vio. Escabulléndose por una esquina.

—Damien, creo que eso de ahí es…

—Sí —lo cortó el gigantón—. Los he visto. Hay pequeños en las calles. He contado una docena desde que hemos pasado la zona industrial. Y ni siquiera se esconden.

Inconscientemente, Half se llevó la mano al bolsillo y sacó la ristra de llaves, encontró su linterna del amanecer y la sostuvo entre los dedos, nervioso. No se atrevió a probarla. Era un desastre. No había vuelto a usarla desde el enfrentamiento en casa de Gris, y tampoco había cambiado la pila. De aquello hacía casi un mes. Sólo se acordaba de ese detalle en momentos como aquel. Suspiró agobiado. Esperaba no tener que usarla de nuevo.

El coche giró en la avenida central y se dirigió a la falda de la montaña donde estaba el casco antiguo de la ciudad. Gris se fijó en las tiendas. Todas cerradas. Y en los edificios apenas había ventanas iluminadas. Tras algunas se veía la luz de un televisor, pero en otras se dibujaban formas siniestras que los estaban espiando. La gente no notaba el hedor, pero inconscientemente lo rehuía y se mantenía encerrada en sus casas. El miedo a la noche y a la oscuridad se había implantado en sus corazones. Los pequeños se habían adueñado de las sombras de la ciudad. Y, de noche, las sombras son largas y llegan a todas partes.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Half jugueteaba nervioso con la linterna.

Damien no respondió. Sólo lo miró a la cara y meneó la cabeza con preocupación.

Al frenar en un semáforo, Gris se percató del cuerpo tirado en el suelo, a un lado de la calle.

—¡Dios mío! —Lo señaló para que lo vieran.

El cuerpo estaba tumbado boca abajo en un charco de sangre seca. Era un hombre mayor, y el pelo se le mecía al suave viento de la

noche. Su rostro parecía perplejo, y sus ojos fijos parecían mirarla directamente a ella. Acusándola. «Esto es culpa tuya», decían.

—¿Qué hacemos? —dijo, apartando la mirada del cuerpo.

—No vamos a hacer nada —dijo Damien—. Está muerto. Y el pequeño que ha salido de él rondará cerca. Por la mañana lo encontrará alguien y llamará a la policía. Estamos entrando en la guarida del lobo, y espero que no nos vean hasta que lleguemos…

—¿Lleguemos a dónde? —preguntó el chico

—A un sitio que nos proporcionará cobijo, protección y, llegado el caso, un ejército.

—¿Y ese sitio está…?

—En la casa del Candil. Donde se fabrica la magia.

—¿Magia? —Half parecía extrañado.

—Sí. Como la que usa esa linternita que llevas en la mano.

iba sentado, con ella encima, en la parte trasera del autobús. Él y el chico eran los únicos pasajeros. Y, por lo que había visto Abraham, nadie conducía. A pesar de eso, el vehículo se detenía en todas las paradas y abría y cerraba las puertas.

Como al chico le parecía lo más normal del mundo, Abraham no dijo nada. Y así estuvieron un buen rato.

—¿Un uróboros?

—Sí; de los pocos que todavía me hacen caso. Hace años que la mayoría ha decidido seguir al viejo bocasucia. Al parecer es mucho más… divertido que yo.

—Oh, vaya. —Aquello dejó descolocado a Abraham—. Creí que la progenie era fiel.

—Crees en demasiadas cosas, Abraham. —El chico se encogió de hombros como si aquello importara bien poco.

—¿Y la de Uno?

—Hace muchos años que sólo siguen a Malvin —sentenció el niño con tono seco.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —siguió el anciano.

—Nos bajamos. Esta es nuestra parada —dijo el chico, poniéndose en pie.

Abraham, al levantarse y observar la calle, se percató de dónde estaban.

—Debes de estar de guasa.

—Eso siempre, viejo. ¿Lo dudabas?

El bus frenó justo ante la puerta del jardín de la enorme casa. Allí no había parada alguna, sin embargo, era justo donde el demonio quería bajarse. Y la cosa que conducía el bus lo sabía. Abraham dudó por unos instantes y finalmente siguió al chico. El autobús arrancó y se alejó, dejándolos allí.

—Es mejor entrar rápido. La cosa se ha puesto muy interesante estas últimas semanas. —El chico señaló hacia el final de la calle. Abraham se fijó en las cosas que se movían en las sombras, que parecían susurrar entre ellas. Y que, tras dudar, se alejaron a toda velocidad.

—Son pequeños.

—Sí. Lo son. Y ahora mismo corren a decirle al tipo del sombrero de copa dónde estamos.

—He visto algunos más desde el autobús. En las calles.

—Sí. Es una nueva infección. Y va a más.

—¿Qué ha pasado?

—Me han dicho que Malvin ha montado una especie de nido en los sótanos de la Catedral. Y que, por las noches, los pequeños le llevan a todo incauto que se atreva a salir a la calle. Se podría decir que hemos entrado de lleno en la época del hombre del saco. O del saco del gusano. Tú ya me entiendes.

—Cuántos.

—Si no llega a los tres mil, se acerca.

—Estarás encantado.

Tertium abrió la puerta enrejada de la casa y le cedió el paso a Abraham, que entró a regañadientes.

—En realidad, no —dijo el chico—. No te negaré que me gusta tener a Malvin controlado. Saber lo que hace. Pero te aseguro que no me gusta lo que está haciendo.

La casa estaba a oscuras y, por lo que podía ver Abraham, parecía abandonada. La puerta estaba entreabierta, y alguna de las ventanas tenía los cristales rotos y las cortinas se mecían al viento, sucias y mohosas por la lluvia de los últimos días.

—No parece que esté aquí —dijo el viejo, con un atisbo de esperanza.

—Lo está. Te lo garantizo.

Llegaron a la puerta y Tertium entró sin preocuparse siquiera de llamar. El hombre de la maleta lo siguió con temor. No le gustaba el sitio cuando estaba iluminado y en perfectas condiciones, y francamente le daba miedo ahora que estaba abandonado.

El interior había sido vandalizado, se habían llevado los muebles y los sofás, alguien había pintado grafitis por las paredes y había restos de hogueras y fogatas por todo el comedor.

Tertium no prestó atención a nada; subió por las escaleras al primer piso, y Abraham lo siguió de cerca. El viejo se dio cuenta de que jamás había subido allí. En las contadas ocasiones en que había estado en la casa, aquella zona le había estado vedada. Sintió una punzada de curiosidad.

Tertium abrió de par en par las dos puertas que daban a la Suite Celeste. Y allí, acurrucado en una esquina y envuelto en mantas, el ángel Gabriel los miró con el rostro abotargado.

—¡Tachán! ¡La familia feliz se reúne por navidad! —exclamó el demonio.

—DOCTORA,

lamento mucho que haya tenido que verme en esas circunstancias. Soy una persona con cierto pundonor, y el hecho de exponerme así delante de usted no es de mi agrado. Soy un tipo clásico; antes de desnudarme delante de otros me gusta cenar con ellos. No cenármelos a ellos. ¿Lo capta?

Malvin había hecho un chiste. El primero de su vida. Y pensó que había sido muy bueno. Pero la doctora seguía con la vista fija en las calles que iban pasando a través del cristal y no parecía haber captado aquel destello de humor. Eso lo irritó un poco, y por un segundo estuvo tentado de sacar un pequeño del pecho de aquella mujer y olvidarse de ella. Pero, por algún motivo, el haber compartido aquel momento «íntimo» con ella, aquella muda de piel a su yo real, algo que Malvin no solía hacer con nadie cerca, le había provocado una sensación extraña. Algo nuevo. Y no sabía por qué, pero había decidido mantenerla viva y cerca de él. Arrugó el rostro al percatarse de la mancha de orina en la bata y en los pantalones de la doctora. Eso, a pesar de su evidente falta de higiene personal.

La doctora apenas era consciente de la humedad de sus pantalones, sus ojos vagaban por el exterior. Las calles estaban repletas de seres como los que había visto en el pabellón. Como los que había visto al salir de su despacho, en todas partes, desde que murió. Porque estaba claro que ella había muerto y que aquello era el infierno.

Malvin, que iba vestido con un pijama de médico del hospital que le había entregado uno de aquellos internos de ojos negros, le cogió de las manos el sombrero, la bufanda y el bastón que ella seguía agarrando.

Ella se dejó hacer. Inerte. Inexpresiva.

—Sé que ha sido una experiencia poco agradable para usted. —Se puso sus cosas y después cogió una de las manos de la doctora entre las suyas con delicadeza—. Y quiero confesarle algo: tampoco ha sido grato para mí. De hecho, ha sido algo repugnante; ese tipo de antes… ¡estaba muerto! ¿Se lo puede creer? Y no me refiero a cuando lo he masticado, que eso sería lo lógico. Lo esperable. Quiero decir que estaba muerto de antes. ¡Era un cadáver andante! Uno espera dar un buen bocado a un bistec y se encuentra con la boca llena de serrín. ¿Qué le parece? ¿Le ha pasado a usted alguna vez?

La doctora no reaccionó.

—Sólo conozco a un ser que sabe reanimar a los muertos. —Malvin bajó el tono, como si fuera una confidencia—. Ese maldito crío me la ha jugado… ¡Y ha matado a varios de mis pequeños!

La doctora siguió con la mirada fija. Sin reaccionar.

—No tiene ni idea de lo que le digo —siguió Malvin—. Eso es algo que valoro en usted. Su silencio. Yo hablo porque me gusta oírme. Siempre estoy hablándome a mí mismo. No necesito otro interlocutor. Pero con usted es diferente. —Se acercó a ella y le susurró al oído—: Quiero que sepa que estoy empezando a desarrollar sentimientos afectivos hacia usted.

Ella reaccionó por fin; sus ojos giraron lentamente del exterior de la limusina en la que viajaban hasta el rostro de Malvin. Aquellos ojos reflejaban el más puro y destilado terror.

Malvin sonrió.

—Era broma, querida.

Le soltó la mano, se reclinó en el sillón y golpeó con el bastón el cristal tintado que separaba al conductor de los pasajeros. El chofer, uno de sus pequeños ya maduros y corpóreos, bajó el cristal.

—Querido, creo que nos vamos a ir a casa —dijo Malvin—. La doctora necesita una ducha y ropa limpia. Por esta noche, hemos terminado. —El pequeño asintió y volvió a subir la ventanilla.

Fuera de la limusina, una legión de pequeños, fruto de un mes de trabajo intensivo, se apiñaba a ambos lados de la calle para ver pasar a su creador.

Malvin los saludó efusivamente.

Y ellos siguieron a la limusina en dirección a la Catedral.

«ASOCIACION CULTURAL EL CANDIL».

Eso decía el rótulo metálico de la puerta, y debajo estaba grabado en piedra el escudo de la asociación: un faro sobre un peñasco en medio de un mar embravecido. El local era una vieja casa adosada de dos plantas. En la segunda planta había un pequeño balcón que daba a un jardín delantero que miraba a la calle. Y en ese balcón estaba el viejo Morty sentado en su mecedora y tapado con su vieja manta y, bajo ella, su viejo fusil AK-47 modificado para destruir a seres de al menos tres dimensiones distintas.

Quien lo conocía sabía del mal carácter legendario que se gastaba aquel hombre negro viejo y arrugado. Quien no lo conocía se arriesgaba a hacerlo si trataba de cruzar la puerta de la asociación sin ser socio o, al menos, sin ser el invitado de uno de ellos.

Morty observó sin inmutarse cómo el pequeño automóvil aparcaba en la acera, justo delante de la asociación. Conocía aquel coche y a su conductor, así que no quitó el seguro del arma.

—¡Eh, Morty! —dijo Damien desde el coche.

Morty apenas levantó el mentón en señal de saludo y le señaló la puerta.

—Hace una noche fea para salir a pasear, Damien. Entra y tómate algo. —Morty habló mirando en dirección al fondo de la calle. Damien siguió su mirada. Allí, casi ocultas en la penumbra, se distinguían siluetas. Observándolos. Damien no supo ver qué tipo de criaturas eran, pero no parecían tener miedo. Estaban esperando algo. O a alguien. Tal vez a ellos.

Damien hizo señas a los chicos para que bajaran rápido y procedió a imitarlos.

—Morty, creo que deberías subir el puente cuando entremos —añadió mientras abría el maletero y sacaba su bolsa de armas.

Morty, al escuchar aquello, sí que sacó el seguro del arma, se puso en pie dejando a un lado la manta y echó un vistazo a los acompañantes del gigantón.

—¿Qué pasa, Damien? Llevan ahí desde que oscureció, pero no se han atrevido a dar un paso en dirección a la casa.

—Es la chica que busca Malvin. —El gigante señaló a la joven que lo acompañaba—. Y la progenie también va detrás de ella. Es posible que vengan en cualquier momento.

—Pues por mí pueden venir cuando quieran; si piensan que van a

entrar aquí les enseñaré cómo besar mi culo negro y huesudo. —Morty apretó un botón oculto en el suelo del balcón y diversos focos del amanecer iluminaron toda la casa y sus alrededores con una luz potente y cegadora. Las sombras del callejón desaparecieron a toda velocidad.

—Aquí los espero —sentenció.

Y volvió a sentarse en la mecedora y a taparse con la manta.

Antes de que pudieran siquiera llamar a la puerta, esta se abrió y un joven de unos veinte años lleno de tatuajes y con pinta de surfero salió a recibirlos.

—¡Hola! Soy Marc. —Le estrechó la mano a Damien tras echar un largo vistazo a Gris y Half—. Mi tío me ha hablado mucho de ti. Eres Abraham, ¿no?

—No. —Damien apartó al chico, hizo pasar a Gris y a Half y cerró la puerta rápidamente. Gris se fijó en que aquel sitio parecía el interior de un barco de madera; tenía ojos de buey que daban de unas estancias a otras y había candiles y candelabros de velas chorreantes por todas partes. Olía a incienso de sándalo y a madera curada. Y había estanterías por doquier llenas de libros viejos. Era acogedor y a la vez extraño. Tal como había dicho Damien, aquel sitio destilaba magia, y Gris esperaba que fuera lo suficientemente poderosa para que no tuvieran que seguir escondiéndose como ratas.

—Pero… —Marc parecía contrariado ante la actitud del gigantón —. Mi tío me dijo que…

—¿Quién coño es tu tío? —Damien miró en dirección al salón de reuniones—. ¿Y dónde cojones está la gente?

—Mi tío es Ebenezer Danzig. El tesorero del Candil —dijo Marc con arrogancia, como si Damien no estuviera tratándolo con la distinción que le confería ser sobrino del tesorero—. Y, respondiendo a tu pregunta, están en la convención de ocultismo de Dubalier. Ya lo tendrías que saber, estás en la lista de contactos. ¿No te llegó el correo?

—¿Qué correo? —Damien comenzó a impacientarse. Allí no parecía haber mucha gente esa noche—. No he recibido una carta del Candil hace meses.

—¡El correo electrónico! —corrigió Marc con tono hostil.

Damien se quedó bloqueado. Ebenezer Danzig era un hombrecillo gris que se ocupaba de cobrar las cuotas a los socios del Candil y que montaba la agenda de actividades. Al menos las actividades normales que hacían del Candil una asociación normal que pagaba impuestos: charlas sobre Tolkien o Asimov, talleres de maquillaje, clubes de lectura y todo eso. El resto de actividades las organizaba la Jueza. Y esas no salían en la agenda, ni se enviaban por Internet a nadie.

—Mira, hijo… —Damien lo cogió por la pechera y se lo acercó a la

cara—. No es un buen día para tocarme las pelotas. Ahí fuera hay un puto ejército de pesadillas y demonios oliéndome el culo muy de cerca, hay muertos en las calles y, por lo que veo, tu tío se ha llevado a la última defensa a beber hidromiel barato en calaveras de plástico a una puta feria de frikis disfrazados de Doctor Extraño en el puto culo del mundo para poder venderles a precio de oro putas cartas de tarot fabricadas en China.

—Pero… te envié un correo, hace semanas. Lo tenías que saber —dijo el chaval con un tono mucho más humilde.

—Yo no uso correo electrónico —sentenció Damien—. No tengo teléfono móvil. Y el único aparato electrónico que me han regalado en los últimos quince años casi consigue que nos maten hace unas horas. Así que dime, Marc: ¿cuánta gente queda esta noche en el Candil?

—Cinco —dijo el chico tras pensarlo unos segundos.

—¿Cinco? —repitió Damien con desesperación.

—Eso contándoos a vosotros —añadió el joven con una sonrisa forzada—. Sólo estamos Morty y yo.

—Menudo ejército —dijo Gris.

—GABRIEL,

deberías darte una ducha. Apestas. —El chico estaba acuclillado junto al ángel, que ni siquiera le prestaba atención—. Lo digo en serio. Hueles como una colección de pedos de orangután embotellados. No te habrás cagado encima, ¿verdad?

Gabriel tenía la mirada perdida en la ventana abierta de la habitación y seguía sin hacerle el menor caso. Las cortinas continuaban meciéndose al viento frío de la noche. Uno de los batientes golpeaba contra el marco rítmicamente. El ángel sacó una botella de vodka de entre las mantas y pegó un largo trago.

—¿Sabes? Si pudiera, te mataría —contestó el ángel—. Eres la cosa que más detesto después del gusano.

Eructó y siguió ignorándolos con gesto amargado.

Su mente estaba atrapada en el día del nacimiento de su pesadilla, cuando vomitó todo aquel horror de oscuridad y miedo. Supurando por los ojos, por las orejas, por la nariz. Pensó que iba a morir, que el pecho le reventaría de dolor, que se asfixiaría. Pero no lo hizo, sobrevivió. Al menos una parte de él. La que más odiaba. Su parte humana.

—No deberías cabrearlo. —Abraham no quería acercarse a Gabriel, así que se quedó en la puerta de la habitación con la maleta sujeta bajo el brazo. Desde que la había recuperado, no era capaz de separarse de ella. Sabía que con el tiempo podría hacerlo, pero ahora sólo pensar en dejarla en el suelo lo ponía nervioso. Con ella cerca era más Abraham que cualquier otra cosa.

—No sé si todavía tiene capacidad para cabrearse —dijo el chico; tocó la frente de Gabriel con el dedo índice y presionó con fuerza hasta que este lo apartó de un manotazo como quien aparta una mosca ligeramente pesada.

—¿Qué…? ¿Qué le ha pasado? —susurró el hombre de la maleta.

—Malvin vino a visitarlo —dijo el chico, sentándose junto a Gabriel—. Y yo he venido para saber qué interés podía tener en verlo. No entiendo qué hizo que se arriesgase tanto.

—Quería saber dónde enterramos el último bastón del Rhun —dijo Gabriel, mirando al suelo.

—No me jodas. ¿Se lo dijiste? —El chico parecía realmente preocupado.

Abraham los miraba sin comprender nada.

—No le dije nada. Pero no hizo falta. Esa… cosa que salió de mí se lo dijo todo —murmuró el ángel con amargura.

—¿Qué es un bastón del Rhun? —preguntó Abraham.

—Algo que podría hacer que Malvin fuera millones de veces más peligroso de lo que es ahora —explicó el chico con una sonrisa helada en el rostro.

Tertium hizo señas a Abraham para que se acercara.

—Ven. Siéntate aquí con nosotros. Es hora de poner las cartas sobre la mesa. No tenemos mucho tiempo; esos pequeños de fuera le dirán al viejo bocasucia dónde estamos, así que pon tu culo aquí a mi lado.

El hombre tuvo que hacer un gran esfuerzo para dar el primer paso y se detuvo de nuevo. Pensó que después de haber muerto cinco veces era absurdo tener ese miedo que lo paralizaba a cada momento. Y de repente cayó en la cuenta: la parte que quedaba de Enric lo estaba controlando más de lo que imaginaba. Todo ese bloqueo era culpa del enfermo catatónico. No suya. No de Él. Y Enric no mandaba. Mandaban ellos. Mandaba Abraham.

Aspiró profundamente, con determinación, y dio un par de zancadas. Se sentó frente a Gabriel y Tertium y se puso la maleta sobre las rodillas.

—Vale, ¿y ahora, qué? —preguntó.

Tertium se giró hacia Gabriel.

—Venga, empieza tú. Explícaselo.

Gabriel apartó la mirada de la ventana y la fijó en Abraham. Pero no dijo nada.

Abraham se dio cuenta de una cosa en ese momento, algo que estaba pasando o que, más bien, no estaba pasando. Aquella opresión que sentía siempre en la presencia del ángel. Aquellas ganas de serle útil. De agradar y ser un perrito faldero. Aquello. No estaba.

—¿Cómo has perdido tus poderes? —dijo el hombre de la maleta.

Gabriel no apartó la mirada, pero una lágrima comenzó a nacer en su ojo izquierdo y se le derramó por la mejilla. Su rostro se contrajo de odio.

—Lo intento. Intento controlarte. Cada momento desde que has entrado aquí. —Sollozó—. Haría que te cortaras las venas con una cuchara. Haría que saltaras por la ventana y te rompieras las piernas contra la verja de mi jardín, pero… no puedo. Falta algo. —Pareció perderse en sus pensamientos—. Después de que Malvin se largara, dicté mis deseos, como siempre… Pero se rieron de mí. Lauryn lleva veinte años durmiendo conmigo. Adorándome. Queriéndome. En cuanto el gusano la liberó de la posesión se llevó la televisión, el dinero y las joyas y se largó con Eric. Ellos se deseaban. De repente. Ya no me deseaban a mí. Les daba asco. Lo noté en sus caras. Ella me lanzó una botella a la cabeza cuando le imploré que no me dejara…

Gabriel parecía un adolescente devastado tras el fracaso del primer amor. Sólo que su primer amor había durado miles de años.

Abraham torció el gesto.

—¿Malvin puede hacer eso? —le preguntó a Tertium, señalando al abrumado ángel—. ¿Quitarle los poderes a un ángel?

—Lo ha hecho —respondió el demonio, encogiéndose de hombros —. Igual que hizo con Serafín hace cuarenta años. La diferencia es que Gabriel ha sobrevivido.

—Ha sacado un pequeño de él —concluyó Abraham, tapándose la boca con terror.

Tertium miró a Gabriel, que volvía a estar perdido en sus propios pensamientos. Finalmente, le quitó la botella de vodka al ángel y pegó un sonoro trago antes de empezar a hablar.

—Bueno, ahora voy a contarte algo difícil de aceptar —dijo.

—Los demonios soléis contar cosas difíciles de aceptar. Porque son mentiras, claro —respondió el viejo.

Tertium soltó una carcajada sincera.

—Bueno, no estás muy desencaminado. Te voy a contar un engaño. Aquella noche… en mi ático ¿Te acuerdas? —Abraham asintió—. Aquella noche convencimos al gusano de que la guerra quedaba en empate cuando en realidad estaba a punto de ganarla.

—¡Ja! —Abraham parecía indignado—. Eso lo dices porque tú apostaste por él y perdiste.

—Piénsalo fríamente, viejo. ¿Qué tiene de divertido Malvin? Él no necesita a nadie. Sólo me tolera porque mis hijos pueden darle información, pero Malvin sólo necesita a una persona a su lado: a sí mismo. Conocíais sus movimientos gracias a mí, y a pesar de ello perdimos.

—¿Perdimos? —preguntó Abraham con un bufido incrédulo.

Tertium suspiró como si hablara con un niño.

—¿Cómo lo vencisteis? Explícamelo. Hubo batallas y se perdieron. La infección estaba descontrolada. Serafín murió, Septum se largó a París huyendo de Malvin, el Candil estaba arrasado, y los pocos supervivientes, en desbandada, la progenie era más proclive a seguir al gusano que a nosotros, que éramos ya más humanos que demonios, y de repente… Se controló la infección, los pequeños desaparecieron, la progenie se apaciguó… ¡Hemos ganado!

Abraham trató de pensar en el punto exacto en que la guerra se ganó y no fue capaz.

—¿Qué pasó? No consigo recordarlo —musitó.

—Fue una ilusión. Conseguí atraer a Malvin fuera de la Guarida del Gusano. Le dije que te había atrapado. Eras la última resistencia antes de que cayera la ciudad. O, al menos, eso creía él. No sé por qué, pero tiene una obsesión contigo bastante enfermiza. Así que supongo que se relajó… y vino poco acompañado. Total, sólo eras un fantasma parásito fugado de una maleta.

—¡Y allí lo vencimos! ¡Luchamos contra él y ganamos! ¡Ahora lo recuerdo! —exclamó Abraham sin hacer caso al insulto—. Le hicimos firmar el armisticio.

Tertium lo miró con cara de guasa.

—¿Qué armisticio? ¿Tú has visto ese papel? ¡Ni siquiera existe! —Tertium se quedó callado unos instantes, mirando fijamente a Abraham, que seguía confuso—. Recuerdas lo que Uno te dijo que debías recordar —continuó—. ¿Dejar a semejante enemigo vivo? ¿A quién se le ocurriría algo así? Es un virus… Un cáncer. Dejarlo vivo era un suicidio lento.

—No pudimos matarlo. Uno hizo que firmase… —dijo Abraham dubitativo.

—Malvin consiguió arrancarle un pequeño del pecho a Uno. Perdió casi todos sus poderes.

—¿Y cómo ganamos?

—El poder de persuasión de Uno y Gabriel y una de tus jodidas botellas de náufrago…

—Alicia —dijo agarrando la maleta con fuerza. De repente, parte de la ilusión que Uno había creado en su mente cayó y Abraham recordó algunas cosas. Para horror suyo.

NADIE

puede matarlo. Porque nadie sabe cómo hacerlo. Lo hemos intentado todo. Lo hemos apuñalado, acribillado, desmembrado. Quemamos el nido del gusano. Murió gente inocente. Mucha. Y descubrimos algo horroroso: si lo incineras, renace de sus cenizas cual ave fénix. Y sólo tiene un objetivo: reproducirse hasta el infinito. Hasta que sólo exista él.

Ahora lo recuerdo todo. Lo estoy viendo. Lo vivo.

Estamos en el gran salón del ático de Tertium. Estamos nerviosos. Sólo tenemos una oportunidad. Malvin está a punto de darnos el jaque mate. Y ya sólo podemos soñar con acabar en tablas.

De nosotros depende que la infección se extienda a toda la ciudad y, de allí, y gracias a la negorith, a todos los interregnos.

Malvin no sabe que estamos aquí. No espera a Gabriel, siempre evita el enfrentamiento directo con ángeles porque, aunque no le afecta tanto como a los humanos, no es inmune a su poder. Piensa que Gabriel ha huido después de la muerte de Serafín.

La idea es deslumbrar a los pequeños que acompañen a su creador con un potente foco de luz del amanecer que he rescatado de las ruinas de la sede del Candil. A continuación, Gabriel bloqueará a Malvin con una orden y Uno lo sumirá en una de sus alucinaciones para invalidarlo. A partir de ahí, el plan es encerrarlo en el sótano del nuevo Candil. Atado con cadenas. Y que Gabriel y Uno renueven el bloqueo y la alucinación hasta que podamos encontrar una forma de eliminarlo. En definitiva, sólo queremos más tiempo.

Así de absurdo es el plan.

Así de desesperada es la situación.

Y todo se viene abajo en cuanto Malvin abre la puerta.

Porque no ha venido sólo con los pequeños.

Clara entra justo detrás de él. Y sus facultades afinadísimas detectan la trampa en ese mismo instante. Yo salgo de la habitación donde me he ocultado, con el foco en una mano (que deshace a los cuatro pequeños que los siguen) y mi Walther P38 en la otra.

Aprieto el gatillo en el momento en que se gira para mirarme. Y Clara muere.

Malvin no ha podido reaccionar a tiempo; sin embargo, antes de que Gabriel pueda abrir la boca, lo golpea con tal fuerza en la cabeza que el bastón se parte por la mitad.

El ángel cae al suelo inconsciente en medio de un salpicón de sangre que le sale a borbotones de la frente.

El gesto vacío y cruel de Malvin, su cara de ligero fastidio, me dice cosas que no quiero saber. Clara no podrá revelarle jamás la puerta a la

Sincronía. Y matarla es una medida desesperada, porque hemos perdido la guerra y esto es sólo una misión suicida para conseguir tiempo. Pero eso es todo. Lo sabe. Tarde o temprano aparecerá otra negorith y todo volverá a empezar. El tiempo siempre juega a su favor. Es casi eterno.

De pura rabia, le vacío el resto del cargador en la cabeza.

Pero a él le da igual. No es la primera vez que le disparan. Tampoco parece muy afectado.

Así que decide acabar con nosotros. Veo que se quita el sombrero y la bufanda. Su rostro comienza a desencajarse. Y ahogo un grito al ver que su cara se abre como una piel de plátano para revelar el horror que habita dentro.

La pistola cae a mis pies. Olvidada. Agarro la maleta y la sujeto contra el pecho.

Tertium está bloqueado. Sigue sentado en el sillón, observándolo todo como si aquello no fuera con él. Uno se ha acercado al Gusano-Malvin en plena metamorfosis para tratar de provocarle una alucinación, pero cuando le ha puesto la mano en la cabeza Malvin le ha soltado un bocado y, de repente, su brazo está siendo devorado.

Escucho el ruido de los huesos triturados por la boca del engendro. Sus dientes destrozan la carne. Un sonido que poblará mis pesadillas para siempre.

Veo a Uno gritar hasta quedarse afónico al sentir cómo aquella cosa se lo está comiendo vivo mientras trata de separarse del monstruo.

De un golpe seco, Malvin le arranca el brazo a la altura del hombro derecho. Uno cae arrodillado frente a él, sujetándose el muñón sanguinolento con la mano que le queda. Uno de los tentáculos que antes eran los brazos de Malvin se lanza contra el pecho del demonio.

Veo que Uno convulsiona ante su tacto, como tantos otros. Sé lo que viene a continuación: la sangre, las vísceras, un amigo muerto y un nuevo enemigo que se levanta.

Y, en el último momento antes del fin, olvidada ya toda esperanza, la recuerdo a ella. El miedo más genuino que he tenido desde que empecé a existir hasta que conocí a Malvin lo pasé con ella. Mi enemiga íntima, que me ha acompañado por décadas, esperando el momento en que cumpla mi promesa.

Y así. Al fin. Libero a Alicia. La dulce Alicia.

Oh, Alicia.
Oh, dulce Alicia.
No tiene malicia.
Quiere cogerte de la mano y saltar…

La melodía de su voz fantasmal. La cantinela que cantaban sus víctimas cuando las obligaba a repetir una y otra vez su triste fin vino a mi cabeza incluso antes de que saliera. La dulce suicida que atrapé en una botella. En

la primera botella que guardé en la maleta.

Esa botella que ahora está en mi mano.

Y se la estampo a Malvin en la cabeza cuando está distraído sacando un horror del pecho de Uno. Él se gira con la intención de convertirme en la siguiente víctima, pero entonces ella sale de la botella rota y entra en él.

Malvin no es capaz de comprender lo que le pasa. Esa ansia insatisfecha, ese descontrol en su interior le es ajeno. No puede gestionarlo y, por un momento, Alicia se hace con el mando. Sale corriendo hacia el balcón, atraviesa la cristalera y, en medio de una nube de cristales rotos, se lanza al vacío desde el ático. Lo oímos gritar de rabia durante toda la caída.

Me acerco a Gabriel. Rezo a un dios en el que no creo para que siga vivo. Lo está. La sangre le ha manchado toda la cara. Tiene los ojos empapados y pegajosos y una fea hendidura en la frente, pero está vivo. Le limpio el rostro con la manga de mi chaqueta; tose y escupe sangre, pero me mira y me reconoce. Lo incorporo. Está conmocionado.

Por un momento, albergo esperanzas.

Al girarme, veo a Uno arrodillado de espaldas a nosotros. Al acercarme compruebo que está comiéndose los restos de la pesadilla que ha nacido de su interior. Abandonado por Malvin a medio nacer, el horror no ha conseguido acabar con Uno en el proceso. Parte de él, sin solidificarse, se derrama en lágrimas negras por los ojos y las orejas de Uno. La imagen me recuerda a un cuadro de Goya: Saturno devorando a su hijo.

El demonio me mira fijamente.

—No podemos vencerlo —me dice.

—Lo sé. Sólo podemos convencerlo —le digo.

Cuando, un rato después, Malvin vuelve al ático con la intención de devorarme, está tan alterado y confuso por causa de Alicia que no comprueba que Gabriel y Uno siguen con vida.

MARC

estaba dormido en el sofá de tres plazas cuando la anciana llegó al Candil. No se molestó en despertarlo al pasar a su lado. Cruzó la biblioteca que tanto esfuerzo le había costado reconstruir después de la guerra y se dirigió al salón donde Damien, Half y Gris llevaban varias horas esperando su llegada.

—¡Atanasia! Loados los ojos —dijo el gigantón al verla—. Menos mal que no has ido a la convención.

—¿Me has visto cara de juntarme con esa escoria? —dijo la anciana mientras lo abrazaba—. El incienso y el pan de elfo de plástico los dejo para los hippies. Desde que me jubilé, sólo acepto que me llamen para cosas serias. ¿Este es un asunto serio, señor Solomon?

Damien asintió con rotundidad.

Ella se lo llevó a un lado y le dijo en voz baja:

—Tenía la sensación de que ese pusilánime se había llevado a toda la gente a esa convención por joderme. Sabe que las odio. Ahora creo que se olía lo que iba a pasar y ha huido como una rata que abandona el barco.

Damien sonrió.

—Pero el capitán está aquí. Eso tiene que contar para algo.

—Claro. —La anciana le guiñó un ojo—. El capitán se queda para hundirse con la nave.

La anciana se giró hacía Half.

—¿Cómo estás, Half? —Su expresión era a la vez afectuosa y severa.

—Bien, Jueza. —Half bajó la mirada—. ¿Sabéis algo de él?

—No. No ha contactado con nosotros. —Le puso la mano en el hombro en gesto de afecto—. Pero seguro que lo hará. Ese cabrón tiene más vidas que todos nosotros juntos, ya lo sabes.

Half asintió.

Damien se giró hacia Gris, que observaba a la anciana, y la presentó:

—Esta es Gris. Una amiga que necesita ayuda.

—Yo me llamo Atanasia, aunque todos por aquí me llaman la Jueza. O la abuela. Según la edad y la educación que se gasten.

Damien sonrió al escucharlo.

—Yo te llamo Atanasia.

—Eres el único. —Se giró hacia Gris—. ¿Y por qué necesita ayuda nuestra nueva amiga?

Ella suspiró sin decir nada.

—Es una negorith en plena ebullición —terció Damien.

—A mi pesar —dijo ella.

—Oh, vaya. —La anciana le cogió las manos entre las suyas. Gris las notó cálidas y reconfortantes—. Me gustaría que no pensaras en ello como una maldición. A veces, de las maldiciones salen cosas buenas. —Al decirlo miró a Half involuntariamente—. Piensa que tú puedes ver y percibir cosas que los demás sólo podemos imaginar. Eres la única que tiene ojos en el país de los ciegos. Y eso no es motivo de pesar, es un don. Aunque ahora te cueste creerlo.

—Pues si sabe cómo puedo darle este don, se lo doy, ¡y gratis! —dijo Gris con sinceridad.

La Jueza sonrió. Gris se descubrió devolviéndole la sonrisa.

—Ya me gustaría. Lo digo en serio. Lo aceptaría encantada. Que todo el mundo lo quiera excepto tú es algo que me hace reflexionar en el porqué de las cosas.

—Es que ni siquiera sé cómo podría usar esas supuestas facultades, es algo que no controlo —dijo con desesperación.

—En eso te equivocas. —La anciana se puso en pie—. Te lo puedo demostrar. —Le tendió la mano para que se levantara. Gris se la cogió y se puso a su lado. La jueza señaló a su alrededor—. Las negorith nacen. La mayoría de lo que sabemos sobre ellas lo cuentan envidiosos que han vivido a su sombra. Hombres que no soportan el hecho de que las negorith siempre sean mujeres, hombres que piensan que si ellas han desarrollado ese potencial es gracias a ellos. Ansiosos de ponerse medallas. Creadores de entrenamientos absurdos completamente inútiles. Yo soy de la opinión de que una negorith se hace a sí misma desde que nace. Es un sentido que se tiene. Como cualquier otro. Totalmente natural en ellas. Está tan acostumbrada a él que no se da cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Es fácil. —Señaló de nuevo la estancia que los rodeaba—. Dime qué ves en este salón. Qué contiene. Descríbemelo lo mejor que puedas.

Gris miró a su alrededor, la enorme sala de estar, con curiosidad. Damien y Half también la inspeccionaron. No parecía para nada diferente del resto de estancias del Candil. Sacó su inhalador del bolsillo y pegó una buena aspiración que le dilatara los bronquios antes de hablar.

—Es una sala forrada en madera. Huele bien, a antiguo pero bien cuidado. Tiene esas estanterías cargadas de libros que, en otras circunstancias y con un buen café, me encantaría revisar de arriba abajo. Esos enormes sofás. Muy cómodos, por cierto. Las dos puertas. La chimenea. Y esos tapices de perros jugando al póker que siempre he encontrado un poco escalofriantes. —Gris iba señalando las cosas a medida que lo decía, pero se sentía ligeramente estúpida, como si

estuviera diciendo cosas evidentes—. La lámpara del techo es de esas de cristal antiguo, que me encantan, y…

Se percató de que Half y Damien la miraban con gesto extraño. Sin embargo, Atanasia sonreía.

—¿Qué pasa? —dijo Gris.

—En esta sala sólo hay una puerta —dijo Half—. Esa por la que hemos entrado. —La señaló al decirlo.

recordaba lo que había pasado. Al menos una mezcla de la realidad y de lo que Uno le hizo ver y de lo que Gabriel le convenció.

No podía seguir con aquella cosa en su cabeza. Eso era cierto. Había hecho que saltase desde la terraza del ático. Y se había enfadado al comprobar que no había muerto al estrellarse contra el asfalto. Lo notaba. Su frustración. Sensaciones ajenas a él. Su forma humana había quedado reducida a una pulpa sanguinolenta tras cincuenta metros de caída en picado. Pero luego, simplemente, se había rehecho, como hacía siempre. Y por un rato pensó que aquel ser impulsivo que había dominado su cabeza se había largado.

Hasta que llegó a la entrada del edificio y no pudo evitar dar un cabezazo contra la puerta de cristal, una y otra vez, y, tras reventarla, lanzar su cuello contra los restos afilados que quedaban.

Fue un acto sucio y desagradable. Toda su ropa, ya destrozada por la caída, quedó definitivamente arruinada con aquello. Ah, y su cuerpo estaba seriamente dañado de nuevo. Y necesitó algunos minutos más para volver a regenerarlo.

Al coger de nuevo el ascensor, notó que lo que fuera que se había instalado en su cabeza tenía intención de saltar otra vez en cuanto pisara el ático. Tenía que hacer un gran esfuerzo de contención para evitar sucumbir a ese impulso.

Se miró en el espejo del ascensor. Su piel. Su cara. La ropa goteante de sangre y fluidos varios.

Oh, Alicia.
Oh, dulce Alicia.
No tiene malicia.
Quiere cogerte de la mano y saltar…

Se tapó la boca de golpe. ¿Qué hacía cantando eso? ¿Qué era esa canción? No la había oído nunca hasta que salió de su boca. Malvin notó por primera vez en su vida una sensación desconocida. Años más tarde comprendió que podría tratarse de miedo.

Se golpeó la frente contra el espejo y se miró de nuevo.

La sangre de su frente lo hizo pensar en Gabriel ¡Menudo bastonazo le había dado! ¡Qué reconfortante había sido! ¿Cómo se calla a un ángel? ¡Así!

Al entrar en el ático, su única idea era torturar al coleccionista hasta conseguir que le sacara aquella cosa de dentro. Después se lo comería.

Pero el maldito Abraham estaba fuera. En la terraza. Se quedó allí

parado. Mirándolo con rabia. Tenía que salir a por él. Pero seguía clavado al suelo. Sentía el impulso irrefrenable de saltar. De volar. De volver a sentir el viento silbando en sus oídos. De cantar aquella maldita canción.

Y ni siquiera vio a Gabriel a su espalda. Susurrando cosas en su oído.

Luego, a regañadientes, había firmado el armisticio. Con su sangre y la de Uno. El poderoso Uno. Aquel que lo había vencido. Que sólo con desearlo podía arrastrarlo a la dimensión inmaterial donde quedaría solo. SOLO. *Flotando en la nada. Para siempre jamás.*

Ellos, a cambio de la firma, le quitaron aquella cosa de la cabeza.

se quedó pensando un rato.

—¿Cómo ha salido de su letargo? ¿Quién lo está ayudando ahora?

—Yo, por supuesto. —Tertium lo dijo con total indiferencia—. ¿Qué esperabas que hiciera? La progenie al completo lo apoya. Los uróboros se parten de risa cada vez que Malvin le arranca una pesadilla a alguien. Haga lo que haga yo, lo van a ayudar. Así que le di un teléfono móvil para tener una línea directa con él. Que viera que seguía jugando en su equipo. Por si acaso. ¡Y los uróboros la usaron para decirle que tenían a la negorith! Ni siquiera sé cómo dieron con ella. Sólo sé que informaron antes a Malvin que a mí.

»Así que, en vista de la situación actual, lo mejor fue prestarle mi total apoyo, como hice antaño. Y, mientras tanto, confabular con vosotros para pararlo.

—¿Y Uno? ¿Por qué no…?

Gabriel comenzó a carcajearse en ese momento. Con una risa cínica y cruel.

—¿Uno? ¿Qué Uno? —le escupió en la cara.

—Gabriel, trata de comportarte —le recriminó el demonio.

El ángel se puso en pie. Iba vestido únicamente con unos calzoncillos que habían conocido épocas mejores. Se acercó a Tertium y se acuclilló a su lado.

—¿Por qué nos haces esto? Sabes que estamos perdidos. Que no hay ninguna esperanza. El gusano sabe dónde y cuándo encontrarnos, y si no nos ha matado ya es porque no nos considera siquiera una amenaza.

Tertium no dijo nada. Sólo se quedó sosteniendo la mirada de Gabriel. Desafiante. Este se giró hacia Abraham, todavía con esa sonrisa odiosa y carente de humor en el rostro.

—¿Quieres saber cuál es la broma más cruel? Crees que aún tenemos un as en la manga. Lo veo en tu mirada. Piensas que, en cualquier momento, Uno saldrá de algún agujero y nos salvará el culo como la otra vez, pero eso lo piensas porque la ilusión que metió en la cabeza de Malvin también se metió en la tuya.

—¿Qué? —Abraham lo miraba, incrédulo.

—Uno se desangraba y no podía ni sostenerse en pie, así que tuviste que sujetarlo mientras trataba de sumir a Malvin en una alucinación. Contacto directo. Ya sabes cómo funciona. Y, sin querer, tú también te comiste la ilusión. Toda esa patraña de su victoria. Del armisticio. Del vencedor Uno, gigante fuerte y varonil. Toda esa mierda que metió en la cabeza del gusano también se metió en la tuya

de rebote. —Gabriel le puso los dedos en la frente a Abraham y presionó dolorosamente—. Y en cuarenta años no hemos hecho nada por sacártela. No sabíamos si al deshacer tu ilusión se desharía la de Malvin, así que te la hemos dejado ahí dentro, pudriéndose todo este tiempo…

—Gabriel, es suficiente —lo cortó Tertium.

El ángel miró fijamente al demonio.

—Ahora ya da igual —murmuró. Le quitó la botella de las manos y volvió a su rincón, bajo las mantas—. ¿No íbamos a contarlo todo? —Pegó un trago a la botella—. Pues acaba la puta historia. Díselo.

Abraham se giró hacia Tertium. Esperando. Expectante.

—Uno murió aquella noche —murmuró este finalmente—. No sobrevivió a las heridas. Cuando tú y Malvin os marchasteis, Gabriel y yo lo enterramos en el parque de detrás de mi edificio.

Abraham no supo qué decir. Recordaba a Uno, el demonio enorme y musculoso, apoyado en él, macilento y tembloroso, sin apenas sangre en las venas, desangrándose a toda velocidad. Jadeando por el esfuerzo, tratando de mantenerse despierto mientras murmuraba cosas en el oído de Malvin. En su propio oído. En su interior siempre lo había sabido.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —murmuró, desesperado.

Gabriel sacó algo de entre las mantas y se lo lanzó a Abraham, que lo cogió al vuelo.

Era una Walther P38. Su vieja pistola. Con la que había matado a Clara.

—Vamos a repetir la jugada —dijo el ángel—. Yo te doy la pistola para que cumplas tu parte, pero tú tienes que darme algo a cambio.

sale ya por la noche. Porque esas cosas están ahí. Esperando.

Las calles están silenciosas y desiertas. Llenas de carteles de personas desaparecidas.

Sólo hay sombras. Y no quieren quedarse quietas.

Dos de ellas se deslizaron por las escaleras de la Catedral y bajaron hasta las catacumbas, donde susurraron al oído de Malvin, que descansaba sentado en una incómoda silla, dentro de una estancia vacía. Al escucharlos sonrió. Salió de la sala, se puso el sombrero y la bufanda y cogió el bastón. Los pequeños se estremecieron de placer. Porque estaba contento. Y todos, de alguna manera, eran Malvin también.

Subió las escaleras hasta la nave central de la Catedral y pasó entre la fila de personas aterrorizadas que habían llevado a rastras hasta allí, obligadas a esperar su turno para verse las caras con él y con sus propios miedos.

—Esta noche no os necesitaremos. Por favor, marchaos; mañana quizá volvamos a vernos.

Los pequeños que los retenían los soltaron y todos salieron corriendo en dirección al pórtico central y se perdieron en la noche. Deseosos de olvidar rápidamente lo que habían vivido.

Malvin se situó tras el púlpito central y cogió el micro. Su voz comenzó a retumbar por toda la nave.

—Queridos, el coleccionista y la negorith han sido hallados. Mantener viva a esa rata miserable y engreída ha hecho que todos acudan a su madriguera a pedirle consejo, así que iremos a hacerles una visita. Es el momento de empezar a pensar a lo grande. Sé que os sentís solos. Yo me siento solo. Pero pronto, queridos míos, estaremos todos juntos. Os lo prometo. —Iba a dejar el micro, pero finalmente volvió a acercárselo a los labios—. Y recordad que os quiero muchísimo.

Los pequeños comenzaron a aplaudir, y seguían haciéndolo cuando Malvin salió de la Catedral seguido de su ejército.

—Vamos, queridos; vamos a matarlos a todos. Cantad conmigo…

Y los pequeños cantaron. Porque todos se sabían la letra de la canción.

Oh, Alicia.
Oh, dulce Alicia.
No tiene malicia.
Quiere cogerte de la mano y saltar…

se acercó a la puerta y tocó el marco. El pomo. Era real. Era tangible. Estaba allí.

—¿No la veis?

Todos observaron la pared desierta donde Gris paseaba la mano. Atanasia negó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sé que está ahí, pero no la vemos. Sólo tú.

—¿Qué es? —dijo la chica, acariciando el orificio de la cerradura.

—Es una puerta a una zona gris del Entremundo.

—¿Es peligroso? ¿Se puede abrir?

Atanasia se encogió de hombros.

—Hace más de cien años que nadie ha atravesado esa puerta. Los textos sólo hablan de una extensión gris y yerma.

Gris cogió el pomo y trató de girarlo, pero la puerta no cedió.

—Está cerrada con llave.

—Sí, la tenemos guardada en…

Pero no acabó la frase porque Morty irrumpió en la sala a toda velocidad y con gesto alarmado. Marc lo seguía con cara de sueño.

—¡Tenéis que salir!

—¿Qué pasa? —preguntó la jueza.

—Están rodeando el Candil.

Siguieron a Morty en dirección al balcón de la sala principal; todos excepto Half, que se quedó observando la pared donde se suponía que estaba la puerta. Se acercó y pasó la mano por ella. Notó las hendiduras de la madera barnizada. Acercó la cara a ella y la apoyó. Notaba una pulsión, una vibración conocida y relajante. Como el arrullo de un río que había navegado en otra época. En otra vida.

De repente la voz de Damien retumbó desde fuera:

—Chico, ¡trae las gafas!

Half suspiró y salió de la sala en dirección al balcón de la segunda planta. Todos estaban observando algo, embelesados. Al asomarse, lo primero que sintió fue el frío, la sensación helada de que toda esa gente que estaba rodeando el edificio no desprendía calor alguno, sólo una helada determinación.

Damien, con gesto hosco, estaba metiendo balas de cristal en el trabuco y preguntándose cómo se había metido en aquel Apocalipsis y, lo peor de todo, pensando en la bronca que iba a ganarse en casa cuando se enterara su mujer. Morty, por su parte, ya tenía el AK-47 cargado, pero no sabía dónde apuntar. Había demasiados enemigos.

—No creo que tengamos balas suficientes —murmuró.

—No creo que el ejército las tenga —le contestó Damien.

Half hizo un cálculo aproximado. Hasta donde le llegaba la vista habría al menos unos dos mil.

—¿Sabemos qué son? —preguntó la anciana.

El chico sin brazo se puso las gafas del Entremundo y comenzó a pasar tipos de cristales por la lente.

—No son ni pequeños, ni poseídos, ni… —dijo.

—Son muertos —sentenció Gris.

Half se quitó las gafas y miró a Gris, que seguía absorta observando la turba que se había reunido allí. Pensó en preguntarle cómo lo había sabido, pero vista la determinación con que la joven lo había dicho comprendió que simplemente lo había sentido. Así funcionaba aquello. Las negorith sabían cosas, las notaban. Se tenía que aceptar como un hecho.

Toda la calle estaba colapsada de revividos. Permanecían allí en pie, juntos, quietos, con la mirada fija en El Candil, sin hacer el menor ruido. Tenían la piel apergaminada y de color ceniza, y vestían con harapos y jirones de las ropas con las que los habían enterrado, algunas muy antiguas de las que apenas quedaban trozos. Además, iban armados con palos, trozos de tubería, piedras, hierros oxidados… Cualquier cosa que hubieran encontrado por la calle en su camino hacia el Candil y que pudiera usarse como arma. Era un ejército zarrapastroso, pero multitudinario.

—¿Van a atacarnos? —preguntó Damien.

—¿Crees que si lo hicieran tendríamos la más mínima posibilidad de sobrevivir? —dijo Atanasia—. Si quisieran atacarnos, ya lo habrían hecho. —Le puso la mano en el hombro a Damien y le sonrió sin humor—. Así que igual tenemos suerte.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo el gigantón.

—Esperar a que suceda algo, supongo —respondió la anciana.

En ese momento, los revividos se apartaron para dejar paso a dos de ellos que caminaban hacia el edificio desde el fondo de la calle. Uno era una mujer, y el otro un viejo macilento y cojo.

Al verlo, a Half se le paró el corazón.

—¡Es Abraham! —gritó, y bajó corriendo en dirección a la puerta del Candil.

—Ese no es Abraham —musitó Gris.

—No, querida —dijo Atanasia—. Yo tampoco creo que lo sea.

Y salió andando en pos de Half.

atravesó el jardín y se quedó mirando la ventana abierta, donde las cortinas sucias seguían batiendo al viento de la noche.

A su alrededor, la oscuridad se había condensado. Cientos de pequeños etéreos buscaban el sitio más cercano a su señor mientras, fuera del jardín, los que ya poseían la consistencia de la carne se habían distribuido controlando la calle en todas las direcciones posibles.

—Este sitio ha perdido muchísimo *glamour* desde mi última visita —le dijo a su acompañante.

El ser que estaba a su derecha no dijo nada. Sólo observó la casa donde había nacido y esperó a que su dueño decidiera qué hacer.

—¡Gabriel! —gritó Malvin—. ¡Sal de la madriguera! Y diles al niño y al coleccionista que bajen aquí. No me gustaría tener que hacer esto de forma incivilizada.

Nadie contestó.

Malvin iba a decir algo más cuando una botella de vodka salió volando por la ventana y explotó en mil pedazos a un par de metros de él.

—¡Púdrete, gusano! —le gritó una voz ronca desde la habitación —. Si quieres verme, pide audiencia como todo el mundo.

—¡Qué grosero eres! —respondió Malvin.

Le hizo un gesto al ser que lo acompañaba para que se acercara y le susurró:

—Si entras y matas a Gabriel, podrás quedarte con su nombre, porque serás todo lo que quede de él en este mundo.

La pesadilla de Gabriel sonrió y se dirigió al interior de la casa.

Gabriel seguía sentado en el suelo en mitad de la estancia y envuelto entre las mantas cuando la criatura entró en la habitación.

—Sabía que ese viejo asqueroso te enviaría a ti. No puede evitar ese ramalazo de poeta mediocre —le dijo el ángel—. Eso siempre le pierde.

La criatura notó el tono de desprecio con que hablaba el ángel, pero también había algo más, algo que no comprendía. Una sensación de peligro. Cerró la puerta a su espalda y revisó la estancia con ojos de cazador. Ni rastro del niño ni del viejo, no había otro olor que el de Gabriel en toda la casa. El ángel estaba solo allí dentro. Eso lo desilusionó. Un poco. El amo quería a los tres, pero el hecho de que aún pudiera acabar con el ángel lo complacería. Hacía tiempo que tenían una cuenta pendiente, y era hora de saldarla.

—*¿Nos has echado de menos?* —La voz de la pesadilla sonaba como

si alguien estuviera rayando una pizarra con las uñas—. *Sin nosotros sólo eres carne. Carne vieja que se pudre lentamente. Carne muerta que todavía no sabe que lo es, pero que pronto lo sabrá. No hay majestad en la decrepitud. No hay grandeza en la vejez. Sin nosotros, envejeces y mueres rápidamente. Como humano.*

Gabriel no dijo nada. Se limitó a sonreír.

La criatura dejó que sus dedos comenzaran a alargarse y adquirieran la forma de unas garras largas y afiladas. Las sombras comenzaron a envolver a Gabriel.

—Es hora de romper la carne vieja. Es hora de sangrar. Es hora de rasgar y drenar tu vida.

La criatura dio un par de pasos en dirección al ángel, que seguía tapado con las mantas y lo observaba impertérrito.

—¿No llorarás? ¿No implorarás por tu vida? ¿Tan vacío estás después de que fuéramos extirpados de tu corazón? Pide clemencia.

—No —dijo el ángel, y apartó las mantas para mostrar a la criatura lo que tenía en las manos.

Malvin supo de inmediato que algo iba mal. No necesitó acercarse ni un paso para darse cuenta de ello. Y entonces escuchó el grito agónico de su querida criatura. De su favorito. Y, de repente, la criatura… ya no estaba. Esa conexión que notaba con sus pequeños había desaparecido. Le había sido amputada. Su primer impulso fue el de liberarse de la carne humana y saltar dentro de aquella habitación para acabar personalmente con el ángel. Pero entonces algo dentro de él lo hizo dar un paso atrás. ¿Era temor? ¿Miedo? ¿Qué había pasado allí dentro?

—¡Gracias, Milburn! —La voz del ángel sonaba burlona y cínica—. Ha sido un detalle por tu parte venir a verme. La visita de un buen amigo era justo lo que necesitaba para salir de esa… depresión en la que estaba sumido.

Malvin notó una ola de simpatía antinatural hacia Gabriel que hizo que saltaran todas las alarmas en su interior.

—No puede ser… —murmuró.

—Gracias por este regalo —continuó el ángel, que se asomó en ese momento por la ventana.

Gabriel bebía de una vieja botella llena de un líquido negro y espeso que parecía retorcerse de rabia y dolor. Malvin supo de inmediato qué era aquella botella y qué contenía.

—¡Acércate, viejo avaro, y verás de lo que soy capaz ahora! —Mientras le gritaba desde la ventana, dio un nuevo trago—. Ahora no soy sólo un ángel. Ahora, querido mío…, *también soy tu hermano.* —El líquido negro y espeso que contenía la botella le caía por la barbilla y se le deslizaba por el cuello, manchándole el torso blanquecino. Sus ojos, antes azules, ahora eran negros como el azabache, y Malvin pudo

ver cómo sus dedos comenzaban a alargarse cual garras afiladas—. *Ven y te contaré cosas al oído. Seremos familia. La misma sangre correrá por nuestras venas. Ven, por favor, hay tanto que preparar…*

La voz de Gabriel sonaba aguda y quebradiza como una fina capa de hielo, y Malvin no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que hubo dado un par de pasos en dirección a la casa. Reaccionó de golpe; haciendo un gran esfuerzo se tapó los oídos y salió corriendo del jardín en dirección contraria mientras berreaba la vieja letanía de siempre, «ohaliciaohdulcealicia…», esperando que aquello le inundara la cabeza y lo liberara del embrujo del maldito ángel.

Había cometido un error. Uno terrible.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritó a todos los pequeños con los que se iba cruzando en su huida—. Ohaliciaohdulcealicianotienemalicia…

Estos, invadidos por la furia de su amo, salieron a toda velocidad en dirección a la casa.

El ángel negro sabía que no tenía nada que hacer contra aquellos seres. No podían amarlo, porque no había verdadera carne en ellos. No podían escuchar sus dulces palabras, porque sus oídos sólo captaban una voz. Vio cómo entraban en tropel en la casa, destrozándolo todo a su paso, y los oyó subir entre gritos y golpes por las escaleras. En unos segundos irrumpirían en la sala y tratarían de acabar con él. No podía permitirlo. Había tenido una posibilidad y la había aprovechado; el destino jugaba a su favor, las cosas no podían acabar así.

Gabriel se subió al alféizar de la ventana y observó la ciudad. ¿Qué nuevas sorpresas podría depararle la noche? Aquello no había hecho más que empezar.

Había múltiples posibilidades.

Deseó tener alas. Algo que los humanos siempre habían asociado a los de su raza pero que nunca había tenido una base real. Hasta ese momento. Porque dos alas enormes y correosas surgieron de su espalda entre dolor y sangre negra. Sólo las había deseado, y allí estaban.

Gabriel sonrió.

Un millón de posibilidades.

Las alas batieron con fuerza y Gabriel ascendió sobre la ciudad. Los pequeños se quedaron confusos y frustrados al verlo alejarse. Un ángel negro hecho de pesadillas, surcando el cielo.

ABRAHAM

entró en su casa con la llave que escondía bajo una de las macetas que adornaban el descuidado jardín trasero. Sospechaba que en la parte delantera había sombras vigilando por si aparecía. Dejó la maleta en la cama de la habitación y entró en el lavabo.

Se miró en el espejo. No se acostumbraba a la nueva cara. Su cuerpo era delgado y macilento, las costillas se le marcaban y los brazos estaban llenos de viejos tatuajes y callos allí donde lo habían pinchado para ponerle medicación y suero. Tenía una cara vulgar y unos ojos levemente saltones que le daban un aire de camaleón que no le gustaba en absoluto.

¿Cuántos años tendría aquel cuerpo? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco? No lo sabía a ciencia cierta. La información que Enric había dejado en su cabeza se reducía a cosas inconexas e inútiles. Sensaciones y bloqueos. Fobias. Y unas ganas tremendas de tartamudear.

Dejó la pistola en la mesa del comedor, se quitó el pijama del hospital y se lavó la cara y los sobacos con agua fría para despejarse. Después sacó uno de sus viejos trajes del armario y se miró en el espejo.

Era uno de los trajes de Abraham, que ciertamente era más corpulento y alto que Enric. Aquello le quedaría enorme y desgarbado, casi podía perderse dentro. Lo tiró al suelo y rebuscó en el armario hasta dar con algo que no le quedara tan exageradamente mal. Encontró un traje negro que siempre le había quedado pequeño y, tras vestirse, se dirigió al despacho.

Sacó uno de los candiles del amanecer que guardaba en casa y lo dejó al lado de la pistola. Después abrió la maleta y revisó el contenido.

Las nueve botellas seguían intactas: cada una sujeta con un velcro y fijada en su compartimento, con una etiqueta y un nombre escrito en mayúsculas. Aunque Abraham no necesitaba aquellas etiquetas, porque sólo con mirar el humo que había en el interior podía decir quién la habitaba.

Abrió el cajón inferior del escritorio y metió el brazo hasta el fondo, pegó un suave tirón y el cajón saltó del riel. Abraham lo sacó entero y lo dejó a un lado. En el hueco que quedaba entre el cajón y el suelo había una vieja caja de zapatos. La sacó y la puso al lado de la maleta. Dentro, entre algodones, estaba su tesoro: las cinco últimas botellas. No había querido decírselo a Gabriel, pero aquellas eran todas las botellas del náufrago que quedaban.

Las cogió con delicadeza y las fue poniendo en la maleta junto a las que ya estaban ocupadas. Las sujetó con velcro y rellenó los huecos con algodón, delicadamente, fijándolas para que no se pudieran mover. Al acabar, observó la maleta con amor y respeto. Allí dentro estaba su vida, y también algunas de sus pesadillas más terribles.

Pasó los dedos por encima de las botellas observando cómo los moradores se ponían nerviosos ante su presencia. Aquello lo relajaba.

Seguía sintiendo remordimientos de vez en cuando, aunque sólo por dos de ellos. El primero era el polaco al que le robó la maleta. El dueño original. No es que fuera una buena persona, pero Abraham le había quitado su tesoro y lo había encerrado dentro. Aquel tipo no era trigo limpio, pero aquella condena no era un castigo proporcionado.

—Sólo es temporal —le susurró a la botella. Siempre decía lo mismo. Llevaba cincuenta años diciéndoselo.

A veces, sobre todo si él no estaba cerca, las botellas hablaban. Pero en su presencia acostumbraban a mantenerse en silencio. Le tenían miedo. Y él no solía separarse mucho de la maleta, así que aquello no pasaba a menudo.

El otro morador por el que sentía remordimientos era Enric.

Normalmente dejaba que los cuerpos se liberasen de la esencia antes de ocuparlos, pero esa vez estaba tan desesperado que simplemente la expulsó del cuerpo y lo ocupó. Así que Enric ocupó su lugar en la botella abierta que usaba como recipiente cuando su cuerpo fallecía.

Abraham pensó que Enric se marcharía al momento, pero no lo hizo; estaba bloqueado, no asimiló aquel trance y no supo salir. Y allí seguía. Atrapado en una jaula sin barrotes.

Abraham observó la botella abierta. El humo estaba pegado a la parte baja de esta. Inerte. Estático. Suspiró y la dejó dentro de la maleta de nuevo. Quizá algún día reaccionara y se marchara.

Luego, sus ojos se posaron en la botella rota. La botella de Alicia, de la que sólo quedaban algunos fragmentos que Abraham había recogido en el ático de Tertium.

Le habían dicho que Uno tuvo que sacarla de Malvin para que este accediera a firmar el armisticio. Pero ahora, disipada parte de la ilusión, le asaltaban las dudas; si eso era cierto, ¿dónde estaba? ¿Dónde la habían contenido? Alicia no era algo que pudiera controlarse fácilmente. Era una repetición incesante del momento final de la persona trastornada que la creó.

Una idea lo hizo estremecerse.

¿Y si aquello también era mentira? ¿Y si Alicia se había largado? ¿O seguía atrapada en la cabeza de Malvin?

Alicia había dejado a Malvin fuera de juego, se podría decir que ella era realmente quien lo había vencido. Tal vez siguiera allí dentro.

Enterrada en la cabeza del gusano. Durmiendo. Como una vieja bomba de la guerra que no había explotado, olvidada y enterrada en el jardín de una casa, esperando el día en que decidieras cavar para construirte una piscina y le dieras el mínimo golpe.

Con ese pensamiento en la cabeza, Abraham cogió la maleta, la pistola, el candil y las llaves de su vieja ranchera y salió de la casa.

EL CHICO

caminaba solo por la calle. Si hubiera pasado un coche de policía, se habría extrañado al ver a un niño de tan corta edad paseando sin supervisión a esas horas. Pero la ciudad estaba desierta de una forma antinatural. Los pequeños se habían replegado junto a su amo, y eso le permitió moverse rápido sin ser visto por casi nadie.

Había quedado con Abraham en el Candil. El viejo coleccionista no se fiaba del demonio, así que no había querido que lo acompañara a su casa. Era normal, tantos años de supuesta enemistad seguían quemándolo por dentro. Y eso que no sabía apenas nada. Si hubiera sido sincero, tanto el coleccionista como el ángel se habrían quedado alucinados. Soltó una carcajada al pensarlo. «Alucinados» era la palabra exacta.

Llegó a las proximidades de la montaña y empezó a notar el frío que emanaba de sus huestes. Los revividos estaban cerca. Bajando del camposanto. Eso lo alegró; tal vez ese pálpito de inseguridad no había tenido razón de ser. Tal vez sólo había pecado de pesimista cuando decidió traspasar sus poderes a Clara.

Y entonces ocurrió.

Primero escuchó el batir de las alas. Y antes de que pudiera levantar la mirada, recibió el golpe que lo tiró al suelo. Se dio de bruces contra el frío adoquín y sufrió un corte en el labio. Al darse la vuelta contempló a la más majestuosa de las pesadillas de Malvin observándolo con unas enormes alas negras desplegadas.

—Oh, qué desilusión —dijo el ángel negro, olisqueando el aire a su alrededor—. No tienes ningún poder. Te lo has… extirpado tú mismo. ¿A quién se los has dado? Los quiero.

—¿Vas a morderme en el cuello? —Al chico le sangraba el labio, pero sonreía igual. Eso hizo que Gabriel sintiera cómo el odio le crecía dentro. No había forma de crear miedo en Tertium. No existía nada más allá de esa alma de payaso inagotable.

—¿Qué has hecho, Gabriel? —preguntó el chico al fijarse en el extraño cambio físico del ángel.

—¿Gabriel? —El ángel se acuclilló a su lado y extendió las garras hasta acariciar la cara de Tertium—. Gabriel ha muerto, demonio.

El chico se sentó en el suelo y se limpió las gotas de sangre de la herida del labio.

—A mí no me engañas —dijo—. Puedes pretender que ahora eres otra cosa, pero yo sigo viendo dentro de ti. Eres lo que has sido siempre, sólo que…

—Mejor —dijo el ángel.

—Más idiota que de costumbre, diría yo.

El ángel lo señaló con un dedo y dejó que una de sus garras creciera hasta el hombro del demonio. El chico escuchó el sonido de su camiseta de Bob Esponja al rasgarse por la espalda cuando aquella uña afilada como una aguja lo atravesó.

—¡Hey! —protestó con gesto de dolor—. Me estás defraudando, Gabriel. Te recuerdo que aquí se supone que yo soy el tipo malo. ¡Esto duele! ¿No estábamos en el mismo bando?

Ahora fue el ángel el que sonrió.

—Sí, demonio. Y por eso vas a decirme quién tiene tus poderes, y el anillo de Uno… Y me dirás dónde ha ido el coleccionista; necesito su maleta.

—Claro que sí. Y además te voy a dar un sonoro beso en el culo, por lo guapo que te has puesto. Sabía que Abraham hacía mal al darte una de sus botellas, sacas lo peor de ti cuando tienes miedo. Pero, claro, el viejo siempre te ha amado; es difícil perder la viejas costumbres. —Tertium soltó una carcajada que quedó truncada cuando el ángel le atravesó el otro hombro. La camiseta estaba empapada de sangre, y Tertium notó que apenas tenía sensibilidad en las piernas y que se le empezaba a nublar la visión. ¿Eso era la muerte? Era húmeda, lenta y dolorosa. Le parecía un chiste decepcionante.

—Demonio, esto puede durar toda la noche. Y no quiero perder más tiempo. Sé cuál es el plan de Malvin, y voy a impedírselo, porque…

—Porque quieres el bastón del Rhun para ti. Lo sé. Gabriel pensando en Gabriel y lo que Gabriel quiere, nada nuevo bajo el sol.

—Lo que yo quiera no debería preocuparte ahora. ¿Dónde está el anillo de Uno?

—Se lo he dado a Uno —murmuró el chico, que notó que apenas podía sostener la cabeza en su sitio—. Búscalo y pídeselo a él. —Pareció meditar unos segundos antes de continuar hablando—. Me he cansado de ser el jefe. Dimito. Dile que lo intenté, pero que no me gusta… Tal como predijo.

—Uno está muerto —escupió el ángel.

—Eres un idiota —dijo Tertium, notando cómo la boca se le llenaba de sangre y baba—. Siempre has creído que eras inmune a nuestros poderes sólo porque nosotros lo éramos a los tuyos. Si supieras la de veces que he llorado de risa viendo la miopía de tus actos. Creyéndote por encima de los humanos. Menospreciando a Abraham por seguir bajo el influjo de las ilusiones de Uno. Tú, que has estado todo este tiempo exactamente igual que él. Ciego a lo que tenías delante.

—Eso es mentira —murmuró con rabia el ángel.

—Me encanta que digas eso. Significa que sigues creyéndolo —dijo el chico burlonamente—. Ha sido muy divertido verte hacer el payaso todos estos años. Gracias por las risas, te lo digo muy en serio. Reírse ha sido lo mejor de ser un humano. Y yo me he reído mucho. De ti, sobre todo.

El ángel no dijo nada. El rostro se le iba oscureciendo a medida que la rabia lo consumía por dentro. De repente, todas las garras le crecieron a la vez y atravesaron al chico. Ni siquiera lo había pensado. Sólo sucedió. Después se las clavó una y otra vez, una y otra vez, sólo por asegurarse de que sí que era un acto consciente.

Pero, a pesar de todo, no consiguió borrar la sonrisa de la cara de Tertium.

LA DOCTORA

llegó a pensar que todo había sido una pesadilla lisérgica. Al menos durante las primeras horas que la dejaron encerrada en la limusina. Luego, el aburrimiento y la ansiedad la habían convencido de que seguía absurdamente viva. Cuando el hambre comenzó a aguijonearle el estómago, se comió algunos canapés rancios y las bolsitas de patatas y frutos secos que había encontrado en el minibar. Después se había bebido todas las botellitas de vodka y whisky. Y luego había vomitado en el suelo y había tenido que orinar en la cubitera para no convertir la moqueta del vehículo en un lodazal.

Había llorado mucho. De eso estaba segura. Había gritado, golpeado los cristales de las ventanas y pateado las puertas hasta que le dolieron las piernas y asumió que aquello era un tanque blindado.

Fantaseó con la posibilidad de que la hubieran dejado allí encerrada para morir. Pensó que aquello era incluso aceptable, después de todo lo que había visto.

Cuando el pestazo a orín y bilis dejó de molestarle, cayó en una inconsciencia etílica. No se despertó cuando la limusina se puso de nuevo en marcha y salió de aquel aparcamiento oscuro.

Y quizá fue mejor así.

llegó a la puerta y se encontró con Marc, que observaba a través del ventanal enrejado a la multitud que se había reunido en la calle frente a la sede del Candil.

—¿No pretenderás salir ahí? —le dijo.

Half lo ignoró y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Abre —dijo en tono imperativo.

—Ni de coña, tío. —Marc volvió a mirar por la ventana—. Esas cosas no van a entrar aquí, mi tío hizo unas movidas… rollo reiki, cristales mágicos y eso, como un campo de energía de protección que hace que esas cosas no puedan acercarse a menos de diez metros de…

Alguien llamó al timbre de la puerta.

Half miró al techo y suspiró.

Atanasia llegó en ese momento, cogida del brazo de Gris.

—Chico, vas muy deprisa. Y yo no estoy para correr maratones —dijo la anciana al recuperar el aliento.

—¿Puedes decirle que abra la puerta, por favor? —imploró el chico sin brazo—. Abraham está ahí fuera.

Atanasia miró a Gris.

—¿Crees que hay peligro?

—No lo sé —dijo ella—. Si quisieran entrar por la fuerza, ¿no lo habrían hecho ya? ¿Llamarían a la puerta tan educadamente?

Atanasia sonrió e hizo un gesto a Marc para que le entregara la llave. Este obedeció a regañadientes y la anciana se la dio a Half, quien abrió la puerta y se dio de morros con el anciano y la extraña chica, que entraron y se quedaron allí plantados, observándolos impertérritos. Half apenas reparó en la muchacha, aunque le sonaba de algo.

—Hola —dijo el anciano en tono neutro.

—¡Abraham! —Half lo abrazó. El otro lo miró a los ojos, sin reconocerlo, y simplemente se dejó hacer, sin devolverle el abrazo.

Half se dio cuenta de la frialdad y el extraño hedor que emanaba del viejo y se separó de él al instante. Se giró hacia Gris, que lo miraba con preocupación. Half mostraba una dependencia hacia el hombre de la maleta que Gris todavía no comprendía. Parecía como si el chico hubiera convertido al anciano en el centro de su vida. Era hablar de Abraham y el rostro del joven se iluminaba con devoción. Eso la inquietaba y, aunque no quisiera reconocerlo, le producía una punzada de celos.

—No es él —dijo Gris.

Sólo había visto a Abraham una vez, unas horas, pero le había bastado para saber que aquella carcasa que tenía delante no tenía nada que ver con el anciano extraño y amenazante que la había sacado de la cueva del uróboros.

Half miró fijamente a Abraham. Tenía sus mismas arrugas. Sus mismas cicatrices. De hecho, llevaba la misma ropa que el día que se separaron. Era él. Tenía que serlo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó el chico—. ¿Por qué no dices nada? ¿Dónde está la maleta?

El anciano le devolvió la mirada; una mirada de incomprensión, una mirada vacía. De pez.

Atanasia cogió la mano de Half y lo separó del viejo con delicadeza. Aquello, sin duda, era obra de demonios, y sospechaba de uno en concreto, pequeño, mezquino y siempre dispuesto a reírse de todo y de todos sin pensar en ninguna consecuencia.

Se fijó en que el viejo llevaba una pulsera de plástico de color verde en la muñeca. Parecía una pulsera de las que te ponen en los hospitales.

Aprovechando la cercanía, cogió la mano del anciano, que se dejó hacer, y leyó la etiqueta. Era de la morgue. Le confirmó quién estaba detrás de aquello.

—No sabemos quién es —dijo la anciana, retrocediendo un par de pasos—. Pero está claro que no es Abri, por mucho que se parezca a él.

La extraña mujer que acompañaba a Abraham los observó a todos y finalmente tiró de la manga de la chaqueta del anciano, que se giró hacia ella. Después de intercambiar una serie de miradas que daban la sensación de ser una conversación telepática, el anciano comenzó a hablar:

—Hemos venido aquí por orden expresa del tercer heredero de la Progenie —dijo—. Para realizar su voluntad.

—¿Qué ha pasado? —La anciana comenzó a atar cabos—. ¿Dónde está?

La chica volvió a tirar de la manga del anciano.

—A punto de llegar —dijo este.

Y, en ese preciso instante, escucharon un murmullo en el exterior. Notaron movimientos y ruidos entre las filas de revividos, que fueron abriendo paso a uno de ellos que avanzaba hacia la casa. En sus brazos, envuelto en una manta con enormes manchas parduscas, llevaba el cuerpo sin vida del chico, que parecía dormido en un sueño placentero.

Atanasia se llevó las manos a la boca. Podía tratar de convencerse de que era un demonio, pero no podía evitar sentirse horrorizada… ¡Era sólo un crío!

El revivido dejó el cuerpo a los pies de Gris y volvió a marcharse. Half no era capaz de mirarlo. De repente, unas ganas incomprensibles de llorar y gritar estaban subiendo por su garganta y lo tenían completamente confundido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la anciana.

Ninguno de los dos extraños dijo nada.

Gris se acuclilló junto al cuerpo del chico.

—Es sólo un niño —dijo con tristeza.

Gris alargó la mano para tocarlo, pero Half la detuvo.

—¡Es un demonio primordial! Si tratas de entrar en su cabeza, lo que veas… podría matarte.

Gris retiró la mano y miró a la anciana, que dudaba.

—No sabría decirte, querida —dijo Atanasia—. Nunca se ha dado esta situación. Sólo hay siete demonios primordiales en este mundo; tener a uno muerto aquí es… algo que trasciende mis conocimientos. Quizá sea mejor no arriesgarse.

Half trataba de centrar el mar de confusión que le nacía de dentro e intentó apartar sus pensamientos de Abraham y de aquella manta y aquella mancha en ella que no dejaba de crecer. Y de lo que había dentro. Se fijó de nuevo en la mujer, que continuaba sonándole muchísimo y que lo miraba fijamente. Tenía una extraña cicatriz en la frente. Casi como si fuera… un orificio de bala.

—No puede ser —murmuró. Rodeó a la chica traicionada hasta ponerse a su espalda—. Eres Clara Campoamor, ¿verdad?

Ella no dijo nada. Sólo metió la mano en el bolsillo, sacó el anillo negro y se lo ofreció. Él se quedó mirándolo sin comprender nada, pero no extendió la mano para cogerlo.

—Tu hermano ha muerto —dijo el anciano a Half cuando la chica volvió a tirarle de la manga—, así que debes asumir de nuevo el liderazgo de la progenie.

—¿Qué? —Half sintió un escalofrío de pánico al ver el anillo. Notaba una profunda aversión sólo con mirarlo—. No se te ocurra acercarme eso.

Retrocedió un par de pasos y se tropezó con el cadáver de Tertium. Cayó al suelo. Todos lo miraban fijamente, sin hablar. Half les devolvió la mirada, confundido.

—No sé de qué va esta historia —dijo, señalando a la chica traicionada—. Y no estoy muy seguro de querer saberlo.

sobrevoló un par de veces el edificio, pero no se atrevió a bajar. Las calles adyacentes estaban repletas de revividos. A esos no podía embelesarlos, y era probable que, además, supieran que había sido él quien había matado a su maestro. No, mejor no acercarse a ellos de momento.

Se posó en la cornisa de la última planta de un edificio cercano. Oculto en las sombras, observó desde las alturas.

Escuchó el ruido de la vieja furgoneta de Abraham mucho antes de verla. Iba dando tumbos a unas cuantas calles de distancia. No tardó en apreciar la oscuridad que la perseguía y que se acercaba al Candil. Las calles por donde pasaban iban fundiéndose con las tinieblas a medida que los pequeños que iban tras el vehículo hacían cortocircuitar las farolas para que los etéreos estuvieran más cómodos en la persecución. Sin duda lo seguía toda una legión. Incluso era probable que el maldito gusano estuviera a la cabeza de la comitiva.

Sonrió.

¿Llegaría el viejo hasta sus amigos? Se fijó en que una potente luz emanaba del interior de la cabina de la furgoneta. El coleccionista era listo, había encendido un candil del amanecer allí dentro. No sería fácil sacarlo del vehículo.

Además, no parecía dispuesto a frenar ante nadie. Varias de esas pesadillas entusiastas se habían puesto frente a él y las había atropellado sin miramientos.

Eso le dolió un poco. Aunque se consideraba un ente independiente, la conexión con el maldito gusano y sus pesadillas le provocaba una pulsión interna. Una extraña sensación que nunca antes había sentido. Un hermanamiento con aquellas cosas nacidas del terror. Y otra cosa que sólo podía describir como lujuria. Unas ganas locas de procrear.

Trató de sacudirse todos aquellos pensamientos de la cabeza.

Entonces vio la limusina del gusano. Viajaba a toda velocidad en dirección contraria. ¿Iría el gusano dentro? Gabriel tuvo un primer impulso de volar hasta allí y comprobarlo, pero después volvió a replegar las alas. No. Era el momento de observar, no de actuar.

La batalla era inminente; todos y cada uno de los jugadores sobre el tablero estaban moviendo sus piezas hacia la confrontación. Habría bajas, sin duda. El rey sólo tendría que esperar a que terminara el combate para rebuscar tesoros entre los caídos.

encendió el candil nada más entrar por la puerta del garaje, y eso lo salvó, porque encontró a dos pequeños dentro de la furgoneta. Al iluminar el interior, los pequeños se deshicieron lanzando un grito agudo de rabia. Al encender el motor y salir a la calle, los focos de la ranchera iluminaron a una decena de ellos, que se mantuvieron alejados de la claridad que surgía del interior de la cabina.

Abraham no sabía cuánto duraría la luz, así que dejó la maleta en el asiento del copiloto, puso el candil en el salpicadero y pisó el acelerador a fondo sin preocuparse de si se llevaba a alguna de aquellas criaturas por delante. Tenía que llegar al Candil antes de que la oscuridad lo atrapase.

Las calles iban pasando como manchas grises a su alrededor. Muchas estaban sumidas en las tinieblas. Se fijó en que los pequeños estaban destruyendo el iluminado público para moverse con mayor facilidad. Ya no se escondían en absoluto. Tenían la ciudad controlada. A medida que se acercaba al Candil, la oscuridad era más espesa, casi física. Había cientos de ellos por todas partes. Entrar en la sede sería complicado. Quizá tendría que destrozar la verja y llegar hasta la misma puerta con la furgoneta.

Si es que quedaba alguien con vida dentro.

Estaba a un par de calles de distancia del Candil cuando vio a Malvin a su izquierda. Solo. Con su estúpido sombrero y su bastón. De manera absurda, parecía estar esperando a que un semáforo de peatones se pusiera en verde para cruzar la calle. Iba en la misma dirección que Abraham, que al pasar a su lado frenó ligeramente.

Malvin lo miró sorprendido, sonrió, se quitó el sombrero y le hizo una parodia de reverencia.

Pero no lo miraba a él. Miraba más allá. Miraba…

—¡No me jodas! —Abraham se giró a tiempo de ver a través de la ventana del copiloto de la ranchera cómo la limusina se estrellaba contra su furgoneta.

Sintió los cristales volar por todas partes. El candil del amanecer se pulverizó contra su cara y la maleta salió disparada por el parabrisas y acabó sobre la acera, a unos diez metros de distancia. Finalmente, la furgoneta quedó bocabajo sobre el pavimento. Tenía algunos rasguños y moratones, pero no notaba nada roto. Sin embargo, sabía que estaba muerto. Malvin lo había cogido, y allí se acababa su partida.

Sintió el olor a gasolina segundos antes de que la ranchera se incendiara. Quizá tuviera suerte; quizá muriese antes de que el gusano lo atrapase. Quemarse sería doloroso, pero después se libraría de la

carne y podría volver a empezar. Probaría suerte con otro cuerpo, si es que la botella…

No. No podía meterse en la botella abierta. Allí estaba Enric. Y fuera de la botella no duraría mucho, poco a poco se disolvería. Olvidaría quién era. Sus recuerdos. Se olvidaría de sí mismo. Se vaciaría. Sintió pavor ante la posibilidad de una muerte definitiva.

Pero no ocurrió así. Lo asaltó un pánico sordo cuando los pequeños lo sacaron en volandas del vehículo, pero ninguno trató de poseerlo. Malvin lo quería vivo y aterrorizado. Vio cómo uno de ellos recogía la maleta del suelo (¿estaría intacta?) y los seguía. Había cientos de ellos. Tal vez miles. A su alrededor, jaleando felices, una marea de oscuridad que avanzaba hacia el Candil.

estaba sentado en una silla en el despacho de Atanasia. Ella lo observaba desde detrás de su escritorio y evaluaba la situación. Puede que el mundo se estuviera volviendo loco de puertas afuera, pero allí dentro la cosa no parecía ir mucho mejor. El chico movía la pierna compulsivamente. Tenía los ojos clavados en el suelo. Sentada a su lado, Gris no le soltaba la mano.

La anciana trató de encajar las piezas del puzle.

El maldito Abri, con sus intrigas y sus tejemanejes, estaba detrás de todo aquello.

Ella sabía del extraño «nacimiento» del muchacho y que Abri se había encariñado con él. Además, su brazo fantasma ya era indicativo de una naturaleza fuera de lo común. Pero que el viejo pudiera haberles colado un demonio primigenio amnésico en el Candil había superado sus expectativas más delirantes. No podía creerlo. ¿Conocería el viejo coleccionista la verdadera identidad de su ayudante? Abri le describió a Uno como un demonio gigantesco, alguien descomunalmente grande y feo, casi paródico, y no parecía mentir cuando lo hizo. Atanasia estaba llena de dudas.

Clara y el viejo que la acompañaba estaban de pie a un lado, firmes como estatuas y totalmente inexpresivos. Ella había dejado el anillo sobre la mesa, delante de Half, pero este no quería ni mirarlo. Damien estaba apoyado contra la puerta del despacho, en una postura casi casual; el detalle era el trabuco, que tenía preparado bajo la gabardina sin tener aún muy claro si necesitaría usarlo y contra quién. No tenía ningunas ganas de disparar contra el chaval; le caía bien y no le había hecho nada. Sus prejuicios contra los demonios eran lo único que le hacían recelar de Half, pero no descartaba que esa simpatía fuera algo antinatural que le estuviera siendo imbuido.

Quería pensar que no, que las emociones antinaturales eran cosa de ángeles, y que si aquel demonio había estado bajo el amparo de Abri debía ser por una buena causa.

—¿Puedes explicarlo? —Atanasia sonaba comprensiva, pero sus ojos hablaban de otra cosa; expresaban alarma y cautela.

—Se confunden —musitó el chico sin brazo—. Yo no soy Uno, es una estupidez pensar eso. Tengo dieciséis años. ¡Mírame!

—Eso no quiere decir nada —respondió Atanasia—. Ese demonio que tenemos fuera envuelto en mantas tiene unos cuatrocientos años. Y aparenta ocho o nueve.

—¡Yo tengo familia, mi madre, mi padre y mis hermanos!

—Podemos llamarlos. ¿Dónde viven? —preguntó Atanasia,

sacando un móvil de un cajón.

—En la calle… —Y hasta ahí llegó. Hasta ese momento la información parecía clara y cristalina en su cabeza, pero cuando quería acceder a ella se tornaba una nube difusa y extraña que no albergaba nada—. En… —Volvió a callarse. No podía recordarlo.

Tenía recuerdos de su niñez: retazos, peleas, traumas; pero no podía visualizar cosas concretas. Su calle. Su casa. El nombre completo de su madre. Parecía que estaban al alcance de su mano, pero no. Eran decorados en su cabeza. Cosas que sólo podía mirar de pasada, pero que si intentaba concretarlas se deshacían en jirones entre sus dedos.

Atanasia suspiró y guardó el móvil en el bolsillo.

Clara tiró de la manga del viejo y este habló señalando el anillo:

—Eres lo que quisiste ser. Ahora tienes que volver a ser lo que eras —dijo con tono imperativo.

—¿Qué se supone que significa eso? —repuso indignado el chico.

Clara lo miró fijamente. Su rostro se endulzó un poco al ver la desesperación en el rostro del chaval. Miró al anciano y asintió. Este volvió a hablar, ahora con una voz menos autoritaria:

—Sólo eres la mitad de ti mismo. Si te pones el anillo volverás a ser Uno. Entonces lo comprenderás todo.

Half miró el anillo por un instante. Sentía náuseas ante la idea de tocarlo. Tenía la impresión de que todo aquello era una trampa. Una argucia montada contra él. Si Abraham (miró de reojo al viejo), el auténtico y no aquella parodia, estuviera allí, podría orientarlo. Decirle qué hacer. Se sentía desamparado sin su guía. Y ahora estaba solo.

Notó un apretón cálido en la mano. Levantó la vista y la vio a ella, que le devolvía la mirada con una sonrisa de confianza. No. No estaba solo. Estaba ella. Era incluso más poderosa que Abraham, veía cosas que nadie era capaz de ver. Era una negorith, y puede que no lo amase como él la amaba, pero sentía algo por él. Y eso, en aquel momento, le era suficiente.

—Dime qué he de hacer —susurró.

Ella lo pensó por un momento.

—¿Quién sientes que eres? —dijo al fin.

—Soy Half. Sólo eso.

—Pues no te lo pongas.

estaba sentado en la acera cuando le llevaron a Abraham y lo lanzaron a sus pies.

—Al fin se deja ver el escurridizo coleccionista —dijo.

Abraham no replicó. Temblaba de pies a cabeza y buscaba a su alrededor al pequeño que llevaba la maleta. Este llegó por fin junto a Malvin y la dejó a sus pies.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó el gusano—. ¿Quieres saber por qué estás vivo?

Abraham apartó la vista la de la maleta y miró a Malvin.

—Estás aquí porque sé que me hicisteis algo en aquel ático. Sé que me la jugasteis. Hicisteis algún tipo de trampa que no soy capaz de comprender.

Abraham fue a decir algo, pero Malvin levantó el bastón señalándolo a la cara, en gesto de que permaneciera callado.

—No quiero saberlo. No me importa. Sólo hay una cosa que necesito de ti. —Se señaló la cabeza—. Quiero que me cures.

Abraham sintió que el pequeño que lo sujetaba lo soltaba. Y el que tenía la maleta se la entregaba. Instintivamente, la apretó contra su pecho.

—Quiero que me extirpes esa cosa cantarina de la cabeza. —Malvin sonrió—. Esa voz que quiere saltar una y otra vez. Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

Abraham asintió.

—Alicia.

—Sí, Alicia —dijo Malvin con satisfacción—. Nos acabamos haciendo amigos, ¿sabes? Yo no muero. Y ella se aburre si no mueres. Así que sólo canta. Aquí dentro. —Se volvió a señalar la cabeza—. Y no calla nunca. Me gusta la monotonía, y ella sólo se sabe una canción, eso está bien. Pero mi cabeza es mía. —Miró de nuevo a Abraham y este vio al gusano muy cerca de la superficie—. Sácala. Ahora.

Abraham abrió la maleta con gesto tembloroso, cogió una botella del náufrago sin abrir y se la entregó a Malvin.

—Ábrela, ponla ante tu boca y exhala. Si realmente está aburrida, ella saldrá.

Malvin tomó la botella y la miró fijamente.

—Si me engañas, te destriparán en un segundo —dijo, señalando a los pequeños.

—Alicia es mi responsabilidad. Siempre lo fue. Quiero que me la devuelvas —le contestó el coleccionista.

Malvin sonrió. Se le daba bien saber cuándo alguien decía la verdad.

intercambió un par de miradas con Atanasia antes de que esta se llevara al chico y al resto de invitados a su despacho y, como si fuera algo casual, había vuelto a cerrar la puerta del Candil. Con todos los cerrojos. Era una puerta sólida, parecía de madera antigua en su exterior, pero dentro tenía unas modernas placas de metal blindado que, si bien no tenían cualidades mágicas, sí que podían detener un asalto a la vieja usanza.

Morty era muy terrenal. Era cierto que había visto cosas muy raras durante su vida, y más desde que Atanasia lo había contratado como jefe de seguridad del Candil (un puesto con mucho nombre pero cuyo cuerpo de seguridad se componía únicamente de él y el idiota de Marc), pero las más salvajes y las más sangrientas las había visto en su periodo como mercenario, y esas siempre fueron cosa de los humanos.

Dejó a un malhumorado Marc de centinela junto a la puerta y subió hasta la torreta, que era una pequeña construcción elevada y circular al aire libre en lo alto del tejado del Candil. Desde allí tendría mejor ángulo de visión de todo el perímetro. Se tumbó y se asomó para controlar a los revividos. Todo seguía igual. Eran como un montón de estatuas de cera. Ni pestañeaban. Lo único que se movía allí eran sus ropas mecidas por la suave brisa de la noche.

De repente notó un olor extraño a plástico quemado, y al levantar la mirada vio una columna de humo por encima de los edificios, a unas pocas calles de distancia. Cogió los prismáticos que tenía en la mesita de vigilancia y oteó en esa dirección. Era un humo denso y negro y no parecía salir de ningún edificio.

Y había algo más. Un sonido. Una especie de musiquilla y una voz fantasmal, con eco, que decía algo sobre vender unos pisos en la playa a precios de ganga. Y se acercaba.

Frunció el ceño y quitó el seguro del arma. Puede que no fueran balas de cristal con dedos de santo, pero tener aquello entre las manos lo relajaba.

El sonido iba en aumento. Era una grabación, y bajo ella se camuflaba el ruido de los motores de varios vehículos. Una columna que de repente apareció en la avenida que daba al Candil.

Detrás, como el ejército que sigue a la caballería, iba algo oscuro. Una densa marea negra de formas de pesadilla que dolían a la vista, al frente de la cual iba un hombre con bufanda, sombrero de copa y bastón.

Morty descolgó el *walkie* que llevaba en la pechera y, sin dejar de mirar por los prismáticos, habló en el canal abierto del Candil:

—El gusano ha venido, y lo acompaña un ejército.

se asomó por la ventana del segundo piso. Cogió los prismáticos y miró en dirección a la columna de vehículos que se había detenido a dos calles de distancia, a escasos metros de los primeros revividos, dividiendo la calle en dos bandos diferenciados. Sólo que el de Malvin era inmensamente más grande. No podía dar una cifra aproximada porque los pequeños ocupaban calles y calles que se perdían en la lejanía.

Los seres de los coches eran los mismos poseídos que habían subido a la casa del acantilado. La vanguardia del ejército de Malvin. Supuso que el gusano los había puesto al frente como carne de cañón; el gusano consideraba a cada pequeño como un hijo propio y prefería que, si había bajas, las primeras fueran demonios de… ¿Uno?

Damien se giró para mirar a Half. El chico estaba a su lado, con la mano firmemente cogida a la de Gris y flanqueado por la Jueza, que no le quitaba ojo de encima. Si se ponía el maldito anillo, ¿esa parte de la horda de Malvin se cambiaría de bando? O tal vez fuera el chico el que dejara de apostar por ellos y se pasara al grupo de Malvin. Quizá ahí había algo que debatir. Sopesó decirlo en voz alta, pero el chico parecía estar pasando un mal rato, y Damien no quiso meterle más presión.

—Si las cosas se ponen feas, la ayuda de esos revividos nos iría muy bien —dijo el gigantón, mirando a la chica traicionada—. ¿Podrías hacer que nos ayuden, o qué?

Ella lo ignoró. Seguía con la vista clavada en Half. El anillo se había quedado en el despacho, encima de la mesa. Y no sabía qué hacer. No había una orden clara más allá de dárselo a Half. Que él lo rechazara no entraba en los planes. En otro tiempo fue Clara Campoamor, pero ahora sólo era un leve recuerdo de ella mezclado con la única y triste voluntad de servir a Tertium. Y que él hubiera muerto no ayudaba en nada.

Damien volvió a mirar por los prismáticos.

—El gusano está plantado delante de los suyos, a su lado hay bastante ajetreo… Creo que los pequeños le llevan a alguien. Un tipo delgaducho y herido. Malvin está hablando con él. Y le ha dado algo, creo que… —De repente se quedó callado y se apartó los prismáticos de los ojos.

—¿Qué le ha dado? —preguntó Atanasia.

Damien se quitó los prismáticos y se los pasó a Half.

—Creo que será mejor que mires tú, igual me equivoco —dijo Damien con tono neutro.

Half echó un vistazo. El tipo delgaducho tenía cortes en la cara y la ropa manchada y sucia, y además llevaba la maleta pegada al pecho, como protegiéndose con ella.

—Es la maleta de Abraham. —Half parecía abatido—. Pero ese no es él.

Atanasia cogió los prismáticos y echó un vistazo.

—No conoces a Abraham lo suficiente, muchacho —dijo la anciana —. Este de aquí sin duda no es él. —Señaló al viejo cojo y después volvió a mirar por los prismáticos—. Pero, por cómo coge ese tipo la maleta, yo me apuesto lo que quieras a que ese sí que es.

Un móvil comenzó a sonar. Atanasia, que seguía mirando por los prismáticos, se dio cuenta de que la melodía salía de su bolsillo. Mientras rebuscaba, vio a Malvin saludándola con una mano mientras en la otra llevaba su propio teléfono pegado a la oreja.

Atanasia sacó el teléfono y descolgó la llamada.

—Hola, querida amiga. Han pasado muchos años desde nuestra última charla. ¿Cómo va todo ahí dentro? —Sonaba cordial.

—Va bien, Malvin. ¿Qué quieres? —preguntó la anciana.

—Que me invites a la fiesta, claro.

—La última vez que te invité a entrar, quemaste el edificio y doce personas murieron.

—Soy el rey de la fiesta, ya me conoces —dijo en tono jocoso—. Este ejército de muertos que os habéis sacado de la manga no es suficiente para detener a mis pequeños. Si no salís ahora mismo, vais a morir todos. Lo sabes. Tú eliges.

—La negorith está aquí —dijo Atanasia, mirando a Gris. Esta le devolvió la mirada con gesto alarmado.

—Bueno, eso me pone de buen humor —dijo Malvin con tono conciliador—. Sabes que tengo al coleccionista. Te propongo un trueque amistoso. Dame a la chica y te doy al hombre de la maleta. Nadie muere y yo me largo, tienes mi palabra. Te doy cinco minutos para que lo habléis. Si no, entraré ahí a sangre y fuego y sabes lo que va a pasar.

Colgó.

Gris seguía mirándola fijamente.

—Era Malvin.

La anciana asintió.

—Quiere que me vaya con él y os devolverá a Abraham.

La anciana volvió a asentir.

—Pero tú crees que es menos arriesgado matarme y enfrentarte a él como sea antes que dejar que se salga con la suya.

La anciana no dijo nada, sólo se quedó mirándola fijamente con tristeza en los ojos.

—¿Qué? —Half se soltó de la mano y se puso delante de Gris—.

¿En serio piensa eso, Jueza? —dijo con tono de reproche.

—Si no ha entrado ya es porque cree que esos muertos de fuera están de nuestro lado —explicó la Jueza—. Si supiera la verdad, ya estaría aquí pasándonos a cuchillo a todos. Así que quizá sea la hora de plantearse opciones radicales.

Damien se situó junto a Half, delante de la chica, en gesto protector.

—Nadie va a matar a nadie aquí —afirmó con seriedad—. Atanasia, puede que la cosa pinte fea, pero nosotros no hacemos las cosas así.

Atanasia sonrió y meneó la cabeza.

—No, no hacemos las cosas así. Pero si Gris no sale, entrará y nos matará a todos… Menos a ella.

—Pero, ella… —dijo Half, girándose hacia Gris. Pero no acabó la frase, porque la chica había aprovechado la discusión y se dirigía escaleras abajo en dirección a la puerta.

—Ella es la que decide —zanjó Atanasia—. Y parece que ya lo ha hecho.

tenía en el punto de mira al gusano. Cuarenta años antes también lo había tenido así. Y estaba seguro de que al menos cuatro de los ocho disparos que hizo impactaron en su cabeza. Pero no sirvió de nada. Malvin y sus pequeños habían arrasado el viejo Candil, la casa de madera original que había construido el abuelo de Atanasia a finales del siglo XIX. Escuchó los gritos. Las peleas. Y sintió las llamas devorarle las cejas y el vello de los brazos.

Había escapado de la pira saltando desde el tejado al balcón de la segunda planta de una de las casas colindantes. Era un gran salto, y en el aterrizaje se había roto la cadera y la pierna derecha. Cayó al suelo y sintió los huesos quebrarse, pero no gritó. No quería que aquellas cosas lo descubrieran. Se mantuvo agazapado en el balcón entre dolores horribles hasta la mañana siguiente, cuando, como si lo sucedido durante la noche sólo hubiera sido una pesadilla, aparecieron los bomberos y la policía.

Vio salir a la chica de la casa y atravesar con paso decidido las hileras de estáticos revividos.

—Morty, ¿estás ahí? —Sonó la voz de Atanasia.

El viejo, que seguía tumbado en la torreta, cogió el *walkie*.

—Sí, aquí estoy —dijo en un susurro.

—Quiero que mantengas a la chica en el punto de mira. Sólo por si acaso.

—Sólo por si acaso. Correcto. —Dejó el *walkie* a un lado, cogió el fusil y lo apoyó en el hueco que había entre dos de las pequeñas almenas de ladrillo de la torreta.

Gris apareció en el centro del punto de mira. Caminaba en dirección al gusano. Detrás de ella iba el gigantón, siguiéndola de cerca. Morty no tenía ninguna gana de disparar a Gris, y mucho menos de fallar el tiro y darle a Damien. A la chica no la conocía de nada, pero consideraba al gigantón un buen amigo, y lo de disparar a la gente hacía muchos años que no lo hacía, desde que se jubiló de su trabajo como mercenario. Pero las cosas no pintaban demasiado bien en ese momento. Suspiró expulsando todo el aire de los pulmones y volvió a calibrar la mira mientras las dos figuras se alejaban entre las filas de revividos.

—Sólo por si acaso —volvió a susurrar.

Pero quitó el seguro del fusil.

sujetaba a Half con fuerza.

—No puede verte —dijo con voz autoritaria.

—¿Qué dices? —El chico siguió tratando de soltarse.

—Te matará si te ve. Sin el anillo no eres nada para él. Y te considera su mayor adversario. Si sales ahí, caerá el mito de sus ojos y acabará contigo. No te dejará ni hablar.

Half vio con impotencia cómo Gris salía a la calle y se dirigía a enfrentarse sola a Malvin. Se odió a sí mismo por el terror que lo mantenía bloqueado ante todo lo que estaba pasando. Temía al gusano, pero sobre todo temía lo que podía pasar si se ponía aquel maldito anillo.

—No te preocupes, yo la cubro —dijo Damien, que pareció leerle la mente.

El gigantón bajó la escalera a toda velocidad y salió tras la muchacha.

Half miró de reojo a la chica traicionada.

—Si me lo pongo… ¿seré yo mismo?

El viejo fue quien le contestó.

—Serás tú mismo, sólo que volverás a saberlo todo. Y la progenie será tuya de nuevo.

—Hagámoslo. ¡Tengo que ayudarla! —dijo con determinación.

Dio dos pasos en dirección al despacho de Atanasia justo para ver cómo ella le cerraba la puerta en la cara y echaba la llave.

—No puedo permitirlo, Half. Se lo prometí a Abraham —dijo la anciana al otro lado de la puerta.

—¿Qué le prometiste? —El chico golpeó con fuerza la puerta, cada vez más enfadado—. ¿Que me mantendríais en la ignorancia por siempre? ¿Que os reiríais de mí mientras vivía una vida falsa?

—¡Ni siquiera sabíamos que eras Uno! —protestó la mujer—. Yo nunca lo conocí. Y Abraham lo describía como un demonio de tamaño enorme. Nunca imaginé…

—Abre la puerta. Ahora —exigió el chico.

Atanasia no respondió. Half pegó la oreja a la puerta y escuchó a la anciana susurrando algo al otro lado de la habitación. Como si hablara con otra persona.

Half se giró hacia el hombre viejo.

—Ayúdame. Tenemos que entrar de alguna manera.

El hombre se acercó a la puerta y trató de abrirla. Comprobó su consistencia. Era una puerta maciza de roble; tirarla a golpes no era una opción. Miró alrededor y finalmente a la chica, que le sonrió.

—Señora —dijo el anciano—, si no abre la puerta ahora mismo, le prenderemos fuego al Candil. Tenemos entendido que no sería la primera vez.

vio a la chica caminando entre los muertos y supo que había ganado. Le pareció que llevaba la misma cara de resignación que Clara cuando apareció aquella noche, tantos años atrás, en las catacumbas de la Catedral.

Clara sólo le había pedido una cosa antes de plegarse a sus deseos: «Respeta la vida del coleccionista», había dicho. Qué ironía, cómo acabaron las cosas unas semanas después. La gente pensaba que podía pedir contraprestaciones a sus deseos, como si eso fuera una opción. Sonrió.

Y entonces vio a la persona que iba detrás de Gris y sintió algo horrible. Un vacío en su interior. Como si, de repente, tuviera una gigantesca piedra fría y muerta en las tripas. Era Damien Solomon. El maldito humano gris estéril.

—Si quieres hablar conmigo, que esa cosa que te sigue se quede ahí donde está. ¡Que no se acerque! —gritó con nerviosismo, señalando a Damien.

Los pequeños que había alrededor de Malvin se revolvieron inquietos. Ellos no veían a nadie siguiendo a Gris, aunque podían olerlo. Damien era invisible para ellos. Pero sentían el pánico que emanaba de Malvin.

Gris se giró hacia el gigantón, que respondió con un leve asentimiento y una sonrisa.

—¡Me alegra ver que te acuerdas de mí, gusano! —dijo en voz alta el gigantón.

Damien se detuvo. Pero descolgó el trabuco del hombro y se quedó donde estaba apuntando en dirección a Malvin.

Este no le respondió. Focalizó una sonrisa en Gris e intentó ignorar a Damien.

Ella se plantó a escasos dos metros de él y se quedó allí, mirándolo fijamente.

Se había confundido; no tenía la misma mirada que Clara. Puede que se prestara a cumplir sus deseos, pero no era una rendición. Allí había fuego. Y algo más: un odio profundo. Tendría que vigilarla de cerca. Esa chica no se había rendido. No se sentía vencida en absoluto. Olía a tenacidad.

—Estoy aquí —dijo ella.

—Es un buen principio. No sé qué te han contado ni me interesa lo más mínimo —contestó Malvin—. Sólo quiero que vengas conmigo, que me ayudes en algo que sólo tú puedes hacer y luego te dejaré tranquila. A cambio, liberaré al coleccionista. —Señaló al tipo

larguirucho de cara cetrina y lleno de cortes y heridas que varios de sus pequeños sostenían, medio inconsciente, a unos metros de distancia.

—No sé quién es, ni me interesa lo más mínimo —dijo Gris con voz dura.

—¡Es Abraham! El hombre de la maleta.

—¿Y qué? —contestó la chica—. Apenas lo conozco. Lo que le pase no es asunto mío. Por mí puedes llevártelo de paseo o ponerle un piso y pasarle una pensión.

Malvin se quedó sin palabras.

Gris señaló a su espalda.

—Dentro del Candil tengo amigos. Este gigante a mi espalda que hace que te cagues en los pantalones es mi amigo. —Damien sonrió al escucharla—. Y esos sí que me importan. Así que te voy a contar mis condiciones. ¿Quieres lápiz y papel para tomar apuntes?

Malvin sonrió. Ahí estaba la negociación. Ella se iría con él. No había duda.

—Tengo buena memoria, no te preocupes —dijo, tocándose la sien —. Acabo de liberar un montón de espacio aquí dentro. Dispara.

—¡DISPARA! —dijo Atanasia a través del *walkie*.

—¿Qué? —Morty lo había dejado a un lado mientras seguía pegado a la mira del fusil. Había visto cómo Malvin había liberado al tipo de la maleta y este había salido corriendo. Morty lo siguió con la mira telescópica hasta que el hombre se perdió en las callejuelas que rodeaban el Candil. En ese momento, se dio cuenta de que Atanasia acababa de decir algo. Recogió el *walkie* y se lo llevó a los labios.

—Repite, no te he oído.

—¡Se marchan! —dijo ella acuciante—. Dispárale. No podemos dejar que se vaya. Si hace lo que él quiere, morirá todo el mundo.

Morty dejó de nuevo el *walkie*. Cogió aire con fuerza y lo expulsó en una larga expiración mientras fijaba de nuevo el objetivo. Damien hablaba con Gris en ese momento. El gigantón finalmente puso cara de resignación y la chica se alejó unos metros de él. Estaba en un ángulo perfecto; andaba lentamente a un metro escaso por detrás del gusano, que la guiaba entre los pequeños. Y, efectivamente, parecía que se marchaban juntos. Sería un tiro limpio y rápido. Ella jamás sabría qué había pasado. No notaría nada. Al menos, esperaba que pensar eso le diera algún consuelo, pero notó que no era cierto. Incluso antes de disparar lo sabía. Tendría que cargar con ello. Era ella o el mundo. La cosa estaba clara.

Puso el dedo en el gatillo y, cuando tenía el blanco centrado en la nuca de la chica y se disponía a disparar, perdió el ángulo. De hecho, sintió que se elevaba. Vio que sus pies, absurdamente, ya no estaban en el suelo, sino que flotaban, y notó que algo tiraba de él hacia arriba, elevándolo por encima de la torreta. El aire frío le dio en la cara y escuchó el batir de unas alas gigantescas. Al mirar hacia arriba vio al ángel, que lo juzgaba con mirada severa.

—No será así, y no serás tú —dijo.

Morty, que aún llevaba el fusil cargado en las manos, trató de encañonarlo, pero el ángel lo había soltado ya, casi cincuenta metros por encima de donde lo había cogido. El anciano vio al ángel alejándose y, aunque trató de dispararle, se estrelló contra el asfalto antes de poder apretar el gatillo.

ATANASIA,

que miraba por la ventana de su despacho, comprobó con frustración que la chica se marchaba tras Malvin y que Damien regresaba al Candil, cabizbajo.

Y Morty no había disparado.

—¿Morty? —volvió a susurrar con desesperación—. ¿Me oyes, Morty?

—Señora. —El viejo seguía hablando al otro lado de la puerta—. No lo volveré a decir. Si no abre ahora mismo, empezaré por su biblioteca.

Atanasia respiró hondo y en dos zancadas alcanzó la puerta y la abrió. No sabía lo que había pasado con su jefe de seguridad, pero no podía permitir que aquellos locos le prendieran fuego a su casa.

—Espero que pienses un momento en lo que vas a hacer —le dijo a Half, que entró en la estancia y vio que el anillo ya no estaba en la mesa.

—¿Dónde está?

—Te lo daré enseguida, pero primero tienes que dejarme hablar.

Half parecía agobiado, pero le hizo gesto de que continuara.

—Le prometí a Abri que, si él moría, yo te contaría tu origen. Y eso voy a hacer. Tú no eres Uno. Te llamas Halford Troya. Tuviste un accidente de coche hace un par de años; ¿lo recuerdas?

—Sí —dijo el chico sin brazo con rotundidad—. Lo recuerdo perfectamente.

—Lo que no recuerdas —continuó ella— es que ese día moriste en un *box* de urgencias del hospital. Tenías quemaduras de tercer grado por todo el cuerpo y un pulmón perforado. No pudieron hacer nada por recuperarte.

—¿Qué? —Half sintió que el mundo se le hundía bajo los pies—. Eso no tiene ningún sentido. Abraham me rescató en el hospital, él estaba allí… Me atacaron unos seres… demonios, o fantasmas, creo. —Esa parte no la recordaba tan nítidamente.

—Abraham estaba en el hospital ese día. Eso también es cierto —continuó Atanasia—. Había tenido un leve infarto y se recuperaba en otro *box*. Justo el que estaba al lado del tuyo. Y simplemente… apareciste.

—¿Aparecí? —Half no comprendía.

—En su maleta. En la botella del náufrago abierta. La que usa Abraham cuando se queda sin cuerpo. Tenía miedo de morir, y la dejó a su lado —dijo la Jueza—. Pero fue tu esencia la que se coló en esa botella. Al salir de tu cuerpo viste a otros entes y espectros, debiste

asustarte, y la botella era como un faro para ti. Y en ese momento te viste atraído hacia ella.

—Como una polilla hacia la luz —murmuró el chico.

—Exacto. Abraham se dio cuenta de tu existencia al poco rato y no tuvo el coraje de echarte de la botella. Sabía que eras el chico joven que había muerto al otro lado de la cortina. ¡Sabía hasta tu nombre, se lo había oído decir a las enfermeras! Así que te pasó a otra de sus botellas cerradas y allí dormiste por unos meses hasta que… Bueno. Te consiguió un cuerpo. Este cuerpo. No tengo ni idea de dónde lo sacó. No quise preguntar. Sólo puedo suponer que, si hacemos caso de lo que dicen… —Señaló a la chica y al viejo—. Es el cuerpo de Uno.

entró en el Candil. Marc cerró la puerta de nuevo a toda prisa y volvió a coger a modo de arma defensiva el palo de golf de su tío que había sacado del armario de su despacho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó expectante el chaval.

—Ella lo va a ayudar —dijo el gigante, con gesto derrotado—. A cambio de que respete la vida a todos los que estamos aquí dentro. Los pequeños tienen que retirarse a la sombra ahora y no hacer nada hasta que vuelvan de… donde quiera que vayan.

—Genial entonces, ¿no? —dijo Marc con un suspiro de alivio, bajando el palo.

Damien se giró, se asomó por una de las ventanas y observó a los pequeños que rodeaban a los revividos.

—No parece que se vayan a ningún lado. —Miró su reloj y calculó cuánto margen tendrían antes de la presumible traición del gusano—. ¿Dónde están Atanasia y el chico?

Marc señaló el despacho de la Jueza.

—Se han metido ahí dentro en cuanto habéis salido.

—Vigila que esas cosas no se muevan —dijo Damien; se acercó al despacho, llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. La Jueza estaba sentada en su escritorio, el chico estaba en pie con la mano extendida frente a ella, en gesto demandante. Ella sacó del bolsillo el anillo negro y lo dejó caer en la palma de la mano del muchacho.

—Haz lo que debas —dijo finalmente la Jueza.

El chico miró a Damien y este sólo atinó a encogerse de hombros.

En ese momento, Marc entró a toda velocidad en el despacho con cara asustada.

—¡Los pequeños vienen! —dijo, señalando a su espalda.

Damien sacó el trabuco de su funda bajo la gabardina y salió disparado hacia la puerta principal.

—Yo me encargo de los corpóreos que intenten entrar —dijo—. Los retendré lo que pueda. Si caigo, decidle a mi familia que los quiero muchísimo.

Atanasia pulsó un interruptor que había bajo la mesa de su escritorio y, de repente, todo se inundó de luz cristalina, tanto dentro como fuera del Candil.

—Venderemos caro el pellejo —dijo—. Los etéreos no podrán acercarse si protegemos las luces.

El chico sin brazo asintió y a continuación se puso el anillo.

—Y espero que esto sirva para algo —murmuró.

conducía el enorme furgón en silencio, con las dos manos cogidas con fuerza al volante y la mirada fija en la carretera. Había conseguido convencer al gusano de que si no conducía ella no iría a ninguna parte, y después había desconectado la horrible grabación que sonaba por el megáfono y que parecía divertir mucho a Malvin.

No podía dejar de pensar en Damien. Él estaba convencido de que el gusano se la jugaría y de que, en cuanto se alejaran, trataría de matarlos, por mucho que le hubiera dado su palabra. Así que ella le dijo que aguantaran, que ella se encargaría de Malvin. ¿Cómo se le había ocurrido decir eso? Era una negorith, claro, a saber lo que coño significaba eso para Gris. NADA. Apenas una intuición extraña sobre las cosas. ¿Eso de qué servía contra aquel bicho que tenía a su lado? Lo había dicho básicamente para no seguir mirando al gigante y su cara de resignación, por no pensar que Half moriría allí dentro confundido, sin saber siquiera quién era. Lo hacía por convencerse de tener esperanza. Ella no era Erika. No veía la muerte como una solución plausible… ¿O sí?

Y ahora, tras un buen rato de viaje, no quería apartar la mirada del exterior, porque si se giraba siquiera por un segundo y volvía a ver la cara sonriente de Malvin sabía que perdería la poca cordura que le quedaba, y tal vez optaría por estrellar el coche contra uno de los árboles que había a ambos lados de la carretera.

Sabía que Malvin no moriría; algo había aprendido sobre ello. Pero ella podía tener esa suerte, hacer que ya nada dependiera de ella, que no importara, y que aquel ser inmundo se quedara otra vez sin su preciado tesoro. Y quizá entonces podría encontrarse con Erika.

La dulce Erika.
No tiene malicia.
Solo quiere cogerte…

Ese pensamiento la dejó helada. Porque no era suyo. Lo había notado rondándole la cabeza. Como esa idea de suicidarse. ¿Quién podría…? Miró a Malvin. Este le devolvió una sonrisa beatífica. No podía ser. La quería viva. Sin embargo…

Gris aceleró un poco más. Se mordió los labios con fuerza. Ella no era así. Y punto.

Malvin iba muy tranquilo y relajado, con los pies en el salpicadero y el bastón en el regazo junto a la bufanda y el ridículo sombrero de copa. Se había puesto unos guantes de seda. Gris suponía que eran

para no tocarla sin querer. Y comenzó a silbar una melodía repetitiva que la puso aún más nerviosa. Se parecía demasiado a la cantinela que le había pasado por la cabeza.

En un par de momentos tuvo la sensación de que algo los estaba siguiendo, una sombra, pero al mirar por el retrovisor no vio absolutamente nada excepto al poseído sentado en el asiento trasero que la miraba fijamente. Debía de ser el conductor original del furgón de publicidad, el pobre hombre llevaría días sin comer ni beber y su piel estaba gris y cuarteada. Sus ojos negros seguían fijos en ella, y sonreía de esa forma enfermiza que Gris había visto en los otros poseídos. Pero ya no le daba miedo. El padre de todos los terrores se sentaba a su lado en ese momento, y eso la insensibilizaba frente a todo lo demás.

Al salir de la ciudad Malvin le había dado un par de indicaciones, pero desde que habían cogido la serpenteante carretera del norte se había mantenido en silencio. Hasta ese momento.

—¿Puedo contarte algo? —dijo.

Gris siguió con la mirada clavada en la carretera. No quería hablar. Ni quería que le dijera nada.

—Te lo contaré de todos modos —dijo él con una sonrisa—. Piensas que soy una especie de monstruo. Y no voy a llevarte la contraria; lo soy. Pero no soy un monstruo malo. Sólo hago lo que siento que tengo que hacer. Clara lo comprendió. Yo no la obligué a hacer nada. Se presentó en mi casa y me dijo: «Lo haré». Se había cansado de seguirle el juego a tu amigo, el coleccionista.

—No es mi amigo —dijo Gris.

—Oh, vaya. —Malvin sonrió con los labios apretados, sin mostrar los dientes—. Eso mismo dijo ella. Y mira, al final fue cierto. Porque ese viejo entrometido le pegó un tiro entre ceja y ceja. ¿Crees que si tuviera ocasión te pegaría un tiro a ti?

Gris no dijo nada.

—Seguro que sí —continuó Malvin con tono jocoso—. Lo haría porque no quiere que tú y yo nos entendamos. Porque tú y yo estamos destinados a entendernos, querida. Y, aunque no lo creas, yo nunca te mataría. Eres mi llave de los mundos.

Malvin volvió a mirar hacia la carretera.

—Alguien ha venido con nosotros. Y yo creo que es él —susurró—. Supongo que nos ha seguido hasta el furgón. —Se encogió de hombros.

Gris apartó la mirada un segundo de la carretera y miró a Malvin fijamente. Este asintió con rotundidad.

—Está en la caja. Ahí atrás. Y tiene una pistola. Lo he olido desde que hemos subido —continuó con un hilo de voz que sólo Gris pudo captar—. ¿Para quién crees que son las balas de esa pistola?

Malvin volvió a sonreír. Esta vez sus dientes asomaron en aquella boca imposible. Y Gris volvió a fijar la vista en la carretera.

—Ya estamos cerca. Gira a la derecha en la siguiente rotonda.

recordaba. Y no le gustó. Había hecho esfuerzos por olvidar. Había sacrificado todo por el olvido. Y allí estaba de nuevo. Existiendo. Y eso lo ponía de mal humor.

Había muerto y caído en el olvido.

Lo enterraron y estuvo muerto casi cuarenta años. Pero una noche Tertium soñó con él, y durante el sueño lo echaba tanto de menos que lo revivió sin ser consciente de ello. Su cuerpo, enterrado en el jardín tras el edificio donde vivía Tertium, se regeneró y despertó. Pero no era él al completo; de entrada, seguía faltándole un brazo, y después había algo horrible que había percibido nada más despertar: no tenía ninguno de sus poderes. Puesto que Tertium no podía revivir a demonios, sólo a personas, él no era más que una carcasa. Era una parodia de sí mismo. Un demonio atrapado en un cuerpo humano.

Consiguió salir cavando con su única mano. Desnudo, lleno de barro y furioso se presentó ante su hermano.

—¿Qué has hecho? —le gritó, lleno de furia.

Le exigió volver a morir, pero Tertium no pudo aceptarlo. Adoraba a su hermano, aunque sólo fuera un humano. Y, ahora que estaba vivo, no iba a permitir que se fuera de nuevo. Le juró que, tantas veces como Uno acabara con su vida, tantas otras volvería a revivirlo él.

Tertium trató de convencer a su hermano de que cejara en su empeño de desaparecer entregándole uno de los preciados anillos voraces del Entremundo, que devolvería a Uno su condición de demonio primigenio y le otorgaría de nuevo el liderazgo de la progenie.

—¡Es un regalo de reyes! He tenido que quemar el palacio de Quartum y enemistarme con nuestros hermanos del Otro Lado para traértelo —le dijo—. No puedes negarte a volver a ser lo que eras.

Uno ligó el anillo a su alma por complacer a su hermano, pero secretamente maquinó para volver a la nada.

Y finalmente, viendo que su hermano pequeño jamás le permitiría descansar en paz, viajó a París, donde vivía Septum, el más joven de los Siete primigenios, para que usara su poder y le borrara la mente.

A este la idea le pareció divertida.

Y Uno consiguió su objetivo: ¿Tertium quería su cuerpo? Que se lo quedara. Su mente desaparecería. Su hermano sabría entender aquella broma.

Septum entregó aquel trozo de carne babeante a Tertium y este, fiel a su espíritu del caos, al saber por Gabriel que Abraham tenía una

mente sin cuerpo, no pudo resistirse a dotarlo de un cuerpo sin mente. Y ver hasta dónde podía reírse de los dos. Porque ambos conocían bien aquel cuerpo, sólo que no lo recordaban.

Uno, durante la pelea en el ático, los había intoxicado involuntariamente con la imagen distorsionada de sí mismo que había creado para protegerse de Malvin. Tanto Abraham como el ángel recordaban a Uno como un gigantesco demonio musculoso y terrible. No como un chico de catorce años, delgado y tullido.

Uno lo recordaba todo. Pero ya no sentía lo mismo, puesto que ahora Uno también era Halford Troya. Y Halford Troya era Uno. Y no tenía ninguna intención de morir de nuevo, y menos a manos de las huestes del gusano.

Abrió los ojos y sonrió. La chica traicionada le devolvió la sonrisa. Era una sonrisa de amor. Y el hombre cojo lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Bienvenido de nuevo, Maestro.

Half salió de la habitación y vio a Damien disparando desde la ventana enrejada. Atanasia y Marc habían desaparecido.

—¡No creo que pueda contenerlos mucho más! —gritó Damien; sacó un par de cartuchos humeantes del trabuco y volvió a recargar el arma—. Están al otro lado de la puerta. Y algunos están lanzando piedras contra los focos. Si se los cargan, esto se llenará de…

Vio a Half abrir la puerta principal de par en par.

—Pero qué cojones haces… —Damien lo apuntó con el trabuco instintivamente.

—Confía en mí —dijo Half.

Y levantó el brazo como si fuera el mayor director de orquesta del mundo. A su lado, la chica traicionada y el hombre cojo sonrieron. Ahora veía los hilos; no se movían porque hasta ese momento no había titiritero. A un solo movimiento de su mano, el ejército de revividos se puso en marcha.

—Luchad por nosotros, queridas marionetas —dijo Uno.

Y lo hicieron.

Así comenzó la segunda batalla del Candil.

observó la verja de la finca delante de la cual la había hecho detenerse Malvin. Al otro lado se veía un sendero que subía por una colina hasta una majestuosa casa de estilo colonial.

Iba a decir algo, pero Malvin la hizo callar poniéndose el bastón con suavidad en los labios y señaló en dirección a la parte trasera. Le hizo un gesto para que dejara el motor encendido y que saliera del furgón. Gris obedeció sin rechistar; al fin y al cabo, no se había atrevido a estrellar el vehículo, así que tendría que seguir adelante.

Salió del furgón y encajó la puerta con mucho cuidado. El viejo también salió y cerró la suya con delicadeza. El poseído del asiento trasero se deslizó sin un solo ruido al asiento del conductor, metió primera y volvió a la carretera.

Malvin miró cómo el coche se alejaba en medio de una densa polvareda y finalmente soltó una risotada.

—Me encantaría ver la cara de ese viejo estúpido cuando se decida a salir de su escondite.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gris, sin apartar la vista de la verja.

—Es la casa de un importante hombre de negocios. No sé cómo se llama, pero creo que tiene hoteles y una empresa de cruceros de lujo —contestó Malvin.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Ahí dentro… —Malvin señaló la casa con el bastón—. Es donde nací. Es el primer recuerdo que tengo de este mundo.

Malvin marcó un código de seguridad en el panel de control de la verja y esta se abrió con un zumbido eléctrico.

—Este trozo tendremos que hacerlo a pie, querida. —Malvin señaló el sendero de tierra que conducía hasta la gran casa que se alzaba sobre la colina.

Gris tenía un plan. «Eres la llave de los mundos», le había dicho Malvin. Y eso le había dado una idea. Al fin y al cabo, las llaves abren las puertas… pero también las cierran.

estaba en la segunda planta. Había hecho que Marc la acompañara porque necesitaba su fuerza para lo que tenía en mente. Sacó una ristra de llaves del bolsillo y abrió la puerta de una sala donde sólo ella y unos pocos miembros de la asociación tenían permitido entrar.

—Yo no he entrado nunca ahí —dijo Marc con cierta curiosidad.

—Porque, si lo hubieras hecho, te habría matado, chico —contestó la anciana.

Él sonrió, pero no tuvo claro si Atanasia hablaba en serio o no.

La sala olía como un garaje. Estaba llena de cachivaches desmontados por todas partes, varias Escafandras de Tesla dotaban de luz el lugar. En las paredes había diseños y planos llenos de extraños apuntes y runas que mezclaban tecnología con lo que parecían rituales mágicos. Marc se acercó a una de las mesas; sobre un marco de corcho había diminutos seres alados que no supo identificar clavados con alfileres.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó con curiosidad, tocando las alas minúsculas con los dedos.

La anciana se puso las gafas, se acercó y miró por encima del hombro del muchacho.

—Son hadas del amanecer. Se las compramos a Septum; las trae desde el Entremundo. Con eso es con lo que hacemos los candiles. Si te muerden, te conviertes en luz. Es una muerte horrorosa, te lo aseguro.

—Oh. —El chico apartó los dedos del corcho de inmediato.

—Abre el balcón. Las dos puertas. Y sube la persiana. ¡Deprisa! Pero no descorras la cortina, que no nos vean todavía —dijo la anciana, señalándole el enorme balcón que daba a la parte delantera del edificio.

—¡Pero entrarán! —dijo Marc con temor.

—Nadie va a entrar si podemos evitarlo —sentenció ella.

Marc obedeció a regañadientes. La luz invadió la estancia. Y el ruido de los murmullos y las risas de los pequeños, cada vez más cercanos, se acallaba sólo bajo los disparos de Damien. Cada vez más escasos.

La anciana se dirigió a un lado de la sala, donde había un bulto enorme cubierto por una sabana mugrienta y sobre el que habían apilado libros y planos polvorientos.

Comenzó a tirar todo al suelo y quitó la sabana que cubría su mayor invento.

—¡Es como la batseñal de Batman! —exclamó Marc.

El aparato era un gigantesco foco antiaéreo montado sobre un riel que llevaba hasta el balcón; estaba conectado a varias baterías de coche.

—Es un trazador de cielos. Los usaban durante la segunda guerra mundial para localizar aviones enemigos en la noche y poder abatirlos. —La anciana le hizo señas para que Marc la ayudara a arrastrar aquella mole hasta el balcón—. Yo lo modifiqué, hice los rituales de condensación más fuertes que conozco y le metí más de cien hadas del amanecer en la lente. Espero y deseo que funcione, porque nunca lo he probado.

—¿Les hará daño? —preguntó un esperanzado Marc.

Acabaron de situarlo al otro lado de la cortina.

—Si funciona, los mandará al infierno de donde salieron de una patada en el culo —dijo la anciana; hizo girar las manivelas para orientar el foco hacia la calle. Se puso unas gafas de soldador sobre las suyas y se dispuso a conectarlo.

—Cuando te diga, abre las cortinas.

Marc se preparó.

El ruido de los pequeños era ya ensordecedor, estaban en el jardín de entrada. Y hacía casi un minuto que no se escuchaba ni un solo disparo de Damien.

—¡Ahora!

Marc tiró tan fuerte del pasador que las cortinas cayeron al suelo. Atanasia movió la manivela y activó el trazador de luz del amanecer. Y al principio no pasó nada. Luego, el sonido de la electricidad fue iluminando la enorme lente del aparato hasta que la luz más cegadora que jamás se había visto en la Tierra surgió como un haz destructor y se focalizó en un enorme círculo en la hierba del jardín de entrada del Candil, que en pocos segundos se secó y se calcinó. Atanasia se asomó por encima del cañón de luz y vio que los pequeños que estaban peleando contra los revividos, que habían vuelto de su letargo y parecían estar de su lado (¡al fin un poco de suerte!), observaban aquel potente chorro lumínico con extraña fascinación, y las palabras de Half le vinieron a la cabeza en ese instante.

«Como polillas a la luz».

Movió las manivelas a toda velocidad y el trazador se desplazó raudo hacia la derecha. En su camino se topó con una decena de pequeños, estos simplemente desaparecieron dentro del haz, que al pasar de largo sólo dejó en el suelo un rastro negro, como un pequeño charco de brea pestilente y burbujeante. Lo mejor era que los revividos que luchaban contra ellos sólo parecían ligeramente molestos por la luz.

Atanasia volvió a echar un vistazo.

—¡Funciona! —dijo con entusiasmo.

Hizo un par de barridos del trazador moviendo las manivelas para cambiar su orientación y se llevó por delante a docenas de pequeños. Estos, al ver lo que estaba pasando, se dispersaron y huyeron del jardín delantero para protegerse tras los vehículos de los poseídos. Que comenzaron a avanzar hacia el jardín. Una furgoneta de helados destrozó la puerta de la verja de entrada y detrás entró el resto de la caravana.

Se escucharon un par de nuevas detonaciones, más disparos de Damien, y la furgoneta de helados se detuvo en seco. El conductor bajó del vehículo, dio dos pasos vacilantes en dirección a la entrada y cayó al suelo. Atanasia vio que un humo negro le salía del cuerpo y se dispersaba.

Los pequeños volvieron a intentar un nuevo asalto.

—¡Esa es la línea que no deberíais haber cruzado! —gritó la anciana al tiempo que volvía a barrer la zona con el trazador. Y, de nuevo, decenas de pequeños volvieron a desaparecer en el haz de luz. Los demás retrocedieron de nuevo. El escarmiento les duraba poco, pero las bajas eran ingentes.

Marc salió al balcón y les hizo una peineta con ambas manos.

—¡Tomad, asquerosos! Os vamos a dar por el…

No llegó a acabar la frase; una lluvia de pedradas comenzó a caer sobre él. Los primeros proyectiles impactaron en su cuerpo y lo hicieron retroceder. Entonces tropezó con los cables que había en el suelo y cayó sobre la lente del trazador.

miraba el cuadro con devoción. Era una estancia sobria y agradable, con una luz indirecta que daba a la imagen un tono más oscuro del pretendido inicialmente por el artista pero, aun así, era una iluminación creada a propósito para realzar la belleza del lienzo. No había ventanas, y habían entrado a la estancia por una puerta blindada.

La habitación entera era una gran caja fuerte donde contener aquel único cuadro.

—Es Oniria —le dijo a Gris—. Ahí la tienes. —Acercó los dedos al cuadro hasta casi rozarlo con las yemas, pero sin atreverse a hacerlo —. Incluso, si te fijas, puedes verme instantes antes de abandonar mi mundo, perseguido por un ángel y rodeado de mis queridos aracnofantes, que sacrificaron su vida abriendo para mí el portal de probabilidades… Pero, sobre todo, puedes ver la Sincronía al fondo. La casa de los sueños. Mi hogar.

—Saliste de un cuadro —dijo Gris. Creía que su capacidad de asombro hacía tiempo que había desaparecido, olvidada en el hueco de un ascensor, pero se dio cuenta de que no era así. Aquello la había vuelto a sorprender.

—No es un cuadro —respondió Malvin, indignado—. Es un momento cristalizado. Una obra de ingeniería metafísica. Se tendió un puente poroso entre este mundo y el mío a través de este instante, captado por el autor cuando mis aracnofantes lo imbuyeron de musas, y que este dejó fluir en el lienzo, plasmándolo.

Gris notó el tono de voz lastimero de Malvin. Y descubrió asombrada que el monstruo estaba a punto de llorar. Observó con detenimiento el cuadro: los aracnofantes, una especie de elefantes musculosos de larguísimas patas, con obeliscos a cuestas; las dos pequeñas figuras humanoides (una de ellas parecía tener alas) y algo que se asemejaba a un Partenón al fondo, en la lejanía. Miró la firma arriba a la derecha del lienzo.

—Es un cuadro de Dalí —dijo, asombrada.

—Sí. *Los elefantes*, creo que lo llaman —respondió Malvin con un bufido indignado—. Dime tú si eso te parecen elefantes. —Señaló el lienzo.

—¿Es auténtico?

—Sí, supongo que sí —dijo Malvin, que jamás se lo había planteado.

Gris no supo qué decir. Aquel pequeño cuadro había sido lo último que hubiera esperado encontrar allí dentro.

Malvin carraspeó, se recompuso la ropa y se alejó un par de pasos, alternando la mirada entre el cuadro y la cara de asombro de Gris.

—Comprenderás que me arriesgo muchísimo al traerte aquí. Me pongo en una situación de vulnerabilidad. Te estoy mostrando mi origen. Mi nacimiento. Yo he salido de ahí dentro —dijo, señalando el cuadro—. Y debo regresar, porque en la huida… abandoné ciertas cosas que debo recuperar. Y tú puedes llevarme allí y encontrarlas, y lo que es más importante, puedes traerme de vuelta.

—¿Y los aracnofantes no pueden traerte? —preguntó ella.

—Ya no hay aracnofantes —respondió Malvin—. Hace tiempo que Oniria es sólo un mundo muerto. Los ángeles lo arrasaron todo.

Gris acercó la cara al cuadro para verlo más de cerca y lo primero que notó fue el olor: olía árido y desértico, a tierra quemada por el sol. Y notó que irradiaba calor, un calor rojo y espeso. Cuanto más cerca estaba del lienzo, menos parecía un cuadro y más algo vivo. Notaba una pulsión allí dentro, algo que latía casi enfermizamente, como una vena seccionada de la realidad que daba a otro lugar. Uno imposible de concebir.

Gris tocó el cuadro y notó que tiraba de ella, tuvo que hacer un esfuerzo para no verse arrastrada. Aquello era un sumidero de la realidad. Supo que podría cruzar al otro lado. Sólo tenía que cerrar los ojos y dejarse llevar. El cuadro la arrastraría a Oniria si le permitía hacerlo.

Notó que Malvin la cogía de la mano, entrelazando los dedos con los de ella. A pesar del guante, notaba el calor entusiasta que irradiaba el gusano.

—No te vayas sin mí —dijo.

se había escondido en el camión, en eso Malvin decía la verdad. Pero había sido pura casualidad, los pequeños estaban por todas partes y fue el primer sitio donde pudo ocultarse. No tenía la pistola (se había quemado en su vieja ranchera) y ni siquiera sabía que Malvin y la chica iban a conducir el vehículo unos minutos más tarde. Sólo quería huir. El terror había dominado su cuerpo, las fobias de Enric se habían adueñado de sus actos de nuevo, y esconderse allí sólo fue una manera de escapar rápido de todo y tratar de calmarse.

Notó que el camión se detuvo una vez y luego volvió a ponerse en marcha. Un rato después volvió a pararse, y esta vez el motor se detuvo. Pasaron unos minutos hasta que escuchó a alguien andar hasta la parte trasera y abrir con fuerza la puerta. Un chorro de luz rojiza del amanecer inundó la caja.

—Venga, sal ahora mismo, sé que estás ahí —dijo una voz.

Abraham conocía esa voz. La había odiado y temido durante más de cuarenta años. Y allí estaba de nuevo, dando órdenes, como siempre.

Se levantó de debajo de la lona donde se había ocultado y saltó fuera del camión. Estaban en un área de descanso desierta de una autopista. Después de tanto rato a oscuras, tuvo que frotarse los ojos para darse cuenta de que Gabriel estaba muy cambiado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, consternado.

—Nada. Sólo he recuperado lo que es mío. —Se señaló las alas—. Y he ganado alguna cosa más. ¿Te gustan?

Abraham no supo qué contestar; se quedó allí con la maleta pegada al pecho sin decir nada. Paseó la vista a su alrededor y descubrió lo que parecían ser unas botas que asomaban desde debajo del camión. Allí había alguien.

Gabriel, que había seguido su mirada, sonrió.

—No te preocupes, era un lacayo de Malvin. Te he estado siguiendo, amigo mío, y qué sorpresa cuando el gusano y la chica han subido a tu mismo vehículo. No sé cómo lo has… —La cara de Abraham lo dijo todo—. Oh, ¡no lo sabías! —Gabriel se carcajeó con ganas—. En fin. Sé dónde están ellos. Y sé dónde estás tú, pero primero te necesito a ti.

Sus ojos bajaron hasta la maleta. Abraham, instintivamente, la agarró con más fuerza.

—De hecho, no te necesito a ti, necesito la maleta. Quiero las botellas. Todas. —Gabriel ahora hablaba con su clásica dulzura dictatorial, y Abraham sintió el tirón de obedecer, pero se resistió

como pudo.

—Es mi maleta, Gabriel. Si me la quitas moriré, y lo sabes —masculló con odio.

—Oh, bueno, si es cuestión de morir, puedo matarte si quieres, pero lo cierto es que has sido un lacayo fiel y servicial; nunca habría sabido de las botellas sin ti, y realmente me sabría mal perderte como amigo. Me gustaría que siguieras viviendo.

Gabriel se quedó pensando unos momentos, con la mirada perdida, mientras Abraham trataba de encontrar una solución a toda velocidad.

—De hecho —siguió el ángel con tono de confidencia—, me defendiste delante del pequeño demonio… Aun cuando yo no tenía ningún poder sobre ti. Se podría decir que eres el único amigo que tengo. Por eso quiero que me la des por voluntad propia.

Extendió la mano y le ofreció la mejor de las sonrisas.

El sentimiento de obediencia crecía por segundos. Gabriel estaba poniendo todo su empeño en conseguir la maleta, pero Abraham, que la amaba más que nada en el mundo, sudaba copiosamente tratando de no obedecerlo. Pero la resistencia era fútil. Sus manos estaban separándola de su pecho, en un gesto de entrega total.

—Por favor —suplicó lloroso el coleccionista—. No me la quites, Gabriel. Por favor.

—No te la quito —dijo el ángel en tono sarcástico—. Sólo te la estoy pidiendo. Sabes que no vas a morir sin ella, no inmediatamente, al menos. Lo que te aterra es la idea de que, si mueres, no regresarás si no está la maleta cerca; pero ese miedo lo tenemos todos, Abraham. Es hora de asumir el riesgo de vivir.

—Vale. De acuerdo, te la doy —dijo el coleccionista; las lágrimas le corrían por las mejillas—. Has dicho que eres mi amigo y que no vas a matarme, ¿cierto?

Gabriel cogió la maleta de entre los dedos de Abraham y, tras dejarla en el suelo, la abrió para comprobar su contenido.

—Cierto. —El ángel se arrodilló y revisó ávidamente las botellas—. ¿Cuántas hay vacías?

—Cinco —dijo Abraham, y después añadió—: ¿Para qué las quieres?

—No es asunto tuyo —dijo el ángel con tono seco—. Quizá deberías dejar de pensar tanto en la maleta y empezar a preocuparte por otras cosas, como por ejemplo por lo que hará Malvin una vez la negorith lo lleve al nido de los gusanos.

—¿Lo sabes? ¿Sabes cuál es su plan? —Abraham no podía dejar de mirar la maleta, pero trataba de ganar tiempo hablando de lo que fuera. Para pensar una forma de que no se la llevara.

—Sé que en cuanto la chica le encuentre el maldito bastón él la matará, porque podrá volver a este mundo sin su ayuda. Y eso ella no

lo sabe.

Abraham ni siquiera escuchó la frase, sólo existía la maleta, y acababa de tener una idea desesperada.

—Te di una botella del náufrago —dijo con brusquedad—. Te la regalé aun cuando no tenías poder sobre mí. Eso tendría que demostrarte algo. Sé un buen amigo: dame mi botella, la que no tiene tapón. —La señaló—. Sólo con ella ya podré sobrevivir. Tú no vas a hacer nada con esa botella…

Gabriel levantó la mirada y observó el rostro tembloroso de Abraham.

—Si me la das y muero —continuó el coleccionista—, podré volver a reencarnarme, como siempre. ¡Seguiré vivo! Por favor, Gabriel. Te lo ruego.

Gabriel pensó por unos segundos. De hecho, aunque se las iba a llevar todas, sólo necesitaba las vacías para lo que tenía previsto.

Meneó la cabeza con una sonrisa cínica en los labios y le tendió la botella sin tapón a Abraham mientras sus ojos codiciosos seguían revisando las demás.

—Oh, viejo negociante, siempre te sales con la tu…

Antes de que acabara la frase, Abraham le destrozó la botella en la cabeza con todas las fuerzas de las que fue capaz. El ángel cayó de espaldas al suelo, sorprendido por el golpe. Un trozo de cristal le rasgó el ojo izquierdo. Se llevó las manos a la herida; quiso gritar, saltar sobre Abraham y despedazarlo. Y todo quedó anulado por unas terribles ganas de llorar, de acurrucarse, de quedarse quieto, que no era capaz de procesar.

—Qué… qué… qué…. —Las palabras no le salían. Se arrodilló de nuevo, con un esfuerzo titánico. Su cabeza hervía de extrañas emociones; sus brazos estaban agarrotados y duros, no le respondían. Notó cómo las alas desaparecían, cómo su parte oscura y de pesadilla se ocultaba dentro de su corazón de nuevo—. Qué… qué… —Sólo acertaba a tartamudear, y eso lo frustraba más. Con su ojo sano anegado en la sangre que le caía de las pequeñas heridas que tenía en la frente levantó la mirada. Abraham estaba frente a él, con la maleta de nuevo pegada a su pecho.

—Si no puedes hablar, no podrás dar órdenes. —Le dio una patada y lo tiró al suelo de nuevo. El ángel sabía que sólo con levantarse podría acabar con él, podría golpearlo hasta la muerte, atravesarlo con sus garras. Pero no podía hacerlo. No era dueño de sí—. Es desesperante, ¿verdad? —siguió el coleccionista—. Espero que el sacrificio que he tenido que hacer merezca la pena, me he quedado sin mi botella, así que ahora tengo que… ¿cómo has dicho antes? Asumir el riesgo de vivir.

Se arrodilló junto al ángel, que se retorcía de impotencia en el

suelo, y le susurró al oído:

—Eso que corre por tus pensamientos se llama Enric. Y deseo que viva muchísimo tiempo en ese nuevo y fantástico cuerpo que has conseguido para los dos. ¡Disfrutadlo! Adiós, Gabriel; espero no verte nunca más.

tuvo que retroceder hasta el pasillo que llevaba a la sala de actos del Candil. Entró en ella, cerró la puerta y la trabó con su gran cuerpo mientras recargaba de nuevo el trabuco. De los treinta cartuchos normales que llevaba en la gabardina apenas le quedaba media docena. Y luego estaban las balas de cristal, pero no quería usarlas a menos que no hubiera más remedio.

Los pequeños que habían conseguido entrar trataban de tirar la puerta abajo; no lo veían, pero estaban siguiendo su rastro a través del olfato. Y los cabrones lo olían muy bien.

Damien se olfateó las axilas. ¿Cuánto llevaba sin ducharse?

—Bueno, creo que hemos empezado con mal pie, amigos —dijo, tratando de recuperar el aliento—. Quizá podríamos tomarnos unas cervezas y charlar un rato. Conocernos mejor. Igual encontramos aficiones comunes y podemos construir algo bonito desde ahí.

Se dio la vuelta, abrió la puerta de golpe, le voló la cabeza al pequeño que estaba en medio, golpeó al de la derecha con una fuerte patada que lo lanzó al principio del pasillo, le disparó en el pecho al de la izquierda y volvió a cerrar la puerta en la cara de otros tres que trataron de impedírselo.

—O puede que lo nuestro sea imposible —añadió, sacando los dos cartuchos gastados y recargando el arma.

estaba en medio del jardín, rodeado de revividos que lo defendían a toda costa. Con el brazo fantasma tenía cogido del cuello a un etéreo que había tratado de ofuscarlo y con la mano humana notaba la pulsión de la batalla, y no le gustaba lo que sentía. Cada vez quedaban menos revividos, los notaba menguar a su alrededor. La horda de Malvin era ingente, y aunque los renacidos eran duros en el combate, estaban siendo superados en una proporción catastrófica. Había visto caer al viejo cojo en medio de una nube de esas cosas, y cuando consiguió acercarse ni siquiera encontró el cuerpo. A ese ritmo, apenas aguantarían unos minutos antes de que los masacraran. Además, la furgoneta de helados que se había estrellado contra la puerta de entrada se había incendiado, y las llamas estaban devorando parte de la fachada.

No podía entrar de nuevo al edificio, al menos por allí, y lo que le preocupaba es que Damien y los demás tampoco pudieran salir.

Al ver el trazador de Atanasia en movimiento y los estragos que causaba en las filas enemigas tuvo una idea: hizo que los revividos supervivientes retrocedieran hasta el jardín principal del Candil. Allí, rodeados de muros, podían ofrecer una defensa mejor y más compacta. Y los pequeños tendrían que exponerse a la luz del amanecer de Atanasia para atacarlos. Sin Malvin eran una fuerza bruta sin mente, así que sólo verían una camino, el ataque frontal. Con ello quizá ganaran más tiempo.

Más tiempo. Eso le había susurrado Gris a Damien al marcharse. Tenían que ganar tiempo y resistir. Ella trataría de hacer algo. Jugársela al gusano. Tenía un plan. Ella intuía que Malvin no cumpliría su palabra. Los tenía a todos. Todos sus enemigos reunidos en un mismo sitio. No podía dejar que escaparan. Era el momento idóneo para aniquilarlos de golpe. Así que debía actuar rápido.

se había quemado el culo, los codos y la espalda con la lente del trazador. Por suerte, el cristal que lo cubría no se había roto. Eso habría sido una tragedia, sobre todo para él, por la cara que puso Atanasia al comprobar el estado del aparato antes de preguntarle siquiera cómo estaba.

Eso le había dolido mucho. A fin de cuentas, una cosa es que tu tío, el raro de la familia, te consiga un trabajo de guardia nocturno en un club de jugadores de rol viejos y aficionados a las lecturas en voz alta de libros de hace cien años que no interesan a nadie, y así poder dormir cada noche en tu puesto y cobrar a fin de mes, y otra cosa es verte metido de repente en una auténtica pelea a muerte de final incierto entre bandas mágicas, con verdadero riesgo para la integridad física.

Así que aprovechó la excusa para ir al lavabo a ponerse un poco de agua y crema en las quemaduras y pensar fríamente en sus opciones de fuga.

tenía una visión bastante panorámica de la batalla. Los pequeños seguían llegando en oleadas desde las calles adyacentes, y de momento no parecía que el flujo menguara. Sin embargo, los revividos comenzaban a escasear; algunos eran elementos solitarios rodeados de oscuridad que daban golpes en todas direcciones hasta que al final eran engullidos por la tiniebla y desaparecían. La cosa no pintaba demasiado bien para ellos. Vio al chico demonio en medio del jardín dando indicaciones a los revividos para tratar de poner orden en sus filas, pero apenas quedaban efectivos a los que mandar.

Ella seguía dejando huecos en el jardín a base de fogonazos de luz, pero no podía mantener el foco todo el rato encendido. Ya había olido a quemado en un par de ocasiones y, alarmada, había desconectado la batería y dejado enfriar el foco unos minutos. Pero en ese tiempo había visto colarse en la casa a decenas de pequeños. De hecho, habían destrozado la puerta. Y aunque de vez en cuando escuchaba alguna detonación que le decía que Damien seguía peleando en la planta baja, parecía que el edificio ya estaba invadido.

Así que había atrancado la puerta (Marc debería buscarse la vida por su cuenta) y había vuelto a activar el foco a intervalos, dirigiendo sus ataques a los grupos más numerosos de enemigos y dejando reposar el trazador después, un minuto cada vez. Cuando los pequeños comenzaron a aporrear la puerta, supo que había quedado atrapada. Resistiría todo lo que pudiera. Si ese era su Álamo, moriría con las botas puestas.

olía como un armario polvoriento que nadie hubiera abierto en mucho tiempo. El cielo era de un rojo intenso y en el horizonte, tras una vasta llanura, se vislumbraban unas colinas lejanas donde se dibujaba un atardecer anaranjado. Se giró. A su espalda había un menhir clavado en el suelo y, en el centro, una esfera de un azul intenso dibujada con un trazo grueso. Gris acercó la mano y volvió a notar la tirantez, la sensación de que, si se dejaba ir, sería arrastrada dentro.

—Es vuestro mundo —dijo Malvin a su lado—. Este portal lo ideó uno de mis aracnofantes. —Malvin señaló a su derecha. Al seguir la mirada, Gris vio los huesos del titánico ser y, a su lado, el obelisco destrozado que lo aplastó. Los huesos de las larguísimas patas estaban quebrados por varias partes, y la calavera de la cabeza gigantesca estaba agrietada, como si algo la hubiera hecho explotar desde el interior.

—¿Qué les pasó? —preguntó.

—Lo que tú haces con facilidad insultante le costó la vida a los dos últimos de su especie. —Malvin lo dijo con cierta amargura—. En el proceso de enviarme a tu mundo, ellos murieron y yo fui… mutilado. Sin embargo, tú…

Gris se dio cuenta de que todavía estaban cogidos de la mano y lo soltó en ese mismo instante. El viaje la había dejado con una extraña sensación de placidez, como si por primera vez en la vida hubiera hecho algo que se le daba muy bien, le gustaba y nunca antes había probado. Pero de repente recordó quién era, con quién estaba y qué hacía allí.

—Vale. ¿Qué tenemos que hacer? —dijo secamente.

Malvin señaló la llanura.

—Hemos de ir allí.

A unos doscientos metros de donde estaban, vio un extraño edificio que semejaba un Partenón al aire libre. Lo curioso era que varias de sus plantas parecían flotar en el aire sin nada que las sustentase. El sitio estaba hecho de piedra gris y, aunque se veía viejo y abandonado, parecía muy robusto.

—¿Qué es? —preguntó Gris.

—La Sincronía.

Caminaron en dirección al edificio.

—Allí generamos el portal al Reino Celeste de los ángeles. Nuestro mundo se agotaba rápidamente y necesitábamos uno nuevo. Los aracnofantes encontraron la puerta al mundo de los ángeles, y te aseguro que era mucho más sencilla de cruzar que la vuestra. Pero

ellos se nos adelantaron. Vieron lo que pretendíamos y nos invadieron.

Malvin se sumió en un silencio hosco y Gris decidió no decir nada más por el momento. Al avanzar por la llanura se cruzaron con varios esqueletos de aracnofantes, y en uno de ellos Gris vio algo que le provocó escalofríos. Dentro de las costillas del ser colosal, repartidos por el suelo a su alrededor, había esqueletos humanoides, como si el aracnofante hubiera muerto tras devorar a esos seres. Malvin la vio mirar la escena, pero tampoco dijo nada. ¿Qué terribles batallas habría visto aquella llanura silenciosa? Llegaron a las escaleras de la Sincronía.

Allí, Malvin se quedó parado delante del primer escalón.

—No puedo entrar.

Gris se giró, extrañada.

—¿Qué?

—Los ángeles protegieron este lugar de los míos y de mí. No puedo pasar; hay un campo de fuerza que me lo impide. Por eso te necesito. Debes ir tú sola.

—Pero yo no sé qué debo hacer —dijo ella, confusa.

Malvin señaló lo alto de las escaleras.

—En la sala central encontrarás el tesoro que no pudieron llevarse al Reino Celeste. El bastón del Rhun, un elemento que sólo recarga su poder en Oniria. Por eso no destruyeron el mundo. Se ven obligados a dejarlo aquí para tenerlo operativo.

—¿Cómo es?

—Un… bastón igual a este. —Al decirlo le mostró su propio báculo —. Construido con la esencia del aguijón que arrancaron a miles de mis hermanos. A eso vinieron a mi mundo: a exterminar a mi raza, mutilarnos y robarnos el conocimiento del salto. —Malvin estaba indignado.

—¿El salto?

—Los míos, en comunidad, podíamos abrir puertas como esa que hemos atravesado. Así conocíamos nuevos mundos; así viajábamos por la probabilidad infinita. —Señaló el cielo y después miró su bastón con tristeza—. Hice construir este a imagen del original. Una burda copia que me recordaba lo que era y lo que me quitaron.

Gris notó de nuevo las mentiras y medias verdades en las palabras del gusano.

—¿Y qué hace? —Gris lo preguntó fijándose en cómo Malvin observaba su propio bastón al hablar.

—Es difícil de explicar. Puede reactivar mi mundo. No sé si te has dado cuenta, pero los ángeles lo dejaron fuera del tiempo. Está congelado en un instante, de ahí que en tu mundo lo veas como un cuadro. Si obtengo el bastón, podré reactivar la Sincronía; pondré Oniria de nuevo en marcha, lo haré florecer y traeré a mis pequeños

aquí…

Gris vio cómo Malvin retorcía el bastón con ambas manos mientras hablaba y no se creyó ni una palabra de todo lo que había dicho.

—De acuerdo, iré a por él.

Subió un peldaño.

—¡Espera! —Gris volvió a girarse. Malvin le tiró sus guantes.

—Si lo tocas con las manos desnudas podría destruirte.

Gris los cogió al vuelo y se quedó mirándolos con dudas.

—¿Y esto evitará que me destruya?

—Realmente, no lo sé. —Malvin sonrió—. Pero lo que sé es que tus manos desnudas, esas herramientas sensoriales que nos han venido tan bien para llegar hasta aquí, podrían chamuscarse si tocan el bastón. Piensa que es como… una gran antena de emisión y recepción, y que podría darte una sobrecarga eléctrica si la tocas sin protegerte.

Gris sonrió falsamente. Se guardó los guantes en el bolsillo del pantalón y subió la escalera en dirección al edificio central.

se había quedado sin balas; las últimas de cristal habían salido disparadas entre lágrimas y maldiciones contra los poseídos que habían tratado de atacarlo en el vestíbulo. Había acabado con ellos en cuanto los tuvo a tiro porque carecía de la ventaja invisible que tenía con los demás. Cuando se le acabó la munición, dejó el trabuco a un lado y se quitó la gabardina empapada y mugrienta. En ese momento estaba arrodillado en el centro de la sala de actos y respiraba con dificultad. Intentaba no hacer ruido, porque había docenas de pequeños a su alrededor, entre las hileras de butacas, pero, al parecer, había liquidado a tantos que el suelo de la estancia y su ropa se habían convertido en un charco negro y burbujeante de restos de pesadilla, y eso parecía que confundía a los pequeños. Aquella estancia apestaba a ellos. No lo veían, y ahora les costaba olerlo. Los veía levantar sus narices bulbosas al aire, tratando de encontrar su rastro, palpando alrededor. Frustrados.

A un par de metros, vio el palo de golf que Marc había dejado tirado cuando se fue con Atanasia al piso superior. Lentamente se estiró hasta cogerlo y después, apoyándose en él, se puso de nuevo en pie. Los pequeños olfateaban y parecían inquietos. Notaban algo. Sabían que estaba allí, pero no conseguían ubicarlo exactamente.

—Bueno, amigos. Han cantado línea, así que sigamos para bingo —masculló el gigantón.

Y golpeó con todas sus fuerzas la cabeza del pequeño que tenía más cerca.

Los demás siguieron sin ver ni oler nada y fueron cayendo uno a uno.

bajó las escaleras con todo el sigilo del que fue capaz. Al pasar junto a la sala de actos vio a Damien en medio, convertido en una masa de músculos y sudor embadurnados de brea y destrozando todos los bichos que trataban de acercarse a él ¡con el palo de golf de su tío! Aunque al principio se indignó y pensó en pedirle que tuviera cuidado con aquel palo que costaba casi dos mil euros, aquello le pareció una oportunidad única al pensarlo fríamente. Con el ruido que hacía Damien, todos los pequeños de la casa estaban haciendo cola para entrar allí. Así que se marchó en dirección contraria, hacia la cocina.

Una vez allí se asomó por la puerta trasera, que daba a un patio interior donde hacían las barbacoas en verano. Allí no parecía haber nadie, aunque no podía fiarse. Fuera había una pequeña puerta enrejada que daba a un callejón por donde podría largarse a su casa.

—Está claro que esto no es lo mío —murmuró—. Yo dimito.

Un ruido lo hizo girarse. La chica traicionada entró a toda velocidad en la cocina. Abrió uno de los cajones y sacó un cuchillo enorme. Marc se pegó a la puerta.

—Yo no…

Ella ni siquiera lo miró. Los dos pequeños que la perseguían entraron en la estancia. Marc notó que le costaba mirarlos a la cara.

—Mirad —dijo—, yo ya no trabajo aquí, lo he dejado.

A ninguno de los tres pareció importarle mucho, porque se enzarzaron en una pelea a muerte.

Marc salió y cerró la puerta con fuerza, dejándolos dentro.

Una vez puesto en marcha, decidió no parar. Era un tipo atlético, así que ni se molestó en tratar de forzar la puerta: saltó por encima de la verja trasera y se alejó a toda velocidad por el callejón.

tuvo el tiempo justo de tirarse a un lado cuando la furgoneta de helados estalló y destrozó lo que quedaba del vestíbulo y la puerta principal. Los pequeños aullaron triunfalmente. El viejo roble que adornaba el patio se prendió por culpa de las chispas que saltaron. El humo comenzó a invadirlo todo.

A su alrededor, el descontrol era generalizado. Half se dio cuenta al mirar a través de las ventanas rotas de que varios pequeños estaban destrozando la casa por dentro, haciendo añicos los muebles y tirando los libros de las estanterías al fuego. Muchos no le prestaban atención ni a él ni a los revividos a menos que ellos los atacaran, en cuyo caso se defendían. Llegó a la conclusión de que los pequeños, sin Malvin, eran una fuerza caótica sin sentido ni cerebro. ¿Qué les habría dicho el gusano?

Acercó a su cara el etéreo que tenía cogido y le susurró:

—¿Sabes lo que es un anillo voraz del Entremundo?

El pequeño que se debatía tratando de soltarse de su presa se quedó quieto al instante. Malvin lo sabía, y eso hacía que él tuviera una vaga idea.

—Es esto. —Se lo mostró—. Se alimenta de seres etéreos como tú.

Eso era cierto en teoría; lo que Half no dijo fue que no tenía ni remota idea de cómo hacer que el anillo se comiera al etéreo, pero en ese momento le bastaba con que el bicho lo creyera.

—¿Qué ordenó el gusano? ¿Qué os dijo al irse?

El etéreo no dijo nada, así que Half le acercó el anillo hasta rozarlo. Y de repente ya no hubo etéreo. Fue absorbido en un instante, y Half notó una vibración de calor y energía subiéndole por el brazo. Cuando aquello llegó a su cerebro, sintió algo que lo hermanó con Gabriel. Lo primero fue la sensación de haber descubierto un mundo nuevo que no sabía si podría evitar volver a visitar. Ahora sabía las cosas que sabía el etéreo. Su origen en un niño llamado Daniel, su nacimiento como un terror a lo que había dentro del armario empotrado de su habitación, que tenía siempre una puerta entreabierta que se mecía con la suave corriente de aire que entraba por la ventana, ocultando algo en su interior. Su ascenso y nacimiento cuando Malvin lo dotó de vida. Y ahora su fin diluyendo su esencia dentro del anillo.

Lo segundo era el conocimiento adquirido. El gusano había dicho «Destruid ese sitio y matad a todos sus moradores». Lo sabía porque el etéreo lo sabía.

Por un momento, los ojos de Half parecieron nublarse y volverse

negros, pero al instante parpadeó y volvió a ser él mismo. El anillo parecía latir y desprender calor. Había asimilado aquella cosa, y le había gustado.

notó el olor a quemado, pero pensó que se trataba de las baterías del foco, que ya estaban al borde de la ignición. No habían sido fabricadas para aquello, y se estaban fundiendo por dentro. Luego vio el humo que venía de abajo y supo que el Candil estaba de nuevo en llamas.

Sopesó la posibilidad de quedarse allí hasta el final, de hundirse con el barco como un capitán disciplinado, pero la idea de chamuscarse hasta la muerte no la convenció como fin digno o romántico. Situó el cañón de luz enfocando el centro del jardín, activó el foco a plena potencia y se dirigió a la puerta. Hacía varios minutos que nadie trataba de tirarla abajo. Apartó los muebles que había apilado frente a ella y la abrió de par en par.

No había nadie en el pasillo. Sólo una suave neblina producida por el fuego que comenzaba a devorar la planta baja.

—Al final me va a tocar ser la rata que abandona el barco —se dijo con una sonrisa cínica.

Con suma cautela comenzó a bajar las escaleras.

se fijó en los monolitos. Desde lejos parecían diferentes plantas, pero era sólo una ilusión óptica. Eran seis monolitos de piedra flotantes puestos en posición horizontal. Eran gigantescos, de cientos de metros de largo, y cubiertos por completo por lo que parecía una extraña escritura cuneiforme que cambiaba de forma a medida que trataba de enfocar los ojos en ella.

Aquel sitio era una extensión diáfana enorme, de más de doscientos metros de largo. No parecía tener esquinas ni habitaciones; sólo los enormes monolitos flotantes, unos encima de los otros. El más cercano estaba suspendido a tres metros del suelo, y Gris paseaba por debajo en dirección al fondo del enorme edificio. Allí parecía haber algo.

Al alargar la mano en dirección al monolito sobre su cabeza, notó que los caracteres reaccionaban al gesto, como si fuera una pantalla táctil, así que se paró y volvió a mover las manos en dirección al techo. De nuevo los caracteres cambiaron. No tenía ni idea de qué podía significar todo aquello. ¿Y si estaba desactivando la defensa que impedía entrar a Malvin? Decidió dejar de hacerlo.

Al final del Partenón encontró un nuevo menhir de un par de metros de alto, esta vez con una esfera verde dibujada con un trazo grueso en su parte frontal. Acercó ligeramente la mano y notó el tirón. Era otra puerta, y sospechó que debía llevar al Reino Celeste. Tuvo el impulso de dejarse ir y abandonar allí a Malvin para siempre, ¡Jaque mate, gusano!, pero ¿qué sería de ella? ¿Qué sería de su mundo? ¿Y sus amigos? ¿Y Half? Miró alrededor del menhir en busca del famoso bastón y no encontró nada.

Miró de nuevo al techo. Hacia aquellos caracteres que se movían a su voluntad.

De repente tuvo una idea. Un impulso. No sabía si bueno o malo, pero en las últimas semanas había aprendido a fiarse de ese nuevo instinto. Así que rodeó el menhir y trepó por él hasta situarse encima. Haciendo equilibrios alargó la mano y tocó el primer monolito.

Y su menté explotó en todas direcciones.

Había mentido, y mucho.

No era una raza. Era uno.

No eran muchos mundos. Siempre era el mismo. Aquello no viajaba a otros planetas. Sólo a otras probabilidades.

Habían sido una raza. Pero ya no. Cuando llegaron los ángeles, hacía mucho que no eran más que uno. Sólo él. Siempre él. Multiplicado sobre sí mismo. Una estirpe larvaria que había devorado

todo su mundo hasta agotarlo. Y luego había viajado en la probabilidad hasta otro lugar. Y lo había devorado. Y luego otro. Y así durante tanto tiempo que el propio tiempo no tenía sentido. Era así siempre, lo había sido. Lo era. Lo sería. La probabilidad era infinita. Los destinos, interminables. ¿Cuánto le había costado llegar a aquella probabilidad donde vivía Gris? El tiempo no existía en la cabeza de Malvin.

Tampoco en los caminos de la Sincronía. Allí estaban los registros de todos los saltos que se habían hecho con los bastones. Los ángeles expulsados del Reino Celeste salieron de su mundo mucho después de la caída de Malvin, pero llegaron a la probabilidad de Gris cinco mil años antes que el gusano.

La Sincronía era el cerebro de aquel mundo, la memoria de los aracnofantes. Oniria. El sitio desde donde Malvin se había extendido a todas partes y donde al fin fue derrotado.

Sólo que uno escapó. Y uno es suficiente, porque todos son él. Usó a los aracnofantes esclavizados para suplir el bastón del Rhun que le habían robado, y quemando su propio aguijón consiguió huir a una probabilidad cercana. Aquella conocida como el Hástile. Un sitio poroso y de fácil acceso donde tal vez pudiera encontrar la forma de recuperar su poder.

La Sincronía le mostró la verdad a Gris. Porque la Sincronía era sólo memoria. Y la memoria no miente. Sólo enseña.

Malvin quería lo mismo que había querido siempre. Seguir creciendo. Multiplicarse hasta el infinito y expandirse a toda probabilidad. Y con aquel bastón, fabricado con el aguijón de todos los de su especie, podría conseguirlo. Con él no tendría que tocar a nadie, se acabaría el contacto físico con sus víctimas. Una sola vez. Un solo deseo y todos los seres de un mundo notarían crecer algo en su interior. A la vez. ¿Habría supervivientes? Algunos, pero aturdidos y rodeados de cantidades ingentes de pequeños se verían reducidos a la nada en segundos. Así era como el gusano tomaba los mundos, así se perpetuaba. Hasta que los ángeles le robaron el bastón del Rhun y perdió su propio aguijón en la huida.

Cuando despertó, le sangraba la nariz, le dolía la cabeza y tenía el bastón entre sus manos desnudas.

—¡Las veo! —dijo exultante a la sala vacía—. ¡Veo todas las puertas!

vio salir el sofá volando a través de la ventana y, tras él, apareció una forma familiar entre el humo y las llamas que saltó fuera del edificio. Llevaba un trapo anudado alrededor de la boca y la nariz para evitar inhalar el humo y, aunque estaba manchado de mugre y ceniza de los pies a la cabeza, no había ningún pequeño que pudiera rivalizar en tamaño con Damien.

—¿Estás bien? —le preguntó el chico sin brazo.

—He tenido días mejores —contestó el gigantón al tiempo que golpeaba con un palo de golf ya destrozado a un pequeño que tenía al lado.

De repente, algo en la primera planta explotó e hizo que todos los cristales de las ventanas saltaran en pedazos a la vez.

—Tenemos que alejarnos de aquí —dijo Half—. En cualquier momento, el edificio colapsará y nos caerá encima.

—¿Dónde están Atanasia y Marc? —preguntó Damien.

Los dos alzaron la vista hacia la segunda planta, que ya estaba siendo devorada por el fuego. Varios pequeños, envueltos en llamas, estaban en el balcón destrozando el trazador a golpes. En el interior se veían las formas de otros en plena vorágine de destrucción.

Damien bajó la vista al suelo por un instante, después miró a su alrededor. Seguían rodeados por todas partes; en cualquier dirección que mirase había pequeños acechándolos.

—Ponte detrás de mí —dijo—. Intentemos llegar tan lejos como podamos.

Damien se abrió camino entre los pequeños a golpes. Half hizo una señal y la docena de revividos supervivientes los siguió en su huida hacia delante.

bajó las escaleras y se quedó en el último escalón. Y allí se sentó.

—Lo tengo —anunció con tono casual, enseñando el bastón. Se limpió distraídamente la sangre seca de la nariz con la manga de su camiseta y sonrió al viejo gusano.

Malvin sólo tenía ojos para el bastón. Sus manos temblorosas parecían bullir. Sus ojos estaban rojos. El gusano bajo la piel estaba tratando de salir a la superficie y apenas se mantenía bajo control. Allí estaba. Su deseo. Su lujuria. Su frustración. Su pasado y su futuro entre las manos de ese ser indigno siquiera de acercarse a un millón de probabilidades de él. Decidió que en cuanto tuviera el bastón la devoraría. En ese mismo instante. Sin dejarle ni un segundo para reaccionar. Con el bastón en su poder podía saltar de probabilidad con sólo pensarlo. Volvería al mundo del coleccionista y los liquidaría. Todos serían Malvin de nuevo.

—¡Dámelo! —exigió con voz aguda—. ¡Dámelo ahora o mataré a tus amigos!

—¿Exactamente cómo vas a matarlos si están a miles de probabilidades de distancia? —preguntó ella con tono amable—. No tienes manera de comunicarte con tus pequeños desde aquí. Lo sé.

Malvin se quedó callado al instante. Le dirigió una mirada suspicaz. No había temor en ella. Ni rastro de miedo. ¿Qué estaba pasando?

—¿Cómo pudiste matar a toda tu raza? ¿Qué tipo de… genocida solitario y loco eres? Sólo por quitarles el aguijón; es muy triste —dijo la chica con pena.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo puedes…? —Entonces Malvin se fijó en que la chica tenía cogido el bastón con la mano desnuda—. ¡NO PUEDES TOCARLO! ¡ES MÍO! ¡SÓLO YO PUEDO COGERLO! —gritó como un poseso. Y el gusano tomó el control.

Gris lo vio crecer y expandirse, salir de su cuerpo y mutar en el gigantesco gusano lleno de púas, y vio la enorme boca poblada de miles de dientes afilados, que trató de golpearla inútilmente. Allí estaba la barrera infranqueable que los ángeles habían dejado para proteger la Sincronía de aquel ser inmundo. El gusano trató de morderla durante un rato, de devorarla, de destruirla. Pero una y otra vez se topó con el campo invisible que le impedía entrar.

Gris se fijó en su cola mutilada. Donde debía estar originalmente el aguijón, sólo quedaba un trozo de cola chamuscada. Qué ironía. Malvin, que aniquiló a toda su raza para extirparles los aguijones y usarlos para poder saltar de mundo en mundo, había perdido el suyo

en su huida precipitada. Al perder el bastón del Rhun a manos de los ángeles, sólo pudo saltar una vez sacrificando el suyo. Y así había llegado a la Tierra. Y allí se había quedado atrapado, hasta que dio con las negorith y vio de nuevo la posibilidad de recuperar su poder y seguir siendo lo que había sido siempre: un cáncer.

Gris dejó el bastón a un lado. Sacó tranquilamente uno de los guantes y se lo puso. Se levantó, cogió el bastón y sacó un dedo enguantado del campo de fuerza con el que tocó el cuerpo del gusano, que seguía completamente desquiciado tratando de alcanzarla.

—Nos vamos —dijo.

Y con un golpe de bastón en el suelo ambos desaparecieron.

tuvo que reconocer que la cosa tenía cierta ironía. Al final sí que iba a morir en el fuego del Candil. Quizá con cuarenta años de retraso, pero parecía que el destino esquivado por suerte en aquel año fatídico la iba a alcanzar por fin. No había podido llegar al final de la escalera y había quedado atrapada en la primera planta. El fuego la fue cercando hasta encerrarla en la sala donde había conocido a Gris.

Envuelta por el humo y el calor sofocante, miró la pared donde debía estar la puerta a aquel lugar extraño que jamás vería. Sabía que estaba allí porque se lo habían dicho, porque tenía fe en lo que había leído y porque vio la verdad en los ojos de Gris. Un sitio lejano y extraño, en el Otro Lado. Tan cerca y tan lejos. Notó que la cabeza le daba vueltas. Esperaba estar muerta o al menos inconsciente cuando las llamas la alcanzaran. No quería morir como una bruja en la hoguera, aunque sabía de sobras que en algunos momentos se había comportado como la reina de ellas. Sonrió; qué jodida es la vida.

Supuso que los gases inhalados le estaban jugando una mala pasada cuando vio a Gris salir de la pared con un bastón en la mano y una sonrisa en los labios.

—Traté de matarte, querida. No sabía otra manera de parar al gusano —dijo entre toses—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Te perdono —respondió Gris—. Lo hablamos mejor en otro sitio, ¿te parece?

La cogió de la mano y Atanasia pensó que aquella alucinación era muy realista.

A continuación, la chica golpeó el suelo con el bastón y desaparecieron segundos antes de que el techo en llamas les cayera encima.

y Half seguían luchando. Más allá de toda esperanza, ya solos y en medio de una masa de pequeños que cada vez parecían más desorientados, pero igual de numerosos y temibles.

No quedaba ni un solo revivido, pero al menos los etéreos, conscientes del anillo de Half, no se acercaban. El problema era que los demás no dejaban de acosarlos. Habían conseguido llegar a una calle de distancia del Candil, que ahora era una enorme pira derruida envuelta en llamas que iluminaban toda la zona. Exhaustos y acorralados en una boca de metro cerrada, con la espalda pegada a la puerta atrancada, seguían golpeando a todo aquello que trataba de acercarse a ellos. La idea de que los pequeños los dejarían en paz si se alejaban no había funcionado. Habían estado dentro del Candil, y eran los enemigos de Malvin. Los perseguirían hasta el último aliento.

—Te lo digo en serio —dijo Damien en un susurro gutural—. Si salgo de esta, me apunto al gimnasio. Mi mujer tiene razón, tengo que dejar de comer pizza los viernes, y de beber cerveza. Me compro unas mallas y te juro que el lunes salgo a correr.

Half sonrió. Nunca imaginó que iba a morir. Como todo adolescente, siempre había pensado que sería eterno, y como demonio prácticamente lo era. Pero ahora, allí, al final de todo, morir junto a aquel tipo tan auténtico le parecía incluso un privilegio.

—Ha sido un placer conocerte, Damien —dijo—. Ojalá pudiera vivir más tiempo para pasarlo con gente tan cojonuda como tú.

Damien le sonrió.

—Eh, chaval, que vas a hacer que me ponga colorado —dijo mientras daba una patada exhausta a otro pequeño que se había acercado más de la cuenta.

—No puedo más —dijo Half con una lágrima bajándole por la mejilla—. No puedo ni mantenerme en pie.

Según lo dijo, se sentó en el último escalón del acceso a la boca del metro. Damien, que seguía en pie a su lado, miró a los cinco pequeños que bajaban lentamente las escaleras. No lo veían, pero sabían que estaba ahí, por eso iban tan lentamente. Pero si no eran estos serían los siguientes, o los que iban detrás… No parecían tener fin.

Damien suspiró.

—Creí sinceramente que hoy nos tocaba ganar. —Se sentó al lado de Half—. Si no salgo de esta, mi mujer me mata, chaval. —Sonrió—. Hay veces que echo de menos poder llorar o ponerme triste. — Se encogió de hombros y volvió a sonreír.

Lo abrazó por encima del hombro y dejó que los pequeños se

acercaran.

apareció en la calle del Candil. Llegó junto a la enorme hoguera de madera y runas que había sido el edificio. Varios pequeños seguían alimentando el fuego con todo lo que encontraban por la calle: coches, árboles, muebles saqueados en los edificios cercanos… No parecían seguir ningún orden; su degeneración sin Malvin para guiarlos era evidente. Apenas eran animales rabiosos ensañándose con su última víctima.

La chica cerró los ojos. Allí dentro no quedaba nadie vivo, pero tampoco muerto.

Sonrió.

Un pequeño cargado con un colchón la vio y, tras un primer impulso de atacarla, se paró en seco y no supo cómo reaccionar: ella también era Malvin. Olía más a Malvin que el propio Malvin. Se acercó a inspeccionarla y Gris le sonrió. Le puso la mano en la cabeza y con él buscó a Malvin. A todos ellos. Los ató al bastón y volvió a saltar.

sintió que estaba en casa. Nunca había estado allí, pero el cielo rojo, la llanura, la Sincronía… Todo era como lo soñaban. Todos ellos estaban allí.

Todos no. Faltaba él, pero daba igual porque estaba ella. Ella era más Malvin que Malvin. Ella.

¿Dónde estaba ella?

No pasaba nada. Esperarían lo que hiciera falta.

DAMIEN

despertó cuando el sol de la mañana comenzó a darle directamente en los ojos. La gente pasaba a su lado ignorándolo completamente. Al principio se sintió confuso. No sabía dónde estaba. A su lado había un vaso de plástico de café que alguien había abandonado. Dentro había dinero. Levantó los ojos y una chica que pasaba le sonrió.

—¿Sigo vivo? —preguntó.

Ella afirmó con una sonrisa y dejó una moneda.

—Sí. Pero no tiene muy buen aspecto. Debería darse una ducha —le contestó.

La chica se alejó hacía el interior de la estación.

Damien se levantó lentamente. Le dolía cada fibra del cuerpo. Y entonces se dio cuenta de que estaba solo. Half había desaparecido. Recogió las monedas que había en el vaso de plástico y entró en el bar de la estación.

Se acercó al camarero que estaba tras la barra.

—¿Tiene teléfono de pago? —preguntó.

El camarero se quedó mirándolo con expresión extraña.

—¿En qué siglo vive, amigo? No, no tenemos teléfono de pago. Lo siento. —Lo miró de arriba abajo—. ¿Qué le ha pasado?

—He estado… en un incendio.

—Oh, ¿el de aquí al lado? —El camarero de repente parecía interesado—. Dicen que ha muerto un tipo al saltar del edificio en llamas. Han venido dos camiones de bomberos, ambulancias, la poli… Ha debido de ser la hostia.

—Sí, supongo. —Revisó las monedas en su mano—. ¿Me llega para un café?

El camarero echó vistazo y afirmó mientras cogía una taza limpia:

—¿Y sabe qué ha pasado? En la tele dicen algo de un accidente, pero hay vecinos que dicen que han visto a gente tirando muebles al fuego. Un rollo muy raro —dijo mientras preparaba el café.

—No lo sé, yo sólo trataba de ayudar —contestó Damien—. ¿Sabe dónde puede haber una cabina telefónica?

El camarero le puso el café delante.

—Ni idea. En serio, hace años que no he visto una. —El camarero vio la cara de frustración de Damien—. ¿Es muy urgente?

—Es para llamar a mi mujer, para que no se preocupe. —Damien se señaló la ropa—. Con lo del incendio y eso.

El camarero se quedó pensando un par de segundos y luego se sacó el móvil del bolsillo y se lo dejó delante a Damien.

—Nada de llamadas internacionales. Y no se enrolle, ¿vale?

Damien le sonrió.

—Vale.

Cogió el teléfono y marcó el número de su casa. Al cabo de un solo tono, su mujer le contestó.

—¿Damien? —Sonaba preocupada.

—Sí. Soy yo. Hola, nena. No te imaginas el fin de semana que he tenido —dijo el gigante cabizbajo—. Estoy hecho polvo, ha habido tiros y me han quemado el coche.

Ella suspiró al otro lado de la línea.

—Vamos, que te lo has pasado de juerga con tus amigotes.

Damien sonrió.

—Nena, ¡ha sido LA HOSTIA de divertido! A la próxima, buscamos canguro y te vienes.

ATANASIA

estaba sentada en la barra del bar del hotel tomándose un whisky doble con hielo. La ropa le apestaba a humo. Se sentía sucia, vieja y muy viva. Pegó un trago y sonrió al ver aparecer al idiota de su tesorero saliendo por la puerta de la sala de convenciones con un traje de vikingo barato y cara de haberse pasado bastante con el hidromiel. Entre la peluca y la barba postiza parecía que había restos de una cena, pero no supo si se había enganchado allí al entrar o al salir. Iba con el móvil pegado a la oreja.

—¿Qué coño dices de que lo dejas? ¿Estás tonto? ¿Dónde vas a encontrar un chollo como este? ¡Deja de llorar! ¡No digas gilipolleces! —Ebenezer tuvo que mirarla dos veces para convencerse de que era Atanasia—. Marc, luego te llamo.

Trató de hacerse el digno delante de la anciana, se arrancó la barba y la peluca y las tiró al suelo.

—Jueza, ¿qué haces aquí? A ti esto no te… gusta. Lo odias. —Arrastraba las palabras.

—Supongo que esto es una penitencia, ha querido vengarse un poco. —Atanasia sonrió—. Tiene sentido del humor, la cabrona.

—No entiendo nada —murmuró Ebenezer.

—Lógico, viniendo de ti. Pero bueno… Aprovechando que estoy aquí… ¿Qué tal llevas el pago del seguro contra incendios del Candil? Espero que al día. Tus huevos pueden depender de ello.

Ebenezer se dio cuenta de que Atanasia no bromeaba.

despertó cuando el coche estaba parado repostando gasolina. El tipo estaba dejando la manguera en el surtidor. La chica de la gorra, los piercings y los brazos llenos de tatuajes pagó en efectivo y volvió a subir al coche.

—¿Ya estás despierto? —preguntó—. Podrías entrar y lavarte un poco, vas hecho una mierda. Y hueles a humo.

Half no conseguía ubicar su cara, hasta que de repente le vino de golpe.

—Septum. Hermano —dijo con voz resacosa.

—Hermana, si no te importa. Puede que en el Entremundo no tengamos sexo, pero aquí soy hembra y me gusta serlo —dijo con tono picajoso—. Y prefiero que me llames Septa.

—Hermana. Septa. Vale —dijo Half a la defensiva—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí porque Quartum me llamó enfadadísimo; quiere que le devuelvas su anillo o vendrá personalmente al Hástile y lo arrasará todo. No tengo ganas de ver su fea cara por aquí.

—Oh, vaya —Half se desperezó en el asiento—. Creo que necesito un café antes de encarar eso.

—Le he dicho que me deje hablar contigo y ver cómo lo podemos arreglar —siguió Septa—. ¿Dónde está el anillo?

Half se miró el dedo donde recordaba haberlo tenido puesto.

—No tengo ni la más remota idea —dijo, encogiéndose de hombros.

estaba sentada a los pies de la cama del interno sin identificar. Lo habían tenido que atar, porque iba alternando los episodios de catatonia con otros de gritos y violencia contra sí mismo. Su doctor sospechaba que así había perdido el ojo.

Ahora estaba muy sedado.

Gris, con el bastón en una mano, puso la otra en el brazo de Gabriel.

Y buscó en su cabeza al ángel que seguía atrapado allí.

(Hola, Gabriel).

(Sácame de aquí).

(Sé que lo hiciste tú).

(¿Qué?).

(Tú enviaste aquel uróboros a buscarme).

(Yo no soy dueño de los uróboros, soy un ángel).

(Pero eras uno de ellos. Cuando te los comías te consideraban un igual; les pediste que me buscaran, y aquel me encontró. Fuiste tú. Lo sé).

(No puedes saber eso, no se lo dije a nadie).

(Ahora sé muchas cosas, no hay ninguna puerta que no pueda abrir).

(¡Lo tienes tú! Tienes el bastón, ¿verdad? Por eso lo sabes).

(Aquel uróboros mató a Erika).

(No sé quién es Erika. Sácame de aquí, puedes hacerlo, sólo tienes que buscarme una puerta; libérame de Enric y hablaremos de lo que quieras).

(Puedo hacerlo. Pero no lo haré. Quiero que pienses en ella mientras sigues ahí dentro).

(Vendrán a por ti, les has robado, el Reino Celeste no perdona. Te declararán la guerra).

(Les he dejado un gusano en la entrada del Reino, creo que estarán entretenidos cazándolo antes de preocuparse por mí, descuida. Adiós, Gabriel).

Gris dejó de tocar a Gabriel y se levantó. Vio que el paciente se retorcía inquieto; parecía sufrir una pesadilla.

Sonrió.

Erika habría estado orgullosa de ella.

estaba sentado en el rompeolas, con la maleta abierta a su lado. Había puesto en pie y ordenado las botellas ocupadas, y las observaba al trasluz de aquel atardecer. Se despidió de ellas una por una, por su nombre. Y luego fue abriéndolas y lanzándolas lejos, al mar. Todas menos una.

Alicia se quedaría con él para siempre.

Se levantó, guardó la botella de Alicia junto a las vacías en la maleta, y con ella bajo el brazo siguió su camino.

MATERIAL EXTRA

Me gusta cómo piensan los personajes. Me gusta narrar desde sus cabezas. A este en concreto siempre le tuve muchas ganas, pero por su propia historia no pude hacerlo.

Aquí me he resarcido.

LA CAÍDA

Eras un obtuso. Un Nerón cualquiera que tocaba la lira sonriendo mientras veía cómo ardía Roma a su alrededor, sin darte cuenta de que estabas en medio del fuego, a punto de asarte vivo.

Así te recuerdo. Como un idiota pretencioso e inconsciente.

No me gusta explicarlo, porque tus familiares no se lo toman demasiado bien. Pero la cosa tiene su gracia si la miras desde mi perspectiva, aquí a tu lado.

Qué noche tan divertida aquella en la que moriste.

Fue en tu restaurante habitual. Era una noche muy especial para ti, querías elevar a la categoría de favorito a tu querido Lebue. Así que montaste toda una parafernalia hortera de celebración, con confeti, pastel y todo eso que tanto te gustaba. Apariencia y vanidad…

Y más si pensamos que, en ese momento, estábamos en medio de una guerra. ¿A qué mente obtusa y estúpida se le podía ocurrir montar semejante paripé?

A ti. Por supuesto.

Lebue era un cretino. Y eso, por mucho que estuvieras enamorado, no se cura. Era un tipo cruel y avaricioso que había sabido escalar posiciones en la organización para situarse a la diestra del líder, que, curiosamente, eras tú. Y además era un bocazas. La mitad de la ciudad sabía dónde y cuándo iba a ser el evento.

Vaya par de idiotas lamentables.

Estabais los dos sentados en una discreta mesa que daba a Portal del Ángel. A ti te recuerdo sosteniendo las manos de Lebue entre las tuyas y susurrándole acaramelados discursos de amor y fidelidad al oído.

Es muy fácil camelarte a alguien cuando eres un ángel.

Y tú lo eras.

Tu encanto natural subyuga a cualquier humano que se encuentre alrededor. Por eso el restaurante estaba desierto, por eso las luces eran suaves, la música adecuada y el chef y el camarero eran la viva imagen de la atención personalizada.

Cuando eres un ángel todo el mundo te quiere.

Excepto el gusano.

El gusano no te quiere. El gusano viene a por ti y a por los tuyos. Y va a devorar todo lo que se ponga en su camino hasta que te tenga delante, y no creas que estará saciado cuando llegue ese momento. Porque siempre hay un hueco para el postre. ¿Y adivinas quién era el postre en esta historia? El gusano sabía que tenías uno de los anillos de oro azul del Reino Celeste, y pensaba que con ellos podría

encontrar la brújula que lo llevaría de vuelta a la Sincronía.

Cosa que no iba a pasar.

¿Por qué lo sé?

Porque fui yo quien lo convenció de esa idiotez. Esos anillos no sirven para una mierda, aunque he de reconocer que el oro azul es muy bonito. Así, mientras se entretenía en robar esas baratijas a los ángeles, pensando que sus anillos tenían algún tipo de función más allá de la ornamental, dejaba en paz su otra búsqueda. La búsqueda de ella, esa que nos podía joder a todos, y así nos daba tiempo para buscar la forma de derrotarlo.

En parte es culpa mía que estés muerto. Y lo siento. Pero es que eras un capullo engreído y, en la guerra, los capullos suelen morir pronto y mal.

Te lo advertí. Había que ganar tiempo, e íbamos a usarte de cebo. Y tú decidiste menospreciar la amenaza. Tu hermano es un idiota, pero al menos me tomó en serio.

Pero tú no.

Recuerdo perfectamente cuándo se torció todo.

Creo que todavía no habían llegado los postres, Lebue estaba muy emocionado y en ese momento leía un poema que había escrito dedicado a ti. Algo horrible y lleno de adjetivos como «majestuoso» y «apolíneo». Hay que ver la parte buena de las cosas: de qué poeta más lamentable se ha librado el mundo, ¿no crees?

Entonces empezaron los gritos. Al principio creí que se debían a la horrible métrica de la poesía de Lebue, yo mismo había estado a punto de ponerme a gritar para evitar que me sangraran las orejas, pero luego comprobé que no. Que era el gusano, que había llegado a la fiesta. Había entrado por las cocinas y, por el estruendo que se estaba formando tras la puerta de servicio, venía acompañado por un montón de sus pequeños.

Qué criaturas tan horribles. Siempre sonríen, pero nunca tienen gracia.

Al principio ni siquiera pudiste asumir lo que estaba pasando. Recuerdo tu cara de fastidio y el leve gesto a otros de tus acólitos para que fueran a ver qué sucedía y dejaran de estropearte el momento.

Tal vez hubieras tenido una oportunidad si hubieras huido en ese mismo instante. Tal vez, si hubieras saltado por la ventana mientras ellos se ponían entre el gusano y tú, como carne de cañón, hoy las cosas serían diferentes.

Pero no. Seguiste comiendo de tu plato de ravioli y bebiendo *champagne*, mientras escuchabas cómo tus hombres se convertían en carne para la picadora.

El amor de un ángel es muy doloroso. Lo sé.

Al final, cuando el primer pequeño llegó al salón asumiste que

quizá, en contra de lo que siempre habías creído, no eras el centro del universo, y algo estaba a punto de evitar doblegarse a tus designios.

Te vi darle el arma a Lebue y señalarle la puerta. Luego te levantaste con gesto dramático y te dirigiste hacia la salida. Pero era tarde. Ya estaban dentro. Te tenían rodeado. Así que subiste a la azotea y cerraste la puerta tras de ti.

Esperando…

¿Qué mierda esperabas?

Abajo seguían los gritos, los golpes y los disparos.

Sabes que un arma no sirve de mucho contra las pesadillas del gusano, pero eso no quisiste decírselo a Lebue. El poeta. El amante. El favorito. Al que enviaste a una muerte segura para darte unos segundos más de vida.

Yo te había estado observando desde la escalera de incendios, así que, al verte subir, no pude evitar la tentación y te seguí.

Te encendiste el cigarro y te quedaste mirando la calle con gesto apático.

—¿Qué estás esperando? —te pregunté sin poder evitarlo.

—Ah, el pequeño demonio hace su aparición —dijiste con ese desdén que caracteriza a tu familia—. ¿Vienes a regocijarte? A reírle las gracias al gusano y besar su culo en la victoria, muy apropiado.

—No se puede decir que no supieras que esto iba a pasar. —No pude evitar sonreír, siempre me pasa con los ángeles, que me hacen gracia cuando están enfadados—. Tu hermano te lo dijo, el coleccionista te lo dijo, y tú has seguido ignorando las advertencias hasta llegar a esto…

—¿Advertencias? Soy el Mariscal de vanguardia de los ejércitos del Reino Celeste, yo no acepto adverten...

—Ya no eres mariscal —lo corté—. Recuerda que te exiliaron, el feo asunto de tu intento de golpe de estado y…

—Sigue riéndote, engendro. —Me escupiste a la cara y revelaste tu verdadero rostro; lejos de la impostada amabilidad angelical, al fin, la bilis—. Si no fuera porque mi hermano está convencido de que tienes algún tipo de cualidad de la que podemos aprovecharnos y que a mí se me escapa, hace tiempo que habría acabado con tu miserable vida. Me ofende tu presencia, tu olor, tu mera existencia demoníaca. Detesto cada segundo que he pasado a tu lado, y entre mis futuros deseos está el de no volver a pasar nunca un solo minuto en tu repugnante compañía.

—Ah, la sinceridad, una cualidad tan menospreciada en el reino celeste y que siempre me cuesta poco arrancar a los de tu especie.

Sonreí con tristeza. El tiempo se había agotado.

Hacía un par de minutos que ya no se escuchaba nada abajo, así que asumí que el gusano había ganado y que ahora todo lo que

quedaba serían pesadillas que subían por la escalera.

Algo comenzó a golpear la puerta de la azotea. Demasiado físico para ser un pequeño recién nacido.

Te mentiría si dijera que no me acojoné un poco, el gusano en persona había salido de su nido para venir a verte.

—Salta —te dije a toda prisa, mirando por el borde de la azotea—. Te romperás las piernas, pero sobrevivirás. Se formará un buen follón, vendrá mucha gente y él no se atreverá a…

—No pasa nada —me dijiste con ese tono aburrido y condescendiente—. Hablaré con él. Llegaré a un acuerdo. Siempre se puede negociar.

Suspiraste, con un leve matiz de fastidio. Pero sólo leve, como si todo aquello (la gente del restaurante, tus acólitos, tu amante, sus vidas) no significara apenas nada en el conjunto de la existencia que se basaba en una sola cosa: en ti mismo.

Entonces lo entendí.

Creías que eras inmortal. Porque realmente casi lo eras. Pero ahí estaba el matiz. El casi. Una cosa es que pudieras vivir para siempre y que tu físico apenas lo notara.

Otra, que fueras invulnerable.

—¡Va a matarte! —exclamé.

Y tú te reíste.

Y los pequeños rompieron la puerta.

Ante tu gesto de horror e impotencia te sujetaron, te taparon la boca y esperaron órdenes.

El gusano tuvo el detalle de llegar en su forma humana. Con su bastón y su sombrero de copa, muy teatral como siempre. En eso es bastante parecido a como eras tú, le encanta el dramatismo.

—¡Queridos amigos! —saludó, luciendo su imposible sonrisa, llena de dientes negros y viscosos—. Es un placer encontraros aquí, en esta fría noche de invierno. Me llena de regocijo esta pequeña reunión informal en la azotea. Casi os diría que estoy contento.

Que llevara la cabeza de Lebue bajo el brazo y esta fuera chorreando sangre empapándole la chaqueta y el pantalón le confería al conjunto el tono onírico que siempre imprimía a sus entradas.

Me miró y escupió algo que cogí al vuelo:

Era el anillo de oro azul. Al parecer ya se lo habías regalado a Lebue, y este lo llevaba puesto cuando el gusano se lo comió.

—¿Podrás fundirlo? ¿Comenzar a fabricar el aguijón de Oniria? —Me lo dijo en un tono apremiante que no daba opciones.

—Lo intentaré —le respondí sin mucha convicción.

Me devolvió una mirada vacía que daba a entender que un intento no era lo que esperaba. Y se giró hacia ti.

—Bien, Serafín, querido ángel, ¿has tenido alguna buena pesadilla

últimamente?

Y se inclinó hacia tu pecho con el bastón en ristre.

Supongo que no quieres que te recuerde lo que pasó a continuación. Qué montón de sangre. Qué cosa tan fea salió de tu pecho. Enorme y deforme. La antítesis de ti mismo.

Y no quiero contarte la de sangre que tuvo que correr para poder derrotar a esa cosa que pariste.

Y tú dirás, tantos años después: ¿por qué ha venido este idiota ahora a contarme todo esto con lo tranquilo que estaba yo?

Pues…

Cuando todo pasó, pedí ayuda a la gente del Candil para borrar del mapa todo lo que había sucedido en el restaurante, ya sabes, estábamos en una guerra, pero era secreta y nadie podía enterarse.

Así que te enterraron en una de sus fosas privadas. Allí donde se deshacían de cualquier ser sobrenatural que dejaba tras de sí algo físico parecido a un ¿bonito? cadáver.

Y, bueno, la vida te da sorpresas.

¿Sabes aquello de que no querías pasar ni un minuto más en mi presencia?

Te vas a reír…

¿A que no sabes dónde acaban de enterrarme?

EL BESTIARIO DE LAS SOMBRAS

Los apuntes de Abraham De Grey

Nombre: Malvin

Alias conocidos: «Milburn Pennybags», «El gusano», «Viejo bocasucia»

Interregno: Oniria

Clase: Pesadilla encarnada

Filiación: Independiente

Hábitat natural en el Hástile: Desconocido

Humanidad anterior: Desconocida / Improbable

Detalles: Por lo que sabemos (sospechamos) lleva actuando en el Hástile desde 1948, pero apareció en nuestra órbita en 1974 durante una investigación de Abraham relacionada con unos niños desaparecidos.

Ese año provocó una guerra que lo enfrentó (con la colaboración de Tertium) a la Triple Alianza entre Uno (De los Siete), Gabriel, Renegado del Reino Celeste, y la logia «El Candil».

Sabemos que durante esa guerra Gabriel pidió ayuda a su hermano Serafín, que se enfrentó personalmente a Malvin y murió en una emboscada que este le tendió.

Malvin, colaborando con Tertium, generó una hueste de pesadillas que logró encarnar gracias a la ayuda de una negorith. Ese ejército se enfrentó en batalla a la progenie de Uno en colaboración con los acólitos de Gabriel y los miembros de la logia «El Candil». La contienda se libró en las antiguas galerías de la Avenida de la Luz de Barcelona. La Triple Alianza perdió aquella batalla.

Sin embargo, en un último asalto, la guerra finalizó con la muerte de Clara Campoamor y la posterior rendición de Malvin.

Uno perdonó a su hermano Tertium sin represalia alguna, no así a Malvin, que se vio obligado a pactar un armisticio mediante el cual se le prohibió desarrollar ningún nuevo ejército de pesadillas.

El armisticio estaba sellado con la sangre de Uno, que garantizaba su cumplimiento. Si Malvin lo rompía, Uno lo desterraría al Entremundo.

Sabemos que en 1979 se recluyó en su guarida y, por lo que afirma Gabriel, no ha

vuelto a salir de allí desde entonces.

Malvin es un ser amoral y muy peligroso, inteligente y letal en extremo. Cuando se le enfrenta personalmente es importante mantener la distancia con él. Y lo más prudente en ese caso es huir, ya que su contacto directo puede producir la encarnación de las pesadillas de su víctima.

No sabemos cuáles son sus planes actuales, si es que los tiene. Aunque su fijación por las negorith es evidente. Lo que sí sabemos es que carece de empatía o conexión alguna con ángeles y demonios (su alianza con Tertium fue puntual y a petición expresa del demonio), y eso nos da cierta ventaja. Quizá la única que tenemos.

Forma de eliminación: Desconocida.

Nombre: Uróboros

Interregno: El Entremundo

Clase: Demonio de la energía

Filiación: El caos. Hijo de Tertium. Progenie de los Siete. Seguidor de Malvin

Hábitat natural en el Hástile: Redes, wifi, ordenadores, servidores, teléfonos móviles, centralitas, televisores, tablets…

Humanidad anterior: No

Detalles: Habita en los ordenadores conectados a la red. Con el nacimiento de Internet su dominio se extendió. Hasta entonces era una sombra que susurraba en la niebla de los sueños, se filtró al mundo humano y encontró en la red un lugar desde donde poder llevar el caos a todo el mundo con un solo clic.

¿Ese correo electrónico que nunca llega? ¿Esa llamada tan importante que no se oye? ¿Esa falta de cobertura cuando más la necesitas? ¿Te has quedado sin conexión en el momento menos oportuno? Seguramente hay un uróboros riéndose a tu espalda.

Los uróboros más peligrosos son los que se han asociado con otros demonios. Esos adquieren consciencia propia, y por añadidura esta suele ser letal. Al caos que de por sí ya los acompaña se les suman otros objetivos más oscuros y, siendo como son, seres carentes de moral o de nociones sobre el bien y el mal, la muerte suele rondar a sus víctimas.

Durante la Guerra Secreta (1974-1979), oficialmente Tertium permaneció neutral. Si bien su progenie se vio involucrada en varios conflictos que solían bascular siempre en beneficio de Malvin y su hueste, tras la derrota no hubo especial castigo para él ni sus acólitos.

Forma de eliminación: Disolución.

Nombre: Negorith

Alias conocidos: Ninguno

Interregno: El Hástile

Clase: Humano

Filiación: Independiente

Hábitat natural en el Hástile: Humanidad

Detalles:

Origen:

Las negorith habitan en el Hástile, sospechamos que las ha habido siempre, pero la primera prueba escrita de su existencia corresponde a un antiguo texto tallado en tablillas de hueso encontradas en Egipto que fue guardado en secreto por los Hijos de diciembre. En él se habla de una diosa encarnada que los egipcios de la Primera Dinastía conocían como Niethotep.

Según estas tablillas, Niethotep, además del don de la clarividencia y la precognición, poseía las llaves del universo, y podía viajar del plano de los vivos al de los muertos a través de las puertas que sólo ella podía ver.

Después de Niethotep se tiene constancia escrita de al menos ochenta y cuatro negorith hasta que desaparecen los registros tras la caída del Imperio Romano y la destrucción de los Hijos de noviembre. Siglos después, algunas de ellas acaban en hogueras acusadas de brujería, haciendo que las supervivientes pasen a la clandestinidad y el olvido, o que simplemente ignoren sus facultades para pasar desapercibidas.

No tienen un linaje genético ni mágico. Su aparición no obedece a lógica alguna que se conozca en el Hástile. Muchas de ellas permanecen en el anonimato durante toda su vida, sin entender el tipo de poderes que poseen y sin llegar a desarrollarlos más que de forma pasiva, asumiendo que ven y sienten cosas «extrañas».

Facultades:

Gracias a la información que dieron las dos últimas negorith conocidas, podemos

entender por primera vez el funcionamiento de sus facultades.

Todos los mundos vibran. Es un hecho. Cada ser. Cada elemento. Todos vibramos de una forma concreta y única. Las negorith poseen un sentido único que les permite captar esa vibración, y su cerebro la decodifica en información adicional que asumen los sentidos comunes de los humanos, permitiéndole captar con esos sentidos muchísima más información que la que poseen los humanos normales.

En palabras de Clara Campoamor:

> Es como si toda tu vida leyeras libros de los que han tachado la mitad de las palabras al azar y, de repente, toda esa información que nunca has tenido, aunque has intuido, aparece ante tus ojos. No es que sepa más que los demás, es simplemente que ellos tienen una venda en los ojos que a mí se me ha caído de forma súbita.
>
> Ahora puedo ver a la mayoría de los seres de otras dimensiones. Puedo localizar los puntos porosos por los que los fantasmas llegan a nuestro mundo. Encontrar las Puertas Cicatriz que crearon los demonios primigenios para saltar de su realidad a la nuestra.
>
> Al desarrollar la afinidad con la vibración, puedo saber si alguien miente, si dice la verdad, su estado de ánimo, sus intenciones y, llegado el caso, su hilo conductor y lo que va a hacer… Los ángeles no pueden usar sus tretas conmigo, soy inmune a sus encantos. Los demonios me consideran una de los suyos y los fantasmas quieren mi ayuda para terminar sus asuntos pendientes. Soy el equilibrio.

Clara traicionó a la humanidad uniéndose a Malvin en su intento por destruirnos y falleció durante la guerra.

Su pérdida fue una tragedia.

Nombre: Tertium

Alias conocidos: «El niño», «Puto crío», «Pequeño Payaso»

Interregno: Exiliado por voluntad propia en el Hástile

Clase: Demonio humanizado

Filiación: Caos

Hábitat natural en el Hástile: Urbano

Detalles:

Tertium fue el primero entre sus hermanos en exiliarse. El mayor de los demonios originales. Nadie conoce exactamente su origen más allá del advenimiento a esta dimensión, sin embargo, hay algunos datos confirmados.

En la progenie original eran siete demonios. Hijos del Caos original. Tertium era el mayor de ellos. En el Hástile se han tenido noticias de cuatro de ellos: Septum/ Septa, Quartum, Uno y el propio Tertium.

Cansado y aburrido del caos eterno primordial que reina en la dimensión de donde procede saltó al Hástile y dejó que la humanidad lo impregnara, hasta el punto de sentir un extraño impulso de amor y odio por los humanos y su mundo.

Se le ha encargado varias veces la destrucción o conversión de este mundo y siempre ha retorcido de tal forma las cosas que todo ha seguido exactamente igual.

Considera el Hástile una sala de juegos. A la gente, meros comparsas. A los ángeles, un incordio. A los demás demonios, un puñado de pesados. Y todo es sólo un chiste divertidísimo que sólo le hace gracia a él.

Conoce la ubicación de varios de los anillos voraces.

Destruyó junto a Quartum un lugar llamado la Ciudad Silenciosa, donde se escondía un arma terrible: El Arcón del Genus, adorado por la secta Hijos de diciembre como su reliquia más sagrada.

Los Hijos de diciembre lo consideran su peor enemigo desde entonces, y lo condenaron a muerte por herejía.

No se sabe si puede morir. Y, si muere, no se sabe qué pasará con su esencia. Si retornará a la dimensión demoníaca o si por el contrario se disolverá en la nada.

Todo esto no deja de parecerle gracioso.

Nombre: Los Hijos de diciembre

Alias conocidos: «Los últimos», «Estirpe de la nada»

Interregno: Hástile y dimensiones desconocidas

Clase: Humanos y humanos contaminados de la nada.

Filiación: La Nada

Detalles: poco se sabe acerca de ellos, y eso que llevan mucho tiempo aquí. Su orden se basa en un culto babilónico ancestral que se rebautizó como los Hijos de noviembre, del que se sienten herederos.

Fue fundado por un grupo de filósofos y pensadores que, aterrorizados por la devastación de la primera guerra mundial, concluyeron que el estado ideal de no sufrimiento para la humanidad, el mundo y la existencia en general era la nada.

Su credo tiene dos leyes:

La no existencia es la paz y la igualdad más absoluta.

El vacío que habita en el interior del infinito es el estado natural del todo.

Al parecer, trabajando con esa idea descubrieron un anti-ser, una conciencia dentro del vacío que considera la existencia misma una aberración, un error, y la vida, cualquier cosa que no sea la nada, como un enemigo al que devorar y convertir en la absoluta vacuidad.

Hay una rama divergente en los Hijos de diciembre que considera que este anti-ser es una especie de anticuerpo que emergió contra la existencia misma, y que también debe desaparecer una vez que el equilibrio regrese.

El objetivo del anti-ser parece ser abrumador e imposible de completar; al final, hay dimensiones infinitas, y en muchas hay una existencia. Pero por proximidad, y por la llamada continua a su atención que hacen los Hijos de diciembre, el vacío y el anti-ser saben de nosotros. Es posible que estemos más cerca de nuestro fin que otras realidades.

Nombre: El Nuncio

Alias conocidos: «El Llamado», «El Jefe»

Interregno: El Hástile

Clase: Asesino de origen desconocido

Filiación: Ninguna

Peligro: Extremo

Detalles: La primera noticia de su existencia fue a principios de los años 70, cuando cuatro seres llegados del Ultramundo, apodados «los hermanos», nos pidieron ayuda para encontrar a este etéreo fugado de una de sus dimensiones mazmorra.

Es una especie de vampiro que succiona los veintiún gramos de esencia que dejan los humanos en el trance de la muerte, consumiendo esa esencia como un alimento que lo refuerza y lo hace más poderoso.

Esta esencia se conoce como el Nuncio, y el ser que la persigue ha acabado adoptando ese nombre como el suyo propio, haciendo que a veces se cree confusión respecto a este dato.

El aspecto original del ser es el de una especie de líquido oleoso, negro y burbujeante.

Por lo general ocupa un cuerpo humano muerto, como si fuese un traje, y lo utiliza para matar a la gente de la manera más dolorosa posible y así extraer el Nuncio de forma traumática y poder absorberlo sin problema. Ese es su propósito único y exclusivo en nuestro mundo.

Según los registros de actividad, tras una sangrienta persecución por los países de Europa del este, donde el Nuncio dejó un camino lleno de cadáveres, lo atraparon a principios de los años 80, y estaba bajo la custodia de Antón, uno de los cuatro hermanos del Ultramundo, que tenía la misión de devolverlo a su dimensión.

Desde entonces no tenemos noticias sobre él.

LA TRIPULACIÓN

Este libro es en parte posible gracias al apoyo que Ediciones El Transbordador recibe de lectores y amigos a través de la plataforma Patreon. Son La tripulación. Puedes sumarte y colaborar a que nuestro proyecto de edición independiente siga creciendo. A cambio, tu nombre aparecerá en los agradecimientos de todas nuestras publicaciones y cada mes recibirás un relato exclusivo. ¡Tú eliges el formato según el nivel de recompensa! Toda la información en:

www.patreon.com/eltransbordador

Nuestro más sincero agradecimiento a todas las personas que ya nos acompañan en este viaje:

Adrián Medina Astorga, Alan Rock, Alberto Moreno Pérez, Alberto Plumed, Alejandro Defez, Alejandro Marín Ibáñez, Álex Bautista, Álvaro Villén, Andrés GaLu, Antonio Guisado Jiménez, Antonio Torrubia, Araceli Chiquilla Mesa, Bandinnelli, Antonio Vileya Pérez, Borja Bilbao, Borja Molina, Carla Plumed, Carlos F., Carlos Piegari, Carlos Walter Martínez, Cesáreo Flores Fernández de Bobadilla, Concha Perea, Cristian López Muñoz, Cristina López Pavón, Damián Cordones, Daniel Bellón, Daniel Marín, Daniel Pérez Castrillón, Daniel Sánchez-Gil Morente, David Mancera Araujo, Débora Manso López, Dei Gaztelurrutia, Diana Valentín Domingues, Doro Esteve Juan, Ekaitz Ortega, El_Commutador, Elías F. Combarro, Esther Alegre, Eva Brie, Fernando Martín Varona, Flora CP, Francisco Millán Guerra, Francisco M. Romero, Hugo Camacho, Ignacio Platero, Ignatius Oscoz, Igotz Delgado, Iñaki de Miguel Díaz, Ismael F. Cabeza, Izaskun Gracia Quintana, JaviRodri, Jesús Rodríguez López, José Brox, José Luis Pascual, José Mª Soret, José Modesto Aparicio Flores, José Torres Criado, Juan Antonio Fernández Madrigal, Juan Carlos Pérez Tirado, Juan F. Valdivia, Juan J. Aranda, Juan Paz Salgado, JuanMa Barro, Julián Blanco Rodríguez, Júlia Puig Clota, Laia, Kaladin46, Lorena Codes Romo, Ludo Bermejo, Manel Hernández, Manuel Berlanga, Marco Antonio Raya Ruiz, Marcos Romera, María Delgado, Marta Canino Byreing, Miguel, Miguel Ángel González Zazo, Miguel Ángel Villalobos, Montse Serrano, Nadia Espejo, Naty Echokai, Paco Mancera Romero, Pau Ferrón Gallegos, Pedro Moscatel, Pedro Rodríguez, Pepa Terol, Ricardo Kails, Roberto Fernández García, Romano Piccio-Marchetti Prado, Salvador Bermúdez, Sergi Clivillé

Sánchez, Sergio Mullor, Sonia Molina, Susana Calvo, Tonet Capdevila Piro, Toni Cifuentes, Unai Ibergallartu, Víctor Segura Romero, Violeta Canto, Violeta Gómez, @JavierTuitea.

1 Milburn Pennybags es el verdadero nombre de la mascota del juego Monopoly. Y Gabriel lo usa como apodo de Malvin, tanto por su parecido físico como por su afición a usar sombrero de copa y bastón.

Índice

NEGORITH
EL HOMBRE DE LA MALETA
HOLA, ERIKA,
«LA HELADERIA DE MALVIN».
ABRAHAM
EN LA CUEVA DEL URÓBOROS
EL HOMBRE MALO
EL CHICO SIN BRAZO
ALFRED
GRIS DEVORABA
CUADERNOS DE ABRAHAM
EL HOMBRE DE LA MALETA
CUADERNOS DE ABRAHAM
GRIS
EL HOMBRE DE LA MALETA
HALF
GRIS
EL HOMBRE DE LA MALETA
A GRIS
GABRIEL
EL CUERPO
EL ACCIDENTE.
GRIS
—¿GABRIEL?
VEINTIOCHO DIAS DESPUÉS,
LUA
RAY
SELEN
ALBERT
GRIS
LA DOCTORA
DAMIEN SOLOMON
EL HOMBRE MALO
LA DOCTORA
RAÚL
LA CHICA TRAICIONADA
DAMIEN
LA DOCTORA
DAMIEN SOLOMON
ENRIC

GRIS
EL HOMBRE MALO
HALF
EL HOMBRE DE LA MALETA
—DOCTORA,
«ASOCIACION CULTURAL EL CANDIL».
—GABRIEL,
NADIE
MARC
MALVIN
ABRAHAM
NADIE
GRIS
MALVIN
ABRAHAM
EL CHICO
LA DOCTORA
HALF
EL ÁNGEL
ABRAHAM
HALF
MALVIN
MORTY
DAMIEN
MORTY
EL VIEJO COJO
MALVIN
—¡DISPARA!
ATANASIA,
DAMIEN
GRIS
UNO
GRIS
ATANASIA
MALVIN
ABRAHAM
DAMIEN
HALF
MARC
ATANASIA
ONIRIA
DAMIEN
MARC
HALF

ATANASIA
GRIS
HALF
GRIS
ATANASIA
DAMIEN
GRIS
EL PEQUEÑO
DAMIEN
ATANASIA
HALF
GRIS
EL COLECCIONISTA
MATERIAL EXTRA
LA CAÍDA
EL BESTIARIO DE LAS SOMBRAS. LOS APUNTES DE ABRAHAM DE GREY
NOMBRE: MALVIN
NOMBRE: URÓBOROS
NOMBRE: NEGORITH
NOMBRE: TERTIUM
NOMBRE: LOS HIJOS DE DICIEMBRE
NOMBRE: EL NUNCIO
LA TRIPULACIÓN